

José C. Valadés

LA REVOLUCIÓN Y LOS REVOLUCIONARIOS

TOMO VI

El Estado constitucional. Sus inicios



**Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México**

Secretaría de Educación Pública

JOSÉ C. VALADÉS ROCHA
(1901-1976)



José C. Valadés fue heredero del quehacer intelectual familiar. Al igual que su padre y su tío, defendió sus ideas a través de la prensa. Su padre, Francisco Valadés, fue editor de *El correo de la tarde*, periódico que apoyó a José Ferrel como candidato a la gubernatura de Sinaloa. Su tío, José Cayetano Valadés dirigió el diario *La tarántula*, cuya posición crítica con respecto al gobierno porfirista le costaría la vida. José C. Valadés fundó y dirigió *El correo de Occidente*. Su quehacer político desde la oposición lo envió varias veces al exilio, donde recogió los testimonios de muchos revolucionarios, lo que le permitió escribir numerosas páginas sobre la Revolución Mexicana. Esto hizo de él un pionero en la historia oral testimonial.

En 1952 participó en la fundación de la Federación de Partidos del Pueblo y su órgano de difusión, la revista *Ya!*, en oposición al Partido Revolucionario Institucional. Al formar parte del servicio exterior mexicano, se desempeñó como embajador en Líbano, Siria e Irak (1951-1953), Colombia (1953-1956), Portugal y Marruecos (1963-1966). Como académico fue profesor en la Escuela Nacional Preparatoria y fundó la cátedra de Historia de las ideas políticas en México en la Facultad de Filosofía y Letras, ambas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Entre su vasta obra destacan las publicaciones dedicadas a los procesos históricos de México: *Orígenes de la República Mexicana* (1972), *El porfirismo: historia de un régimen* en dos volúmenes (1948), *Historia general de la Revolución Mexicana* en diez volúmenes (1963-1965) e *Historia del pueblo de México: desde sus orígenes hasta nuestros días* (1967). Entre sus biografías destacan: *Alamán: estadista e historiador* (1938), *Don Melchor Ocampo: reformador de México* (1954), *El pensamiento político de Benito Juárez* (1957), *Imaginación y realidad de Francisco I. Madero* (1960).

El 7 de junio de 1984 el Congreso del estado de Sinaloa develó su nombre en el Muro de Honor del Salón de Sesiones del Palacio Legislativo. De manera póstuma, el INEHRM, en coordinación con la familia Valadés, emprendió la compilación de los artículos, entrevistas y reportajes publicados por José C. Valadés, publicados en ocho volúmenes bajo el título *La Revolución y los revolucionarios* (2006-2011); este volumen forma parte de la segunda edición de dicha compilación.

LA REVOLUCIÓN Y LOS REVOLUCIONARIOS

TOMO VI

**El Estado constitucional.
Sus inicios**



SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Secretario de Educación Pública
Emilio Chuayffet Chemor

Subsecretario de Educación Superior
Fernando Serrano Migallón



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Directora General
Patricia Galeana

Consejo Técnico Consultivo
Fernando Castañeda Sabido

Luis Jáuregui
Álvaro Matute
Érika Pani

Ricardo Pozas Horcasitas
Salvador Rueda Smithers
Adalberto Santana Hernández
Enrique Semo
Mercedes de Vega Armijo
Gloria Villegas Moreno

José C. Valadés

LA REVOLUCIÓN Y LOS REVOLUCIONARIOS

TOMO VI

El Estado constitucional. Sus inicios



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

México, 2014

F1234
V345
2014

Valadés, José C., 1901-1976

La Revolución y los revolucionarios/artículos, entrevistas y reportajes de José C. Valadés.—
México, D.F.: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2014.
8v.—

ISBN-13: 978-607-9276-44-7, *La crisis del porfirismo* (*La Revolución y los revolucionarios*, Tomo I).

ISBN-13: 978-607-9419-03-5, *Maderismo* (*La Revolución y los revolucionarios*, Tomo II).

ISBN-13: 978-607-9419-04-2, *La Revolución constitucionalista* (*La Revolución y los revolucionarios*, Tomo III).

ISBN-13: 978-607-9419-05-9, *Las rupturas en el Constitucionalismo* (*La Revolución y los revolucionarios*, Tomo IV).

ISBN-13: 978-607-9419-06-6, *El convencionismo* (*La Revolución y los revolucionarios*, Tomo V).

ISBN-13: 978-607-9419-07-3, *El Estado constitucional. Sus inicios* (*La Revolución y los revolucionarios*, Tomo VI).

ISBN-13: 978-607-9419-08-0, *El Estado constitucional. Ajustes internos* (*La Revolución y los revolucionarios*, Tomo VII).

ISBN-13: 978-607-9419-09-7, *El Estado constitucional. Su consolidación* (*La Revolución y los revolucionarios*, Tomo VIII).

1. México-Historia-Revolución, 1910-. 2. México-Historia-Revolución, 1910-Fuentes.

3. México-Revolucionarios

D.R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM)
Francisco I. Madero núm. 1, San Ángel,
Del. Álvaro Obregón, México, 01000, D. F.

Primera edición: INEHRM, 2010

Segunda edición: INEHRM, 2014

ISBN: 978-607-9419-07-3

Diciembre de 2014

Queda prohibida la reproducción, publicación, edición o fijación material
de esta obra en copias o ejemplares, efectuada por cualquier medio ya
sea impreso, fonográfico, gráfico, plástico, audiovisual, electrónico, foto-
gráfico u otro similar sin la autorización previa del Instituto Nacional de
Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

Hecho e impreso en México

CONTENIDO

PRESENTACIÓN

Patricia Galeana..... VII

LA FORJA DE UN HISTORIADOR

Álvaro Mature..... 11

José C. Valadés

LA REVOLUCIÓN Y LOS REVOLUCIONARIOS

— TOMO VI —

**El Estado constitucional.
Sus inicios**

PRESENTACIÓN

*Nada se salva y sí todo se pierde si la realidad es ocultada.**
*La historia... requiere dos autoridades: una científica, otra moral.***

JOSÉ C. VALADÉS

Desde su primera publicación, *Revolución social o motín político*, que escribió a los 21 años, José C. Valadés se dedicó a estudiar la Revolución Mexicana con la convicción de que no había una, sino muchas revoluciones dentro de un proceso totalizador.¹

Como parte de su amplia obra, Valadés estudió los orígenes del socialismo; del movimiento obrero y del anarquismo en México; hizo la biografía de Francisco I. Madero, con el título *Imaginación y realidad*, y otra de Rafael Buelna, *Las Caballerías de la Revolución*; recopiló las *Memorias de Adolfo de la Huerta*, y culminó sus estudios sobre el proceso revolucionario con la *Historia general de la Revolución Mexicana* en diez volúmenes, única historia general que se ha escrito por un solo autor hasta la fecha. Además, el historiador elaboró la primera historia oral de la Revolución, recogiendo los testimonios de los revolucionarios en el exilio, que hoy reeditamos.²

*José C. Valadés, *Breviario de la historia de México*, México, Editorial Patria, 1949.

**José C. Valadés, *Compendio General de México a través de los siglos*, t. VI, México, Editorial del Valle de México, 1991.

¹Jean Meyer, “José C. Valadés: anticonformista libertario”, en Patricia Galeana (coord.), *José C. Valadés, Historiador y Político*, México, UNAM, 1992, p. 63.

²José C. Valadés, *La Revolución y los revolucionarios*, México, INEHRM, 2006.

Nació en el seno de una familia de escritores que sufrió la represión de la dictadura porfirista. Llevó el nombre de su tío, José Cayetano Valadés, asesinado por el gobernador porfirista Francisco Cañedo, debido a sus escritos de denuncia en su periódico *La Tarántula*. Nuestro autor no sólo se desarrolló en un ambiente de letras, sino de activismo político. Perdió muy pronto a su padre y la historia de su familia fue la de muchas familias nortenas durante la Revolución: de sufrimiento y pobreza.

Se inició en la vida con el proceso revolucionario, viendo la lucha de su padre, Francisco Valadés, y de Heriberto Frías en el *Correo de la Tarde*, contra la dictadura. Antes de cumplir 20 años recibió un premio por un texto sobre el Municipio Libre. Militó en las juventudes fundadoras del Partido Comunista Mexicano, fue activo anarcosindicalista, organizador, entre otras, de la primera huelga inquilinaria de la ciudad de México. Defendió la causa de los marginados y la libertad política hasta su muerte.

Como luchador social conoció la cárcel y el exilio, estuvo en prisión por haber organizado una huelga de petroleros. Hizo periodismo de denuncia social y política siendo un militante activo en los partidos de oposición. Sufrió la destrucción de la imprenta donde publicaba el periódico *El Correo de Occidente*.

En 1927, Valadés se fue a Estados Unidos y se dedicó a recoger los testimonios de los revolucionarios exiliados. En 2001, el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM), bajo la dirección de Francisco Valdés Ugalde y después de Javier Garciadiego, se dio a la tarea de recopilar estos artículos y los publicó en ocho volúmenes con el título de *La Revolución y los revolucionarios*, en el 2005. Los volúmenes fueron acompañados por estudios introductorios de Friedrich Katz, Álvaro Matute y el propio Garciadiego, así como de la semblanza biográfica del autor por Ro-

berto Espinosa de los Monteros. En esta segunda edición se incorporan los textos de Enrique Semo, Salvador Rueda, Luis Barrón, Pedro Salmerón y Felipe Ávila, de manera que cada volumen cuenta con su propia introducción.

La presente obra fue realizada por el joven historiador José C. Valadés en entregas semanales para los periódicos *La Opinión* y *La Prensa*, publicadas en Los Ángeles y San Antonio, de 1927 a 1941. Sus artículos están apoyados en fuentes primarias inaccesibles e inéditas en los años en los que Valadés las dio a conocer. Realizó entrevistas magníficas a los revolucionarios exiliados. Supo hacer preguntas atinadas, y reseñó la visión personal de las vivencias, recuerdos, anécdotas, valoraciones y juicios de esos protagonistas. Así Valadés fue pionero de la historia oral, disciplina que se desarrollaría notablemente en las décadas siguientes.

Con rigor en la investigación histórica y el análisis, su obra está destinada por igual al público especialista que al lector general interesado en el proceso revolucionario. Es una fuente de datos originales.

En la presente edición corregida y aumentada con prólogos que acompañan a cada volumen, los historiadores destacan los aspectos que les parecen más relevantes de la obra de José C. Valadés como historiador, así como el contenido histórico del que trata cada tomo.

Friedrich Katz, en el primer volumen, destaca el notable esfuerzo de rescate de fuentes hecho por Valadés, en una época en donde la mayoría de ellas estaba todavía en manos de sus protagonistas. Subraya la importancia de los materiales dados a conocer por el autor, relacionados con los movimientos de oposición al régimen de Díaz, entre ellos la rebelión de Tomóchic.

Katz concluye que, al analizar ése y otros levantamientos, se entiende mejor por qué la revolución maderista pudo infligir de-

rrota tras derrota a las tropas federales en Chihuahua, gracias a las experiencias armadas previas y a la tradición de lucha de esos sectores. Refiere la riqueza del archivo de Ramón Corral y de los documentos publicados por Valadés, en los cuales se encuentran múltiples ejemplos de la forma en la que el régimen de Díaz reprimía a sus opositores, particularmente la forma en que persiguió al reyismo y al maderismo en su etapa electoral. Todo esto explica la gran confusión de algunos de los gobernadores para resolver los desafíos políticos planteados por un fenómeno que cambió su rutina.

En el segundo tomo de la nueva edición, Felipe Ávila destaca el valor de los testimonios publicados por Valadés relacionados con el maderismo. Con ellos, el lector puede tener una mejor comprensión de lo complejo que fue ese movimiento. Estos testimonios echan por tierra las ideas prevalecientes que ponen en duda el liderazgo y la firmeza de Madero en la conducción de su ejército y en las negociaciones de paz con el gobierno de Porfirio Díaz.

De manera particular, Valadés describe la difícil trama que rodeó esas negociaciones, las tensiones y diferencias en el bando revolucionario y la decisión de Madero para conseguir la renuncia de Díaz y el establecimiento de un gobierno de transición.

Ávila refiere cómo el autor muestra el lado humano del personaje a través de la correspondencia entre el líder de la Revolución y su esposa Sara Pérez, así como varios de los cuadernos personales de Madero, en los cuales se observa su altruismo.

En la segunda parte de este volumen, se ofrece una detallada reconstrucción de los últimos días del presidente Madero, en los que el historiador sinaloense critica y demuestra la falsedad de la versión oficial que presentó el gobierno de Huerta para justificar el magnicidio. Ávila termina su presentación resaltando la importancia histórica de

las entrevistas que Valadés hizo a Félix Díaz, uno de los protagonistas centrales de la contrarrevolución.

En la presentación al tomo tercero, Javier Garciadiego señala que el valor de esta obra de Valadés es doble, puesto que “está hecha con las versiones de algunos de los temporal y relativamente vencidos del proceso revolucionario y se refiere a personajes de todas las facciones, sin preferencias ni partidanismos. Así la visión de la Revolución Mexicana de José C. Valadés es novedosa y plural”.

Del contenido de este volumen dedicado a la revolución constitucionalista, Garciadiego destaca la importancia de los testimonios y documentos de Querido Moheno, político reyista, antimaderista y miembro del gabinete huertista; los de Eliseo Arredondo, secretario de Gobernación y agente confidencial de Carranza en Washington; de Francisco Murguía, el destacado general carrancista que participó en las batallas contra Francisco Villa en El Bajío en 1915; así como las largas entrevistas que el autor hizo a Joaquín Amaro.

En el tomo cuarto, Luis Barrón escribe que José C. Valadés, “de familia de periodistas, con un interés y vocación por la historia y una pluma exquisita, tenía la combinación perfecta de talentos para lograr una obra que, por mucho, se adelantó a sus tiempos”.

Destaca que Valadés fue pionero en el ejercicio profesional de la historia y que lo que escribió es una combinación virtuosa de investigación académica rigurosa con una escritura muy amena que cumple cabalmente con sus propósitos de difundir la historia. Sus escritos se fortalecen por su talento de periodista a través de memorables entrevistas que pudo hacerle a varios de los personajes más importantes de la gesta revolucionaria.

En este volumen aparecen las entrevistas de Antonio I. Villarreal, Pablo González y Félix Palavicini, actores centrales de la Revolución,

con cuyos testimonios y memorias se conoció por vez primera su versión de los acontecimientos en los que participaron; su información complementa, refuta o matiza lo que se sabía de ellos hasta esos momentos.

En el quinto volumen, Salvador Rueda destaca también la combinación de talentos de Valadés como historiador meticuloso y como divulgador de la historia, en donde su prosa muestra “su composición clara, el cuidado en la economía de adjetivos y el raro uso de escenas de desperdicio”. El historiador nos entrega una serie de ensayos cortos destinados a todo público que esperaba la continuación de sus relatos en sus entregas semanales.

Rueda señala que en los “ensayos reunidos en un solo tomo, no se quiso traicionar el tono cordial y sin planes preconcebidos que debió imprimirles Valadés al llevarlos a la imprenta”. Destaca también el papel del autor como precursor de la historia oral.

Sobre el contenido de este volumen, nuestro prologuista apunta que lo que dividía a los convencionistas de los constitucionalistas no era la pugna entre sus caudillos, sino “los mecanismos mismos del funcionamiento republicano” que sostenían unos y otros.

El historiador concluye que en la historia de Valadés aparecen también la geografía, los contextos, las circunstancias, la subjetividad de los personajes, sus ideas, su conducta, en ocasiones incluso su crueldad, para trazar la historia de los convencionistas, la fracción revolucionaria derrotada. Presenta importantes testimonios para entender el convencionismo, el zapatismo y el villismo, mediante las voces de Roque González Garza, Gildardo Magaña y Austreberta Rentería, la viuda de Francisco Villa.

Ofrece también información fundamental que contribuye a esclarecer el asesinato de Paulino Martínez, el líder de la delegación zapatista a la Convención de Aguascalientes, muerto en circunstancias

muy confusas en diciembre de 1914, durante la ocupación convencionista de la ciudad de México.

Hace asimismo la narración de la muerte de Eufemio Zapata, el hermano de Emiliano, muerto como consecuencia de las fricciones, purgas y venganzas que asolaron al zapatismo en su derrota ante el constitucionalismo.

Finalmente, Rueda destaca el retrato íntimo que Valadés ofrece de la figura de Francisco Villa, mediante las voces de su viuda y de su amigo Alfonso Gómez; al igual que el epistolario de Felipe Ángeles, el famoso artillero y principal consejero de Villa, y del gobernador de Sonora, José María Maytorena.

Álvaro Matute, en su presentación al tomo sexto, hace notar la monumentalidad de la obra historiográfica de Valadés, por la amplitud de los temas que investigó y la profusión de las fuentes que rescató y utilizó. Lo cataloga como periodista-historiador que combina ambos saberes de manera notable. Subraya que el oficio de periodista lo capacitó para emprender después su vasta obra historiográfica.

En este volumen se presentan las voces de los protagonistas fundamentales de la década de 1920, dominada por Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, en donde se escucha a los actores principales como Adolfo de la Huerta, Plutarco Elías Calles, Miguel Alessio Robles, Aurelio Manrique, José María Maytorena y Jorge Prieto Laurens.

Matute concluye que el exilio de muchos de ellos fue el telón de fondo que Valadés quiso mostrar, la forma en que vivían cuando él los conoció y entrevistó, con lo que logró establecer un puente entre el pasado y el presente.

En el prólogo al tomo séptimo de esta colección, que lleva por título *El Estado constitucional. Ajustes internos*, Pedro Salmerón llama la atención acerca de la gran laguna historiográfica que hay sobre

Álvaro Obregón, “un personaje indispensable para la comprensión del México contemporáneo”. Señala que aunque hay varios estudios sobre su participación en la Revolución y su ascenso al poder, hace falta una investigación de su ejercicio de gobierno.

Acerca de Obregón, Salmerón señala que el objetivo central del caudillo en el poder fue el fortalecimiento del Estado, política y económicamente. Labor que llevó a cabo con un equipo gobernante integrado no sólo por el grupo sonorenses, sino por diversos revolucionarios que confluyeron en la Soberana Convención Revolucionaria en Aguascalientes en 1914.

El historiador del villismo destaca que en este tomo Valadés ofrece varias perspectivas para acercarnos a ese decisivo periodo dominado por Obregón, el caudillo por antonomasia de la Revolución, y para conocer a dos de los generales que se atrevieron a desafiarlo, Francisco R. Serrano y Arnulfo R. Gómez, así como para entender la difícil situación política que generó su desaparición.

Enrique Semo, en la introducción al octavo y último tomo de *La Revolución y los revolucionarios*, que lleva por título *El Estado constitucional. Su consolidación*, destaca la visión de Valadés sobre el periodo cardenista y el gobierno de Manuel Ávila Camacho. Considera que lo que expresa del presidente Cárdenas y de su gobierno es “una posición a la vez positiva y valientemente crítica”.

Semo subraya la agudeza del historiador al advertir lo novedoso de la relación directa que Cárdenas estableció con la gente, la forma en que la escuchaba para actuar después, buscando resolver desde el Estado sus necesidades. También destaca lo cuidadoso que era el presidente Cárdenas para expresar su ideología, a pesar de lo cual llevó a cabo transformaciones populares sustanciales basadas en su carisma y en su férrea voluntad. Aunque critica que esas transformaciones fueron hechas sin un plan general.

De acuerdo con el historiador, Valadés consideraba al cardenismo como un gobierno “bien intencionado, profundamente humanista, pero falto de un plan general coherente de cambios radicales para el desarrollo de México”. Semo concluye su introducción reiterando la aguda percepción de Valadés. En su opinión la obra periodística de éste tiene su continuidad orgánica en su obra histórica.

A la par de sus actividades políticas y sociales, la pluma de Valadés no descansó jamás. Sus artículos de análisis político fueron causa de debates nacionales. Se despidió de la política y del periodismo en el número conmemorativo de *Hoy* de 1951. Su práctica política y de luchador social le dotó de un rico instrumental para entender y escribir la historia de la Revolución.

Nuestro autor nos legó una obra integral; consideró inseparables la historia política, la económica y la social, además de la cultural. Su obra es inmensa, no sólo por volumen sino por su calidad, ya que está fundamentada en acuciosa investigación documental y tiene la congruencia y unidad producto del trabajo de un solo hombre, sin ayudantes. Además del mérito de haberla realizado sin el patrocinio de institución alguna.

A lo largo de sus obras, Valadés destaca la necesidad de hacer la revisión histórica de México superando el maniqueísmo, mediante el trabajo con fuentes primarias.

En sus primeras obras, bajo la perspectiva marxista, consideró que la Revolución Mexicana no había contado con un plan específico para acabar con la pobreza. En sus últimos escritos, aún inéditos, continúa su visión crítica. En los apuntes titulados: *Idea de una nueva sociedad mexicana*,³ plantea la necesidad de una profunda revisión histórica y estructural del país, ante la lacerante pobreza que sufre su población.

³José C. Valadés, *Idea de una nueva sociedad mexicana*, inédito, 1970.

En el final de su vida vino a confirmar lo que se había planteado al principio de la misma, que la Revolución no había logrado resolver las diferencias sociales entre los mexicanos, ni había tenido un programa integral para lograrlo.

Todas las revoluciones dejan asuntos pendientes. La primera revolución mexicana, la maderista precedida de la magonista, logró acabar con la dictadura porfirista; la revolución constitucionalista acabó con los restos del antiguo régimen, personificado en la usurpación huertista. Las demandas obreras y campesinas se recogieron por vez primera en el constitucionalismo mundial, en la Constitución de 1917. Durante el gobierno de Cárdenas culminó el reparto agrario. Pero faltó, como afirma Valadés, un programa orgánico para abatir la pobreza.

La abundante obra del historiador José C. Valadés fue resultado de una vida intensa y polifacética, producto no sólo de la teoría, sino de la práctica política; es una lectura obligada para comprender la Revolución Mexicana.

PATRICIA GALEANA
*Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México*

•

FACSIMIL

LA REVOLUCIÓN Y LOS
REVOLUCIONARIOS

TOMO VI

EL ESTADO CONSTITUCIONAL. SUS INICIOS

ARTÍCULOS, ENTREVISTAS Y REPORTAJES
DE JOSÉ C. VALADÉS

Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México



MÉXICO, 2010

Memorias y testimonios

ÍNDICE

PRÓLOGO	
La forja de un historiador	
Álvaro Matute	II
UN RELATO DEL GENERAL RAMÓN B. ARNÁIZ	
Cómo capturaron a Manuel M. Diéguez, en 1920	19
EL GOBIERNO DE FRANCISCO J. MÚGICA EN MICHOACÁN	
Múgica hace dieciocho años	27
CARRILLO PUERTO Y EL SOCIALISMO EN YUCATÁN	
Felipe Carrillo Puerto, el tipo del líder	49
GOBIERNO DE ADOLFO DE LA HUERTA	
Don Adolfo dice cómo cayó Cantú	61
SALVADOR ALVARADO EN 1922 Y SU REBELIÓN CON MIEMBROS DE LA CGD	
Una revolución que no pasó de ser proyecto	73

LA REBELIÓN DELAHUERTISTA A TRAVÉS DE LAS MEMORIAS POLÍTICAS DE JORGE PRIETO LAURENS			
Memorias políticas de Jorge Prieto Laurens (cap. I)	86		
Memorias políticas de Jorge Prieto Laurens (cap. II)	93		
Memorias políticas de Jorge Prieto Laurens (cap. III)	101		
Memorias políticas de Jorge Prieto Laurens (cap. IV)	111		
Memorias políticas de Jorge Prieto Laurens (cap. V)	125		
Memorias políticas de Jorge Prieto Laurens (cap. VI)	141		
Memorias políticas de Jorge Prieto Laurens (cap. VII)	159		
Memorias políticas de Jorge Prieto Laurens (cap. VIII y último)	177		
LA REBELIÓN DE MARCIAL CAVAZOS EN 1923			
Una carta de su hermano, don Cástulo, relata los últimos días del gran guerrillero	197		
LA MUERTE DE UN GENERAL: LÁZARO ALANÍS			
Una página siniestra de la Revolución mexicana (cap. I)	209		
Apogeo de la campaña en Hidalgo (cap. II)	217		
A marrazos fue muerto Alanís (cap. III y último)	225		
EL MOVIMIENTO OBRERO MEXICANO: VISIONES DE ALGUNOS LÍDERES			
La correspondencia privada de los líderes del proletariado. Albores del movimiento social (cap. I)	235		
La correspondencia privada de los líderes del proletariado. Los comienzos de Luis N. Morones (cap. II)	245		
La correspondencia privada de los líderes del proletariado. Múgica en el Partido Comunista (cap. III)	255		
La correspondencia privada de los líderes del proletariado. Primeras cartas de los líderes (cap. IV)	265		
La correspondencia privada de los líderes del proletariado. Constantes peticiones de dinero (cap. V y último)	277		
VICENTE FERRER ALDANA NARRA SU EXPERIENCIA REVOLUCIONARIA			
Figuras oscuras de la Revolución mexicana (cap. I)	292		
El trabajo inicial del comunismo en México (cap. II y último)	297		
OBREGONISMO			
El buen humor del presidente Obregón	311		
		ENTREVISTA A BRITO FOUCHER	
		Una entrevista con el exterminador del garridismo en Tabasco	321
		DE CRISTEROS	
		Cómo y quiénes volaron el monumento a Cristo en Silao	331
		LOS SECRETOS DE LA DIPLOMACIA MEXICANA	
		Amenaza de guerra con EEUU (cap. I)	341
		El conflicto de 1926 con EEUU (cap. II)	349
		La actuación de <i>mister</i> Morrow (cap. III)	357
		Historia del caso de El Chamizal (cap. IV y último)	365
		INTIMIDADES DEL CALLISMO	
		Las renunciaciones del ministro Pani	375
		CALLES CONTRA OBREGÓN	
		Dos veces pretendió Calles sublevarse contra Obregón	387
		ENTREVISTA REALIZADA A PLUTARCO ELÍAS CALLES	
		Cárdenas visto por Múgica. Interesantes revelaciones (cap. I)	399
		Cárdenas visto por Múgica. Su debut como político (cap. II)	407
		Cárdenas visto por Múgica. Quería ser líder obrero (cap. III y último)	415
		AURELIO MANRIQUE NARRA LA SUBLEVACIÓN CEDILLISTA	
		Cómo se iba a sublevar Cedillo contra Calles	425
		MIGUEL ALESSIO ROBLES ANALIZA A CALLES	
		El Gral. Calles no volverá	437
		LEOPOLDO RUIZ Y FLORES, ARZOBISPO DE MICHOACÁN Y DELEGADO PAPAL EN MÉXICO, NARRA LAS RELACIONES ESTADO-IGLESIA	
		Revelaciones del delegado papal en México (cap. I)	447
		Revelaciones del delegado papal en México (cap. II)	455
		Revelaciones del delegado papal en México (cap. III y último)	463

PRÓLOGO

LA FORJA DE UN HISTORIADOR

ÁLVARO MATUTE*

José C. Valadés es autor de una historia monumental de la Revolución mexicana. Llama la atención por tratarse de un trabajo unipersonal. No contó con colaboración alguna para llevarla a cabo. Si se examina con cuidado la copiosa bibliografía que exhiben los diez tomos que la integran, se advierte que está formada por un repertorio muy amplio de libros, folletos, artículos y compilaciones documentales, así como material inédito, que no deja lugar a dudas. Se trata de una bibliografía que, si alguien tiene la curiosidad de desplegarla y ordenarla alfabéticamente, sería un trabajo ya de por sí aportativo. Es difícil encontrar a alguien capaz de igualar a Valadés en el conocimiento y manejo de un repertorio de tal magnitud. Y sin embargo, la bibliografía y la documentación no hacen al historiador. Faltaría el otro elemento, el que lo llevó a idear esa historia, a tener la voluntad de emprenderla, a introducirse en una infinidad de detalles, sin perder la ruta que le marca una brújula cuyo imán fue establecido por él mismo.

Recientemente, en el campo de la teoría de la historia, se ha puesto de manifiesto el valor de la experiencia histórica, que comparte y no elementos con

*Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

la vivencia diltheyana. Esta última categoría, la vivencia, fue elemento clave para la hermenéutica desarrollada por el pensador alemán y puesta en práctica por sus sucesores. La experiencia histórica, según la caracteriza Franklin Ankersmit, es de alguna manera algo paralelo a la *erlebnis*, pero él insiste en que no se trata de lo mismo, aunque sí es un referente vital. Para el caso de Valadés, puede bastar con el concepto de experiencia comúnmente aceptado por el uso del lenguaje ordinario. ¿Cuál es la experiencia del mazatleco José Cayetano Valadés con respecto a la historia de la Revolución mexicana?

En diversos escritos he colocado a Valadés en su horizonte generacional. Si bien su trayectoria vital fue compartida con la fase armada de la Revolución y los años subsiguientes, no lo hizo pertenecer a la generación de los protagonistas propiamente dichos, esto es, aquellos que antes de escribirla hicieron la Revolución. El joven de Mazatlán no tenía edad suficiente para acompañar a quienes tomaron las decisiones que influyen en la crisis del porfirismo, el maderismo, el huertismo y el carrancismo. Sin embargo, su vida corre paralela a estos periodos políticos. No todos son vividos de manera consciente por él, sino que los vive en la pasividad de la infancia, que al caminar hacia la juventud se va haciendo activa, participante.

Además, para solaz de los lectores, don José nos legó sus *Memorias de un joven rebelde*, en las cuales nos da el trazo de su juventud, la rememoración de su integración a la vida política desde la militancia anarquista, anarcosindicalista y finalmente comunista, al tratar a personajes como Vicente Ferrer Aldana, Manabendra Nath Roy y Sen Katayama, para mencionar a algunos de los que dejaron huella en su vida. Valadés prefigura su destino, compartido al principio con su amigo Eduardo Delhumeau, al introducirse en las imprentas, cuando hacer un periódico de tiraje corto, fruto de la militancia, implicaba familiarizarse con los talleres, la tinta, los plomos, las cajas. Después, la práctica periodística. Esto hará José C. Valadés como opción vocacional. En esta actividad destacará, pero lo hará como una suerte de periodista-historiador. Desde luego, no toda su labor periodística es parahistoriográfica, pero sí la más significativa de ella, ya por tratarse de un periodismo reconstructivo de los acontecimientos del pasado inmediato, o del propio presente abordado como historia trascendente, esto es, con conciencia histórica, estableciendo su im-

portancia. Además, es un periodista-investigador que no sólo pregunta a sus entrevistados con conocimiento de causa, sino que se advierte que ese conocimiento expresa una indagación previa que trata de llevar a sus últimas consecuencias cuando aborda al personaje, o cuando da a conocer documentos trascendentes.

En el tiempo en el que Valadés produjo su trabajo periodístico referido al presente y pasado inmediato del México revolucionario, historiadores ya consagrados, o en vías de serlo, no desdeñaban publicar sus avances en la prensa periódica. Piénsese en Victoriano Salado Álvarez o en Luis Chávez Orozco, muchos de cuyos libros fueron dados a conocer en las páginas de los diarios. Había lectores para la historia, como siempre ha habido, y había quienes les correspondían ofreciendo trabajos que no desmerecen ante ninguna exigencia del saber inspirado por la musa Clío. La muestra la da el hecho de que, ya recopilados, los artículos son capítulos o partes de los libros, y éstos son la unidad que sus autores concibieron y que las circunstancias los llevaron a compartirlos con los lectores de los diarios. El libro los sacraliza al darle a los materiales la permanencia que requieren, para que no queden al azar efímero de los materiales periodísticos.

El periodista-historiador, o historiador-periodista, es un personaje habitual en la prensa mexicana de los años veinte a los cincuenta. En el periódico hay historia escrita, además de la información que nutrirá la historia que se investigue posteriormente.

El cotejo entre la labor periodística y la historiográfica de José C. Valadés propicia muchas preguntas y ofrece igual número de respuestas. La que acaso se presenta como la más obligada es si Valadés hubiera podido escribir su historia monumental de la Revolución sin que mediara previamente la enorme experiencia obtenida en su trabajo de entrevistador, reportero, compilador de documentos a los que tuvo acceso gracias al trabajo periodístico y que transcribió en la prensa. Desde luego que no, ya que en los años veinte y treinta de su siglo pre-escribió esa historia; digamos que al elaborarla, *pasó en limpio* una serie amplia de trabajos que ya le habían permitido transitar no sólo en el conocimiento de los hechos, sino en el de las diferentes versiones de quienes los vivieron. Esto es, tuvo un gran conocimiento de las personas y de los do-

cumentos producidos por ellas o a partir de ellas. Y una clave fundamental la proporciona la palabra exilio.

Valadés vivió una etapa de su vida en Los Ángeles y desde ahí se convirtió en colaborador de los periódicos Lozano que se publicaban en la propia ciudad californiana y en San Antonio, Texas. *La Opinión* y *La Prensa* fueron órganos fundamentales en los que se dio a conocer la versión contraoficial de la Revolución, la visión de los vencidos, exiliados en esas y otras ciudades cercanas a la frontera. Contra el lugar común que señala que la historia es escrita por los vencedores, sin reparar en Tucídides, la historia que más se acerca a la autenticidad viene de la voz de los vencidos. Su vivencia es fundamental para matizar, e incluso contradecir, las versiones oficiales. En esos periódicos se publicó lo que no se podía dar a conocer en los periódicos mexicanos. Tómese en cuenta el destino de *La sombra del caudillo*, cuya versión periodística no pudo ser publicada completamente en *El Universal*, de la Ciudad de México, sino solamente en *La Opinión*. Después vendría la versión en libro, publicada, a su vez, en España, no sin los reclamos oficiales contra la empresa editorial Espasa-Calpe. En la prensa mexicana estaban proscritos muchos nombres, por ejemplo, los de Francisco Serrano y Arnulfo R. Gómez, sobre cuyas muertes no se podía escribir libremente. Valadés sí lo hizo en los periódicos mencionados, así como dio voz a los delahuertistas vencidos y se refirió a las muertes de generales como Cavazos y Alanís.

Los materiales reunidos en este volumen, que abarca desde el ascenso de Álvaro Obregón hasta el final del gobierno de Lázaro Cárdenas, son para Valadés historia vivida, ya en faz adulta, y recreados a partir de la voz de los protagonistas; el desfile de nombres es impresionante: José Vasconcelos, Aurelio Manrique, José María Maytorena, Jorge Prieto Laurens, Leopoldo Ruiz y Flores, Santiago de la Vega, Adolfo de la Huerta, para hacer referencia a algunos de los entrevistados. Ellos mismos y otros personajes, desaparecidos, constituyen la temática de las entrevistas y reportajes aquí reunidos, así como los materiales ajenos dados a conocer, como lo son las memorias de Prieto Laurens y los archivos de Francisco R. Serrano y Arnulfo R. Gómez.

Valadés aprovechó a los exiliados, se acercó a ellos y los hizo hablar o les hizo franquearle documentos. El caso es que con ellos trazó un seguimiento de

hechos contemporáneos, desde luego incómodos para los hombres del poder mexicano, o bien abrió expectativas sobre las perspectivas que se le presentaban al país en el sexenio cardenista y en la sucesión presidencial de 1940, con la que concluyen los materiales. En ese plano, del general Francisco J. Múgica aparecen noticias, tanto de su experiencia como gobernador michoacano, luego perseguido por Obregón, su presencia al lado del general Cárdenas y su precandidatura presidencial en 1939-1940.

Como recopilación, no hay una reconstrucción histórica lineal, sino la recreación de diversos momentos clave en la trayectoria política nacional. En cuanto a los tiempos de su escritura, van de 1929 a 1940, con referencia, como ya se apuntó, a hechos iniciados un decenio antes del inicio de la elaboración de los textos, no sin alguna a sucesos anteriores que permiten enmarcar y comprender mejor lo asentado. En ese plano, por ejemplo, también hay memoria personal de Valadés, de la que luego dará cuenta en las citadas *Memorias de un joven rebelde*, sólo que en el caso de la reconstrucción periodística, para ilustrar la trayectoria de las luchas obreras que desembocarán en los inicios del Partido Comunista Mexicano, en los que el propio Valadés tuvo presencia. Eso le permite evocar líderes, ideas y experiencias.

En este plano, el de las ideas y las experiencias, el tema del exilio se abre en las páginas de esta magna recopilación, no como la mera circunstancia aprovechada de establecer contacto con personajes que vivían fuera del país, al igual que él, sino que se aborda el cómo vivían, en qué se ganaban la vida. Hoy en día es muy común referir las clases de canto que impartía el ex presidente De la Huerta, pero esas noticias dadas en 1930 eran novedad y podían tener impacto en la opinión pública. Además, Valadés da constancia de que no era un maestro mediocre, dada la calidad de los alumnos que acudían a él. El profesor Aurelio Manrique se desempeñaba como traductor de varias lenguas y, en un momento dado, se da el reencuentro de él con su antiguo adversario político y paisano Jorge Prieto Laurens, a quienes la circunstancia del exilio hace superar la antigua rivalidad y trivializarla en anécdotas. Todo eso le da sentido a un texto que aparece casi al final de la recopilación: un artículo en el que clama don José por el reconocer derecho a voto a los mexicanos que viven en el extranjero. Éste data de marzo de 1939 y es altamente significativo.

En suma, puede advertirse que gran parte de los capítulos que integran los tomos del 7 al 9 de la *Historia general de la Revolución Mexicana* —con algunos elementos del 6— ya había sido no sólo escrita sino, lo más valioso, experimentada por su autor en la relación con los personajes y los documentos de participantes en la acción política de México que le permiten establecer siempre un diálogo y puente entre el pasado inmediato y el presente. No obstante, la lectura de uno no excluye la del otro: uno es la construcción de una historia desde la prensa, hecha con base en fragmentos, si bien unitarios, en los que penetra en las personas y sus hechos; la otra es la visión general que recupera muchas de las experiencias recogidas y las inserta en un curso que no aparece en el trabajo periodístico.

La última consideración que debe hacerse es la referencia a los periódicos que fundó y animó el regiomontano Ignacio E. Lozano en Los Ángeles —*La Opinión*— y en San Antonio —*La Prensa*— que constituyen unas de las mejores fuentes para la historia no oficial de la Revolución. Ahí está la voz y la memoria de la gente del exilio. Ciertamente, en esos años su circulación se hallaba limitada a sus propios radios de acción y por ello ni sufría persecuciones ni influía en los ánimos opositores de este lado de la frontera.

El rescate de las colaboraciones de José C. Valadés escritas en poco más de un decenio revelan no sólo el ejercicio de un periodismo de calidad, penetrante, comprometido, sino también la manifestación de una conciencia histórica temprana, que fructificaría precisamente a partir de ese decenio. Los varios centenares de páginas ahora reproducidas no tienen desperdicio.

UN RELATO DEL GENERAL
RAMÓN B. ARNÁIZ

CÓMO CAPTURARON A MANUEL M. DIÉGUEZ, EN 1920

EL GENERAL ARNÁIZ, AUTOR DE LA APREHENSIÓN,
RELATA ESTA PÁGINA DE LA REVOLUCIÓN OBREGONISTA

El siguiente relato sobre la forma como fue aprehendido en la ciudad de Guadalajara, en 1920, el general de división Manuel M. Diéguez, fue hecho a un redactor de los Diarios Lozano, por una de las personas que tomaron parte en ella

El general Ramón B. Arnáiz, personalmente y por medio de un golpe de audacia, capturó al divisionario jalisciense al mismo tiempo que tomaba la plaza de Guadalajara

—*Capitán, escoja usted a treinta de los mejores muchachos*—ordenó el coronel Ramón B. Arnáiz al capitán Pedro Cota.

Cota partió a cumplir la orden, mientras que el coronel llamaba a un grupo de oficiales y les daba a conocer su resolución de aprehender al general de división Manuel M. Diéguez.

Después de haber combatido, en un punto llamado La Lobera, Zacatecas, a las fuerzas en rebelión contra Carranza, el coronel Arnáiz había llegado a

Guadalajara en las primeras horas del día 8 de mayo de 1920, a bordo de un tren especial y al frente de seiscientos hombres.

Inmediatamente después del combate de La Lobera, Arnáiz había recibido órdenes de concentrarse en la capital de Jalisco, con el objeto de tomar parte del cuerpo expedicionario que, a las órdenes del general Diéguez, había de partir al estado de Sonora a combatir a los revolucionarios encabezados por el gobernador Adolfo de la Huerta. Pero cuando el tren especial caminaba entre Irapuato y Guadalajara, el coronel llamó a varios de los oficiales de sus fuerzas y les dio a conocer su decisión de unirse al movimiento rebelde y de apoderarse por sorpresa de la capital de Jalisco.

La empresa no podía ser menos arriesgada. En Guadalajara estaba el cuartel general de Diéguez, quien contaba con más de cinco mil hombres, perfectamente armados y municionados. Sólo un audaz golpe podía hacer triunfar a los nuevos revolucionarios.

El tren especial que conducía a las tropas de Arnáiz entró silenciosamente en el patio de la estación de Guadalajara. El patio estaba lleno de locomotoras y de carros entre los cuales iban y venían jefes y oficiales que daban órdenes.

PLANES PARA LA TOMA DE LA PLAZA

Cuando Arnáiz dio órdenes al capitán Cota para que reuniera a treinta hombres de los mejores de sus fuerzas, los planes para la toma de la plaza estaban ya formulados.

La tropa recién llegada había sido desembarcada. A unos cuantos metros de distancia se encontraba un largo convoy, formado por varios lujosos carros en uno de los cuales estaba el general Diéguez, acompañado de su estado mayor y de varios altos jefes. El carro del divisionario estaba escoltado por un grupo de soldados.

Minutos después de haber recibido la orden, el capitán Cota se presentó a Arnáiz y le dijo:

—*Mi coronel, los treinta hombres están listos.*

—*¿Son de los mejores?* —interrogó Arnáiz.

—*De los mejores, mi coronel.*

—*Mayor* —dijo Arnáiz, dirigiéndose al mayor Crespo, uno de sus lugartenientes—, *voy a avanzar sobre el carro del general Diéguez. Coloque usted al resto de la gente en línea de tiradores. Cuando me vea a la cabeza del tren, avanza. Si escucha tiros, avanza usted a paso veloz, y ya sabe qué hacer.*

—*Muy bien, mi coronel.*

Había llegado el momento solemne.

Treinta hombres iban a aprehender a uno de los militares más poderosos de México, quien se encontraba perfectamente escoltado y acompañado de su brillante estado mayor. Seiscientos revolucionarios iban a caer sobre más de cinco mil hombres, perfectamente armados y municionados, que tranquilamente se encontraban en los cuarteles de Guadalajara, ajenos al movimiento que se iniciaba en el patio de la estación.

Arnáiz se puso al frente de sus treinta hombres y ordenó:

—*¡Tercien!... ¡Armas!...*

Llevando ya el cartucho cortado, los hombres siguieron a su jefe, que avanzó a lo largo del inmenso tren del general en jefe.

Cuando el grupo de Arnáiz apareció en la cabeza del tren, el centinela que se encontraba de guardia al pie del carro de Diéguez gritó:

—*¡Guardia, tropa armada!*

El coronel Arnáiz avanzó paso a paso hasta el carro del divisionario, ordenando a su gente:

—*¡Alto!*

Se acercó al oficial de la guardia y le preguntó por el general en jefe.

LA CAPTURA

En esos momentos, Diéguez apareció en la plataforma de su carro y, dirigiéndose a Arnáiz, le dijo:

—*¿Qué deseaba, coronel?*

De un salto, se puso Arnáiz en la plataforma, contestando:

—*General, vengo a preguntar a usted por el paradero del señor Carranza.*

—El señor presidente de la República se encuentra en la Ciudad de México, coronel —repuso el general en jefe, con severidad.

—Tengo noticias de que el señor Carranza abandonó la capital de la República —agregó el coronel.

—¿Y quién es usted para hablarme en esa forma?

—General, he tenido conocimiento de que el señor Carranza ha abandonado la Ciudad de México y, por lo tanto, ha dejado la presidencia de la República... —continuó Arnáiz.

—¿Y quién es usted? ¿No sabe que me está faltando al respeto? ¿Quién es usted? —gritó Diéguez mientras que con un pequeño fuste que llevaba en la mano daba un fuerte golpe sobre la puerta del carro.

—General —dijo con energía Arnáiz—, el señor Carranza ha abandonado la presidencia y, por lo tanto, he resuelto adherirme al Plan de Agua Prieta.

—¿Qué dice usted?

—Que es mi prisionero. No se mueva usted porque al menor movimiento quedará muerto —agregó el coronel, apuntando al divisionario con un revólver—: Ahora entrégueme su pistola.

Diéguez entregó una pequeña pistola, al mismo tiempo que un soldado rebelde, impaciente, gritaba:

—¡Viva el general Obregón!

Al grito del soldado siguieron otros y luego varios tiros.

Los soldados a las órdenes del mayor Crespo, que habían avanzado a paso veloz, llegaron frente al carro. Por unos instantes reinó la confusión.

Los oficiales del estado mayor del general en jefe salieron a la plataforma, pero rápidamente fueron desarmados.

Los soldados que escoltaban el carro pretendieron parapetarse para hacer resistencia, pero rápidamente, tras un ligero tiroteo, quedaron desarmados.

—¡Que no se derrame sangre! —intervino Diéguez cerca del coronel.

—¡Son sus soldados los que están tiroteando a mis tropas, pero ya sabe que si el asunto se pone color de hormiga, usted es de los primeros que caen! —le respondió Arnáiz.

Diéguez no contestó.

EL AVANCE A LA CIUDAD

La estación de Guadalajara había quedado en poder de los revolucionarios, mientras en la ciudad se encontraban acuartelados varios miles de hombres.

Después de haber recogido gran número de ametralladoras y de parque que se encontraban en el tren, el coronel dejó una pequeña escolta en la estación y, al frente de sus hombres, avanzó hasta el centro de la ciudad por la avenida 16 de Septiembre.

La columna, dispuesta para el ataque, llevaba a la vanguardia una sección de ametralladoras. El general Diéguez y los miembros de su estado mayor fueron colocados al centro.

Pero antes de salir de la estación, el divisionario suplicó a Arnáiz:

—Coronel, quiero que me permita usted hablar a sus soldados.

—Puede usted hacerlo, general; pero le advierto que cualquier intento de evasión o de sublevar a la gente le costará la vida.

Con voz fuerte, el prisionero habló a los soldados unas cuantas palabras, recomendando prudencia y pidiendo que se evitaran fricciones con las tropas que estaban en los cuarteles. Diéguez terminó de hablar y, silenciosamente, se colocó en el centro de la columna.

Los sublevados siguieron por la calle 16 de Septiembre hasta la calle Benito Juárez, volviendo a la izquierda hasta el cuartel Guerrero.

El jefe de la sublevación ordenó que se tomaran las alturas frente a la plaza del Carmen, mientras que los prisioneros quedaban en un cuarto del cuartel con centinelas de vista.

Enseguida, el coronel Arnáiz se dirigió a la penitenciaría Escobedo, tomándola por sorpresa y ordenando la libertad de los reos políticos. Mandó aprehender al gobernador Luis Castellanos Tapia y a otros altos funcionarios del estado. Al mismo tiempo, envió comisiones a los cuarteles, para invitar al resto de los soldados federales a unirse al movimiento.

Unas cuantas horas después, la mayor parte de las tropas de la guarnición se había unido a los insurrectos y sólo el general Mateo Muñoz, que se encontraba en el cuartel Colorado, y el general Juan Domínguez, que se encontraba en un pueblo cercano, se rehusaron a adherirse a la revolución.

Sin embargo, al día siguiente, Domínguez y Muñoz quedaban unidos al movimiento; poco después la plaza era entregada por Arnáiz al general Enrique Estrada, quien había avanzado del estado de Zacatecas hasta las cercanías de Guadalajara.

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 14 de diciembre de 1930, año v, núm. 90, p. 11.

EL GOBIERNO DE
FRANCISCO J. MÚGICA EN MICHOACÁN

MÚGICA HACE DIECIOCHO AÑOS

GESTIÓN EN MICHOACÁN

Música, el combativo, se enfrentó al comando militar

DESAFÍO AL PODER FEDERAL

Una actitud que pinta el carácter del hoy candidato a la presidencia

Cualquier documento suscrito por un candidato a la presidencia de la República adquiere hoy, en plena batalla electoral mexicana, enorme importancia, pues da oportunidad al país de conocer el pasado de los hombres que aspiran a gobernarlo. El hombre puede disfrazar con literatura política —tan propia siempre para el caso— sus verdaderos proyectos para el futuro, pero si se sabe lo que fue en el pasado, lo que hizo en el pasado, lo que pretendió en el pasado, el mejor disfraz tendrá que dejar rostro y corazón al descubierto, mediante el conocimiento que de él, del hombre, se tenga.

Una revisión de los cientos y cientos de documentos que en largos años es reunido con la pretensión, quizá superior a mis fuerzas, de escribir algún día la historia de la Revolución mexicana, me hizo dar con una serie de importantes papeles relacionados con la actuación del general Francisco J. Música,

candidato a la presidencia de la República, durante su gobierno en el estado de Michoacán.

Se verá, a través de estos documentos, al Múgica combativo que resueltamente se enfrenta al poder militar; que riñe con el jefe de las Operaciones Militares en Michoacán, indignado por la intromisión del ejército en los negocios civiles; que no se detiene ante la fuerza de las armas para la realización de sus proyectos; que reclama, que pelea y que desafía al mismo poder federal.

“Este Gobierno le extraña que, a pesar de su reconocida serenidad y justificación, esté dando oído a las quejas que indica y que no son de su competencia, cuando los Tribunales están expeditos en el Estado, para administrar justicia y son ellos los que deben conocer de toda clase de delitos del orden común”, dice Múgica, gobernador de Michoacán, a Alfredo C. García, general y jefe de las Operaciones Militares en el estado.

Las anteriores palabras las escribió el general Múgica al jefe de las Operaciones Militares cuando éste le comunicó que “algunos grupos de agitadores están provocando la sedición entre la clase trabajadora” y que la jefatura militar “sabrà obrar con toda energía contra los mencionados agitadores”.

Los documentos, que “hablan que por sí solos”, son los siguientes:

Estado Libre y Soberano de Michoacán de Ocampo.
Secretaría General de Gobierno.
Expediente del Ramo de Guerra. Morelia. Varios asuntos en el Distrito.

Ciudadano General Francisco J. Múgica
Gobierno Constitucional del Estado
Presente

Frecuentemente se presentan en esta jefatura de Operaciones Militares que es a mi cargo, personas de reconocida honorabilidad, quejándose de que algunos grupos de agitadores están provocando la sedición entre la clase trabajadora y así, actualmente uno de dichos grupos, acompañado de una señorita, se encuentran en la hacienda del Calvario, jurisdicción de Tarímbaro de este municipio, provocando con su prédica el desorden y rebelión. Por lo mismo, he de merecer a Ud. se sirva dictar las medidas que estime prudentes, a

efecto de evitar que se altere el orden; pues si bien es cierto, que esta propia jefatura no se mezclará en asuntos políticos o administrativos, sí está en su poder como autoridad militar, reprimir enérgicamente cualquier rebelión o desorden que como consecuencia surja, sin distinción de personalidades y más aun cuando los agitadores que ese gobierno conoce están abusando del exceso de garantías que tanto ese gobierno de su merecido cargo como esta misma jefatura les han estado concediendo, pero que, llegado el caso, esta última, sin extralimitarse en sus facultades y apegada estrictamente a conservar el orden y la tranquilidad en el estado, sabrà obrar con toda energía contra los mencionados agitadores. Protesto a Ud. con este motivo mi atención muy distinguida.

Sufragio efectivo, no reelección. Morelia, a 2 de marzo de 1921.

El General Jefe de las O. M. en el Estado, Alfredo C. García.

Ciudadano Jefe de las Operaciones Militares en el Estado
Presente

Se recibió en este gobierno de mi cargo el atento oficio de Ud. número 580 de fecha 2 del actual, en el que me comunica que algunas personas de reconocida honorabilidad se han presentado ante esa jefatura de Operaciones, quejándose de algunos grupos de agitadores que están provocando la sedición entre la clase trabajadora. [A] este gobierno le extraña, que a pesar de su reconocida seriedad y justificación, esté dando oídos a las quejas que indica y que no son de su competencia, cuando los tribunales están expeditos en el estado, para administrar justicia y son ellos los que deben reconocer de toda clase de delitos del orden común. Protesto a Ud. mi atenta y distinguida consideración.

Sufragio efectivo, no reelección. Morelia, a 7 de marzo de 1921.

El Gobernador Constitucional del Estado, F. J. Múgica.

Ciudadano General Francisco J. Múgica
Gobernador Constitucional del Estado
Presente

Me refiero al segundo párrafo del atento oficio de Ud. número 1459, fechado ayer, contestación al que con todo fundamento le dirigí en vista de las continuas peticiones de ese gobierno, pidiendo se desarme a las Defensas Civiles en la jefatura de mi cargo, ha creado con personas de reconocida honorabilidad y sobre todo con aquellas que tiene necesidad de hacer se respeten sus vidas e intereses, contra los agitadores que desgraciadamente existen en este estado y que enfáticamente se hacen llamar representantes de los oprimidos, cuando en verdad no son más que unos ignorantes y pícaros que con su torpe propaganda desprestigian la buena causa en que en mala hora pusieron en sus manos los trabajadores. En el citado párrafo, me dice que le extraña que, a pesar de mi reconocida serenidad, dé oídos a quejas que no son de mi competencia, lo cual está Ud. en un error, pues aseguro a Ud. que aun cuando sus notas a la que me refiero sigan en su instancia, sólo hará acrecentar más la calma de que hago uso en el cumplimiento de mi deber. Veo, por lo mismo, que caminamos ambos en línea diametralmente opuesta, por cuyo motivo lógicamente debe deducirse que mis rectas y buenas intenciones habrán de segregarme, ya que prácticamente he demostrado a Ud. concretarme única y exclusivamente a cumplir mis obligaciones sin apartarme de la justicia, impartiendo toda clase de garantías en la esfera de mis facultades, lo que Ud. toma como intromisión indebida, al indicarme que las quejas que atiendo son de la competencia de los tribunales del estado. Muy atentamente hago de su conocimiento que sus indicaciones son improcedentes, asegurándole que no daré lugar para que se moleste en recordarme mis deberes y obligaciones. Por cuanto a las Defensas, no creo justo el desarme de las que Ud. indica, y sí, por el contrario, se les den más armas para que cuiden la tranquilidad e intereses de los pueblos, haciendas y rancherías, a efecto de que puedan dedicarse las fuerzas federales, exclusivamente a los movimientos militares y no al servicio de policía, muy necesario, por cierto, para que preste mayor garantía contra los agitadores y agitadoras que anden por los mencionados lugares. Por mi parte, ya hago del conocimiento de la superioridad, con el mayor acopio de detalles, la grave situación que puede crearse en este estado con motivo del mal encarrilamiento que se está dando al asunto social, evitándome así futuras consecuencias, dado

el diferente modo de pensar entre el digno gobierno que Ud. preside y esta jefatura de mi mando. Protesto a Ud. mi atenta consideración.
Sufragio efectivo, no reelección. Morelia, Michoacán a 10 de marzo de 1921.
El Gral. Jefe de las O. M. en el Estado, Alfredo C. García.

Estado Libre y Soberano de Michoacán de Ocampo.
Secretaría General de Gobierno.
Expediente V. A. de la Jefatura de Operaciones.

Ciudadano [Jefe] de las Operaciones Militares
Presente

Habiendo tenido conocimiento este Gobierno de mi cargo que los ciudadanos tenientes coroneles Antonio Pérez Gil y Salvador Velasco Hierro se encontraban comisionados con él, giró a usted oficio número 1254 por la Sección que despacha con fecha 26 de febrero retropróximo, a fin de que se sirviera Ud. poner a disposición del Ejecutivo a los señores citados, pero como a la fecha no se han presentado, me permito suplicar a Ud. nuevamente se sirva poner a disposición del propio gobierno a dichos militares. Renuevo a Ud. mis atenciones.
Sufragio Efectivo, No Reelección. Morelia, a 6 de abril de 1921.
El Gobernador Constitucional del Estado, F. J. Múgica.

Ciudadano General Francisco J. Múgica
Gobernador Constitucional del Estado
Presente

En contestación al atento oficio de Ud. 2092, girado por la Sección de Estado de fecha 6 de presente mes, le manifiesto que esta jefatura de Operaciones Militares a mi cargo ha dispuesto que los ciudadanos tenientes coroneles José Antonio Pérez Gil y Salvador Velasco Hierro pasen a la Ciudad de México a fin de que comprueben los grados que actualmente ostentan, en la inteligencia de que a su regreso tendré el gusto de ponerlos a su disposición. Reitero a Ud., con este motivo, mi atenta y distinguida consideración.

Sufragio efectivo, no reelección. Morelia, Mich., a 11 de abril de 1921.
El Gral. Jefe del las O. M. en el Edo., Alfredo C. García.

Ciudadano Jefe de las Operaciones Militares en el Estado
Presente

Se recibió en este gobierno de mi cargo, el oficio de Ud. número 902 de fecha 11 del mes en curso, relativo a los ciudadanos mayor Antonio Pérez Gil y Salvador Velasco Hierra, y en respuesta manifiesto a Ud. que los militares de que se trata deben de estar a disposición de este gobierno. Estima el gobierno que no compete a esa jefatura de Operaciones dar la disposición a que se refiere su nota citada y como dichos individuos se encuentran en esta ciudad, en donde se les vio el día de ayer, me permito insistir en que se sirva Ud. dejarlos desde luego a disposición del gobierno del estado. Protesto a Ud. mi atenta consideración.

Sufragio efectivo, no reelección. Morelia, a 14 de abril de 1921.
El Gobernador Constitucional del Estado, F. J. Múgica.

Estado Libre y Soberano de Michoacán de Ocampo.
Estados Unidos Mexicanos. Secretaría General de Gobierno.
Expediente, V. A. de la Jefatura de Operaciones.

Ciudadano Jefe de las Operaciones Militares en el Estado
Presente

Me permito suplicar a Ud. se sirva ordenar a la jefatura de la guarnición prevenga a su vez a los jefes de día y de vigilancia, se abstengan de molestar a los civiles y recogerles sus armas, en virtud de que este gobierno de mi cargo tiene noticias fidedignas de que han estado verificando estos últimos con invasión de las funciones de policía. Ruego a Ud. muy atentamente que en obvio de

dificultades, atienda a esta instancia, estrictamente legal. Renuevo a Ud. mis atenciones.

Sufragio efectivo, no reelección. Morelia, a 24 de febrero de 1921.
El Gobernador Constitucional del Estado, F. J. Múgica.

Ciudadano Gobernador del Estado
Presente

Me refiero a su atento oficio número 1194 girado por la Sección de Estado, con fecha 24 del mes anterior en que me indica Ud. se prevenga a los jefes de día y de vigilancia se abstengan de molestar a los civiles y de recogerles armas. En debida contestación, manifiesto a Ud. que puedo asegurarle que las veces que la fuerza de vigilancia ha tenido que intervenir en asuntos de la policía y de ese gobierno que Ud. dignamente representa, lo ha hecho basado en la poca o ninguna seguridad que presenta la gendarmería de esta plaza. Así mismo puedo asegurar a Ud. que no se ha presentado ni se dará el caso en que la referida vigilancia moleste a ningún civil sin causa justificada y sí, como salvaguarda de la plaza, está en su perfecto derecho y tiene la obligación de sofocar escándalos armados que con alguna frecuencia se suscitan en esta población. Reitero a Ud. las seguridades de mi atenta consideración.

Sufragio efectivo, no reelección. Morelia, Mich., marzo 2 de 1921.
El Gral. Jefe de las O. M. en el Estado, Alfredo C. García.

Ciudadano General, Jefe de las Operaciones en el Estado
Presente

Haciendo referencia al atento oficio de Ud. número 579 de 2 del que rige, en el que participa que las veces que la fuerza de vigilancia ha tenido que intervenir en asuntos que competen a la policía ha sido para sofocar escándalos cometidos por la misma, o por la poca seguridad que presta la referida gendarmería, tengo el honor de manifestarle que lamento que no haya podido

llegarse a un acuerdo sobre asuntos tan simples, por lo que ya se acude a la Secretaría de Marina, para lo que a bien tenga determinar. Lo digo a Ud. para su conocimiento y efectos, reiterándole mis consideraciones. Sufragio efectivo, no reelección. Morelia, a 9 de marzo de 1921. El Gobernador Constitucional del Estado, F. J. Múgica.

Estado Libre y Soberano de Michoacán de Ocampo.
Estados Unidos Mexicanos. Secretaría General de Gobierno.
Expediente del Ramo de Guerra. Tacámbaro. Varios asuntos en el Distrito.

Al Ciudadano General Jefe de las Operaciones Militares en el Estado
Presente

El C. Jefe de la Defensa Civil de Tacámbaro, en el oficio del 1º del que rige, dice a este gobierno lo que sigue: "Hónrome comunicar a Ud. que el día 30 del mes próximo pasado, al salir de la hacienda de Chupio a practicar una visita a la fábrica de aguardiente instalada en esa finca, el recaudador de rentas de Turicato, José Carrasco S., con dos empleados de la hacienda y uno de los peritos, todos estos también pertenecientes a la Defensa de mi mando, fueron devueltos por el teniente coronel Mauricio Contreras, jefe de la Guarnición Federal, y al ser requerido el recaudador sobre el motivo de su salida declaró éste no estar facultado para revelarlo, pues era comisión directa del Ejecutivo del estado y únicamente a él podía darle cuenta de sus actos. En esos momentos me presenté yo a ratificar lo que había dicho el recaudador, respondiendo el teniente coronel: «Hemos llegado a tal grado que hasta al gobierno del estado tenemos que vigilar...», palabras textuales; y para permitir la salida de dichos comisionados mandó un oficial con cinco hombres de escolta para vigilar sus actos, comisión que según indica el recaudador, cumplió al pie de la letra, pues únicamente se separó de él para hablar en secreto con uno de los empleados de la finca. La tarde de ese mismo día tuve una larga conferencia con el teniente coronel, terminando con protestas de su parte de ayudarnos en todo, pues reconocía de nuestra parte estaba la razón y la justicia". Lo que tengo el honor de trasladar a Ud., para su conocimiento y a fin de que se sirva

darle cuenta de la influencia de la intriga de las autoridades militares inferiores. Reitero a Ud. mi atenta y distinguida consideración. Suyo relativo. Sufragio efectivo, no reelección. Morelia, a 8 de abril de 1921. El Gobernador Constitucional del Estado, F. J. Múgica.

Ciudadano General Francisco J. Múgica
Gobernador del Estado
Presente

Aludiendo al contenido de su atenta comunicación número 2180, girada por la Sección de Estado, Departamento de Guerra, con fecha 8 de los corrientes, en la que sirve insertar el oficio que el C. Jefe de la Defensa Civil de Tacámbaro dirige a ese gobierno, informando acerca de la intervención que el C. Tte. Coronel Mauricio Contreras tomó en una diligencia que practicó el empleado de Rentas José Carrasco S., manifiesto a Ud. que casualmente tuve una entrevista con el C. Otelio Cuevas, jefe de las Defensas de Tacámbaro, quien me informó sobre los acontecimientos. El C. Tte. Coronel Contreras no obró fuera de sus atribuciones, al requerir al recaudador de rentas le informara de los motivos por los cuales salía acompañado de gente armada, pues dado el cargo que desempeña, tiene la obligación de conocer la causa y destino con que salga cualquier agrupación de individuos armados. Por esto verá Ud. la necesidad que hay en avisar en tales casos al jefe de guarnición, tanto para que no se le pongan obstáculos en su comisión, como para que llegado el momento en que necesite auxilio, pueda saberse el lugar en que se encuentra. Creo que Ud. estará de acuerdo con los motivos que llevo expuestos, permitiéndome indicar al mismo tiempo se haga ver a las demás defensas autorizadas por ese gobierno, pues en casos análogos al presente, den aviso al jefe más inmediato con mando de fuerza federal, a efecto de evitar esta clase de dificultades. Reitero a Ud. las seguridades de mi atenta consideración. Sufragio efectivo, no reelección. Morelia, Mich., abril 13 de 1921. El Gral. Jefe las O. M. en el Estado, Alfredo C. García.

Al Ciudadano General, Jefe de las Operaciones Militares en el Estado
Presente

Con referencia al atento oficio de Ud., número 924 del 13 del que cursa, en el que indica se haga ver a las Defensas autorizadas por este gobierno, la conveniencia de que den aviso al jefe más inmediato con mando de fuerza federal de cualquier salida que efectúen, tengo el honor de manifestarle que si los procedimientos de esa jefatura de su digno cargo se inspiran en las causas que indica, el gobierno del Estado no sólo está dispuesto a exigir a las autoridades subalternas que den aviso a la fuerza federal siempre que movilicen individuos armados con cualquier objeto, sino que aplaude los fines que norman los actos de esa propia jefatura, pero lo que no puedo aceptar de ninguna manera, ni se compadece siquiera con las relaciones elementales de cortesía que deben existir entre el gobierno local y esa propia jefatura, son las apreciaciones de censura que se permiten hacer a cada paso los jefes subalternos, sin más mira que desprestigiar a la actual administración, y fue por una de esas expresiones por la que en el presente caso se pidió el castigo del culpable. Reitero a Ud. mi atenta y distinguida consideración.

Sufragio efectivo, no reelección. Morelia, Mich., a 18 de abril de 1921.
El Gobernador Constitucional del Estado, F. J. Múgica.

Estado Libre y Soberano de Michoacán de Ocampo.
Estados Unidos Mexicanos. Secretaría de Gobernación.
Expediente Varios A. de la Jefatura de Operaciones.

Ciudadano Jefe de las Operaciones Militares en el Estado
Presente

Con fecha del 30 del mes próximo pasado se dio orden al ciudadano presidente municipal de Ario de Rosales para que procediera al desarme de las Defensas Civiles de Nuevo Uracho y Tipitarillo, que son al mando de Octaviano González y Florencio Carmona, en virtud de convenir así al servicio público, disponiendo de las Defensas Civiles inmediatas. Dicho presidente municipal,

en mensaje del día 3 del actual dice: "A fin de cumplir orden dada en oficio 1884 de 30 de marzo anterior, por ser insuficiente número soldados civiles, ruégole gestione orden de Jefatura Operaciones a jefe de guarnición esta plaza para que proporcione auxilio. Respetuosamente, el presidente municipal, Damián Báez". En virtud de lo antes inserto, suplico a Ud. atentamente, se sirva librar sus respetables órdenes, a fin de que las fuerzas que guarnecen la población de Ario ayuden a verificar al desarme de las Defensas mencionadas. Reitero a Ud. mi atención

Sufragio efectivo, no reelección. Morelia a 5 de abril de 1921.
El Gobernador Constitucional, F. J. Múgica.

En contestación a su atento oficio número 1095, de fecha 5 de los corrientes, girado por la Sección del Estado, por lo que solicita ayuda para el desarme de las Defensas Civiles de Nuevo Uracho y Tripitarillo, al mando de los CC. Octaviano González y Florencio Carmona, manifiesto a Ud. que ya ordeno se presenten a la mayor brevedad posible los jefes de referencia a esta jefatura, a fin de que justifiquen su conducta, en virtud de que hasta la fecha esta jefatura no tiene informes para proceder a su desarme; así mismo digo a Ud. que estando éstos presentes se procederá a hacer la averiguación correspondiente y, en caso de resultarles responsabilidades, se procederá como corresponda. Reitero a Ud. mi atenta y distinguida consideración.

Sufragio efectivo, no reelección. Morelia, Mich. a 11 de abril de 1921.
El Gral. J. de las O. M. en el Estado, Alfredo C. García.

Ciudadano Jefe de Operaciones Militares del Estado
Presente

Con relación al oficio de Ud. número 70 de fecha 11 del actual, tengo la honra de manifestar a Ud. que no es de la competencia de esa Jefatura de Operaciones Militares la investigación del comportamiento de las Defensas que dependen del gobierno del estado. El Ejecutivo de mi cargo, convencido

de la inconveniencia de que continuaran armadas las Defensas de Nuevo Uracho y Tripitarillo, ha pedido a Ud. auxilio, por si deseaba prestarlo, ya que, entiendo el suscrito, sus decisiones dictadas en el ejercicio de sus facultades legítimas deben ser apoyadas por las autoridades militares; mas no se encomendó a Ud. una investigación, que no es de su resorte; conforme a las leyes, no está capacitado para practicarla concienzudamente, por no conocer las costumbres, ni las necesidades de los pueblos del estado, según he tenido oportunidad de manifestar a Ud. en otras ocasiones, en que se han suscitado idénticas dificultades. En vista de la resolución que se ha servido comunicarme, ya me dirijo a la Secretaría de Guerra y Marina para que se sirva dictar las medidas que estime convenientes. Reitero a Ud. mis atenciones y distinguida consideración.

Sufragio efectivo, no reelección. Morelia, Mich., a 14 de abril de 1921.

El Gobernador Constitucional del Estado, F. J. Mújica.

Ciudadano General Francisco J. Mújica
Gobernador Constitucional del Estado
Presente

Su atento 2338 Sección del Estado déjame entender [que], según el criterio de ese gobierno de su digno cargo, no es de la competencia de esta Jefatura de Operaciones Militares investigar si hay razón o no para facilitar incondicionalmente, según su modo de pensar, las fuerzas que están a mi mando para hacer obedecer cualquier disposición de ese gobierno, legítima o ilegítima. A este respecto, con toda atención hago saber a Ud. para norma de sus actos en lo que se relaciona con las fuerzas a mis órdenes, que por ningún motivo prestaré el contingente de éstas al gobierno si no es perfectamente convencido de la razón del mismo, pues he venido notando únicamente se solicita el apoyo de las tantas veces referidas fuerzas sin explicarme ningunos motivos, para obrar con conciencia y por esta razón, me creo facultado para hacer las averiguaciones que crea pertinentes, lamentando sobremanera que esto haya sido malinterpretado por Ud. pues sentiría se repitiera el caso de que fuerzas pertenecientes a esta jefatura cooperaran protegiendo escandalosos atentados y saqueos, como sucedió

en Cuenombom, que si bien no fueron facultados por Ud., sí ha premiado a su principal actor con el mando de una Defensa dependiente de ese gobierno. Huelga aquí recordar el ofrecimiento que personalmente Ud. nos hizo, indicándome sabría castigar a los culpables. Si estos antecedentes y otros muchos que sería prolijo enunciar a Ud. no fueran suficientes según su recto criterio para tomarme las justificadísimas atribuciones que me corresponden, a fin de investigar el derecho que Ud. pueda tener al solicitar el apoyo de la fuerza federal, aseguro a Ud. que ciegamente no cooperaré en la forma que Ud. lo desea. Reitero a Ud. las seguridades de mi atenta consideración.

Sufragio efectivo, no reelección. Morelia, Mich., abril 14 de 1921.

El General en Jefe de las Operaciones Militares del Estado, Alfredo C. García.

Al Ciudadano General Jefe de las Operaciones Militares en el Estado
Presente

Haciendo referencia al atento oficio de Ud. número 927 del 14 del que rige, en el que manifiesta que por ningún motivo presentará su contingente a este gobierno si no es perfectamente convencido de la razón del mismo, tengo el honor de avisarle que en el único caso concreto que cita de atropellos cometidos por Defensas del estado, no prestó auxilio la fuerza federal, pues ésta tomó participación, ya que en Acuitzio se esperaba el ataque de las Defensas rebeldes que esa jefatura a su cargo se ha negado a desarmar. A este gobierno nunca dieron aviso de tales atropellos, ni los perjudicados, ni siquiera una persona extraña, sino sólo esa propia jefatura, e inmediatamente se consignó su nota relativa a la autoridad judicial, única competente para la averiguación de los delitos y el castigo de los autores. En vista del contenido de su oficio que contesto, y como este gobierno no puede estar dando explicaciones de sus actos a esa referida jefatura, y en especial tratándose de Defensas, basta la voluntad del gobierno para no autorizar a determinadas personas a portar armas, sin que la repetida jefatura de Operaciones pueda cortarles su facultad. El Ejecutivo a mi cargo no se empeña en que se le preste auxilio, ya que cuenta con los elementos necesarios para hacer respetar sus determinaciones aun con y contra la violencia, limitándose a suplicar a Ud. no obstaculice el ejercicio de sus

atribuciones y concrete su acción a los casos que tengan exacta conexión con la disciplina militar, a las que no están sujetas las Defensas Civiles, de acuerdo con el artículo 129 constitucional. Reitero a Ud., con este motivo, mi atenta y distinguida consideración.

Sufragio efectivo, no reelección. Morelia, a 18 de abril de 1921.

El Gobernador Constitucional del Estado, F. J. Múgica.

Estado Libre y Soberano de Michoacán de Ocampo. Secretaría General de Gobierno. Sección de Justicia e Instrucción. Oficio recomendando el desarme de algunos grupos armados.

Ciudadano General Jefe de las Operaciones Militares
Presente

El C. Presidente de la Comisión Local Agraria, en oficio número 174 de fecha de hoy, dice a este gobierno lo siguiente: "El ciudadano ingeniero José Murillo, en oficio de fecha de hoy, dice a esta Comisión Local Agraria lo siguiente: 'Acatando la orden que se sirvió Ud. transcribirme en su respetable oficio número 108 de 29 del mes ppdo., me trasladé al pueblo de Opopeo, municipio de Santa Clara, a fin de tomar los datos necesarios para formar el proyecto de dotación del mismo pueblo. Como se me ordenaba, a medida que era necesario, daba a los propietarios o administradores de los terrenos que iba a planificar, aviso de lo que intentaba ejecutar; por esta razón, sólo di aviso al administrador de la hacienda de Casas Blancas y los ciudadanos José García y Vicente Tinoco, dueños de El Tepeyac. Como en carta particular que dirigí a Ud. el viernes 11 del actual, le manifestaba mis deseos eran terminar mis trabajos sin separarme de Opopeo, calculando que emplearía todo el mes actual. Pero desgraciadamente, al amanecer del sábado 12, el jefe de Defensas Civiles, ciudadano Ladislao Medina, al frente de 80 a 100 hombres, atacó a los voluntarios del lugar, concentrándose el fuego precisamente en la casa donde me alojaba. Los que en un principio rodearon esa casa, que serían en número de 10 a 15 personas, dispararon sobre la misma, intimando a la orden de que saliéramos, y no quedándonos a mi hermano, que iba en calidad de ayudante,

y a mí, otro recurso, puesto que por la construcción de la casa, que era de talla delgada, estábamos expuestos a ser muertos por los continuos disparos que a ella se hacían, salimos a la calle, donde inmediatamente fuimos rodeados por los asaltantes. Uno de ellos, que era el único que se nos presentó en estado de ebriedad, intentó fusilarnos en el acto, y lo hubiera ejecutado a no ser porque entre sus compañeros iba un conocido de mi hermano que respondió por él. Este individuo entró a la casa que ocupábamos y con otros seis o siete sacó al ciudadano Felipe Zintzún, representante de los indígenas, y a los 20 metros de la casa lo asesinaron: volvió luego sobre nosotros, que ya habíamos dado a conocer nuestra comisión, y de nuevo intentó fusilarnos, oponiéndose esta vez el administrador de la hacienda de Casas Blancas. Inmediatamente fuimos llevados en calidad de prisioneros a la expresada hacienda, encontrándonos en el camino a Ladislao Molina, a quien nos dimos a conocer, manifestándonos que contábamos con toda clase de garantías, y ordenó que se nos impartieran, cesando desde ese momento las vejaciones de que veníamos siendo objeto por parte de algunos soldados. En el corto trayecto de la casa de mi alojamiento a la hacienda, fueron hechos prisioneros algunos de los vecinos, que con nosotros fueron internados en la hacienda. Entre tanto regresaba el jefe Molina que había ido a mandar que sus gentes se reconcentraran. Puesto de nuevo en contacto con él, me volvió a ofrecer garantías, diciéndome además que, si deseaba, desde ese momento podía seguir en el desempeño de su cargo, pues la misión que él llevaba era muy distinta de la mía, mostrando al efecto un mensaje escrito por el C. Jefe de las Operaciones Militares en el Estado, y si mal no recuerdo decía: «Suyo relativo. Enterado de que sale a reprimir desmanes cometidos por bandidos en Opopeo, en el concepto de que apoyo su determinación». Luego me facilitó una escolta para que recogiera mi equipo de trabajo y mi ropa, pidiéndome un comprobante, que le di, de que nada me faltaba, como no repetiría que podía seguir yo en el desempeño de mi cometido, pues me daría él toda clase de garantías, repliqué que yo salía inmediatamente para esta ciudad porque, dado el estado de ánimo que me quedaba, el pueblo muerto y muerto el representante, me era imposible seguir trabajando. Al retirarse se volvió a aparecer el ebrio... Le sacamos de la casa de Zintzún que nos recomendó. Me atreví a preguntarle por qué había recomendado especialmente esa casa, única que sabía que fue cerrada, y me replicó que para defenderse o protegerse todas las noches se quedaban allí los voluntarios del pueblo y, naturalmente, pro-

curaba sorprenderlos a todos. Agregó luego: «Ud. comprende que mi misión no es contra Ud.; si así fuera ninguna oportunidad como ésta para matarlo, puesto que yo podía sincerarme diciendo que había usted muerto en combate, pero como repito, cuenta Ud. con toda clase de garantías». Estimo pertinente decir a Ud. que entre los voluntarios de Coepembo, de los que están a las órdenes inmediatas del ciudadano Molina, de los que son a las de un señor Mejía, como arrendatarios de unos terrenos pertenecientes a la hacienda de Casas Blancas, y probablemente de los voluntarios de la citada finca, a juzgar por el hecho de que a los aprehendidos conmigo les decían: «Ahora les vamos a dar nosotros sus tierras», cosa que sólo me explicó pudieron decir los que de una manera indirecta pudieron resultar afectados con la dotación que se pretende hacer a Opopeo. Los desmanes que se tratan de castigar, según afirmó el mismo Molina, eran unos robos de fuertes cantidades de dinero, consignados a una hacienda del distrito de Tacámbaro, y de los que apareció responsable el ciudadano José Vázquez, jefe de la Defensa del Pueblo, con otros de sus soldados; pero es de advertir que al expresado Vázquez se le aprehendió en Pátzcuaro el miércoles 9, sin que se sepa a ciencia cierta el fin que tuvo; el ciudadano Felipe Zintzún no radicaba en Opopeo, sino en esta ciudad, como a la comisión consta desde hacía cuatro meses, y que fue al pueblo con el exclusivo objeto de acompañarme y auxiliarme para el mejor desempeño de mi cargo; y por último, que no es exacto que en la casa de Zintzún que me servía de alojamiento se haya quedado una sola noche un miembro de la Defensa del lugar, que el hermano de Zintzún vivía en la misma casa y que también fue muerto, éste sí durante el tiroteo. En vista de los acontecimientos, en la actualidad es imposible completar el trabajo, porque los indígenas no se prestarían a salir; porque tampoco el suscrito aceptaría comisión alguna y no se le prestan por quien debe darle las garantías más elementales, y que yo, con todo respeto, pero al mismo tiempo con energía que me da derecho mi calidad de ciudadano, en pleno uso de mis derechos y como empleado cumplido, exijo que se me otorgue. Y lo transcribo a Ud. para su superior conocimiento, permitiéndome manifestar a Ud. con todo respeto que la Comisión Local Agraria que me honro en presidir necesita saber de manera absoluta si el gobierno del estado está en posibilidad de impartir garantías a los ingenieros de esta oficina, pero en caso contrario ordenarle su concentración en Morelia y abandonar todo trabajo...". Lo que tengo el honor de transcribir a Ud. suplicándole muy atentamente se

sirva proceder al desarme de los grupos de que se trata, protestándole mi atenta y distinguida consideración.

Morelia, a 16 de febrero de 1921.

El Gobernador Constitucional del Estado [rúbrica]

Poder Ejecutivo Federal. México. Estados Unidos Mexicanos. Jefatura de Operaciones Militares en el Estado de Michoacán. Cuartel General. Número 468.

Ciudadano Gobernador Constitucional Interino del Estado
Presente

Tengo la honra de referirme al muy atento oficio de Ud. signado con el número 497 y expedido el día 15 de los corrientes por la Sección de Justicia, en el cual viene inserta la nota número 174 del ciudadano presidente de la Comisión Local Agraria, narrando los hechos ocurridos en Opopeo; los que siendo conocidos por la opinión pública aunque en distintas y variadas formas, omito mencionar en la presente y, por lo tanto, sólo me concreto a la parte final del oficio al principio citado. Bien conocido es por el gobierno que Ud. mercedamente representa la buena armonía que mi estimable compañero, el general brigadier Alfredo C. García, jefe de las Operaciones Militares en el estado, dio a conocer desde su llegada a esta capital, con los deseos tendientes a obrar de común acuerdo con las autoridades legalmente constituidas, en todos los asuntos que atañen a la tranquilidad y bienestar a que son acreedores todos los individuos de las colectividades, sin herir sus sentimientos políticos, cualquiera que sean, ni fiarse en las categorías de sus esferas sociales. Que aquellos tan plausibles deseos no tengan hasta hoy el resultado benéfico que se persigue, puede preguntarse, ¿quién es culpable? Busquemos en los archivos de la Secretaría General de ese gobierno, en el de esta jefatura y, a ser posible, en las secretarías de los ayuntamientos foráneos, y hallaremos la contestación, concebida en estos términos: No es posible que haya unificación y el sentir de dos instituciones, cuando éstas no persiguen un solo fin. Así sucede en tratándose de las corporaciones de las Defensas Civiles en el estado. Unas, las creadas por el gobierno, aúnan a sus deberes la

obligación de sostener un credo político y esto, precisamente, falta a las que viene organizando mi citado compañero general García; por ende, la divergencia que existe en los caminos para llegar a la meta en una armonía real, principio de una paz verdadera. Por lo que respecta al desarme inmediato de la Defensa Civil de Pátzcuaro, cuyo jefe es el ciudadano Ladislao Molina L., quizá no sea oportuna esta medida ahora, pues es indudable que el expresado insurgente teme las represalias de los descontentos, interpretando dicho acto no como necesario para su vindicación, sino como un perjuicio en su contra, es de inferirse opte por alguna actitud muy contraria al objeto, y esto sería acrecentar la situación tan anormal que se ha iniciado en algunos puntos de esta entidad. Además, ya la Secretaría de Guerra y Marina tiene conocimiento de los hechos que se relacionan con la Defensa referida, o sea los de Opopeo, así como las autoridades judiciales respectivas, las cuales dilucidarán el caso. Soy de opinión, por lo mismo, salvo la muy ilustrada de Ud., que se espere la resolución de la superioridad indicada o que ese gobierno nombre una comisión que pase al lugar de los acontecimientos, haga las investigaciones que estime necesarias y rinda un informe detallado. Por parte de esta jefatura acompañará a dicha comisión y con el mismo objeto, un jefe militar honrado e imparcial con fuerzas federales dependientes de este cuartel. Esperando se sirva indicarme si es aceptada mi proposición, le reitero las protestas de mi atenta consideración muy distinguida.

Sufragio efectivo, no reelección. Morelia, a 17 de febrero de 1921.

El General Jefe Acc. de las O. M. en el Estado, Juan Domínguez [rúbrica].

Asunto: Que se sirva informar a petición de qué autoridad mandó desarmar a la Defensa de Opopeo.

Ciudadano Jefe de las Operaciones Militares en el Estado

Presente

Número 828. A fin de que el Ejecutivo de mi cargo se dé cuenta de cuáles son las causas que motivaron los sucesos ocurridos en Opopeo en días pasados, me permito suplicar a Ud. muy atentamente se sirva informarme a petición de qué autoridad ordenó esa jefatura de su cargo el desarme de la Defensa

Civil en Opopeo, encabezada por José Vázquez. Reitero a Ud. mi distinguida consideración.

Sufragio efectivo, no reelección. Morelia, a 28 de marzo de 1921.

El Gobernador Constitucional del Estado [rúbrica].

Poder Ejecutivo Federal. México. Estados Unidos Mexicanos. Jefatura de Operaciones Militares de Michoacán. Cuartel General. Número 826.

Ciudadano Gobernador Constitucional del Estado

Presente

Contesto el atento oficio de Ud. marcado con el número 1928, expedido por la Sección de Estado, con fecha 28 del mes que hoy termina, manifestándole que no obstante que la pregunta que Ud. me hace debería contestarla a cualquier autoridad oficial que la hiciera, bajo un mandato de ley, obsequiando sus deseos digo: que las muchas quejas expuestas por los vecinos de Opopeo, constantes en mensajes telegráficos que obran en esta jefatura de Operaciones Militares, de los muchos abusos, amagos y robos perpetrados por el jefe de la Defensa Civil, José Vázquez, y sus soldados, motivaron su desarme, toda vez que era un elemento que con sus actos fue una amenaza constante para la sociedad y un peligro para la paz pública. Reitero a Ud. las protestas de mi atenta consideración.

Sufragio efectivo, no reelección. Morelia, Mich., a 31 de marzo de 1921.

Por el Jefe de las Operaciones Militares en el Estado, el Coronel J. de la Guarnición de la plaza, Francisco Cárdenas [rúbrica].

Ciudadano General Jefe de las Operaciones Militares en el Estado

Presente

Número 469. El oficio girado bajo el número 637 de 24 de febrero último, el Ejecutivo de mi cargo le transcribió a Ud. un oficio del ciudadano presidente

del Supremo Tribunal de Justicia, en que venía inserto otro del juez de Primera Instancia del distrito de Pátzcuaro, participando que se decretó la aprehensión de Ladislao Molina como presunto responsable de los homicidios de Felipe y Bonifacio Zintzún, Valerio y Donaciano Martínez, ocurridos en Opopeo el 12 de aquel mes. En la propia nota se le suplicó prestara la ayuda necesaria para verificar la aprehensión de Molina y poder ponerlo a disposición del juez que le instruye proceso, y como hasta la fecha no se ha logrado dicha captura, ni se ha obtenido contestación al oficio a que me refiero, el Ejecutivo de mi cargo se permite pedirle su respuesta, sobre si puede o no proceder contra el responsable. Sírvasse Ud. aceptar mi atenta y distinguida consideración.

Sufragio efectivo, no reelección. Morelia, a 14 de abril de 1921.

El Gobernador Constitucional del Estado [rúbrica].

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 11 de junio de 1939, año xxvii, núm. 119, pp. 1, 7.

CARRILLO PUERTO Y EL SOCIALISMO EN YUCATÁN

FELIPE CARRILLO PUERTO, EL TIPO DEL LÍDER

Algunos datos históricos sobre la personalidad
del hombre que es hoy apóstol del proletariado

Siete años hizo el 5 de este mes que en la ciudad de Mérida
fue fusilado Felipe Carrillo Puerto, gobernador del estado de Yucatán,
declarado recientemente, por decreto presidencial,
Benemérito del Proletariado Mexicano

Una idea de la personalidad y de las aspiraciones de Carrillo Puerto puede
tenerse en el relato que enseguida insertaremos, escrito por un redactor
de los *Periódicos Lozano*, testigo de la escena referida.

—*¡Conque ustedes también son revolucionarios!..* —comentó con ironía,
después de haber leído una hoja impresa, un hombre alto, de anchas espal-
das, con una cabeza enorme, casi cuadrada; de ojillos inquietantes de color
verde, hundidos bajo una frente pequeña con dos profundas arrugas hori-
zontales y con dos entradas pronunciadas.

—*¡Conque ustedes son también revolucionarios!* —añadió riendo y pasando
la hoja a varias de las personas que lo acompañaban.

Y sin dejar que los cinco jóvenes que acomodaban las hojas le respondieran, continuó:

—*¡Pero ustedes son revolucionarios de banquetta, de escuela! ¡Cuánto va a que son estudiantes!* —dijo, dirigiéndose a sus amigos, que jubilosamente comentaban las frases retumbantes impresas en la hoja—. *¡Los estudiantes siempre serán hijos de familia, hasta para criticar a sus maestros!*

Sorprendidos, casi aturridos por el tono imperativo, a la vez que burlón, de aquel desconocido, los jóvenes formaron un compacto grupo, temiendo que después de aquellas palabras ocurriera alguna agresión.

El desconocido, comprendiendo quizá el temor de los estudiantes, cambió de tono y, casi paternalmente, agregó:

—*No se asusten, muchachos, soy Felipe Carrillo, presidente del Partido Socialista del Sureste.*

Para jóvenes nutridos de literatura socialista en fuentes europeas, para quienes un jefe socialista debería tener las características de un apóstol, la presencia de un líder mexicano vestido elegantemente no dejó de causarles desconcierto.

Vestía Carrillo Puerto un traje oscuro de corte impecable. Su chaleco lucía ostentadamente una camisa de seda blanca con grandes listas de colores chillantes; llevaba las uñas cuidadosamente arregladas y los zapatos negros, relucientes. Una cadena de oro pendía de la solapa y se perdía en el bolsillo delantero del saco. Con el cabello cortado militarmente, la cabeza cuadrada y el gesto imperioso con que acompañaba a sus palabras, más parecía un pequeño burgués, acostumbrado a la vida azarosa de mercader, que un representante de sesenta mil trabajadores yucatecos.

CÓMO LLEGÓ AL LIDERISMO

Carrillo acababa de llegar de Yucatán —corrían los últimos meses de 1919— precedido de una gran fama como organizador de las masas obreras y campesinas, como un jefe de gran fuste y como noble apóstol de reivindicaciones socialistas. Sin embargo, no había dejado de llamar la atención el hecho de que al llegar a la metrópoli, acompañado de un grupo de amigos, entre los que

figuraban varios extranjeros, se hubiese hospedado con cierto boato en uno de los principales hoteles de la Ciudad de México.

Sobre la vida anterior al liderismo socialista se contaban de Carrillo las más truculentas historias. Se decía que siendo muy joven había dado muerte a un rico yucateco —historia que, según se asegura, inspiró mucho años más tarde a un bardo para escribir un poema— y que después de varios años en prisión había marchado al estado de Veracruz y más tarde a la Ciudad de México, donde en 1912 se unió al zapatismo.

Dos o tres años figuró en las filas zapatistas sin haber alcanzado nombre alguno, hasta que un buen día las abandonó, saliendo de México y destrrándose voluntariamente en la isla de Cuba. En 1917 solicitó amnistía al gobernador de Yucatán, general Salvador Alvarado, quien se la concedió, al igual que a otros exiliados. De regreso en Yucatán y al lado del gobernador Alvarado, Carrillo Puerto inició sus actividades sociales.

Era esa la época en la que Alvarado, ligado a las ideas socialistas en veinticuatro horas, organizaba una administración única en la historia de México.

Acontecimientos políticos posteriores causaron la caída del general Alvarado, y Carrillo Puerto quedó dueño de la situación. De figura secundaria, llegó rápidamente al liderismo.

Mientras que en la península yucateca era organizado el Estado socialista, en el resto del país la influencia de la Revolución rusa había llegado hasta la juventud. Un grupo de estudiantes —del cual años más tarde salieron algunos diputados, gobernadores y hasta diplomáticos— imprimía un manifiesto lapidario, tendiente, según decía, a “renovar los valores espirituales de los decadentistas mexicanos”, cuando apareció en escena Felipe Carrillo.

Después de los primeros comentarios provocados por la lectura de la hoja impresa, el líder del socialismo yucateco se acercó al grupo de estudiantes y, en voz baja, les dijo:

—*Los espero esta noche en el cuarto del hotel.* —Y luego, haciendo un guiño con el ojo, añadió—: *Ya ven que vivo entre la burguesía, porque a la burguesía hay que combatirla en su propia casa...*

Tomó varias de las hojas impresas, dio la media vuelta y, seguido de sus ayudantes, salió a la calle, subió en un automóvil y desapareció rápidamente.

EL MITO DE LA LIBERTAD

En mangas de camisa y escuchando atentamente a dos americanos que hablaban con dificultad en español sobre la posibilidad de hacer una revolución social en Estados Unidos, el líder socialista apenas hizo un ligero movimiento de cabeza cuando vio llegar a su cuarto de hotel a los estudiantes.

La habitación era pequeña y estaba en el cuarto o quinto piso del hotel; en la cabecera de la cama estaba desplegada una bandera roja; sobre una pequeña mesa, una montaña de libros y de periódicos, en su mayor parte extranjeros.

Después de escuchar a los americanos durante varios minutos, Carrillo lo interrumpió suplicándoles que le tradujeran un artículo señalado con lápiz de color azul del periódico londinense *Worker's Dreadnought*.

Carrillo se puso encendido al escuchar que en el artículo se le mencionaba como el “hombre que implantaría el comunismo en México”.

—*Mientras en Europa se me considera bolchevique, en México se me hace socialista reformista...* —comentó el líder, añadiendo—: *Vale más así, porque así prepararemos el golpe más fácilmente...*

Luego, volviéndose hacia los jóvenes que, azorados, asistían a aquella escena, agregó:

—*Bueno, muchachos ¿y ustedes qué son?*

—*Estudiantes, señor* —contestó uno.

—*Compañero, amigo, ya lo de señor pasó a la historia; todos somos camaradas. Pero yo les pregunto: ¿a qué partido pertenecen?*

—*A ninguno... compañero...* —contestó otro estudiante.

—*Ah, entonces ustedes son revolucionarios de banqueta; pero ya cayeron en mi poder y ahora verán cómo los convierto al bolcheviquismo.*

Pero como algún estudiante objetara que los bolcheviques pregonaban la dictadura del proletariado, hecho contrario al principio de libertad, Carrillo dio un salto, y casi gritó:

—*¡Qué libertad ni qué nada! La libertad se hizo para los muertos. Con el disfraz de la libertad la burguesía nos ha explotado muchos siglos. ¡Qué libertad ni qué nada! Las conciencias no se abren con libertades, sino a martillazos. Ese fue siempre mi disgusto con Alvarado, que todavía cree en el mito de la libertad.*

Las revoluciones se hacen a cañonazos. ¡A mí no me digan que vamos a triunfar haciendo caravanas a la burguesía! Eso de la libertad es cuento de viejos, de románticos. El proletariado quiere el triunfo y para triunfar necesita imponer su dictadura. Miren, muchachos, los voy a mandar a Yucatán para que vean la obra que estamos haciendo; allá nos traemos a los burgueses bajo el brazo; pero todavía nos falta un jalón: estableceremos la dictadura del proletariado.

ENEMIGO DE LOS POLÍTICOS

El jefe del Partido Socialista del Sureste estaba lívido. Hizo una pequeña pausa y luego, con un tono de voz completamente distinto y hasta casi persuasivo, aseguró que todos los socialistas yucatecos eran enemigos de un socialismo tibio, criticando luego al líder obrero Luis N. Morones, quien después de haber escrito muchos artículos contra la no participación de la clase trabajadora en la política del país, había empezado los trabajos para la formación del Partido Laborista.

—*Los políticos* —dijo Carrillo— *son despreciables en todos sentidos. Miren, compañeros, ya me han ofrecido la candidatura para gobernador de Yucatán, pero el día que ustedes me vean de gobernador, tendrán derecho a llamarme traidor. Yo ando metido con los obregonistas, pero solamente para aprovecharlos. Obregón será el futuro presidente y cuando Obregón llegue a la presidencia, le sacaré las armas necesarias para armar a los trabajadores y hacer la revolución social.*

Dos o tres días después, Carrillo Puerto pronunció un discurso en el salón del Sindicato de Panaderos, en las calles de Netzahualcóyotl, repitiendo todo lo que había dicho en el cuarto del hotel a los estudiantes.

Cuando asistía a algún mitin, se hacía acompañar siempre por un numeroso séquito, formado, en su mayor parte, por extranjeros.

UN TIPO INTERESANTE

Entre los miembro del séquito figuraba uno de los tipos más interesantes que se refugiaron en México durante la Guerra Mundial: Roberto Haberman.

Haberman, hombre versado en el marxismo, era incansable en la lucha. Durante los mítines, iba de un asiento a otro, hablando al oído a sus amigos para hacer el elogio de la Revolución rusa.

Judío americano, Haberman era persuasivo. Gustaba del misterio, del secreto: parecía un conspirador del siglo pasado.

Era el consejero de Carrillo y su amistad con el líder del partido yucateco parece que fue inquebrantable hasta la muerte de éste.

Con las grandes dotes de organizador que poseía, Carrillo Puerto fue reuniendo en la Ciudad de México un notable grupo de jóvenes, de quienes solamente quería este juramento: que lucharían por el establecimiento de la dictadura del proletariado. Pero al mismo tiempo, el líder socialista adoptaba de un día a otro tales actitudes que ni parecía ser líder obrero, ni socialista, ni comunista.

Parecía ser un equilibrista y sólo debido al tono de imperio que adoptaba y que siempre acompañaba con los gestos más dramáticos, lograba calmar a algunos de sus compañeros, que en no pocas ocasiones abiertamente le dieron a conocer su desconfianza.

Cuando el general Álvaro Obregón llegó a la Ciudad de México para iniciar su campaña presidencial, a principios de 1920, Carrillo Puerto fue a la estación a recibirlo. Esto provocó un gran disgusto entre los líderes comunistas; pero el yucateco dejó confundidos a sus amigos cuando les explicó:

—Ustedes no me comprenden; yo no soy un niño chiquito y si voy a recibir a Obregón es para dorarle la pildora; para que me tenga confianza y para que me suelte las armas que necesitamos para hacer la revolución social. Pero, ¿yo mancharme con una alianza con el burgués Obregón? ¡Imposible! La cabeza de Obregón rodará cuando rueden las cabezas de otros burgueses y cuando el proletariado establezca su dictadura.

UN PACTO HISTÓRICO

Pero como comprendiera que ni esa explicación bastaba para calmar los ánimos de sus compañeros, Carrillo propuso que se firmara un pacto secreto de honor.

—Este pacto —dijo— lo firmaremos todos; pero el primero que falte a él perderá la vida.

La proposición fue aceptada por unanimidad, al mismo tiempo que se autorizaba al líder socialista a que “continuara tratando con los políticos y burgueses para ver qué les sacaba de provecho”.

La firma del pacto adquirió todos los caracteres dramáticos de las sociedades secretas del siglo XIX.

No faltó quien propusiera que el pacto fuera escrito sobre un pedazo de tela y firmado con sangre de los conjurados; pero la idea fue rechazada y solamente quedaron establecidas las penas más graves para los que llegaran a faltar al compromiso.

El pacto, en síntesis, estableció que los conjurados se comprometían a derrocar al régimen capitalista y burgués, a establecer la dictadura del proletariado, a formar un partido comunista de México, a entregar los destinos del país al comité del partido y a realizar todos los postulados de la revolución social.

Los firmantes, entre los que se encontraba Elena Torres —cultista mujer que figuró de manera prominente en la última campaña vasconcelista—, fueron siete u ocho.

José Allen —hombre de gran corazón y quien desde hace muchos años se encuentra retirado de la propaganda social— fue el encargado de guardar el precioso documento.

ACUSADO DE “OPORTUNISTA”

Quedó constituido el Partido Comunista de México; Felipe Carrillo, como miembro de su comité ejecutivo, asistía siempre a las sesiones de éste, en las cuales insistía:

—Lo que necesitamos, compañeros, es trabajar bien para aprovecharnos de los políticos profesionales. El general Obregón está preparando una revolución contra Carranza y, al igual que los obregonistas, debemos irnos al campo de batalla, lanzar nuestro plan comunista y transformar la revolución política en revolución social. Nos debemos dividir en dos grupos; nos hacemos de gente, sobre todo con-

quistamos a los campesinos, y después de derrotar a Carranza, nuestro enemigo común, seguiremos contra los obregonistas.

Pero no faltó quien, en el seno del comité ejecutivo del partido, acusase a Carrillo de “oportunista”, a lo que éste contestó con viveza:

—Si ustedes llaman oportunismo al hecho de aprovecharnos de las armas del enemigo, soy oportunista. ¿Qué otra cosa hicieron Lenin y Trotsky? ¿No ambos aprovecharon de las armas alemanas para hacer la revolución en Rusia?

Los argumentos del líder yucateco no convencían, sin embargo, a sus compañeros, y en no pocas ocasiones se suscitaban violentas discusiones.

—Yo no quiero ser un apóstol, porque todos los apóstoles salen crucificados —gritaba entonces— y yo digo como los jesuitas: que todos los medios son buenos para llegar al fin.

Con tan categórica respuesta daba fin a las discusiones, no ocultando que su única obsesión era tomar parte activa en el movimiento obregonista.

La actitud del yucateco no tardó en sembrar la división en el seno del partido comunista. La mayor parte de los extranjeros se inclinaron en favor de una política de colaboración con los elementos obregonistas, lo que fue aprovechado por Carrillo para hacer más públicos sus trabajos en pro de la candidatura del caudillo sonoreense.

—Yo no soy como Ricardo Flores Magón —decía para justificar su actitud—. Magón rompió con Madero en los momentos que debió haber aprovechado la revolución para establecer un régimen socialista...

Solamente esa actitud de Carrillo, que bien aparecía como socialista, para tornarse luego en liberación de provincia, fue por lo que el líder yucateco pudo permanecer en el partido.

EN LA REVOLUCIÓN

Un día, de los últimos de abril de 1920, desapareció misteriosamente de la Ciudad de México, sabiéndose poco después que había llegado a Zacatecas, uniéndose al grupo revolucionario encabezado por el gobernador, general Enrique Estrada.

Triunfante la revolución de Agua Prieta, regresó a la Ciudad de México. Pero ya era otro Felipe Carrillo: llegó confesando su error de haber tomado parte en el movimiento obregonista.

Aseguró que el Partido Socialista del Sureste se separaría de las filas obregonistas; que marcharía a Yucatán, donde había “de empezar la revolución social”; mandó hacer la impresión de varios miles de folletos en los que se explicaba cómo funcionaba el régimen soviético y ayudó a que un grupo de jóvenes expidiera una proclama subversiva, que fue repartida en los cuarteles y que causó enorme alboroto en la Ciudad de México; y por vez primera tomó parte, aunque indirecta, en una huelga, a pesar de que siempre decía que las huelgas “eran ridículas”, o bien, las llamaba “manifestaciones de impotencia”.

Tras bastidores, siguió paso a paso la huelga de las obreras y obreros de la fábrica de cigarros El Buen Tono, y en una ocasión, cuando se efectuaba un mitin de los huelguistas en el teatro Hidalgo, llegó acompañado de su séquito, llamó al pasillo a un grupo de comunistas y les dijo:

—Compañeros, ahí tengo veinte rifles para que tomemos a sangre y fuego la fábrica de El Buen Tono.

Los comunistas aceptaron, y ya se dirigían en busca del depósito de armas, cuando Carrillo les dijo.

—Compañeros, no va a ser posible que les entregue las armas, porque me voy a comprometer con el gobierno de De la Huerta (quien a la sazón ocupaba la presidencia provisional) o me veré en la necesidad de levantarme en armas, y esto no es posible, porque todavía no ha llegado el día.

Y Carrillo, en realidad, esperaba ese momento. Movía a sus amigos; hablaba pestes del régimen de De la Huerta, a quien llamaba reaccionario y a quien criticaba “por haber transado con villistas y felicistas”.

EL EPISODIO DEL PALACIO

El 27 de septiembre se incorporó a una manifestación obrera que recorría las calles de la Ciudad de México y, al pasar frente al Palacio Nacional, incitó a la multitud a que entrara al edificio.

Apareció, momentos después, en uno de los balcones del entresuelo, donde pronunció un fogoso discurso, diciendo en uno de los párrafos más salientes, que “todos los hombres que ocupan este viejo palacio de los virreyes, que el pueblo necesita destruir a dinamitazos, se convierten en enemigos del pueblo”.

Después arrastró hasta el balcón al coronel Filiberto Villarreal, quien vestía traje de charro y que llevaba una bandera rojinegra, e hizo que el coronel la agitara.

DIPUTADO Y GOBERNADOR

Pocos días después celebró una larga conferencia con el general Álvaro Obregón, partió para el estado de Yucatán y fue diputado y gobernador.

Hizo unir su partido al grupo dirigido por Luis N. Morones, a quien había injuriado meses antes, y se entregó a la política, renunciando a las ideas que le sirvieron para hacerse notar a fines de 1919 y a principios de 1920.

Unos cuantos meses antes de que fuera fusilado en Mérida, durante una visita a la Ciudad de México, siendo gobernador de Yucatán, en una imprenta en las calles de Regina se encontró con los jóvenes a quienes había dicho: “Si un día soy gobernador, tendrán derecho a llamarme traidor”.

Carrillo Puerto, sin embargo, no pareció mortificarse y, después de pedir el balance de sus cuentas, ordenó a uno de sus ayudantes:

—*Pague lo que debo...*

Giró sobre sus talones y se marchó.

Tenía cerca de cincuenta años. Era ya el tipo sobrio que poco después había de alcanzar fama en el mundo con aquella circular que terminaba con estas téticas palabras: “Pasen a cuchillo a todos los enemigos de mi gobierno”.

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 18 de enero de 1931, año, v, núm. 125, pp. 3, 7, 10.

GOBIERNO DE ADOLFO DE LA HUERTA

DON ADOLFO DICE CÓMO CAYÓ CANTÚ

Explica también por qué envió al Gral. Rodríguez
a Baja California

Hace mucho tiempo que don Adolfo de la Huerta me refirió lo que abajo se cuenta, pero con la condición de que no fuese publicado en ese entonces. Escribí, sin embargo, los datos que me había proporcionado el ex presidente de la República; al releérselos, recientemente, los ratificó y autorizó su publicación exclusiva en los *Periódicos Lozano*.

Cómo el Distrito Norte del territorio de la Baja California quedó reincorporado a la República Mexicana —después de haber sido casi un pequeño país independiente bajo el gobierno del coronel Esteban Cantú— y cómo llegó al mismo distrito el general Abelardo L. Rodríguez, fue referido con todos sus detalles por el ex presidente don Adolfo de la Huerta al representante de los *Periódicos Lozano*.

Sin haber sido derramada una gota de sangre y poniendo en juego todas sus habilidades de gobernante y diplomático, el señor De la Huerta logró que el Distrito Norte quedase reincorporado a México, ya que durante los siete

años del gobierno del coronel Cantú había estado sustraído al gobierno del centro, por las causas que el mismo coronel Cantú explicó ya en estos periódicos. Aunque sin obedecer por largos años las órdenes de los gobiernos que habían existido en el país desde 1913, el coronel Cantú, según el señor De la Huerta, se manejó “con integridad, con patriotismo y con habilidad suma, ya que tuvo al territorio en completa tranquilidad, mientras que el resto del país se debatía en guerras civiles”.

El gobierno del presidente Carranza había hecho todo género de esfuerzos para atraerse a Cantú, sin lograrlo, por lo que se consideraba que el problema del Distrito Norte de la Baja California solamente podía ser solucionado mediante una acción militar.

Por algún tiempo, el coronel Cantú, con habilidad política, hizo creer al gobierno del señor Carranza que era obediente a él, pero nunca se pudo extender el dominio federal al Distrito Norte.

EL AGUAPRIETISMO

Al estallar el movimiento revolucionario de 1920 en el estado de Sonora, encabezado por el general De la Huerta, uno de los primeros pasos del jefe de la revolución estuvieron dirigidos a lograr la adhesión del coronel Cantú, estimando que tal adhesión sería de grandísima importancia para el triunfo del Plan de Agua Prieta.

Tratando de conquistar el apoyo del coronel Cantú, el señor De la Huerta envió a varios emisarios al Distrito Norte, contando entre éstos al señor José Cantú, hermano del gobernador. Pero el coronel Cantú continuó en su aislamiento y, aunque no combatió a los revolucionarios, tampoco les dio su franco apoyo.

Triunfante el movimiento de Agua Prieta, don Adolfo, tan luego como tomó posesión de la presidencia provisional de la República, volvió la mirada a la península de la Baja California, y consideró que uno de sus primeros actos debería de consistir en que el territorio que estaba desvinculado del gobierno del centro volviese a ser parte integrante de la federación mexicana.

No quería el presidente De la Huerta que la reincorporación del Distrito Norte se llevase a cabo por medio de la violencia, por lo cual empezó a tejer los hilos para llevar a cabo una conquista pacífica, sin lastimar al coronel Cantú, ya que, a pesar de la actitud que éste había asumido, creía que la nación le debía todo género de respetos.

OTROS RECURSOS

Mas habiendo fracasado en las pláticas iniciadas al comienzo de la revolución, el presidente de la República buscó nuevos resortes. Para el caso dio instrucciones a don Fernando Iglesias Calderón, quien acababa de ser nombrado embajador de México ante el gobierno de Estados Unidos, para que al hallarse en Washington procurase llegar con el presidente Wilson a un entendimiento a fin de evitar que el Distrito Norte de la Baja California continuara siendo una frontera abierta para los ciudadanos norteamericanos que tenían en Tijuana toda clase de centros de vicio.

El señor Iglesias Calderón no llevaba instrucciones del presidente De la Huerta para obtener el reconocimiento de Washington para el nuevo gobierno nacional, sino que las instrucciones eran precisas en el sentido de que el gobierno de México deseaba la cooperación del gobierno norteamericano en una campaña de moralización a lo largo de la frontera.

Una labor inteligente hecha por el embajador mexicano dio los resultados apetecidos por el señor De la Huerta, quien supo aprovechar los propósitos moralizadores del presidente Wilson.

El señor Iglesias Calderón logró del gobierno norteamericano una orden conforme a la cual la frontera de la Alta y la Baja California quedaba cerrada para los miles de norteamericanos que entraban al territorio de México para gozar de los centros de vicio. Así, con la cooperación del gobierno de Estados Unidos, el presidente de México lograba debilitar económicamente a la administración del coronel Cantú, que ya no contaría con los fuertes ingresos que le proporcionaban los turistas norteamericanos.

CAMPAÑA DE PRENSA

Obtenido el primer objetivo, el presidente De la Huerta comisionó al señor Roberto Pesqueira para que fuese al estado de California y, llevando el dinero necesario, iniciara una campaña de prensa no sólo en contra de los garitos establecidos en el Distrito Norte, sino también contra el gobierno del coronel Cantú.

Al mismo tiempo, don Adolfo dispuso que dos de los más activos líderes obreros del mineral de Cananea se trasladasen al Distrito Norte, para iniciar entre los trabajadores de esta región una labor inteligente, con el propósito de atraerlos a la oposición que era necesario organizar para debilitar al régimen del coronel.

Cantú, obrando inteligentemente, había atraído a la Baja California a los elementos revolucionarios de diferentes partidos. De esta manera, el Distrito Norte se había convertido en un refugio de los maytorenistas, los villistas, los ex federales, etc.

Teniendo antecedentes de la situación que privaba en el Distrito Norte, y de que los refugiados políticos constituían uno de los principales sostenes de Cantú, el señor De la Huerta resolvió minar a esos refugiados; para tal objeto empezó por dar una importante comisión al teniente coronel ex federal Ramón Galaviz. Éste, antiguo condiscípulo de don Adolfo en la Escuela Preparatoria, se encontraba en la Ciudad de México en condiciones bien difíciles, ya que el general Obregón no olvidaba que, habiendo tenido Galaviz a su cargo la artillería de los federales en el combate de Santa Rosa, había causado grandes estragos en las filas revolucionarias.

El señor De la Huerta no sólo le dio garantías, sino que le comisionó para que marchara a la Baja California, con instrucciones de que su única labor consistía en atraerse a los elementos federales que rodeaban al general Cantú, de tal manera que, en caso necesario, no fuesen obstáculo para una expedición militar sobre la península.

INSTRUCCIONES AL CÓNSUL EN LOS ÁNGELES

Mientras que el teniente coronel Galaviz marchaba a desempeñar la comisión, el presidente de la República dio órdenes al cónsul de México en Los Ángeles, Javier Fabela, para que pusiera en juego todas sus influencias con el objeto de restar fuerzas al gobernador Cantú.

Como en el Distrito Norte residían numerosos maytorenistas y eran éstos firmes sostenes de Cantú, De la Huerta buscó a un maytorenista de prestigio que fuese a conquistar a los amigos de don José María Maytorena, dando esa comisión al general Fructuoso Méndez.

Faltaba enviar a un villista y, como en esos días el general Francisco Villa había reconocido al nuevo gobierno, el presidente De la Huerta se dirigió al guerrillero, dándole a conocer sus planes de reconquista de la Baja California y pidiéndole le sugiriera a quién debería comisionar a fin de que se atrajese a los villistas que allí residían. Villa hizo ver la conveniencia de que tal comisión se le diera al coronel José Romero, a quien desde luego nombró el señor De la Huerta ordenándole que marchase al Distrito Norte, explicándole antes con detenimiento cuál debería ser su labor. Romero partió para Mexicali, acompañado de dos oficiales, también de la confianza del general Villa.

LOS FRUTOS DE ESTA LABOR

Mientras tanto Galaviz había iniciado sus trabajos informando constantemente al señor De la Huerta sobre los progresos que obtenía. Méndez, por su parte, había logrado catequizar a los maytorenistas y bien pronto el presidente de la República tuvo noticias de que tanto en Mexicali como en Tijuana los políticos refugiados empezaban a lanzar "vivas" al nuevo gobierno nacional.

Estimando que la labor emprendida rendiría más pronto resultados si Cantú era "trabajado" directamente, el señor De la Huerta, sabiendo que el ingeniero Vito Alessio Robles era amigo personal del gobernante del Distrito Norte, le pidió que fuese a la Baja California llevando a Cantú el formal ofrecimiento de que si reconocía al gobierno federal no le ocasionaría las menores

molestias y todas las concesiones que había otorgado serían reconocidas por el presidente de la República. En menos de un mes, el coronel Cantú se vio sitiado por numerosos elementos que, sin hacerle la guerra, le arrebataban a los obreros, a los maytoenistas, a los villistas, a los federales.

Pesqueira, entre tanto, hacía en el estado de California una activa campaña de prensa. Y el gobierno de Estados Unidos cerraba sus puertas para evitar que los ciudadanos norteamericanos pasasen a los centros de vicio establecidos en territorio de México.

La presión que se hacía sobre su administración la debió haber sentido bien pronto el coronel Cantú, tan enérgica y activa era. Sin embargo, ni así parecía resuelto a abandonar el poder.

OTRA CONQUISTA

Resolvió entonces el señor De la Huerta conquistar a uno de los principales colaboradores del coronel Cantú, al ingeniero Aguilera, quien ocupaba la secretaría general del gobierno del Distrito Norte. Para tal fin, don Adolfo ordenó que se buscara a algún íntimo de Aguilera, que era muy conocido en los círculos científicos de la capital de la República. Un distinguido químico, don Juan Agraz, resultó ser el hombre buscado por el presidente de la República.

Don Adolfo preguntó al señor Agraz si iba a la Baja California a obtener el apoyo del ingeniero Aguilera en la labor de persuasión que se estaba llevando a cabo. Aceptada la comisión, el químico partió también para Mexicali.

Una feliz casualidad puso al presidente de la República en comunicación directa con otro hombre de influencia cerca del coronel Cantú. Fue éste el poeta José Isaac Aceves, secretario particular del gobernador del Distrito Norte. Aceves había sido aprehendido en la Ciudad de México por la policía militar y estaba preso en la comandancia de la plaza. El señor De la Huerta, al tener conocimiento de lo anterior, ordenó al comandante militar general Benjamín Hill que pusiera en libertad a Aceves e invitó a éste a una plática.

Ya ante el señor De la Huerta, Aceves sostenía que no tenía ninguna liga con el gobernador Cantú, que hacía mucho tiempo había dejado de ser secretario particular del coronel. Pero ante la insistencia de don Adolfo, Aceves no sólo reconoció serlo, sino que aceptó ir a Mexicali y convencer al gobernador para que reconociera el gobierno del centro. Tendidas todas las redes, teniendo constantes informes favorables, tanto del ingeniero Alessio Robles como de Galaviz, de Méndez, de Romero y de Agraz, el presidente De la Huerta se dispuso a dar el último paso.

Para tal objeto, el señor De la Huerta ordenó a su secretario de Guerra y Marina, general Plutarco Elías Calles, que concentrara en el puerto de Guaymas a tres mil yaquis que a la primera orden deberían embarcar para la península de la Baja California. Sobre este movimiento de yaquis, la Secretaría de Guerra debería hacer previamente una intensa campaña de prensa, haciendo ascender los efectivos concentrados en Guaymas a seis mil. Con ello el señor De la Huerta quería impresionar al gobernador Cantú.

Todas las noticias que sobre el movimiento de tropas eran publicadas en los periódicos del país eran repetidas en la prensa de California, haciéndose así cada día mayor presión sobre el gobernante del Distrito Norte.

ABELARDO RODRÍGUEZ

Como jefe de la expedición a la Baja California, el señor De la Huerta ordenó que fuese el general Eugenio Martínez. Mas apenas se acababa de dar esta noticia cuando el general Abelardo L. Rodríguez se presentó a don Adolfo:

—*Adolfo, vengo a pedirte un favor: quiero que me des la oportunidad de lucirme* —dijo el general Rodríguez al presidente de la República y agregó—: *He sabido que vas a mandar al general Martínez al frente de la expedición de la Baja California; Martínez está viejo, yo te serviría mejor. Si me das el mando de la columna te aseguro que no quedarás inconforme con mis servicios. Soy joven, tengo ambiciones y no creo que me negarás esta oportunidad.*

El general Rodríguez había estado siempre postergado, las pocas comisiones que se le habían dado eran de poca importancia. El señor De la Huerta

ofreció darle la oportunidad que pedía e inmediatamente llamó al general Calles, ordenándole que pusiera al mando de Rodríguez la columna que esperaba el momento de embarcar en el puerto de Guaymas.

De esta manera fue como el general Rodríguez se abrió camino hasta llegar a la presidencia de la República.

CEDE CANTÚ

Disminuidos los ingresos que a su gobierno proporcionaban los centros de vicio, gracias a la atingente labor del señor Iglesias Calderón cerca del gobierno de Washington; molestado constantemente por la campaña de prensa que hacía en California el señor Pesqueira; minados los federales, los maytorenistas y los villistas, a quienes había dado refugio; trabajado muy efectivamente tanto por el ingeniero Alessio Robles como por su secretario particular Aceves; ca-tequizado el ingeniero Aguilera por el químico Agraz; atraídos los obreros por los líderes de Cananea y, finalmente, amenazado por los yaquis que estaban listos a embarcar en Guaymas a las órdenes del general Rodríguez, el coronel Esteban Cantú se sintió aislado y expresó su deseo de retirarse del gobierno del Distrito Norte.

Reconociendo la obra que en la Baja California había hecho Cantú, y no queriendo lastimar a éste, el señor De la Huerta nombró gobernador a don Luis Salazar. El señor Salazar, aparte de ser un amigo de confianza de Cantú, estaba asociado a éste en varios negocios. El coronel Cantú no sólo no se resistió a entregar el gobierno a Salazar, sino que aceptó gustoso el nuevo nombramiento, viéndolo como una forma decorosa de abandonar el poder que había tenido por tantos años.

Había ofrecido el coronel Cantú —y así lo había comunicado el ingeniero Alessio Robles al presidente De la Huerta— hacer un viaje a la Ciudad de México, después de entregar el gobierno al señor Salazar; pero a última hora cambió de parecer; aunque sin expresarlo, parece que tuvo temores de ser víctima de un atropello de parte de quienes consideraba sus principales enemigos, los generales Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, ya que el señor

De la Huerta estaba a punto de dejar la presidencia de la República para entregarla al primero de los citados generales.

Fue así como, gracias a la habilidad política y diplomática del presidente provisional, el Distrito Norte de la Baja California quedó reincorporado a la República Mexicana después de haber permanecido por largos años bajo el mando del coronel Esteban Cantú, al margen de los gobiernos que rigieron al país a partir de 1913 y hasta fines de 1920.

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 3 de mayo de 1936, año x, núm. 231, pp. 3-4, 15.

SALVADOR ALVARADO EN 1922 Y SU
REBELIÓN CON MIEMBROS DE LA CGD

UNA REVOLUCIÓN QUE NO PASÓ DE SER PROYECTO

De cómo en 1922 el general Alvarado pretendió encabezar una rebelión con la ayuda de los miembros de la CGD

Sonriendo ingenuamente de vez en cuando; hablando con serenidad y convencimiento; levantando o abriendo los brazos como el niño que cree encontrar los soñados juguetes con sólo alzar la mano, o como el joven que cree conquistar el amor del prójimo mostrando el pecho, el general de división Salvador Alvarado expuso ante mas de veinte mil obreros, durante un banquete, los planes para una revolución tan violenta como la rusa y tan utópica como la democracia.

Emprender una campaña subversiva entre los obreros, decretar una huelga general revolucionaria, levantar barricadas, unir al ejército con el pueblo, derrocar al gobierno burgués, establecer el gobierno de los sindicatos, expropiar a los generales y a los ricos, construir una “benigna” dictadura de los trabajadores y, por fin, llegar a la democracia económica, fueron los capítulos del discurso de Alvarado, pronunciado doce meses antes de que estallara la revolución delahuertista y cuando era presidente de la República el general Álvaro Obregón.

Graves los unos y arrojando humo de sabrosos y grandes puros veracruzanos; adustos y desconfiados los otros y mientras que hacían bolitas con el migajón del pan o jugaban con los cubiertos; con los codos sobre los platos de rica porcelana y paladeando de vez en cuando una cerveza negra y amarga los terceros, los obreros parecían seguir maquinalmente las palabras del ex secretario de Hacienda y Crédito Público.

DISPUERTO A RENUNCIAR A SU GRADO

Cuando el general Alvarado terminó su peroración, para dejarse caer poco a poco sobre el asiento, varios obreros hicieron un movimiento para retirarse; pero el divisionario, rápidamente, volvió a ponerse en pie, diciendo en tono afable:

—*Compañeros, ahora deseo conocer la opinión de ustedes.*

—*General, usted es burgués; la revolución que usted pretende llevar a cabo es una revolución bolchevique, y nosotros somos enemigos de todos los gobiernos* —respondió un joven.

—*Yo también soy enemigo de todos los gobiernos, compañeros, y es lo que he sostenido en mi discurso...* —agregó Alvarado.

—*General...*

—*Compañero, le ruego que no me llame general, porque he dejado el generalato a las puertas del hotel y, si ustedes están de acuerdo conmigo, lo dejaré para siempre, porque considero que es deshonesto...* —interrumpió vivamente el ex secretario de Hacienda.

Los asistentes al banquete rieron y aplaudieron por primera vez.

CÓMO HARÍAN LA REVOLUCIÓN

Las últimas palabras de Alvarado infundieron confianza, y un obrero le preguntó con familiaridad:

—*Compañero, ¿y cómo haríamos la revolución?*

—*Muy fácil, compañero, si ustedes apoyan mis planes, ustedes harán una huelga general y yo me comprometo a darles armas y parque.*

Varios obreros golpearon platos y copas con los cubiertos y la reunión que había estado a punto de terminar tristemente tomó el carácter de una conspiración.

—*¡Armas y parque!* —gritaron algunos oyentes y otros agregaron—: *¡Vengan, compañero, vengan!*

Alvarado sonrió satisfecho y comentó:

—*Sí, compañeros, si es que nos ponemos de acuerdo, este movimiento debemos hacerlo antes de que Obregón sea reconocido por el gobierno de los Estados Unidos.*

Dos años hacía que el general Álvaro Obregón había tomado posesión de la presidencia y dos años también hacía que el general Salvador Alvarado había salido de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, después de haber ocupado la cartera durante el interinato de don Adolfo de la Huerta.

UNA ERA DE CONJURACIONES Y VIOLENCIAS

Cuando De la Huerta tomó posesión de la presidencia de la República, al triunfo del Plan de Agua Prieta, todas las energías obreras que habían sido acumuladas silenciosamente en los últimos meses de la administración del presidente Venustiano Carranza estallaron ruidosamente.

Las primeras noticias de la Revolución rusa despertaron grandes deseos en las grandes masas de México y aun los líderes obreros —cuyos atrevimientos ideológicos no iban más allá de un socialismo que pacíficamente conquistara el poder político— parecieron contagiados por la fiebre de la violencia y empezó una de sus conspiraciones.

Pero la era de conspiraciones terminó pronto, cuando el gobierno de De la Huerta llamó a colaborar a algunos de los más activos conspiradores, quienes días antes habían pretendido sublevar al ejército y arrojarse sobre las puertas del Palacio Nacional e izar la bandera roja con la hoz y el martillo sobre los mástiles de los edificios públicos de la capital.

Al calor de esa conspiración y de esos entusiasmos revolucionarios, los elementos que combatieron al moronismo revolucionario en el gobierno interino de De la Huerta constituyeron dos fuentes de propagación revolucionaria: la Confederación General de Trabajadores y el Partido Comunista de México.

EN EL HOTEL DE LA PAIX

El Partido Comunista de México definió claramente su posición cuando desde sus primeros meses de vida se afilió a la Internacional Comunista de Moscú, mientras que la Confederación General de Trabajadores (CGT) se movía inquietamente.

Conociendo esta posición de la CGT, el general Alvarado se dirigió a los líderes de esta organización para invitarlos a sostener sus planes haciendo un movimiento revolucionario. Fue en los primeros días de diciembre de 1922 cuando los invitó a un banquete privado en el hotel de La Paix, en la Ciudad de México. Y en un pequeño salón del citado hotel y a los postres, después de que los meseros salieron del salón, el ex secretario de Hacienda dio a conocer sus proyectos.

QUIÉN ERA ALVARADO

Pequeño, de cuerpo regordete, de movimientos nerviosos, con una mirada que a veces parecía demasiado severa y otras demasiado infantil; con una cabeza alta brotando desesperadamente de los hombros, con dos pronunciadas entradas en la cabeza, como marcando dos caminos de irrealizaciones, Salvador Alvarado, nativo del estado de Sinaloa, había pasado los primeros años de su vida en el estado de Sonora hasta el momento en que se adhirió a la revolución de 1913.

El general Alvarado fue uno de los primeros políticos de la revolución que pretendió justificar ideológicamente el movimiento encabezado por

Venustiano Carranza, cayendo así en el socialismo: la única fórmula ante él expuesta por varios extranjeros que acudieron al llamado que hiciera cuando, siendo gobernador del estado de Yucatán, convocó a expertos en cooperativas.

PRELUDIOS DEL BANQUETE

De pie, a la puerta del pequeño salón donde había de celebrarse el banquete y escoltado por un amigo que hacía una caravana cada vez que entraba un obrero, Alvarado saludaba afectuosamente a los invitados.

—*¡Salud, compañero!*... —decían los obreros.

—*¡Salud, salud!*... —respondía Alvarado maquinalmente.

Mientras que varios meseros vestidos de negro terminaban de servir la mesa, los miembros de la CGT, en grupos, hablándose al oído, miraban con desconfianza creciente al general Alvarado.

—*Ya estamos todos, general* —dijo un joven alto, con acento marcado de andaluz.

—*Bien, bien, compañerito, y ahora a comer y entonces platicaremos mucho...* —respondió Alvarado, al mismo tiempo que hacía una indicación para que todos se sentaran.

Ocupando la cabecera, Alvarado comía nervioso; la mayor parte de los obreros hablaban entre sí, pero todavía en voz baja.

—*Hablen, compañeros, hablen* —decía el anfitrión de vez en cuando.

Los obreros reían y seguían comiendo y festejando a veces cuando algún asistente, manejando los cubiertos de plata, hacía brincar los manjares de los platos salpicando el mantel de finísimo damasco.

—*Ora, tú, pórtate bien; ¿no ves que estás en un banquete?* —decían al que le sucedía alguna desgracia.

—*¡Bah!, al fin lo paga... mi general* —respondía el aludido.

—*Dirás que la nación...* —interrumpía otro.

—*¿Qué dicen, muchachos?* —preguntaba Alvarado en tono paternal y todos reían sencillamente.

EN MATERIA

A los postres, el ex secretario de Hacienda se puso en pie y con voz pausada, pero fuerte, dijo:

—*Compañeros, al invitar a los líderes de la Confederación General de Trabajadores...*

—*No tenemos líderes, general* —interrumpió vivamente un obrero.

—*Pues los principales...*

—*No hay principales* —protestaron varios.

—*A los amigos de la Confederación* —agregó Alvarado, haciendo una reverencia—... *es porque considero que la CGT es la única organización obrera en México limpia en antecedentes, que no tiene compromisos con el gobierno; es porque considero que dentro de esta gran confederación están los hombres del mañana, los hombres que habrán de tomar las piedras, los talleres y las fábricas para trabajarlas por su propia cuenta, acabando así con la inicua explotación del hombre por el hombre, que ha existido durante tantos siglos.*

Abriendo los brazos desmesuradamente, el orador agregó:

—*He llamado a los hermanos en estos momentos de prueba, ya que los individuos que se encuentran en el poder están corrompiendo nuestros más caros principios, los principios de la Revolución mexicana; he convocado a los amigos que sienten, como yo, las miserias de los hermanos; he invitado a los hombres que sabrán hacer respetar los derechos de todos.*

EL COMUNISMO LIBERTARIO

Continuó hablando el divisionario sinaloense sobre el concepto revolucionario de la clase obrera, para decir con un gesto sereno:

—*Ahora ha llegado el momento de que hagamos la revolución, la verdadera revolución. He visto inscrita en la bandera de la Confederación General de Trabajadores un lema hermoso que podemos realizar: "El comunismo libertario". Yo también soy comunista.*

Y después de esta confesión de credo, el general Alvarado dio a conocer los planes de rebelión. Pretendía que ahí mismo los obreros quedaran comprometidos a hacer una revolución, decretando una huelga general, levantando barricadas, soldados para formar "ayuntamientos" de obreros y establecer la benigna dictadura del proletariado por medio de los sindicatos y la representación profesional.

—*Así llegaremos a la democracia económica, que es el sueño de todos los pueblos grandes que quieren emanciparse de sus eternos verdugos* —terminó diciendo Alvarado.

MÁS PLANES

Comprendiendo Alvarado que sus palabras no habían causado efecto, y viendo que los obreros pretendían retirarse, pidió la opinión de todos sobre los planes expuestos.

Después de ofrecer armas y parque para hacer una revolución, Alvarado logró conquistar la confianza de los líderes obreros; fue el momento aprovechado para revelar sus planes insurreccionales.

—*Compañeritos* —dijo el divisionario sinaloense—, *me siento lleno de confianza hacia ustedes; ustedes han permanecido alejados de la corrupción del poder, dedicándose en cuerpo y alma a exterminar una casta: la burguesía, y a realizar un ideal: la revolución social. La palabra "revolución social" ha sido degenerada ya que hasta los líderes podridos de la Confederación Regional Obrera Mexicana la han tomado como divisa, y es necesario que la reivindicemos...*

—*General compañero, pero lo que nosotros queremos son armas...* —interrumpió un obrero.

—*Es verdad, es verdad* —repuso vivamente Alvarado—, *para allá voy. Decía que siendo ustedes quienes son, tengo confianza para darles a conocer mis planes. Ustedes tienen en su poder a las masas; ustedes tienen dominio sobre ellas; a ustedes lo único que les hace falta es la dirección... dirección técnica del asunto...*

—*Compañero Alvarado, si nosotros pensamos realizar una revolución, ha de ser una revolución comunista libertaria y, por lo tanto, una revolución del pueblo, una revolución sin jefes...* —dijo el joven obrero andaluz.

—Compañerito San Vicente, compañerito San Vicente, permítame que me explique... si es que deseamos unirnos para luchar contra tres poderosos burgueses: Obregón, Calles y De la Huerta.

QUIÉN ERA SAN VICENTE

Sebastián San Vicente, joven anarquista español, había llegado a México a principios de 1921, procedente de La Habana, donde había sido perseguido por las autoridades cubanas debido a su actividad en los sindicatos obreros.

Uno de los organizadores de la Confederación General de Trabajadores había sido el conducto del general Alvarado para invitar a los líderes de la CGT a aquella reunión.

—¡Pero compañero, si lo que nosotros queremos es que nos diga cómo se hará esa revolución! —insistió San Vicente.

—Compañerito, voy allá, voy allá —repuso el ex secretario de Hacienda, levantando los brazos desesperadamente—. Miren, compañeros: supongamos que el mes de abril o mayo del entrante, cuando empiece la agitación de la campaña presidencial, ustedes decretan una huelga por cualquier motivo; hacen las peticiones más fuertes que hayan hecho a la burguesía y, como ésta no accederá, ustedes se apropian de la fábrica donde estén en huelga, luego decretan los demás una huelga general de solidaridad; el gobierno mandará sus fuerzas; entonces entraremos todos a la acción, levantaremos barricadas y la revolución social habrá estallado. Cuando llegue este momento, será cuando yo ya tenga las armas y el parque.

—Y luego, ¿y luego? —preguntó un obrero.

—Luego, compañerito, luego está dicho todo, habremos hecho la revolución social: nos habremos apoderado de las fábricas, de las minas, de los campos, de los talleres y formaremos un gobierno por medio de los sindicatos.

—¡No queremos gobierno! —prorrumpieron todos los obreros.

—Pues no será gobierno, compañeritos, será administración o lo que ustedes quieran; pero sí tenemos que establecer una benigna dictadura del proletariado, porque tengan la seguridad de que los burgueses Obregón, Calles y De la Huerta

no se van a quedar conformes con que los derroquemos y pedirán el apoyo de los Estados Unidos para hacer una contrarrevolución.

TAMBIÉN ERA BURGUÉS

Como San Vicente se pusiera en pie, quizás con el objeto de hacer nuevas objeciones al plan expuesto, Alvarado, con energía, le dijo:

—Bueno, compañeritos y compañeritos todos, ya he dicho lo que tenía que decir; ya están todos listos y yo daré el grito en su oportunidad.

—¿Grito? —preguntó San Vicente.

—Sí, compañerito, cuando yo tenga las armas aquí, les avisaré y entonces ustedes se lanzarán a la huelga general.

—¡Armas, parque, vengan ellas! —gritaron los obreros entusiasmados.

—¡No tan alto, compañeros! —suplicó, por primera vez, Alvarado.

Y la reunión terminó como había empezado: Salvador Alvarado, a la puerta del pequeño salón comedor del hotel de La Paix, extendía la mano a todos sus invitados.

—Salud, compañeros —les decía Alvarado, haciendo una pequeña reverencia y sonriendo. Y cuando el último de los comensales salió, el ex secretario de Hacienda, seguido de su amigo, abandonó el hotel y montó en una hermosa limousine.

—¡Eh, y dice que él no es burgués!... —dijeron varios obreros cuando vieron cómo Alvarado montaba en su lujoso coche.

Dos veces más citó el ex secretario de Hacienda a los líderes de la CGT a nuevas conferencias, obteniendo en ambas ocasiones una enfática negativa.

Fue así como los planes del general Alvarado para hacer una “revolución social” en México fracasaron para siempre.

La Opinión, Los Ángeles, California, viernes 29 de noviembre de 1929, año iv, núm. 75, p. 3.

LA REBELIÓN DELAHUERTISTA A TRAVÉS
DE LAS MEMORIAS POLÍTICAS DE
JORGE PRIETO LAURENS

MEMORIAS POLÍTICAS DE JORGE PRIETO LAURENS

Forman una de las más sensacionales páginas
de la turbulenta historia de México, en los últimos tres lustros

Un relato intenso, lleno de colorido, en el que desfilan la mayor parte de los hombres públicos de México, y que comprende la historia más completa de uno de los últimos movimientos revolucionarios en México, fue hecho por Jorge Prieto Laurens exclusivamente para el magazín de *La Opinión*.

Primero la forma como se constituyó un partido, luego la manera como se fueron haciendo los líderes, para seguir con las luchas ciudadanas del grupo político, continuando más tarde con las batallas para escalar el poder y, por fin, hasta cómo se constituyó el núcleo que había de dirigir una revolución, para terminar con los aspectos íntimos de los jefes revolucionarios.

Antes de iniciar el relato, el que fuera jefe de uno de los más poderosos partidos políticos de México, dijo:

—Sólo deseo que esta narración verídica de la revolución de 1923 comprenda desde los orígenes hasta la causa de la derrota. Quiero hablar de todos los hombres que formaron parte del Partido Cooperatista, hasta el momento de llegar a la lucha armada.

Jorge Prieto Laurens, uno de los políticos mexicanos más jóvenes y que haya tenido más poder en sus manos —ya que sucesivamente fue presidente de la Cámara de Diputados, presidente del ayuntamiento de la Ciudad de México y gobernador del estado de San Luis Potosí—, llevó al partido del que era jefe a una revolución que tomó como bandera principal a don Adolfo de la Huerta.

Los detalles íntimos de la revolución de 1923 han permanecido en secreto y no es sino hasta ahora, seis años después de los acontecimientos, cuando los revela una figura principalísima de aquel movimiento.

El siguiente es el primer capítulo del relato de Prieto Laurens a *La Opinión*.

CAPÍTULO I

El espíritu de asociación que al triunfo de la revolución constitucionalista culminó con la formación de grandes sindicatos obreros alcanzó también a las clases estudiantiles de la Ciudad de México. Rápidamente fue organizada la Federación de Estudiantes, surgiendo entonces dos líderes: Jorge Prieto Laurens y Fernando Saldaña Galván.

Cuando aparecieron los líderes, la nueva organización resolvió iniciar sus primeras luchas en favor de la clase estudiantil, proponiéndose y aceptándose un plan para solicitar del gobierno constitucionalista el envío de los estudiantes más aptos como agregados a las legaciones de México en el extranjero, un intercambio de estudiantes con otros países y el aprovechamiento de los servicios de los jóvenes que hacían carrera consular en la Escuela de Comercio.

A mediados de 1917, una delegación de la Federación de Estudiantes era recibida por el presidente Carranza en el Palacio Nacional. Fue el estudiante Saldaña Galván el encargado de dar a conocer los proyectos de la Federación de Estudiantes, los que fueron aprobados por el primer magistrado.

UNA ENTREVISTA DE "TANTEO" AL PRESIDENTE

En una segunda entrevista de los estudiantes con el señor Carranza, Saldaña Galván, atrevidamente, dijo:

—Señor presidente, ya ha visto usted los trabajos realizados para la organización de las clases estudiantiles; nuestros esfuerzos han ido más adelante, ya que gracias al apoyo que usted nos ha dado, hemos logrado entusiasmar a los estudiantes de todos los estados, y ahora trabajamos empeñosamente por organizar a los estudiantes de todo el país...

—Sí, estoy satisfecho de esos trabajos, porque están dentro de mis propósitos... —respondió, sonriente, el primer magistrado de la nación.

—Señor presidente —agregó Saldaña Galván sin titubear—, nuestra lucha irá más adelante aún. Hemos pensado en la organización de las clases trabajadoras...

—¿Sí? ¿Y cómo piensan ustedes desarrollar esa tarea?

—Señor, somos jóvenes, somos revolucionarios y creo que las clases trabajadoras responderán a nuestro llamado. Esto serviría de mucho al gobierno... Y deseáramos saber si podemos contar con la ayuda del supremo gobierno.

—Sí, jóvenes, todo eso está dentro de mi programa y me satisfaría que ustedes llevaran a cabo esa labor.

UN PROYECTO PELIAGUDO

—Señor presidente —agregó Saldaña Galván—, organizada la clase obrera, deseáramos organizar también un partido político, que sería el Partido de la Juventud Revolucionaria, de una juventud ambiciosa, pero sin lacras, sin historia política, que serviría de sostén al gobierno de la Revolución...

Carranza, que escuchaba atentamente a Saldaña Galván y que, sentado de espaldas hacia la luz, podía examinar detenidamente el rostro de todos los miembros de la comisión estudiantil, se arrellanó en su silla y, después de sonreír, dijo secamente.

—Estudiaré el proyecto.

Llenos de entusiasmo salieron los estudiantes del Palacio Nacional, casi convencidos de que el presidente Venustiano Carranza aceptaría la idea de Saldaña Galván.

—*Oye hermano, has estado a la altura de los grandes hombres* —dijo Prieto Laurens a Saldaña Galván.

—*¡Figúrate, Jorge, lo que seremos si se llegara a formar ese partido!* —respondió Saldaña Galván, añadiendo—: *Yo creo que el viejo aceptará la idea, porque verá que somos gente joven y decidida a todo, y porque, ¿a dónde se puede ir con los generales y políticos corrompidos?*

LA BELLA REALIDAD

Y la pareja de jóvenes vio la llegada de un porvenir sonriente, amable, de aventura, de entusiasmos, de triunfos; de luchas en las calles, de discursos en las plazas, de discusiones en el parlamento.

Hablaban de ideales, dejando olvidados los intereses; los proyectos de bienestar personal quedaron postergados ante los proyectos de popularidad entre las multitudes y de los sueños de gloria común.

Varios días después, lo que pareció ser audacia de Saldaña Galván quedó convertido en realidad. En septiembre de 1917, después de una nueva conferencia con el presidente Carranza, en la Biblioteca de la Escuela de Jurisprudencia quedaba organizado el Partido Nacional Cooperatista.

El partido quedó integrado por estudiantes, periodistas y obreros. Entre los primeros figuraban Prieto Laurens, Saldaña Galván y José Villanueva Garza; entre los segundos, Luis Coyula, Jorge Carregha y Ramón Riveroli; entre los terceros, Lucio Becerril, Rafael Torres y Manuel Ábrego Balboa.

NACE TAMBIÉN EL PLC

Pocos días después de que un grupo de jóvenes llenos de entusiasmo, sin conocer las triquiñuelas de la política, sin saber de contiendas electorales y sin tener en cuenta los grandes intereses manejados en las altas esferas oficiales,

formaban un partido político, los fogueados en estos asuntos formaron también el suyo.

En una quinta solariega de Tacubaya, que en los días terribles de las apropiaciones había sido ocupada por el general Pablo González, los que componían una generación de vencedores, los que se agrupaban más por interés que por entusiasmo, los que ya habían recorrido el campo del optimismo para caer en el cálculo, los que tenían una historia política y militar, los que ya habían alcanzado el rango del caudillaje, constituían el Partido Liberal Constitucionalista.

Y al nuevo partido corrían altos personajes de la vida militar y administrativa. Entre los líderes se encontraban los generales Pablo González, Álvaro Obregón, Manuel García Vigil, Cándido Aguilar, Benjamín Hill y Manuel M. Diéguez.

Los militares triunfantes, llamándose los “ciudadanos armados”, se disponían así a la conquista de la administración pública de México.

UN TERCER PARTIDO

Aunque el Partido Cooperatista iniciaba sus luchas como amigo, el presidente Carranza no confió en los entusiasmos juveniles y resolvió, por su parte, apoyar a los viejos elementos políticos que figuraban a su lado y que fueran capaces de enfrentarse al partido militarista encabezado por los generales Obregón y González.

Fue así como nació el Partido Nacionalista en octubre de 1917, siendo sus directores Gerzayn Ugarte, J. J. Reynoso, Juan Manuel Álvarez del Castillo y Eliseo Céspedes.

Los jóvenes políticos habían quedado situados entre dos fuegos, debiendo inclinarse a uno u otro lado, o bien condenarse a perecer en una neutralidad inaceptable en las luchas políticas. Faltos de experiencia, pero confiando en sus arrestos de juventud, los miembros del Cooperatista emprendieron la lucha contra los otros dos partidos.

Las elecciones municipales de 1917 habían de constituir el primer ensayo electoral de la juventud cooperatista.

UNA EQUIVOCACIÓN, CREER EN LA DEMOCRACIA

Fueron a las casillas, pretendiendo conquistarlas democráticamente, pero se encontraron con que los elementos del Partido Liberal Constitucionalista habían convertido el campo de la democracia en un campo militar. Generales, jefes y oficiales del ejército, disfrazados de paisanos y al frente de cientos de soldados, asaltaban las casillas, pistola en mano.

En estos momentos terribles, los cooperatistas hicieron un pacto momentáneo con el Partido Nacionalista, pudiendo así, con la ayuda del gobierno federal, instalar un ayuntamiento en el cual los sitiales quedaron repartidos entre los coaligados, haciendo fracasar los propósitos del grupo militar.

Este primer triunfo parcial de los jóvenes políticos sirvió, antes que todo, para darles una enseñanza práctica sobre las luchas democráticas en México.

Ocupando varios sitiales en el municipio, los cooperatistas emprendieron la batalla contra los que habían sido sus coaligados, preparándose así para presentar un grupo compacto en las elecciones de 1918.

EN BUSCA DE UN LÍDER

Mientras tanto, en el seno de la Cámara de Diputados, los elementos obregonistas habían abierto una dura oposición al gobierno del presidente Carranza. El Partido Liberal Constitucionalista y su líder, el general Álvaro Obregón, abiertamente hostilizaban a la administración carrancista.

Los jóvenes cooperatistas pasaron también a ocupar un lugar en las filas de la oposición y en estas condiciones habían de enfrentarse al Partido Nacionalista en las elecciones de 1918.

Pero los jóvenes políticos, preparándose para la gran batalla, pensaron en la necesidad de un líder de prestigio y de entusiasmo, de valor y de energía. Volvieron la vista hacia todos los elementos revolucionarios y descubrieron al general Jacinto B. Treviño.

Era el general Treviño jefe de la Comisión Revisadora de Hojas de Servicios de la Secretaría de Guerra y Marina, y uno de los jefes revolucionarios más conocidos en la República.

—General, el Partido Nacional Cooperatista ha pensado en la necesidad de tener un líder y, escogiendo entre todos los elementos políticos de más prestigio en la República, se ha fijado en usted... —dijo Fernando Saldaña Galván al general Treviño, representando a una numerosa comisión de miembros del Partido Cooperatista.

—Muchachos, me siento honrado con esta distinción, pero no soy político, sino militar... —respondió Treviño.

—General, pero también es justo que usted piense en el porvenir de la patria —interrumpió Saldaña y agregó—: El Partido Cooperatista necesita de un hombre representativo, capaz de dirigir a los grupos que rápidamente se extenderán por toda la República; queremos hacer del partido la verdadera agrupación de principios que encarne la voluntad popular.

Treviño pidió estudiar el problema con todo detenimiento y varios días después dio su anuencia, anunciando que renunciaría el alto puesto que ocupaba en el gobierno para ponerse al frente del partido.

UNA FAMOSA JUNTA COMPUTADORA

Pero mientras los cooperatistas buscaban al jefe del partido, los nacionalistas se preparaban para las elecciones. El Partido Liberal Constitucionalista lanzó un manifiesto declarando que se abstenía de tomar parte en la lucha.

Nacionalistas y cooperatistas fueron a las casillas, produciendo terribles encuentros a palos y pedradas que habían de culminar en la instalación de la junta computadora.

A la junta sólo podían tener acceso los presidentes de casilla, debidamente acreditados con una credencial extendida por el presidente municipal, y el presidente municipal era miembro del Partido Nacionalista.

Sin embargo, el alcalde de la Ciudad de México, el licenciado José M. de la Garza, pretendiendo ser neutral, declaró que extendería credenciales a todos los presidentes de casilla, fueran nacionalistas o no.

La junta computadora estaba a punto de ser instalada, cuando un empleado de la presidencia municipal dijo al líder cooperatista Prieto Laurens:

—Señor Prieto, el presidente municipal ha ordenado que sólo tengan acceso a la junta computadora los presidentes de casilla que tengan credencial con contraseña.

—¿Con contraseña?

—Sí, señor. La contraseña es un piquetito de alfiler en la cabeza del águila del sello de la presidencia municipal —explicó el empleado.

Prieto Laurens advirtió el caso a sus compañeros y rápidamente las credenciales de los presidentes de casillas afiliados al Partido Cooperatista recibían el famoso piquete del alfiler.

UNA MANIFESTACIÓN

Pero los cooperatistas no se sintieron seguros del triunfo al descubrir esta estrategia y resolvieron organizar una manifestación en la mañana que fuera instalada la junta computadora.

Al frente de la manifestación, que habría de llegar hasta las puertas de la Escuela de Ingenieros, donde iba a ser instalada la junta computadora, marcharían todos los generales, diputados, senadores, miembros del Partido Liberal Constitucionalista, como un acto de simpatía hacia los jóvenes cooperatistas, y con el objeto de impresionar a los elementos nacionalistas.

Los nacionalistas, por su parte, habían anunciado que con el objeto de conservar el orden, el general Rafael de la Torre, inspector general de Policía, estaría al frente de la gendarmería montada y sería el encargado de revisar las credenciales de los presidentes de casilla.

Una enorme excitación reinaba en la Ciudad de México ante los preparativos bélicos de los partidos contendientes.

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, núm. 19, año IV, viernes 4 de octubre de 1929, pp. 5, 11.

MEMORIAS POLÍTICAS DE JORGE PRIETO LAURENS

De cómo el entonces poderoso Partido Nacionalista cayó en la trampa que le puso el líder de los cooperatistas

CAPÍTULO II

Cuando la manifestación de presidentes de casilla miembros del Partido Cooperatista —al frente de la cual marchaban los líderes parlamentarios de la oposición, altos jefes militares y los directores del partido— hizo alto frente al edificio de la Escuela de Ingenieros donde había de reunirse la junta computadora, el general Rafael de la Torre, inspector general de Policía, avanzó hasta la banqueta y, saludando al general Jacinto B. Treviño, le dijo, haciéndose un saludo militar:

—Ordene usted, mi general...

De la Torre era conocido con el nombre de “General Aspirina” porque, según cuenta la leyenda, una noche, acompañado de varios generales, se encontraba en el Café Colón, en la Ciudad de México, en estado de ebriedad; cuando ya salía del café, vio que un individuo llamado Carlos Rodríguez estaba caído sobre una mesa.

—¿Qué pasa, muchacho? —le preguntó De la Torre.

—Me duele mucho la cabeza, general.

—¡Ah, pos ahí te va tu aspirina! —agregó De la Torre, desenfundando rápidamente la pistola y disparando sobre Rodríguez, al que dejó muerto en el acto.

Desde entonces, el inspector general de Policía fue conocido con dicho sobrenombre. El “General Aspirina” parecía sonriente aquella mañana de la manifestación.

—Vengo a pedir que se respete la ley —respondió el general Treviño a la pregunta de De la Torre.

—Pues esas son las instrucciones que tengo, mi general.

—Bueno, entonces, que pasen todos los presidentes de casilla —gritó Treviño.

—Los que traigan credencial, mi general —interrumpió el inspector.

—De acuerdo, hombre, de acuerdo.

Y los presidentes de casilla empezaron a entrar, mostrando sus credenciales con la respectiva contraseña.

SORPRENDIDOS CON LAS MANOS EN LA MASA

Pero cuando los cooperatistas entraron a la Escuela de Minería, en el Salón de Actos estaban reunidos los nacionalistas, trabajando activamente a fin de proclamar su triunfo.

—¡Viva el Cooperatista! —gritó la multitud invadiendo el Palacio de Minería.

Un pánico indescriptible se apoderó de los nacionalistas, al verse descubiertos y frente al enemigo.

Prieto Laurens de un asalto abordó la tribuna y lanzó serias acusaciones contra el presidente municipal, don José María de la Garza. Don José María, sin perder los estribos, esperó a que Prieto terminara de hablar y, acercándose tranquilamente a la tribuna, dijo:

—En virtud de que el local ha sido asaltado por individuos desconocidos, doy por terminados transitoriamente los trabajos de la junta computadora, la que volverá a reunirse en el lugar y hora que señalaré oportunamente.

Surgió una tempestad. Treviño y los jefes militares lanzaron frases duras sobre el presidente municipal, pero éste, impertérrito, salió del salón.

En la monumental escalinata de Minería, Prieto Laurens y Saldaña Galván gritaban nerviosamente al alcalde, cuando éste se retiraba:

—¡Sea usted honrado, señor De la Garza! Conceda usted al pueblo lo que pide.

—¡Viva el Cooperatista! —gritaban unos.

—¡Viva el Nacionalista! —respondían los otros.

Pero De la Garza, de regular estatura, regordete, tomado del brazo de varios amigos, bajó las escaleras paso a paso, enjugándose nerviosamente el sudor de su rostro.

UN PACTO

Ante el temor de que la situación se agravara, los líderes nacionalistas invitaron a los cooperatistas a una transacción, resolviéndose así que una comisión de arbitraje, integrada por un representante de cada partido y un delegado neutral, diera un fallo que sería acatado por las partes afectadas.

Para integrar la comisión fueron nombrados el licenciado Juan Manuel Álvarez del Castillo por parte del Nacionalista y el senador Juan Sánchez Azcona por el Cooperatista. Al día siguiente, Álvarez del Castillo y Jorge Prieto Laurens comían en el restorán de Chapultepec.

—Oiga, licenciado, ¿y qué ha pensado usted sobre el nombramiento del árbitro? —dijo tranquilamente Prieto a Álvarez del Castillo.

—Hombre, compañero, todavía no pienso en eso. ¿Y usted?

—Licenciado, hasta ahora se me ha ocurrido ese asunto y lo cierto es que dejo a usted para que haga la elección del árbitro, ya que sé que usted es persona honorable —contestó Prieto, añadiendo—: Además, yo no conozco a nadie aquí en México; si esto fuera en San Luis...

—Pero, ¿a quién cree usted que podremos nombrar?

—Lo dejo a su buen criterio, licenciado; con que sea persona honorable, basta.

—Hombre, pero sugiera usted a alguien.

- ¿Qué le parecería que fuera un profesor de la Escuela de Derecho?
—No es mala la idea, yo conozco a la mayor parte de los profesores.
—Pues al grano, licenciado, ¿qué le parecería el licenciado Francisco Pimentel?
—De acuerdo, amigo Prieto; que el licenciado Pimentel sea el árbitro.

CON PIMENTEL

Álvarez del Castillo y Prieto Laurens se dirigieron a la residencia del licenciado Pimentel. Era don Francisco profesor de derecho en la Facultad de Leyes y maestro de Prieto Laurens.

—Maestro, el licenciado Álvarez del Castillo y yo hemos sido comisionados para ofrecer a usted el nombramiento de árbitro de las elecciones municipales —dijo Prieto a don Francisco.

—¿Qué? ¡Pero, qué es eso, muchachos! —respondió el licenciado Pimentel y dirigiéndose a Prieto, agregó—: Y usted, amiguito, ¿cómo es posible que me venga con esas cosas?... Vaya y atienda sus estudios y déjese de tonterías... No, no; a mí no me mezclen en sus asuntos políticos.

La pareja de comisionados dio la media vuelta para reunirse dos días después a fin de buscar un nuevo árbitro.

—Oiga licenciado, usted que es de Jalisco proponga a algún abogado tapatío, ¿qué le parece? —sugirió Prieto a Juan Manuel.

—No me parece mal, Prieto, pero ¿a quién nombraremos?

—Hombre, a algún abogado que no esté relacionado con la política, por ejemplo, al licenciado Pérez Verdía...

—Hombre, me parece muy acertada su sugerencia. El licenciado Pérez Verdía es amigo mío.

—Tanto mejor —insinuó Prieto dando muestras de satisfacción, y agregó—: Iremos a verle desde luego, licenciado, pero antes permítame hablar por teléfono a mi casa.

Prieto Laurens llamó por teléfono a un amigo íntimo y le dijo:

—Oye, Álvarez del Castillo cayó en la trampa; corre al despacho de Pérez Verdía y avísale.

TODO ARREGLADO

El licenciado Antonio Pérez Verdía F., uno de los más conocidos y opulentos abogados de la Ciudad de México, había quedado previamente de acuerdo con Prieto Laurens para ser el árbitro, pero el líder cooperatista había de fingir no tener relaciones con él, creando así confianza entre los elementos nacionalistas.

Haciendo una profunda reverencia, el licenciado Álvarez del Castillo dijo al licenciado Pérez Verdía:

—Licenciado, tengo el honor de presentarle al joven Jorge Prieto Laurens, líder del Partido Cooperatista.

Y después de esta introducción, Álvarez del Castillo dio a conocer a Pérez Verdía el objeto de su visita, pidiéndole que aceptara el nombramiento de árbitro de la comisión electoral. Después de muchos ruegos, el famoso abogado tapatío aceptó formar parte de la comisión.

Una semana más tarde, en el lujoso despacho de Pérez Verdía, en la avenida Madero, se reunía la comisión de arbitraje para dar su fallo sobre las elecciones, después de escuchar a las partes afectadas. El fallo fue favorable para los cooperatistas, toda vez que Pérez Verdía previamente se había comprometido con Prieto Laurens a votar a favor de los opositores al régimen del presidente Carranza, indignado por el chanchullo perpetrado por los nacionalistas.

Este triunfo de los cooperatistas reafirmó la fuerza política de los jóvenes que un día habían abandonado las aulas para dedicarse a la conquista del poder, llevados por el entusiasmo, la audacia y la buena voluntad.

LA LUCHA PRESIDENCIAL

El año de 1919 entró en los momentos en que las pasiones políticas empezaban a agitar a todo el país.

Entre los altos jefes del Partido Liberal Constitucionalista habían surgido hondas divisiones conforme se aproximaba el momento de la campaña

presidencial de 1920. El general Pablo González formó su grupo; el general Obregón reunió a sus partidarios; el general Diéguez se retiró discretamente, dando así prueba de adhesión al presidente Carranza.

—¿Quién será el candidato oficial? ¿Quién será el candidato de oposición?
—preguntaban propios y extraños.

Los nombres de los generales Pablo González y Álvaro Obregón fueron los primeros que aparecieron en la palestra.

—Jorge, es bueno que ya vayamos pensando quién va a ser nuestro candidato presidencial —dijo Saldaña Galván a Prieto Laurens.

—El general Obregón, hombre, ¿quién había de ser?

—¿Obregón? No, hombre, ¡si el candidato oficial será don Pablo!

—¿Pero es que vamos a apoyar al oficial?

—Seguro, ¿no ves que siempre es el que gana en México?

—Me extraña que tú discurras de esta manera, Fernando —replicó severamente Prieto Laurens, y agregó—: *El Partido Nacional Cooperatista nació para hacer política honrada y estoy dispuesto a luchar por que siempre ocupemos la oposición.*

—Es decir que tú eres obregonista.

—Sí.

—Pues romperemos, porque yo no me embarco en aventuras. Carranza es el gobierno, el gobierno siempre triunfa y yo estaré con el gobierno.

Así había surgido la división entre los dos líderes del Cooperatista.

Por otra parte, el jefe del partido, el general Jacinto B. Treviño, había también iniciado la desertión, uniéndose al grupo pablista.

LA PRIMERA AVANZADA OBREGONISTA EN LA CIUDAD DE MÉXICO

Fue en estos días cuando llegó la primera avanzada del general Álvaro Obregón a la Ciudad de México. Obregón se encontraba dedicado a la agricultura en Cajeme, Sonora, y envió como sus representantes políticos a los que habían sido miembros de su estado mayor: Francisco R. Serrano, Jesús M. Garza, Enrique Liekens, Juan de Dios Bojórquez y Luis L. León.

Atravesando por las más difíciles condiciones económicas, los representantes del general Obregón llegaron a la capital y alquilaron una casa en las calles de Lafragua. Cinco camas, una mesa y dos sillas eran el mobiliario del centro obregonista. Los representantes pasaban días de hambre. Sólo los dos primeros meses pudieron pagar la renta. Al tercero fueron lanzados.

Pero cuando las camas, las sillas y las mesas se encontraban en la calle, acudió en auxilio de los representantes del general Obregón el Partido Nacional Cooperatista.

El momento intenso de la lucha electoral de 1920 había llegado. ¿Quién apoyaría a quién?

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, núm. 26, año iv, viernes 11 de octubre de 1929, p. 3.

MEMORIAS POLÍTICAS DE JORGE PRIETO LAURENS

OBREGÓN INICIÓ TRATOS CON EL GENERAL FÉLIX DÍAZ
Esta sensacional revelación la hace Jorge Prieto Laurens
en sus memorias políticas

TAMBIÉN PACTÓ CON PELÁEZ

CAPÍTULO III

El momento de la división en todos los partidos políticos de México había llegado.

Tres fuertes grupos eran organizados rápidamente a fin de tomar parte en la contienda electoral de 1920: el obregonista, el pablista y el oficial.

Un candidato oficial había de surgir de un momento a otro, pero a principios de 1919, el nombre de ese candidato era completamente desconocido.

El Partido Nacional Cooperatista sufrió las consecuencias de la división; los líderes que habían llegado triunfalmente hasta el ayuntamiento de la Ciudad de México quedaron divididos en tres fracciones.

Los concejales cooperatistas eran: Jorge Prieto Laurens, Fernando Saldaña Galván, Ing. Lorenzo Hernández, Lic. José Luis Almogábar, Lic. Otilio Gon-

zález, Lic. Gabriel García Rojas, Lic. R. Garza González, Dr. y Gral. Rafael Cepeda, Pedro Luna, Eduardo Islas y Gabriel Delgado.

Prieto Laurens se puso al frente de los obregonistas, Saldaña Galván al frente de los gobiernistas y el Gral. Rafael Cepeda al frente de los pablistas.

—*Jorge, haces muy mal en inclinarte por Obregón; vas a fracasar en tu carrera política* —dijo Saldaña Galván a Prieto Laurens.

—*Haces muy mal en pretender inclinarme al partido oficial; yo seré obregonista porque Obregón es el candidato popular* —respondió Prieto.

Y los dos jóvenes que dos años antes habían sido los organizadores de un partido quedaron militando en campos contrarios.

LA FAMOSA CONVENCION DEL COOPERATISTA

Aunque entre sus principales líderes había surgido la división, el Partido Cooperatista no había tomado resolución alguna a favor de los candidatos presidenciales, resolviéndose entonces convocar a una convención general.

En la convención, efectuada en la Ciudad de México, los dos grupos —el uno capitaneado por Prieto Laurens y el otro por Saldaña Galván— emprendieron una terrible lucha, hasta quedar triunfante Prieto, cuando los convencionistas resolvieron apoyar la candidatura presidencial del general Álvaro Obregón. Saldaña Galván quedó, sin embargo, al frente de un núcleo dispuesto a apoyar al candidato que sugiriera el presidente Carranza.

Los últimos meses de 1919 fueron de enorme actividad entre los elementos políticos. Cuatro eran los partidos que se aprestaban a la conquista de la presidencia de la República: el Cooperatista y el Liberal Constitucionalista, unidos; el sostenedor de la candidatura de Pablo González y el Partido Liberal Nacionalista, que esperaba presentar su candidatura de un momento a otro.

EL AYUNTAMIENTO DE 1920

Mientras tanto, grandes preparativos se hacían para la conquista del ayuntamiento de 1920.

Entre los líderes obregonistas se contaban Rafael Martínez de Escobar, Rafael Zubarán, Aurelio Manrique, Miguel Alessio Robles y otros. Algunos estaban empleados en el ayuntamiento de la Ciudad de México, apoyados por Prieto Laurens; en la Cámara de Diputados, los representantes que constituían el bloque opositor al presidente Carranza dominaban totalmente.

Las elecciones municipales de 1919 presentaban un gran interés, toda vez que el ayuntamiento de la Ciudad de México había de desempeñar un gran papel en la lucha presidencial.

Los partidos Cooperatista y Nacionalista se habían de disputar el triunfo.

LA TÁCTICA DEL GARROTE

Pero el presidente del ayuntamiento, el ingeniero Lorenzo Hernández, de acuerdo con la mayoría de los concejales saldañistas, había fraguado un complot contra los cooperatistas, al mismo tiempo que inventaba una nueva táctica: el garrote.

Así fue como el día de las elecciones, todos los saldañistas, armados de garroses contruidos *ex profeso* para la lucha democrática, se presentaban en las casillas electorales.

Al día siguiente de las elecciones municipales, un empleado del ayuntamiento se presentó en las oficinas del Partido Cooperatista. Prieto Laurens y Felipe Carrillo Puerto se encontraban platicando animadamente, siendo interrumpidos por el visitante.

—*Señor Prieto, todos los empleados del ayuntamiento han sido trasladados al tercer piso del hotel Isabel, donde están fraguando el chanchullo electoral; ahí están arreglando las boletas, designando presidentes de casilla, levantando actas...* —dijo el visitante.

—*¿Dónde dice usted que están?* —preguntó Prieto.

—*En el tercer piso del hotel Isabel.*

—*Bueno, compañero Carrillo, voy al hotel Isabel...*

—*Tenga cuidado, Prieto...*

—*No, compañero, no se apure por mí... Mire, haga usted una cosa; váyase a la recepción de mi general Obregón, junte unos cuantos amigos y luego se van al*

hotel. *Allá los espero yo* —agregó Prieto nerviosamente, saltando de su asiento y saliendo precipitadamente de la oficina.

UNA AUDAZ IRRUPCIÓN

Tranquilamente, Prieto subió hasta el tercer piso del hotel Isabel. Hasta el corredor podía llegar el ruido de las máquinas de escribir y los gritos dando órdenes. Con toda audacia, Prieto Laurens golpeó en la puerta de una de las habitaciones. Todas las actividades en el interior quedaron suspendidas inmediatamente.

Prieto insistió con más fuerza.

—*¡Abran, en nombre de la ley!* —gritó el joven político— *¡Volaré la chapa si no abren!* —insistió con voz de trueno.

De un salto y apoyando el pie en la perilla de la puerta, Prieto pudo alcanzar el tragaluz de la puerta, pudiendo dominar el interior de la habitación.

Varias señoritas consternadas esperaban en un rincón del cuarto el desenlace del asalto.

—*¡Nadie se me mueva!* —gritó Prieto, apuntando con el revólver, sostenido con los codos en el marco de la puerta y columpiando el cuerpo.

—*¿Qué pasa aquí?* —preguntó Lorenzo Hernández, vicepresidente del ayuntamiento, apareciendo en una de las puertas interiores de la habitación; al descubrir la cabeza de Prieto, agregó—: *¡Bájese usted! ¿Qué hace usted ahí?*

—*¡Vine a descubrirles el pastel!* —respondió sonriente Prieto al joven político, pero sin dejar de apuntar con el revólver, agregando—: *Pero ordene que me abran la puerta, porque no estoy en posición cómoda.*

Pero como Lorenzo Hernández permanecía impasible, Prieto añadió con energía: —*¡Ordene usted que abran o dispare!*

UN PODEROSO REFUERZO

—*¡Viva Obregón! ¡Viva!* —resonó fuertemente en el corredor del tercer piso del hotel.

Más de cien individuos a cuyo frente marchaban Felipe Carrillo y varios diputados al Congreso de la Unión, llegaron en los momentos culminantes.

—*¡Abajo la puerta! ¡Viva Prieto!* —gritaron nuevamente los obregonistas.

Y la multitud entró a la habitación donde estaban siendo firmados miles de votos, con los cuales el partido oficial pretendía comprobar que había triunfado en las elecciones municipales.

Mientras tanto, frente al hotel Isabel, era extendida una línea de soldados federales, enviados por el jefe del estado mayor presidencial, general Juan Barragán. Cien gendarmes entraron al hotel.

—*¿Quién es Prieto Laurens?* —preguntó el jefe de los gendarmes.

—*¡Yo!* —respondió el aludido.

—*Bueno, pues me acompaña a la Inspección de Policía.*

—*¡No! ¡Prieto no sale de aquí!* —rugió la multitud, dispuesta a defender al audaz político.

Los obregonistas pretendían lanzarse sobre la policía, pero Prieto Laurens intervino:

—*No, compañeros, porque nos asesinan a todos; iré a donde quieren estos señores, al fin que ya descubrimos el pastel; ya llegará el momento en que el pueblo exija el respeto al voto.*

Prieto fue llevado a la cuarta demarcación, mientras que la policía desalojó a los obregonistas del hotel Isabel.

LA COMPUTADORA DE LA ACADEMIA METROPOLITANA

Esa misma noche, Prieto fue puesto en libertad y dos días después era instalada la junta computadora con lujo de fuerza en la Academia Metropolitana. La junta declaró triunfante en las elecciones municipales, por abrumadora mayoría de votos, a la planilla del partido saldañista.

Dispuestos a continuar la lucha contra el partido oficial, los cooperatistas se dirigieron a la Cámara de Diputados pidiendo garantías.

Fue entonces cuando los diputados obregonistas Manuel García Vigil, Basilio Vadillo, Manlio Fabio Altamirano, Francisco R. Serrano y Miguel Peralta

pronunciaron los discursos más candentes contra el régimen del presidente Carranza.

Los representantes obregonistas presentaron una moción, pidiendo que la Cámara diera protección a los cooperatistas a fin de que instalaran la junta computadora en el recinto parlamentario. Y en el Salón Verde del Palacio del Factor quedó instalada, bajo la presidencia del coronel y diputado Miguel A. Peralta, fungiendo como instalador oficial el regidor Fernando R. Franco.

La junta instalada en el Salón Verde de la Cámara Baja declaró triunfante a la planilla del Partido Nacional Cooperatista.

Pero la situación política en el país era cada día más grave. El general Obregón había iniciado su gira por la República y los rumores de que estallaría una rebelión aumentaban más y más.

El 1 de enero, el gobierno federal ordenó que todas las fuerzas federales dieran protección al ayuntamiento integrado por los nacionalistas, quedando así sin efecto la declaratoria hecha por la junta computadora que fue instalada en la Cámara de Diputados.

En las primeras semanas de 1920, el Partido Liberal Nacionalista designó candidato a la presidencia de la República al ingeniero Ignacio Bonillas, embajador de México en Estados Unidos.

Formalmente, además del eterno candidato don Nicolás Zúñiga y Miranda, tres hombres se disputarían la presidencia de la República: Álvaro Obregón, Pablo González e Ignacio Bonillas.

UN NUEVO PARTIDO EN FAVOR DE OBREGÓN

Al entrar la campaña presidencial en el periodo más álgido, un nuevo partido llegó a apoyar al general Álvaro Obregón: el Partido Laborista Mexicano.

Organizado por un grupo de líderes de la Confederación Regional Obrera Mexicana, el Partido Laborista Mexicano no se declaró en favor de ningún candidato presidencial, sino hasta varios meses después de su fundación. Conforme un acuerdo de los líderes obreros, el Partido Laborista apoyaría al candidato que firmara un pacto dando ventajas políticas a la CROM.

Los líderes laboristas acudieron, en primer lugar, al general Pablo González, pero don Pablo rechazó el proyectado pacto, según el cual el gobierno triunfante habría de dar a los laboristas dos ministerios, diez gobiernos de estado y cincuenta curules en la Cámara de Diputados.

Como resultado de la negativa de don Pablo a aceptar el pacto, los laboristas, por conducto del líder Luis N. Morones, quien a la sazón era agente confidencial de la Secretaría de Gobernación, acudieron al embajador de México en Washington, ingeniero Ignacio Bonillas, haciéndole la misma proposición, pero éste condenó igualmente todo tratado.

Finalmente, los laboristas hicieron la misma proposición al general Obregón, quien aceptó el pacto. Los laboristas traerían al general Obregón un fuerte contingente obrero.

LA GIRA DE OBREGÓN POR EL NORTE DEL PAÍS

Terminada la gira por el sureste de la República, el general Obregón determinó continuar hacia el norte.

—*Prieto, quisiera que usted me acompañara en esta gira*—dijo el general Obregón al líder del Partido Nacional Cooperatista.

Y éste, de acuerdo con los otros líderes cooperatistas, aceptó la invitación, llevando como mira principal extender el radio de acción del partido en el norte del país, especialmente en el estado de Tamaulipas, donde el licenciado Emilio Portes Gil era el representante del grupo de jóvenes políticos.

Acompañado de Rafael Martínez de Escobar, Aurelio Manrique, Manlio Fabio Altamirano, José Siurob y Jorge Prieto Laurens, Obregón inició su gira en el norte a mediados de febrero de 1920.

Triunfalmente, hizo el general Obregón un gran recorrido hasta llegar al puerto de Tampico. Tampico era el objetivo principal del candidato presidencial, sabiendo que ahí se encontraba como jefe de las Operaciones Militares el general Francisco Murguía, enemigo personal de Obregón.

Y en Tampico fue exactamente donde empezó la crisis política que culminaría con el Plan de Agua Prieta.

PORTES GIL EN ESCENA

El candidato Obregón fue recibido triunfalmente en el puerto y en un gran mitin fue presentado al pueblo por el licenciado Portes Gil.

Después de Portes Gil hicieron uso de la palabra Manrique, Altamirano, Martínez de Escobar y el candidato.

Cuando Obregón hablaba, los manifestantes fueron rodeados por varios cientos de soldados.

—*No es extraño que estos individuos vengan a interrumpir una reunión popular, ya que son reclutados a última hora disfrazados de soldados; si fueran soldados de la Revolución hubieran asistido a las batallas de Celaya y Trinidad y, por lo tanto, no hubieran venido pretendiendo interrumpir un mitin del pueblo...*

—dijo en tono violento el general Obregón.

Terminado el mitin, la policía de Tampico, a las órdenes directas del coronel Orozco, hizo irrupción en el hotel donde se hospedaba Obregón, aprehendiendo a Portes Gil, Manrique, Martínez de Escobar y Altamirano. De los acompañantes de Obregón, sólo pudieron escapar Fernando Torreblanca y Prieto Laurens.

—*Prieto, ¿usted conoce bien esta ciudad?* —preguntó Obregón.

—*Sí, mi general.*

—*Bueno, pues lléveme a la cárcel pública.*

Y a pie, serenamente, el general Obregón fue a la cárcel, donde se despidió de sus amigos, anunciándoles que continuaría su gira por el norte.

OBREGÓN EN TRATOS CON FÉLIX DÍAZ

Al día siguiente, el candidato presidencial salió de Tampico con rumbo a Ciudad Victoria y luego a Matamoros.

Encontrándose en Matamoros, el general Obregón recibió una orden telegráfica de la Secretaría de Guerra y Marina, a fin de que se presentara inmediatamente en la Ciudad de México para que aclarara las relaciones que mantenía con los generales rebeldes Félix Díaz y Manuel Peláez.

El general Félix Díaz se encontraba levantado en armas en el estado de Oaxaca y el general Peláez operaba en la Huasteca veracruzana. Obregón, usando como intermediario al general Francisco J. Cejudo, había hecho un pacto con el general Peláez y pretendía hacerlo con el general Félix Díaz. Los generales Peláez y Díaz eran señalados por el gobierno del presidente Carranza como representantes de los “reaccionarios” mexicanos.

Una carta de Cejudo dirigida al general Obregón, en la que le daba cuenta del resultado de las pláticas tenidas con el general Díaz, tendiente a hacer un pacto en caso de que el candidato presidencial se viera en la necesidad de levantarse en armas, fue sorprendida por el gobierno y consignada a los tribunales militares, exigiendo éstos la inmediata detención del vencedor de Celaya.

OBREGÓN REGRESA A MÉXICO

Después de dar cuenta a los amigos que lo acompañaban de la orden girada por la Secretaría de Guerra y su causa, Obregón dio a conocer su determinación de regresar a la Ciudad de México y presentarse a las autoridades.

Mientras que el general Obregón hacía su campaña presidencial, el general Francisco R. Serrano se encargaba de conquistar jefes militares a fin de hacer un movimiento rebelde en caso de que el gobierno insistiera en apoyar al candidato Ignacio Bonillas.

El obregonismo prácticamente no contaba más que con tres gobernadores: Enrique Estrada en Zacatecas, Pascual Ortiz Rubio en Michoacán y Adolfo de la Huerta en Sonora.

Obregón regresó a la Ciudad de México, presentándose inmediatamente en la prisión de Santiago Tlatelolco, pero no fue detenido, señalándosele, sin embargo, la ciudad por cárcel.

El candidato presidencial era vigilado día y noche por la policía especial.

LA SUBLEVACIÓN DE CALLES Y LA FUGA DE OBREGÓN

El general Álvaro Obregón se hospedaba en la residencia del licenciado Miguel Alessio Robles, esperando serenamente la actitud de sus partidarios en la

República, cuando llegó la noticia de que el general Plutarco Elías Calles se había sublevado en Sonora, desconociendo al presidente Carranza.

—*Calles ha hecho muy mal en sublevarse, sabiendo que yo estoy aquí encerrado; parece que Calles se quiere comer el mandado...* —dijo el general Obregón, al tener conocimiento de la sublevación, dirigiéndose al licenciado Alessio Robles y a Jorge Prieto Laurens.

Fue así como Obregón resolvió huir de la Ciudad de México.

Y realizó una novelesca fuga cuando, paseando en el automóvil del licenciado Alessio Robles y siendo seguido por la policía, en una vuelta a la Plaza Miravalle se dejó caer del auto, refugiándose en la casa del garrotero Margarito Ramírez, quien escondiéndolo en un tren de carga, lo pudo conducir hasta el estado de Guerrero, a salvo.

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, núm. 33, año IV, viernes 18 de octubre de 1929, pp. 3, 10.

MEMORIAS POLÍTICAS DE JORGE PRIETO LAURENS

LOS TRÁGICOS SUCESOS DE ABRIL Y MAYO DE 1920

De cómo el general Pablo González
se declaró jefe del país

SU REBELIÓN Y DESTIERRO

INTIMIDADES DE LA ÉPOCA

CAPÍTULO IV

La caída del régimen del presidente Venustiano Carranza había de marcar un nuevo periodo en la historia de la Revolución mexicana, abriéndose un trascendental capítulo en el cual la figura central fue el general Álvaro Obregón.

Y en este capítulo de la historia de la Revolución mexicana es donde Obregón aparece como el caudillo político y militar que va venciendo, paso a paso, a las figuras y a los hechos que por momentos parecían levantarse gigantescamente a su lado.

Si 1915 había de marcar los cinco años del capítulo correspondiente a Venustiano Carranza, 1920 señaló la era de los nueve años audazmente sos-

tenida por el general Álvaro Obregón, hasta el momento en que un joven le arranca la vida.

Obregón había sido hasta 1920 el improvisado jefe de guerrilla que un día llegó a reunir varios grupos armados, resultando victorioso en el campo de batalla. Políticamente, era señalado como carente de sentido y de talento políticos, sin la debida personalidad; creó enemigos entre sus amigos, el más grave delito que puede cometer un hombre que aspira al poder. Socialmente, no levantaba más bandera que la de la demagogia, hasta hacerse aplaudir sólo por quienes a su alrededor veían un brillante futuro. Militarmente, seguía siendo el ciudadano armado que arrastra los contingentes que no saben a dónde van, ni saben lo que quieren.

LOS SUCESOS DE ABRIL DE 1920

Pero cuando en abril de 1920 abandonaba secretamente la Ciudad de México; cuando sus amigos en Sonora, debido a un golpe anticipado, lo habían expuesto al más grande de los peligros, Obregón empezaba su carrera triunfal de nueve años.

Cuando el general Plutarco Elías Calles firmaba el Plan de Agua Prieta y el general Pablo González abandonaba silenciosamente la Ciudad de México para pronunciarse, haciendo huir al presidente Carranza, Obregón contaba con dos poderosos enemigos: Calles y González.

El general Obregón pudo llegar a salvo hasta el estado de Guerrero, donde el general Fortunato Maycotte le dio su apoyo. Mientras tanto, el general Benjamín G. Hill hábilmente conquistaba a los restos del zapatismo, el general Cossío Robelo secundaba el movimiento rebelde de Cuernavaca y el general González se ponía al frente de las fuerzas que en Texcoco se encontraban a las órdenes del general Manuel W. González.

Prieto Laurens salió huyendo de la capital en compañía de Felipe Carrillo Puerto, presentándose al general Enrique Estrada, gobernador del estado de Zacatecas, quien inmediatamente resolvió unirse al Plan de Agua Prieta.

EL GABINETE DE DON PABLO GONZÁLEZ

Don Venustiano Carranza abandonó la capital pretendiendo trasladar los poderes al puerto de Veracruz, pero, perseguido por las fuerzas pablistas y detenido por el general Guadalupe Sánchez, sólo logró avanzar hasta Aljibes, internándose en la Sierra de Puebla hasta encontrar la muerte en Tlaxcalantongo.

Desocupada la Ciudad de México, don Pablo González avanzó al frente de sus fuerzas hasta ocuparla. El general González, candidato a la presidencia y enemigo político de Obregón, vio llegado el momento de afianzar su triunfo futuro y designó un gabinete provisional —gabinete sin jefe— integrado por José Morales Hesse como secretario de Comunicaciones y Obras Públicas, A. Mendivil como secretario de Hacienda, Juan Sánchez Azcona como secretario de Relaciones Exteriores, Miguel Gómez Noriega como gobernador del Distrito Federal y Jacinto B. Treviño, comandante militar del Valle de México y encargado del Despacho de Guerra y Marina.

La revolución había quedado triunfante en todo el país en unos cuantos días y los líderes políticos que habían salido huyendo regresaron con rapidez a tomar posesión del poder.

Pero don Pablo, anticipándose a los obregonistas, era el dueño de la capital de la República y rápidamente pretendió extender su radio de acción a todo el país. Obregón regresó también a la capital, alojándose modestamente en el hotel St. Francis.

INÚTILES GESTIONES ANTE EL GRAL. OBREGÓN

El ayuntamiento de la Ciudad de México, integrado por miembros de los partidos pablista, bonillista y católico —este último adherido a última hora al bonillismo—, había sido desconocido por el Plan de Agua Prieta. Sin embargo, don Pablo, al ocupar la Ciudad de México, resolvió reconocerlo como legal, a pesar de que en las elecciones de 1919 habían quedado comprobadas las flagrantes violaciones a la ley electoral.

—*Mi general, el ayuntamiento espurio sigue funcionando, apoyado por don Pablo; venimos a que usted nos apoye para arrojar de ahí a los bonillistas y ocuparlo en nombre del PLC y del Cooperatista* —dijo Prieto Laurens al general Obregón, encabezando a los candidatos que habían sido derrotados en 1919.

Explicó Prieto Laurens al general Obregón que al presentarse los candidatos que se consideraban electos popularmente a tomar posesión del ayuntamiento, se habían encontrado con que las fuerzas de don Pablo habían prohibido aquel acto. Obregón escuchó a Prieto Laurens serenamente, sin hacer ningún gesto de aprobación o desaprobación.

—*Mi general, esto es un atentado, ya que el Plan de Agua Prieta establece el desconocimiento del ayuntamiento espurio de la Ciudad de México.*

—*Esperen tranquilos, muchachos* —respondió sonriente el general Obregón.

—*Pero mi general, ¿si los pablistas se están burlando de nosotros!*

—*Tengan calma, Prieto, ¿qué podemos hacer por ahora?*

—*Mi general, quitarles el ayuntamiento por la fuerza* —insistió Prieto.

—*No, Prieto, no es el momento oportuno. Nuestra situación es sumamente delicada* —agregó Obregón.

—*Mi general, ¿pero esto es un atentado incalificable!*

—*Mire, Prieto, tenemos que esperar varios días. Nosotros estamos aquí sin fuerza alguna. Don Pablo es el dueño de la situación, así es que necesitamos esperar a que llegue Serrano, que avanza desde el norte; Estrada me ha comunicado que avanza desde Jalisco con fuerzas nuestras y el ingeniero Ortiz Rubio viene también en nuestra ayuda desde Michoacán.*

—*Será muy tarde, mi general...* —insistió Prieto.

—*No, Prieto, cuando nuestras fuerzas lleguen, la situación cambiará rápidamente.*

Don Pablo González tenía en el Valle de México no menos de veinticinco mil hombres perfectamente armados y municionados.

Los miembros de la comisión salieron desilusionados de la habitación del general Obregón.

CON EL GRAL. HILL

—*Prieto, vamos a ver al general Hill, ese sí no se anda por las ramas...* —dijo un amigo al joven líder político.

—*¡Vamos a ver a Hill!* —gritó Prieto.

—*Mi general, venimos a ver a usted en estos momentos para pedirle ayuda a fin de que los pablistas no sigan pisoteando el Plan de Agua Prieta...* —dijo Prieto al general Hill.

—*Qué se traen ahora esos hijos de...* —preguntó Hill.

—*Mi general, que nos presentamos en el palacio municipal a tomar posesión del ayuntamiento, conforme ordena el Plan de Agua Prieta, y nos encontramos con que el palacio está convertido en una fortaleza y con que los jefes de escolta nos dijeron que ni usted, ni yo, ni nadie que fuera obregonista podía entrar ahí.*

Hill, bajo de cuerpo, ancho de espaldas, con una frente levantada como una torre, con unos ojos pequeños, cafés, vivísimos y con una mirada electrizante reflejada en gruesos y redondos espejuelos, colorado y violento, vio de arriba abajo a todos los compañeros de Prieto Laurens —Rafael Zubarán Capmany, Herminio Pérez Abreu, Felipe Carrillo Puerto— y, apoyándose reciamente en el respaldo de una silla, dijo:

—*Ya me imaginaba que estos pablistas tratarían de ponernos el pie... Y los tales por cuales tienen muchos miles de hombres y yo no tengo más que a los zapatistas y cien yaquis.*

Levantó Hill la cabeza, paseó la mirada por el techo distraídamente y volviendo luego la vista a Prieto, agregó:

—*Bueno, pues estos pablistas no se van a burlar de nosotros. Le voy a dar a los zapatistas y a los cien yaquis. ¿Se atreve usted a tomar el palacio municipal?*

—*¡Sí, mi general!...* —respondió Prieto con energía.

—*Bueno, pues nomás no me venga después con arrepentimientos* —y volviéndose hacia el general Genovevo de la O, agregó—: *Óigame, general, usted y el general Reyes ponen todas sus fuerzas a disposición de este muchacho y a ver qué pasa.*

—*Mi general, nos retiramos a cumplir sus órdenes* —dijo Prieto extendiendo la mano a Hill.

—*Anden, muchachos, nada más sin vacilaciones*—respondió Hill apretando efusivamente la diestra del líder cooperatista.

PREPARANDO EL ASALTO

Prieto convocó a una reunión extraordinaria a los líderes del Partido Liberal Constitucionalista, del Nacional Cooperatista y del Nacionalista. El Nacionalista, bajo la jefatura de Juan Manuel Álvarez del Castillo, se había unido hacía varios meses al obregonismo, desertando de las filas carrancistas.

En la reunión, Prieto quedó designado jefe de la aventura y se encargó desde luego de dar las órdenes para llevar a cabo el asalto al palacio municipal.

Al día siguiente, fecha señalada para el asalto, Prieto organizó una manifestación a cuyo frente habían de marchar todos los futuros concejales. Más de cuatro mil personas tomaron parte en la manifestación, que empezó por recorrer las céntricas avenidas de la capital para luego dirigirse a los barrios.

Y al pasar por barrios, campesinos rudos, la mayor parte de ellos montados a caballo, empezaron a unirse a los manifestantes: eran los zapatistas.

Organizados en pequeños grupos, los zapatistas habían de entrar a formar parte de la manifestación para no causar sospechas a las fuerzas pablistas. Todos los zapatistas iba bien armados aunque escasamente municionados.

Cuando los manifestantes eran ya más de ocho mil, al pasar por la residencia del general Hill —a quien ovacionaron ruidosamente—, los cien yaquis, armados de carabinas, se unieron a los manifestantes distribuyéndose entre la multitud.

—*¡Al palacio municipal!*—gritó un manifestante.

—*¡Al palacio municipal!*—respondió la multitud.

A LAS PUERTAS DEL PALACIO

Pero el general Jacinto B. Treviño había recibido noticias de los preparativos bélicos de los manifestantes y ordenó que las fuerzas federales coronaran las alturas de la Plaza de la Constitución.

Cuando la muchedumbre entró a la Plaza de la Constitución, la capital presentaba el aspecto de los días de guerra. Ametralladoras, fusiles y cornetas relumbraban en las azoteas.

Prieto se dirigió audazmente a la puerta del palacio municipal. Los soldados federales habían sido colocados en las azoteas, dejando en la puerta a cincuenta gendarmes de la montada.

—*Señor Prieto, le suplico que se guarde orden y compostura*—dijo el oficial de los gendarmes al líder político, al ver que éste resueltamente pretendía entrar al palacio.

—*¡Pero hombre, si no venimos a cometer ningún desorden, ya que sólo venimos a cumplir con la voluntad del pueblo!*

—*Señor Prieto, ¿por qué no pasa usted a hablar con los señores que están adentro?*—insinuó el oficial.

—*¿Por qué me hace esa proposición?*

—*Porque así me dijeron esos señores*—agregó el oficial con temor, señalando el interior del edificio, donde se encontraban concejales pablistas y bonillistas.

—*Acepto, pero usted debe de comprender que no puedo entrar solo. Si usted permite que pase una comisión...*

—*¿Cuántos son de la comisión?*

—*Pues, seremos cinco.*

—*Bueno, señor Prieto, que pasen, pero dígame usted quiénes son.*

—*Un momento, déjeme escogerlos.*

El líder se dirigió al capitán, jefe de los cien yaquis dispersados en la manifestación, diciéndole en voz baja:

—*Va usted a entrar con nosotros al palacio, cuando estemos adentro, desarma a ese oficialito y abre la puerta para que entre el pueblo; lo demás corre de mi cuenta.*

—*Muy bien, jefe.*

—*Oiga, señor oficial, vamos a entrar cinco*—dijo Prieto Laurens al jefe de los montados, y agregó—: *El licenciado Rafael Zubarán Capmany, el diputado Rafael Martínez de Escobar, el diputado y general Manuel García Vigil, el capitán Gómez y yo.*

—¿Pero nada más ustedes cinco?

—Sí, señor.

—¡Pasen ustedes!

DESARROLLANDO EL PLAN

Las cinco personas entraron al palacio municipal y, al llegar al primer patio, el jefe de los yaquis desenfundó rápidamente la pistola y poniéndosela al pecho al oficial de gendarmes, le dijo:

—¡Ríndase o me los echo!

Lleno de pánico, el oficial entregó el arma y, reponiéndose, dijo a Prieto:

—Señor, ¿no me había ofrecido no hacer alboroto?

—Esas no son cosas mías, nosotros vamos a ver a esos señores —y dirigiéndose al jefe yaqui, agregó el joven político—: *Ahora, ¡a lo que sigue!*...

Los cuatro personajes se dirigieron al salón de cabildos en el segundo piso, mientras que el jefe de los yaquis, con toda audacia y mientras insultaba al oficial de los montados, ordenó a éstos, amenazante:

—¡Abranme esa puerta luego luego!

Obedecieron los montados y la multitud hizo irrupción en el edificio.

—¡A los federales! —gritó el jefe yaqui dirigiéndose a sus hombres y señalando la azotea.

Y, en menos de cinco minutos, todos los soldados federales habían quedado desarmados.

Mientras tanto, Prieto, Zubarán, Martínez de Escobar y García Vigil se presentaron en el salón de cabildos. Los concejales ahí reunidos, al verse asaltados, abandonaron el salón precipitadamente.

INSTALAN EL NUEVO AYUNTAMIENTO

—¡Alto! —gritó García Vigil, y agregó—: *Ordenaditos me salen todos por la puerta, se van a sus casas y no se acuerdan más del ayuntamiento.*

Todos los concejales, a excepción de René Capistrán Garza, que huyó por uno de los balcones, obedecieron la orden del diputado y general, saliendo minutos después entre la multitud, que los llenaba de denuestos.

La multitud había invadido el salón de cabildos y Prieto Laurens, ocupando la presidencia, dijo con solemnidad:

—*Queda instalado el ayuntamiento legal, conforme al Plan de Agua Prieta.*

Enseguida invitó a los concejales a que nombraran al presidente municipal y a las diferentes comisiones, pero en esos momentos entró un oficial del ejército:

—¿Quién manda aquí? —dijo con voz estentórea.

—¡Yo! —respondió Prieto.

—*Pues dice mi general Treviño que baje a verlo a la calle.*

—¡Dígale al general Treviño que si tiene asunto conmigo que venga a verme! —respondió Prieto, riendo y siendo acalladas sus últimas palabras por una ovación y vítores a la revolución triunfante.

El oficial regresó y dijo a Prieto:

—*Dice mi general que baje, que ustedes han cometido un acto penado por la ley.*

—*Dígale que no bajo, que estamos cumpliendo con el Plan de Agua Prieta.*

Salió el oficial, para regresar por segunda vez.

—*Dice mi general que él no reconoce el Plan de Agua Prieta y que si no baja usted aprehenderá a todos los que aquí se encuentran. El palacio está rodeado de fuerzas federales.*

NO HAY IMPOSICIÓN; HAY LEY MILITAR

El general Jacinto B. Treviño, al tener conocimiento de que el palacio municipal había sido asaltado y desarmados los soldados que lo custodiaban, se presentó personalmente frente al edificio al frente de cuatro mil hombres.

Prieto fue convencido por sus amigos de que debería bajar y hablar con Treviño, quien en otra época había sido el líder máximo del Partido Nacional Cooperatista.

—*Mi general, hemos tomado el palacio cumpliendo con el Plan de Agua Prieta* —explicó Prieto a Treviño, cuando hubo bajado a verlo.

—*¡Qué Plan de Agua Prieta ni qué nada! Yo no reconozco ese plan...* —respondió Treviño con violencia, y añadió—: *Además, ustedes han cometido un acto que se castiga con la pena de muerte.*

Treviño dio a conocer los castigos que recaían sobre los que desarmaban fuerzas federales y terminó diciendo:

—*Y ahora haga que salga toda su gente, porque si no, me va a obligar a que entre a sangre y fuego.*

—*Pero general, ¿no combatió usted contra la imposición carrancista?*

—*Pero ahora no hay imposición; hay ley militar.*

Los soldados pablistas entraron al palacio y lanzaron a todos los manifestantes.

CAMBIA LA DECORACIÓN

Prieto y sus amigos se dirigieron al hotel St. Francisc a dar cuenta de los hechos al general Obregón.

—*¡Ah, qué muchachos! ¿No se los había dicho, Prieto?* —dijo Obregón sonriente, después de festejar la ocurrencia del asalto, agregando—: *Espérense tranquilos unos días y dejen que lleguen mis muchachos, entonces sí podremos desafiar a González...*

Una semana más tarde llegaban a la Ciudad de México más de ocho mil soldados obregonistas, a las órdenes de los generales Estrada, Eugenio Martínez, Francisco R. Serrano y Pascual Ortiz Rubio.

Antes de la llegada de las fuerzas obregonistas, el general Obregón celebró una entrevista con don Pablo, determinando que el general Treviño saliera de la Ciudad de México al frente de una poderosa columna para combatir al presidente Carranza. Don Pablo aceptó y de la ciudad salieron diez mil pablistas y el jefe más prominente. Obregón empezaba a quedar dueño de la situación.

Cuando las fuerzas obregonistas estuvieron en la capital, Obregón propuso a don Pablo que se efectuara un gran desfile. Más de veinte mil hombres desfilaron por las calles de la Ciudad de México. Al frente marchaban los generales Obregón y Treviño, quien regresó para tomar parte en el desfile. Desde los balcones del Palacio Nacional don Pablo González revistaba las tropas.

Pero cuando las tropas terminaron de desfilarse frente al palacio y mientras que don Pablo y Obregón se abrazaban en el salón de embajadores, la guardia del palacio municipal, integrada por soldados pablistas, era reemplazada hábilmente por soldados obregonistas y el ayuntamiento ocupado por Prieto Laurens.

Obregón había obtenido la segunda victoria.

LA DESIGNACIÓN DE PRESIDENTE PROVISIONAL

Pero llegaba el momento de la crisis entre el obregonismo y el pablismo. ¿Quién había de ser el presidente provisional de la República?

Tres candidatos surgieron inmediatamente en el seno del Congreso de la Unión: Pablo González, Adolfo de la Huerta y Plutarco Elías Calles.

Los callistas renunciaron a sus propósitos, uniéndose a las filas del delahuertismo. Los partidarios de don Pablo sumaban la mayoría. La elección del antiguo jefe de la División de Oriente parecía segura.

Pero los diputados peleceanos emplearon simultáneamente dos métodos: el persuasivo y el violento. Persuasivo para convencer a los pablistas de que si don Pablo era designado presidente provisional no tomaría parte en las elecciones para presidente constitucional, y violento cuando desacompletaban el quórum de la Cámara.

Con estos métodos los obregonistas lograron un enorme triunfo, cuando fue electo, aunque por un margen de tres votos, don Adolfo de la Huerta.

Don Pablo González había perdido la partida, aunque la crisis política parecía seguir avanzando rápidamente en la República.

EL DESTIERRO DE DON PABLO

Los pablistas contaban todavía con un baluarte: el gabinete sin jefe. Los cinco ministros pablistas continuaban despachando y manejando así todos los intereses nacionales.

Adolfo de la Huerta llegó a la Ciudad de México y tomó inmediatamente posesión de la presidencia de la República. Y, apenas en el poder De la Huerta, la crisis política culminó, al cesar al licenciado Miguel Gómez Noriega como gobernador del Distrito Federal, poniendo en su lugar al líder laborista Celestino Gasca, haciendo renunciar a todo el "gabinete" pablista y provocando a don Pablo a un levantamiento, que culminó con los sucesos de Monterrey, en donde el general González fue aprehendido y más tarde desterrado.

COMIENZA EL REINADO DE OBREGÓN

El general Álvaro Obregón era el victorioso. Había caído el hombre que al frente de veinticinco mil soldados fue el dueño de México durante varias semanas.

Un partido político pasaba a dominar en México: el Partido Liberal Constitucionalista. Era su jefe el general Benjamín G. Hill, el hombre más dinámico de la revolución de Agua Prieta y quien era señalado como el más probable sucesor del general Obregón. Hill se conformó con el nombramiento de comandante militar de la Ciudad de México, desde donde dirigía todos los movimientos del PLC.

Los ministerios, los gobiernos de los estados, los municipios y ambas cámaras fueron ocupadas por los peleceanos. Cuando la XXIX Legislatura Nacional quedó instalada, sólo había seis diputados cooperatistas; el resto eran miembros del PLC.

El general Obregón ocupó la presidencia el 1 de diciembre y todos los miembros de su gabinete eran miembros del PLC, a excepción del secretario

de Hacienda, Adolfo de la Huerta, y del secretario de Gobernación, Plutarco Elías Calles. Pero la jefatura del poderoso partido dominante quedó acéfala pocos meses después, con motivo de la muerte del general Hill.

SURGE VILLARREAL

Fue el general Antonio I. Villarreal el sucesor de Hill en la jefatura del PLC. El PLC cobró entonces mayor fuerza, empujando briosamente hacia las nuevas tendencias sociales y contando con dos enormes columnas que trataban de inclinarlo hacia el agrarismo: Antonio Díaz Soto y Gama y Aurelio Manrique.

Teniendo todo el poder en sus manos, el PLC pretendió ir más adelante; el poderoso partido se dirigió al presidente Obregón pidiéndole que separara del gabinete a dos secretarios que se negaban a pertenecer al grupo dominante: Adolfo de la Huerta y Plutarco Elías Calles. Pero el presidente se negó a acceder a la petición, tratando así de desligarse del partido que él mismo había formado. El PLC pasó entonces a ocupar el papel de la oposición, promoviendo, como consecuencia, una escisión en sus filas. Al mismo tiempo, su líder máximo, Villarreal, caía de la Secretaría de Agricultura y Fomento.

Obregón, Calles y De la Huerta formaban el famoso triángulo, que iría rompiéndose poco a poco hasta quedar en el campo político de México solamente uno de los tres: Calles.

PORTES GIL EN ESCENA

La caída de Villarreal provocó una crisis política que culminó con un sensacional discurso pronunciado en la Cámara por Emilio Portes Gil.

El diputado Portes Gil acusó desde la tribuna de la Cámara al licenciado Rafael Zubarán Capmany, secretario de Industria, Comercio y Trabajo. Presentó una carta que, aseguró, le había sido proporcionada por el presidente

Obregón, por la cual quedaba comprobado que Zubarán llevaba a cabo grandes negocios en connivencia con las compañías petroleras. Un gran escándalo provocó Portes Gil desde la tribuna parlamentaria.

Pero mientras él seguía lanzando graves acusaciones a los líderes del PLC, Prieto Laurens se dirigía a sus amigos cooperatistas y les decía al oído:

—¿Qué les parece que hagamos a Portes Gil líder del Partido Nacional Cooperatista?

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, núm. 40, año IV, viernes 25 de octubre de 1929, pp. 5, 11.

MEMORIAS POLÍTICAS DE JORGE PRIETO LAURENS

EN 1922, CALLES DIRIGÍA YA LA POLÍTICA NACIONAL
Una sensacional entrevista entre Prieto Laurens y el divisionario,
que fue el prólogo de la revolución de 1923

CAPÍTULO V

De agrupación de la juventud briosa, indomable, que nace con todos los entusiasmos y las pasiones de los primeros años de la vida, el Partido Nacional Cooperatista pasó bien pronto a la edad madura: había conquistado un ayuntamiento —el más importante del país— y había obtenido varias curules en la Cámara de Diputados.

El triunfo del Plan de Agua Prieta primero y, luego, la división en el seno del Partido Liberal Constitucionalista, llevó al Cooperatista a una posición que marchaba rápidamente hacia el lugar de grupo dominante.

Pero corriendo todos los capítulos por los que han de correr los partidos políticos mexicanos, el Nacional Cooperatista tenía ante sí un dilema: o se convertía en órgano oficial de la administración gubernamental, o esperaba la oportunidad para llevar —bien por la paz, bien por la violencia— a sus líderes al poder.

EL PRÓLOGO DE LA REVOLUCIÓN DE 1923

Esta interesante etapa del Partido Nacional Cooperatista, que había de constituir el prólogo de la revolución de 1923, empezó a desarrollarse cuando después del sensacional discurso pronunciado desde la tribuna de la Cámara de Diputados por el licenciado Emilio Portes Gil, acusando al licenciado Rafael Zubarán Capmany, secretario de Industria, Comercio y Trabajo, Jorge Prieto Laurens se dirigió a sus amigos y les dijo al oído:

—*¿Qué les parece que hagamos a Portes Gil el líder del Partido Nacional Cooperatista?*

Desde que el general Jacinto B. Treviño abandonó la jefatura del partido para sostener la candidatura del general Pablo González hasta el momento en que estalló la revolución de Agua Prieta, el Nacional Cooperatista careció de líder máximo.

—*Necesitamos un líder que tenga influencia en las altas esferas y al mismo tiempo que sea de toda nuestra confianza* —había dicho Prieto Laurens a sus amigos, días antes de que estallara la revolución de 1920.

JESÚS M. GARZA A LA CABEZA DEL PARTIDO

Pero la elección del nuevo jefe del Cooperatista no fue hecha sino hasta después del triunfo de la revolución de 1920, cuando Prieto, encontrándose al lado del general Enrique Estrada, en Zacatecas, a donde había marchado a buscar refugio, tuvo oportunidad de platicar con el general Jesús M. Garza.

Garza era uno de los jóvenes de más valer al lado del general Álvaro Obregón, de quien había sido su subjefe de estado mayor.

Fue así como Garza ocupó temporalmente la jefatura del Partido Cooperatista, pero al triunfo del movimiento de Agua Prieta, el partido buscó un jefe que apareciera decisivamente en el campo político, ya que Garza tenía una importante comisión en el orden militar.

Roque González Garza, el ex presidente de la República, quien acababa de regresar al país, fue el elegido por los cooperatistas.

Al mismo tiempo, un nuevo elemento ingresó a las filas del partido: el general Francisco R. Serrano, quien por ese entonces ocupaba la Subsecretaría de Guerra y Marina.

UN DIRECTORIO

Cuando la lucha contra el PLC era más violenta en el seno de la Cámara de Diputados, el general Garza le dijo a Prieto:

—*Oye, Prieto, creo que es necesario que hagamos una alianza con otros partidos. Mira, necesitamos acarrearlos la buena voluntad de los laboristas y de los socialistas del sureste. ¿Qué te parecería que negociáramos un tratado con el Partido Laborista Mexicano y con el Partido Socialista del Sureste?*

La idea fue aceptada por Prieto y por los líderes del Cooperatista, especificándose que cada partido nombraría delegados para constituir un comité.

—*¡Constituiremos un directorio, compañeros!* —expresó Prieto ante el comité del Partido Cooperatista.

—*¡Un directorio!* —aprobaron todos.

Y el directorio quedó constituido por las siguientes personas: generales Francisco R. Serrano y Jesús M. Garza, ingeniero Luis L. León, Jorge Prieto Laurens y Juan de Dios Bojórquez, representando al Partido Cooperatista; Luis N. Morones, Samuel Yudico, Celestino Gasca y Ezequiel Salcedo, representando al Partido Laborista; y Felipe Carrillo Puerto, Edmundo Bolio y Gustavo Arce, representando al Partido Socialista del Sureste.

Los miembros del directorio se reunían casi diariamente, siendo el punto de reunión la residencia privada de cada uno de sus miembros.

COMBATIENDO AL PLC

Medidas secretas para combatir al PLC, planes para luchas futuras, discusión sobre los problemas nacionales, métodos para la organización de las clases

obreras, dispositivos para batallas parlamentarias, recuento de efectivos y organización de partidos locales: he aquí los temas que especialmente discutían los miembros del directorio.

Mientras que en la Cámara Rafael Martínez de Escobar, Manuel García Vigil y Basilio Vadillo lanzaban los más duros cargos contra el gobierno del presidente Obregón, los miembros del directorio resolvieron tomar pasos decisivos para batir al PLC.

—*Compañeros, tengo para ustedes una proposición que considero de gran importancia* —dijo Luis N. Morones a los miembros del directorio, en una de sus juntas.

El líder obrero ocupaba en aquel entonces la jefatura de los Establecimientos Fabriles y Aprovisionamientos Militares.

—*Es una proposición de gran importancia para el futuro de nuestro directorio* —agregó Morones, dando a sus palabras una señalada gravedad—; *el PLC, a pesar de nuestras enérgicas batidas, continúa fuerte; tiene una gran mayoría parlamentaria, controla el ayuntamiento, varios gobiernos de estado y, si no obramos con firmeza, dentro de unos cuantos meses será una seria amenaza para el gobierno y para nosotros.*

DIRIGIENDO LOS FUEGOS A EL UNIVERSAL

Morones se detuvo. Hablaba sin pretender convencer, sino con el don de quien transmite órdenes que deben ser ejecutadas.

—*El PLC* —continuó diciendo el líder obrero— *cuenta con una poderosa ayuda: la prensa. La prensa de México es la última cueva de los reaccionarios y así como atacamos a otros baluartes de los peleceanos, debemos atacar con mano de hierro a ese baluarte que parece inexpugnable, pero que debemos de hacer caer para siempre. Me refiero a El Universal.*

—*¡Muy bien compañero!* —comentó Carrillo Puerto.

—*Respecto a Excélsior, no hay que apurarnos, ya que esta fortaleza nos la echamos con la mano en la cintura. El Universal es muy peligroso porque tiene como jefe a Félix F. Palavicini, y ya todos sabemos de lo que es capaz Palavicini.*

Aquí vamos a mantener el secreto de todos nuestros planes, que ahora confesaré a ustedes que me lo ha sugerido el señor general Calles (quien era entonces secretario de Gobernación).

El líder obrero volvió a hacer un alto, mirando los semblantes de todos los asistentes a la reunión, para conocer el efecto de sus últimas palabras. Y luego dijo:

—*Largamente he platicado con el general Calles a este respecto y nuestros planes, que creo que serán apoyados unánimemente por ustedes, son los siguientes: Con unos cuantos obreros de los talleres de El Universal, la CROM provocará la huelga en ese periódico, alegando cualquier cosa; los huelguistas se dirigirán al comité central. El Sindicato de Electricistas, en apoyo de los huelguistas de El Universal, suspenderá el servicio de luz y fuerza a los talleres del periódico. Nosotros organizaremos una manifestación y le caeremos a Palavicini y a todos sus ayudantes, expulsándolos del periódico por la fuerza. El general Calles me ha asegurado que el general Obregón dará órdenes a la comandancia militar de la plaza y a la Inspección General de Policía, para que en caso de que Palavicini pida garantías, no le sean dadas, con cualquier pretexto.*

MORONES ASPIRABA A LA GERENCIA

Luis N. Morones reclinó su voluminosa figura en el sillón que ocupaba y, viendo que sus proposiciones no eran objetadas, continuó:

—*Si ustedes aprueban el proyecto, creo que daremos un buen golpe, dejando impresionada a la opinión pública con que realizamos un acto legal. Cuando demos el golpe, ya todo estará arreglado para que el periódico siga apareciendo bajo la nueva orientación revolucionaria. Nombraremos director al Dr. Francisco Castillo Nájera y yo seré el gerente...*

Nervioso, Felipe Carrillo Puerto arrebató las últimas palabras de Morones y dijo:

—*Compañero, el plan que usted propone me parece demasiado teórico... Las cosas malas hay que cortarlas de raíz. Propongo que incendiemos El Universal.*

—*¡Pero compañero!...* —objetó Prieto Laurens.

—No, compañerito, es mucha la complacencia con Palavicini. Ya conocemos a este hombre y es capaz que luego se vaya al extranjero a escribir un libro contra nosotros. Lo malo... ¡hasta aquí! —terminó diciendo Carrillo Puerto, con un gesto, al mismo tiempo que daba un puñetazo sobre la mesa.

El general Serrano expresó que la aventura era muy atrevida y que consideraba impolítico el golpe.

—Compañeros, ¿es que vamos a atacar la libertad de pensamiento? —dijo Prieto Laurens.

—Compañero, usted es muy joven para opinar sobre estas cosas... —interrumpió Carrillo Puerto.

Serrano insistió para que el plan de ataque a *El Universal* fuera aplazado hasta que el directorio arrancara al PLC la mayoría parlamentaria; la proposición del subsecretario de la Guerra fue aprobada.

CÓMO FUE EL ATENTADO A *EL UNIVERSAL*

El golpe a *El Universal*, tal como lo habían planeado Calles y Morones, fue dado, sin embargo, en la madrugada del 8 de septiembre de ese año. Un numeroso grupo de obreros fabriles, encabezado por unos cuantos agitadores de la CROM, pistola en mano, hicieron irrupción en los talleres del periódico, expulsando a gritos y con amenazas de disparar, a todo el personal que en esos momentos trabajaba. Acto seguido, los líderes del grupo golpearon furiosamente las rotativas y otras máquinas, pretendiendo inutilizarlas; “empastelaron” las formas que iban a entrar a la estereotipia y echaron agua en abundancia sobre los millares de ejemplares de la voluminosa edición especial de Covadonga que a esa hora estaba ya lista para el empaque.

Cuando amaneció, en las puertas de *El Universal* estaba la bandera rojinegra custodiada por un grupo de cromistas y una guardia de la policía montada impedía la entrada al personal del periódico “por órdenes superiores”.

El pretexto buscado por Calles y Morones había sido hallado en un reportero de *El Universal Gráfico* que alegaba haber sido despedido “sin causa justificada”. Así, la CROM declaró una “huelga” con elementos totalmente extraños

a la empresa, ya que nunca se pudo comprobar que uno solo de los redactores, empleados u obreros de *El Universal* —a excepción del quejoso— hubiera abandonado sus labores espontáneamente o por mandato de las organizaciones sindicales a las que algunos pertenecían.

Y, en efecto, como lo había anunciado Morones ante el directorio, Obregón se negó a dar las garantías solicitadas no por Palavicini —quien, político de talento al fin, sabía de antemano que no se las darían—, sino por el personal de *El Universal* que deseaba regresar a sus labores. Poco tiempo después, Palavicini se vio en la necesidad de vender la empresa a sus actuales propietarios.

LA CONQUISTA DE LA CÁMARA

La lucha en el seno de la Cámara de Diputados era cada día más dura. Tres bloques parlamentarios existían en la Cámara Baja: el del PLC, con más de doscientos diputados; el independiente, con cerca de treinta; y el de la minoría, integrado por cooperatistas y agraristas.

El momento para elegir la Comisión Permanente del Congreso de la Unión había de ser el decisivo para exterminar al PLC; fue también el momento elegido por el Partido Cooperatista para conquistar al licenciado Emilio Portes Gil.

—Compañero, estoy comisionado por el bloque cooperatista para pedirle que ingrese a su seno; sea usted nuestro jefe parlamentario. Además, queremos postularlo a usted presidente de la Comisión Permanente —dijo Prieto Laurens a Portes Gil.

Portes Gil aceptó y así fue como pasó a ocupar la jefatura del Partido Nacional Cooperatista.

Pero para conquistar la Comisión Permanente era necesario conquistar a la mayoría de la cámara, que permanecía en poder de los peleceanos.

—Compañero, usted y el compañero [Luis L.] León quedan comisionados para catequizar a los peleceanos que andan nadando en dos aguas —dijo Prieto Laurens al diputado Jesús Z. Moreno.

—Muy bien, compañero, déjenos usted y verá cómo nos los conquistamos.

LA TRAMPA

Varios días después, el diputado Z. Moreno informaba a Prieto Laurens:

—*Compañero, parece que voy viento en popa; pero mire, he urdido una trama; a todos los peleceanos que les hablo les he dicho: "Oiga, compañero, el general Calles me ha hablado muy bien de usted, desearía tener el gusto de conocerlo y me ha dicho que si usted deja al PLC, tiene usted asegurada su reelección". ¿Qué le parece, compañero Prieto? La cosa es muy arriesgada, pero todos estos estúpidos me lo han creído; se han puesto muy anchos y creen que hablo verdaderamente en nombre del secretario de Gobernación. Yo le aseguro que en unos cuantos días más ya tengo la mayoría. Ahora voy a hablar con Luis León, para terminar bien esta comedia.*

Y el ingeniero Luis L. León quedó de acuerdo con una nueva trampa parlamentaria: llevaría a todos los diputados conquistados a la Secretaría de Gobernación, los presentaría con el general Calles; les ratificaría que serían reelectos, apoyados por el centro, y la Comisión Permanente estaría asegurada.

Luis León desempeñó su papel con todo éxito. Diariamente llevaba a uno o dos diputados peleceanos ante el general Calles. El secretario de Gobernación se limitaba a saludarlos y a obsequiarles una copa de coñac, y los conquistados regresaban a la Cámara a presentar su renuncia al bloque del PLC.

Un mes después y faltando solamente una semana para la elección de la Comisión Permanente de 1922, el PLC había perdido la mayoría en la Cámara Baja y en el Senado.

Al llevarse a cabo las elecciones de la Permanente el PLC quedaba desintegrado y el nuevo bloque alcanzaba una completa victoria, teniendo como jefe y como presidente de la comisión al licenciado Emilio Portes Gil.

Inmediatamente, Portes Gil y Z. Moreno ingresaron al directorio.

El directorio había cumplido su misión; Luis N. Morones expuso:

—*Compañeros, el señor general Calles me ha indicado que, exterminado el PLC, es necesario que constituyamos un nuevo partido. El señor secretario de Gobernación vería con gusto que desaparecieran el Partido Cooperatista, el Partido Agrarista y el Partido Laborista y que formáramos el Partido Revolucionario.*

Morones dio a conocer las bases del nuevo partido, indicando que habían sido formuladas personalmente por el general Calles.

La proposición, sin embargo, fue rechazada debido a la oposición vigorosa de los líderes del Partido Cooperatista, especialmente de Prieto Laurens y de Luis L. León. A moción del licenciado Portes Gil, se resolvió constituir una confederación de partidos revolucionarios, donde cada partido mantuviera su autonomía y estuviera a la vez representado en un comité general.

Así, a mediados de enero de 1922, quedaba constituida la Confederación de Partidos Revolucionarios con el siguiente comité:

Delegados del Partido Nacional Cooperatista: Juan Manuel Álvarez del Castillo, Roque González Garza, Gustavo Arce y Mariano Samayoa; del Partido Laborista Mexicano: Samuel O. Yudico, Ezequiel Salcedo, Juan Rico y Fernando Rodarte; del Partido Agrarista: A. Santibáñez, Rodrigo Gómez, Antonio Díaz Soto y Gama y A. Magaña.

Vencido el PLC en el seno de la Cámara, la nueva confederación dispuso los preparativos para la lucha electoral de julio de 1922.

LAS PRIMERAS DIVISIONES EN LA CONFEDERACIÓN

Conforme al pacto mediante al cual quedó constituida la Confederación de Partidos Revolucionarios, cada grupo debería presentar candidatos a diputados separadamente. A los laboristas correspondieron las zonas fabriles, a los agraristas las regiones agrícolas y a los cooperatistas los distritos donde no existieran numerosos obreros ni numerosos campesinos.

Pero a pesar del pacto entre los partidos, la división en el seno de la confederación no pudo ser evitada cuando los candidatos laboristas se presentaron en distritos correspondientes a cooperatistas y cuando éstos invadieron las zonas obreristas.

Un caso especial fue el de Tampico, donde se presentó como candidato Emilio Portes Gil en nombre de los partidos Cooperatista y Laborista; pero como no obtuvo la credencial, dio lugar a una fuerte disputa con el presidente de la Comisión Instaladora del Congreso de la Unión, Eliseo Céspedes, misma que terminó con un encuentro a puñetazos en el Salón Verde de la Cámara Baja.

Pasadas las elecciones de julio, los cooperatistas tendieron sus primeros planes para obtener la mayoría de ambas cámaras.

CALLES CITA A UNA JUNTA DE CARÁCTER POLÍTICO

Todos los líderes cooperatistas iniciaron una activísima campaña para conquistar nuevos adeptos, viendo así engrosar sus filas rápidamente con la adhesión de las diputaciones de los estados de Sonora, Sinaloa, Guanajuato, Jalisco, Puebla, Michoacán, Oaxaca y Veracruz.

Veinticuatro horas faltaban para que la junta previa de la Cámara de Diputados fuera instalada, cuando Prieto recibió una invitación para que, junto con otros líderes cooperatistas, asistiera a una conferencia privada de carácter político. La invitación era hecha por el general Plutarco Elías Calles, secretario de Gobernación.

—Compañero, vamos a tener batalla hoy —dijo Prieto a los líderes cooperatistas—; el general Calles nos invita a una conferencia de carácter político y temo que el general pretenda darnos consigna. Quiero que el partido nombre a otros cuatro compañeros de confianza para que asistan conmigo a la junta.

Jorge Prieto Laurens, Juan Manuel Álvarez del Castillo, Mariano Samayoa, Gustavo Arce y Salvador Franco Urías fueron los comisionados para asistir a la reunión convocada por el secretario Calles.

CARGOS AL PARTIDO COOPERATISTA

Cuando los delegados del Partido Cooperatista llegaron a la residencia privada del general Calles, en el rancho La Hormiga, al pie del Castillo de Chapultepec, encontraron ahí a los líderes laboristas Luis N. Morones, Samuel C. Yudico, Eduardo Moneda, Celestino Gasca, Fernando Rodarte y Ezequiel Salcedo, y a los líderes agraristas Antonio Díaz Soto y Gama, Rodrigo Gómez, C. Magaña y A. Santibáñez.

Los líderes de los tres partidos fueron introducidos por un ayudante del general Calles a un pequeño salón donde ya se encontraba Calles.

Después de que los representantes políticos tomaron asiento, el secretario de Gobernación, con voz fuerte y ademán sereno, dijo:

—Los he invitado a esta reunión a fin de que tratemos y resolvamos el problema que se avecina con motivo de la instalación de las nuevas cámaras, porque sería lamentable que permitiéramos que la próxima legislatura quedara en manos de los reaccionarios —el general Calles se incorporó y, apoyando los codos sobre la mesa, continuó diciendo con aplomo—: He tenido conocimiento de que el Partido Cooperatista, pretendiendo conquistar la mayoría parlamentaria ha constituido una maffia, y que en esa maffia ha dado un lugar prominente a hombres que carecen de la confianza de los elementos revolucionarios. La constitución de esa maffia me hace recordar los viejos tiempos porfirianos, a los cuales no estamos dispuestos a regresar, ya que tanta sangre ha costado a nuestro pueblo el progreso de la Nación. Yo quiero que en esta reunión definamos posiciones y que el Partido Cooperatista nos hable claramente sobre el pacto o alianza que haya formado con la reacción.

UN ACALORADO DIÁLOGO

Prieto Laurens se levantó de su asiento, nervioso, y dijo:

—Bueno, mi general, ¿esta junta está presidida por el ministro de Gobernación o por el amigo? Si está presidida por el amigo, advierto que a los cargos que usted nos ha lanzado, le voy a contestar como se contesta a un amigo: con toda energía y dispuesto a sostener lo que venga; pero si está presidida por el ministro de Gobernación, me limitaré a dar una seca respuesta y exponer el caso a mis correligionarios.

—Me extraña, Prieto, que usted esgrima esa clase de argumentos para evadir el punto principal que he planteado —respondió Calles, dando un golpe sobre la mesa, al mismo tiempo que movía la silla para sentarse más cómodamente.

—Mi general, es que también a mí me extraña que siendo usted revolucionario pretenda pedir cuentas a un partido independiente. ¿Dónde está la libertad?

—*¡Mire, Prieto!* —agregó el general Calles con voz fuerte—, *es necesario que usted, yo y todos los revolucionarios nos preocupemos por el porvenir de la patria. Usted es un muchacho inexperto que no comprende el alcance que tiene para la reacción si ésta logra meter a sus elementos en el seno de la Cámara de Diputados.*

LA VÉRTEBRA DE LA REACCIÓN

—*Mi general, ¿y si esos elementos obtienen una credencial en buena lid?* —preguntó Prieto.

—*Abí está no solamente el error de usted, sino el peligro para los revolucionarios, Prieto.*

—*Entonces, ¿quiere decir que el punto de vista legal no vale nada?*

—*¿Legal? ¡No le digo, Prieto, que usted se está dejando sugestionar por los reaccionarios! La legalidad es la vértebra de la reacción...*

—*¿Es decir...?*

—*No, Prieto, no nos dejemos engañar; si usted se rodea de los reaccionarios, no puedo menos que ratificar mis palabras: el Partido Cooperatista será el nido de la reacción y tendremos que combatirlo* —dijo Calles con energía, mientras que sus palabras eran acogidas con vivas muestras de satisfacción por parte de los líderes laboristas y agraristas.

—*Mi general, permita usted que tercié en este debate* —dijo Álvarez del Castillo, poniéndose en pie y haciendo una profunda reverencia—; *yo creo que el compañero Prieto ha estado un poco nervioso; usted tiene mucha razón, mi general, porque es verdad que además del criterio legal, necesitamos defender el criterio de la Revolución mexicana.*

—*Pero el criterio de usted, licenciado, no es el de Prieto* —aclaró el general Calles, sonriendo maliciosamente y, dirigiéndose a Álvarez del Castillo, agregó con énfasis—: *¡El criterio de Prieto es hacer triunfar a su partido haciendo alianza con hombres perversos y haciendo funcionar una maffia contra los elementos revolucionarios!*

¿NOMBRES? ¡AQUÍ ESTÁN!

—*Mi general, yo protesto por su afirmación y quiero que usted señale los nombres de los reaccionarios de la llamada maffia cooperatista* —gritó Prieto, brincando de su asiento.

—*Mire, Prieto, aquí tengo la lista de esos individuos que no merecen sentarse en la Cámara de Diputados y a cuyo lado se sentirán abochornados los elementos revolucionarios: José Manuel Puig Casauranc, Romeo Ortega, Ezequiel Padilla, Martín Luis Guzmán, Justo Santa Anna, Rafael Pérez Taylor, Luis Malvárez y Enrique Breceda.*

—*Pero mi general, si contra esos compañeros no hay nada reprochable; todos ganaron la elección legalmente y se adhirieron al Partido Cooperatista, y creo que el partido los aceptará en su seno. Yo quiero que usted señale los cargos que usted tenga contra esos elementos que usted califica de reaccionarios, y si hay cargos que afecten a su triunfo legal, pondremos el remedio, mi general; pero no nomás porque usted crea que son reaccionarios, por eso lo vamos a desechar.*

—*Para que vea que tengo razón, voy a mostrarle las pruebas que obran en poder de la Secretaría de Gobernación* —replicó el general Calles, con voz tonante y apretando un timbre.

—*Cholita, tráeme esa carta de Puig...* —añadió Calles dirigiéndose a su secretaria particular, Soledad González, quien había entrado al salón al llamado del secretario de Estado.

Un grave silencio reinó en el salón y cuando la secretaria González regresó entregando a Calles la carta solicitada, el ministro de Gobernación, con voz pausada, la leyó. La carta del Dr. Puig, fechada en Tampico, estaba dirigida al general Cándido Aguilar, secretario de Relaciones Exteriores en el gabinete del presidente Carranza. En la carta, Puig ofrecía sus servicios como periodista al gobierno carrancista para cooperar a combatir a “la funesta casta separatista de traidores sonorenses”.

—*¿Qué les parece a ustedes ese concepto de Puig sobre nosotros?* —comentó Calles indignado y, dirigiéndose a Prieto Laurens, continuó—: *Y para que vea que no sólo quienes pertenecemos a “esa casta de traidores sonorenses” no aceptamos a Puig, escuche usted el acuerdo que Cándido Aguilar puso al margen de la*

carta: "No se aceptan los servicios del Dr. Puig por haber estado en la Ciudadela". ¿Qué le parece? ¿Y de esos hombres se encuentra usted rodeado? ¿Y a esos hombres podemos darles asiento en la Cámara? Pero mire, Prieto, ahora voy con otro; con el licenciado Ezequiel Padilla.

UN ROMPIMIENTO

Calles apretó nuevamente el botón del timbre; apareció la secretaria González y le ordenó que le buscara la carta de Padilla; cuando tuvo en sus manos el documento solicitado, continuó diciendo:

—Mire usted, Prieto, este acuerdo firmado por el reaccionario Nemesio García Naranjo, dando una pensión al joven Padilla para que marchara a Europa. Padilla está identificado con los reaccionarios; fue protegido de García Naranjo y ocupó un puesto en el gobierno de Huerta. ¿Qué me dice usted de esto?

—Mi general, acepto que Puig ha sido y quizás sea reaccionario; pero, ¿por qué no ser caballeros y respetar la voluntad popular? Puig ganó por abrumadora mayoría en Puerto México y tiene una de las credenciales más limpias. ¿Vamos a usar el criterio político? ¿Pues entonces, vamos a acabar de una vez con la Constitución y formaremos la república bolchevique!

—¡Eso es atrevido! —interrumpió Morones, poniéndose en pie.

—Tan atrevido como querer nulificar los votos a favor de Puig y de Padilla. Yo acepto que Padilla pudo haber servido a Victoriano Huerta, pero en aquel entonces Ezequiel Padilla era un joven y ¿por qué no aceptar que ahora sea revolucionario y que de buena fe viene a nuestro campo? —insistió Prieto con vehemencia.

—Esas son ilusiones, Prieto, y si las seguimos haciendo vamos a entregar todos nuestros sacrificios a los antiguos huertistas. Es una lástima que usted se haya dejado influenciar por la reacción.

El general Calles, irritado, continuó lanzando cargos sobre Martín Luis Guzmán, Justo Santa Ana, Luis Malvárez y Rafael Pérez Taylor, a quienes llamó discípulos de "dos florentinos que pretenden acribillar a la revolución mexicana: Félix F. Palavicini y Alberto J. Pani".

Cuando Calles terminó de hablar, apoyaron la tesis expuesta por él Luis N. Morones y Antonio Díaz Soto y Gama.

—Bueno, compañeros —dijo finalmente Prieto— *yo no he traído instrucciones a esta junta. Por mi parte, yo acepto el criterio de ustedes y veo que ustedes no aceptan el nuestro, así es que lo mejor es que discutamos nuestra posición en el seno de la Cámara. ¿A ver quién tiene mayoría!*

El general Calles, haciendo un gesto de desagrado, se levantó de su asiento y abandonó el salón.

EL CONTROL DE LA MAYORÍA PARLAMENTARIA

Momentos después, Jorge Prieto Laurens informaba a los líderes del Partido Cooperatista el resultado de la conferencia con el general Calles.

—¡Viva Prieto! —prorrumpieron los jefes del Cooperatista.

Al día siguiente, la junta previa de la Cámara quedaba instalada y Prieto electo presidente y vicepresidente el general José Villanueva Garza.

Y cuando Prieto era elegido presidente de la Cámara de Diputados, un recuento rápido comprobó que el Partido Nacional Cooperatista había logrado la conquista de la xxxix Legislatura Nacional, teniendo más de doscientos diputados.

El Partido Nacional Cooperatista había nacido al calor de un grupo de jóvenes entusiastas, llenos de fe en el porvenir, que carecían de experiencia política, que no tenían más ambición que la que anhela quien nace a la vida pública. En septiembre de 1922 empezaba ahora su carrera de partido dominante y, repitiendo la historia de los otros partidos políticos de México, parecía lanzar un desafío al gobierno del presidente Obregón: la revolución de 1923 había empezado.

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, núm. 47, año iv, viernes 1 de noviembre de 1929, pp. 3, 4, 8.

MEMORIAS POLÍTICAS DE JORGE PRIETO LAURENS

POR QUÉ DE LA HUERTA ACEPTÓ SU CANDIDATURA
Sensacionales pasajes de la vida política de Obregón,
Calles y De la Huerta, la poderosa trilogía
rota a fines de 1923

CAPÍTULO VI

Una era de progreso señala el espíritu de expansión, y el espíritu de expansión lleva hacia la guerra. Los que representan el progreso, la expansión y la guerra establecen las condiciones para los que consideran débiles y llega el momento de disputa en la cual unos sucumben para dar la vida a los otros.

Tal era la condición del Partido Nacional Cooperatista cuando, contando con una abrumadora mayoría en la Cámara de Diputados, pensó en la expansión de sus dominios.

Dando muestras de una gran actividad, los líderes cooperatistas marcharon a la conquista de los estados. A fines de 1922, el partido contaba con los siguientes gobernadores: César López de Lara, en Tamaulipas; Arnulfo González, en Coahuila; Francisco J. Múgica, en Michoacán; A. Azuara, en Hidalgo; Abundio Gómez, en México; Antonio Madrazo, en Guanajuato;

Rafael Nieto, en San Luis Potosí; Froylán Manjarrez, en Puebla; Antonio Valadez Ramírez, en Jalisco; y R. Tamez, en Nuevo León.

Los gobernadores Manjarrez, Valadez Ramírez y Tamez habían sido nombrados por el Senado de la República, al ser derrocados los gobernadores José María Sánchez, de Puebla; Basilio Badillo de Jalisco; y Juan M. García de Nuevo León, respectivamente.

SUMÁNDOSE PARTIDOS

El Partido Cooperatista había logrado la adhesión de los principales partidos locales cuando ofreció respetar la autonomía de cada uno de ellos en su régimen interior, a fin de que eligieran a sus candidatos a gobernadores, diputados y presidentes municipales en convenciones locales y sin la intervención de los líderes del centro.

Controlados los gobiernos de los estados, los líderes cooperatistas se dispusieron a la conquista del municipio de la Ciudad de México —último baluarte del PLC—, del Poder Judicial —que había de ser renovado el 31 de diciembre de 1922— y de la Comisión Permanente del Congreso de la Unión.

Al presentarse el Cooperatista en la lucha para elegir el ayuntamiento, una escisión estuvo a punto de registrarse en el seno del partido debido a que tres de sus principales líderes: Emilio Portes Gil, José Manuel Puig Casauranc y Luis L. León se disputaban la presidencia municipal. Sin embargo, la crisis fue salvada cuando la mayoría cooperatista presentó como candidato a la presidencia municipal de la Ciudad de México a Jorge Prieto Laurens.

Las elecciones municipales se efectuaron el primer domingo de diciembre y, después de una ruda batalla con los laboristas, el Partido Nacional Cooperatista logró triunfar.

LA CONQUISTA DE OTROS DOS BALUARTE

Conquistado un nuevo baluarte, quedaban todavía dos más por capturar: el Poder Judicial y la Permanente. En el Poder Judicial quedaba incluido el nom-

bramiento de ministros de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Durante varias semanas, los bloques parlamentarios de la Cámara Baja y del Senado discutieron los candidatos a jueces y magistrados; cuando ya parecía que todos se ponían de acuerdo en una sesión de ambos bloques, Prieto Laurens fue llamado urgentemente al teléfono.

—Jorge —le dijo un amigo—, en el despacho de De la Huerta, en la Secretaría de Hacienda, se encuentran Calles, Obregón y De la Huerta, celebrando una conferencia misteriosa con Portes Gil, Puig y otros cooperatistas.

El líder cooperatista se comunicó inmediatamente con el despacho privado del secretario de Hacienda y poniéndose al habla con el licenciado Portes Gil, le dijo:

—Licenciado, he tenido conocimiento de que usted está tratando el punto relacionado con el nombramiento de jueces y magistrados con el general Obregón y le advierto que todos los arreglos que haga no serán aceptados por la mayoría parlamentaria.

—Compañero, es verdad; estoy cambiando impresiones con el señor presidente, pero creo que el juicio de usted es muy aventurado cuando no conoce el criterio de la mayoría de ambas cámaras —respondió Portes Gil.

—Bueno, licenciado, venga usted a la Cámara y verá quién controla las mayorías.

UNA CRISIS EN LOS BLOQUES DE LAS CÁMARAS

Prieto se dirigió a los senadores y diputados que estaban reunidos en el Salón Verde de la Cámara y les dijo:

—Compañeros, Portes Gil está en la Secretaría de Hacienda pretendiendo hacer arreglos en nuestro nombre para la elección de jueces y magistrados con el general Obregón. El señor presidente de la República pretende que nombremos incondicionales del Ejecutivo. ¡Ustedes verán a quién apoyan: a los candidatos que ustedes mismos han presentado o al presidente de la República!...

—¡A nuestros candidatos! —respondieron a unísono los senadores y diputados.

Dos días antes de la elección de los miembros del Poder Judicial, varios senadores rompieron el acuerdo de las mayorías y presentaron una planilla en la que aparecían varios candidatos del Ejecutivo.

Una grave crisis empezó en los bloques de ambas cámaras, aunque fue resuelta rápidamente cuando los líderes del Cooperatista accedieron a aceptar la nueva planilla.

Reunido el Congreso General el 31 de diciembre, senadores y diputados pasaban a depositar su voto en las urnas de plata de la Cámara Baja, cuando el diputado Manrique, poniéndose en pie nervioso gritó:

—*Compañeros senadores, os están traicionando... ¡Aquí están las pruebas!*
—y Manrique agitaba dos boletas, ambas de color rojo.

INÚTIL PROTESTA

Los senadores rápidamente pretendieron suspender la votación, pero en esos momentos fue hecha la declaratoria de los jueces y magistrados triunfantes: habían ganado, por inmensa mayoría, los candidatos del Partido Nacional Cooperatista.

Una combinación, única en su género, habían llevado a cabo los líderes de la Cámara Baja, engañando a los senadores. Entre los senadores fueron repartidas la boletas con la planilla de coalición, mientras que entre los diputados fueron repartidas las boletas con la planilla cooperatista. Ambas planillas fueron hechas en rojo, evitando de esta forma que los senadores se dieran cuenta de la maniobra.

Así, el Poder Judicial, e inmediatamente la Comisión Permanente, quedaron conquistadas por el Partido Nacional Cooperatista.

El presidente Obregón había perdido la batalla y frente a él se encontraba un poderoso bloque que llegaba al último del año de 1922, dominando en ambas cámaras federales, en los gobiernos de los estados y en el Poder Judicial. Obregón, sin embargo, hizo un último esfuerzo, pretendiendo desconocer a los nuevos jefes y magistrados, pero los líderes cooperatistas tomaron casi por asalto la Suprema Corte de Justicia y los juzgados de la ciudad, dando posesión legal a los recién electos.

Al mismo tiempo, Jorge Prieto Laurens, ocupaba la presidencia del ayuntamiento de la Ciudad de México.

Dominando casi todos los poderes de la República, los jóvenes que de humildes estudiantes se habían convertido en potentados políticos, se dispusieron a la campaña presidencial.

DOS PRECANDIDATOS

Desde enero de 1923, los nombres de dos probables candidatos a la presidencia de la República eran mencionados en los principales círculos políticos de la Ciudad de México.

Los precandidatos eran Adolfo de la Huerta y Plutarco Elías Calles. La popularidad de De la Huerta parecía llenarlo todo. Calles era presentado como el candidato de una facción, sin arraigo entre las multitudes, pero sí fuertemente apoyado entre los más altos funcionarios. El secretario de Hacienda, en cambio, era señalado como el hombre armonizador, capaz de atender a todos los partidos políticos. El secretario de Gobernación era clasificado como un elemento intransigente y partidario de un socialismo “a la mexicana”.

En los primeros días de febrero, los generales Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles llamaron a la puerta de la Casa del Lago, la suntuosa residencia del secretario de Hacienda y Crédito Público, don Adolfo de la Huerta.

—*Fito, tenemos graves asuntos que tratar contigo y queremos que nos acompañes* —dijo Obregón a De la Huerta, y agregó—: *y queremos que subas al coche para platicar tranquilamente.*

Sentados cómodamente en un automóvil cerrado, los tres hombres más poderosos de México parecían llenos de satisfacción.

—*Adolfo, quiero que tengamos un instante de confianza entre los tres, a fin de resolver un problema* —dijo el presidente Obregón dirigiéndose a De la Huerta mientras el coche presidencial caminaba lentamente por la calzada central del bosque de Chapultepec, poco después de las ocho de la noche.

OBREGÓN OFRECE SU CANDIDATURA A DE LA HUERTA

El primer magistrado se acomodó en el rincón del auto y agregó:

—Tú te has convertido en la figura más importante de mi gobierno, eres el político más hábil; gracias a ti mi gobierno será reconocido por los Estados Unidos; tú manejas la prensa; tú has logrado restablecer nuestro crédito. En fin, tú eres el más diplomático de nosotros... Todo esto, Adolfo, nos ha hecho pensar a Calles y a mí en que tú eres el más llamado a sucederme en el poder... Creo que tú podrías hacer un magnífico papel. Cualquiera candidato que presentáramos no tendría las ventajas que tú tienes; ya ves, cuentas hasta con los reaccionarios... Yo te aseguro que ninguno de nosotros tiene la popularidad y las ventajas que tú presentarías como candidato a la presidencia. Si tú aceptas ser candidato a la presidencia, tendrías todo nuestro apoyo. ¿Qué dices?

Obregón clavó su mirada en De la Huerta, mientras que Calles permanecía silencioso en el rincón opuesto del coche. El secretario de Hacienda rápidamente contestó:

—Mira, Álvaro, agradezco la confianza que me tienes, pero francamente te diré que yo creo que no debemos hacer política futurista. ¿Por qué pensar desde ahora en la presidencia de la República?

—Oye, Fito, ¿pero si tú ya has iniciado trabajos!... —interrumpió sonriendo Obregón.

—Te juro que no es cierto, Álvaro. Ya te he dicho que considero que no es tiempo para iniciar trabajos electorales. Además, siento que cometeríamos un gran error si somos nosotros los que preparamos las elecciones próximas. ¿Y nuestro criterio revolucionario? ¿Y nuestros sueños de democracia? ¿Vamos acaso a llevar a cabo una nueva imposición? Te confieso, Álvaro, que no estoy de acuerdo con ese criterio que sustentas. Por otra parte, jamás he pensado en la presidencia y creo que no soy el indicado a sucederte.

—Oye, Adolfo, entre la teoría y la práctica hay mucha diferencia. Yo comprendo que teóricamente tienes razón por lo que respecta a los postulados de la democracia; pero, prácticamente, creo que te estás distanciando de mis puntos de vista. Yo creo que debemos realizar nuestros anhelos revolucionarios y no me vas a decir que entregando el poder a un reaccionario la revolución seguirá su curso. No,

hemos formado un círculo revolucionario y necesitamos salvarlo para el futuro. Nosotros somos las figuras principales de la Revolución y en nuestras manos está el perderla o el salvarla.

RAZONAMIENTOS DE ORDEN PERSONAL

Obregón hablaba con voz fuerte, con gesto enérgico, mientras que el auto seguía rodando bajo la sombra de los grandes ahuehuetes.

—Yo creo que debemos de pesar seriamente tus propósitos... —dijo tímidamente De la Huerta.

—No; lo que te digo es el resultado de muchos días de reflexión y estoy plenamente convencido de que es la única forma de que nos salvemos. No, hombre, ¡no te hagas ilusiones! Te diré francamente que yo necesito del poder para vivir. Soy, Adolfo, tú bien lo sabes, una vaca lechera; tengo que mantener a más de 40 parientes que no sé de dónde me han salido. Unos son de María y los otros son míos; pero el caso es que tengo que mantener a mucha gente. ¿Qué haría yo si el poder quedara en manos de un extraño? Tú también te encuentras en las mismas condiciones y Calles está también en difícil situación. Obrando como te propongo, no solamente salvamos los principios de la Revolución, ¡sino también los nuestros! Suponte que uno de nuestros tantos enemigos nos sucediera en el poder, ¿qué sería de nosotros? Tú bien sabes que para un presidente que cae no hay más que dos caminos: el destierro o el cementerio, el cementerio sería lo menos malo, ¿pero qué seríamos en el destierro? Tú, por ejemplo, podrías ir a dar clases de canto; Calles está fuerte y quizás podría encontrar trabajo, pero ¿yo?...

SURGE LA CANDIDATURA DEL GENERAL CALLES

Y sonriendo irónicamente, el caudillo sonorensé agregó:

—¡Yo no podría conseguir trabajo ni de barrendero!... Ya ves, me falta el mejor de los brazos.

—Pero, hombre, ¿por qué ir tan lejos? ¿No podríamos encontrar un amigo que sin la imposición conquistara al pueblo?

—No, Adolfo, convéncete, necesitamos defender nuestros intereses, los intereses de los tres, porque, recuerda, defendiendo estos intereses defendemos a la Revolución.

—Aceptaré tus razonamientos, pero de todo corazón te digo que no acepto mi candidatura... —comentó De la Huerta con firmeza.

—Bueno, Fito —interrumpió el general Calles—, si tú no aceptas tu candidatura, ¿puedo quedar yo en libertad de iniciar trabajos a favor de la mía?

—Plutarco —respondió el secretario de Hacienda, emocionado— ya sabes que tú y yo somos como hermanos y me comprometo a ser el líder de tu campaña, siempre que la hagamos fuera del gobierno.

Los tres amigos sonrieron satisfechos y momentos después el auto presidencial se detenía nuevamente en la Casa del Lago, donde De la Huerta se despidió del presidente de la República y del jefe del gabinete.

DE LA HUERTA ERA VASCONCELISTA

Pocos días después, el general Calles salía de la Ciudad de México con rumbo a San Francisco, California, a fin de internarse en un sanatorio.

Entre los diputados y senadores, sin embargo, continuaban los trabajos a favor de la candidatura de De la Huerta. Éste rechazaba enérgicamente todas las insinuaciones que se le hacían. Uno de los primeros en pedirle que aceptara su candidatura fue el Dr. José Manuel Puig Casauranc. Después una comisión de industriales y comerciantes le solicitó permiso para abrir una campaña en su favor. De la Huerta rechazó igualmente el ofrecimiento e insinuó a los comerciantes e industriales, cuando éstos manifestaron su antipatía por el general Calles, la postulación del licenciado José Vasconcelos.

Mientras tanto, en el seno del Partido Cooperatista parecía surgir de un momento a otro la división. Los líderes cooperatistas señalaron abiertamente la parcialidad del presidente Obregón en varios conflictos locales, contándose entre ellos el de Coahuila, donde el gobernador González fue depuesto por el general Manuel Pérez Treviño, quien ocupaba la jefatura del Estado Mayor Presidencial; y el de San Luis Potosí, donde se llevaba a cabo una enconada

lucha entre dos líderes prominentes: Aurelio Manrique y Jorge Prieto Laurens. Manrique era apoyado por el gobierno federal, mientras que Prieto recibía la ayuda de varios gobernadores cooperatistas.

Las elecciones de San Luis Potosí se efectuaron el primer domingo de julio, habiéndose registrado sangrientos sucesos. Esperaba Prieto Laurens el resultado de las elecciones de San Luis, cuando recibió un mensaje fechado en la hacienda Soledad de la Mota y firmado por el general Calles.

“Con el objeto de estudiar el conflicto electoral de San Luis, ruego a usted pasar a este lugar, trayendo todos los expedientes electorales”, decía el telegrama recibido por Prieto, quien se trasladó violentamente a Soledad de la Mota acompañado del licenciado Romeo Ortega.

UN OFRECIMIENTO DE DE LA HUERTA A CALLES

Durante dos días estuvo el líder cooperatista cambiando impresiones con el secretario de Gobernación; cuando ya regresaba a la Ciudad de México, se encontró con el ingeniero Luis L. León.

—¿Dónde vas, Luis?

—A Soledad de la Mota. Prieto, devuélvete, llevo una comisión importantísima de don Adolfo para el viejo.

El líder cooperatista accedió a regresar a Soledad de la Mota, acompañando a León, que entonces ocupaba la subsecretaría de Hacienda y Crédito Público.

—¿Sabes a qué voy a ver al viejo? —preguntó León a Prieto, y agregó—: Pues don Adolfo le manda ofrecer sus servicios para ponerse al frente de su campaña presidencial.

—¿Don Adolfo?

—Sí, hombre, así se acabarán los rumores de que De la Huerta ambiciona la presidencia, ¿no te parece? Ahora vamos a ver qué dice el viejo.

Al llegar a Soledad de la Mota, Luis León, en presencia de Prieto y de Romeo Ortega, expuso al general Calles los deseos de De la Huerta.

Después de escucharlo, el secretario Calles respondió secamente:

—Dígale a Adolfo que agradezco de todo corazón su ofrecimiento, pero que no puedo aceptarlo. Adolfo tiene serios compromisos con quienes yo no puedo estar jamás de acuerdo. Mi candidatura será apoyada por los agraristas y laboristas, así que estoy dispuesto a entregar la jefatura de mi campaña a los líderes laboristas y agraristas, de preferencia.

León quedó silencioso. Calles agregó:

—Adolfo puede estar seguro de que goza de toda mi confianza, pero dígame que me es imposible aceptar sus buenos deseos.

SE PERFILAN EL CALLISMO Y EL DELAHUERTISMO

Al escuchar la respuesta del general Calles, Prieto Laurens regresó rápidamente a la capital y convocó a los principales líderes del Cooperatista.

—Compañeros —les dijo Prieto—, acabo de estar en Soledad de la Mota; el ingeniero Luis León, delante mí, ha ido a ofrecer al general Calles la cooperación en su próxima campaña presidencial de don Adolfo de la Huerta y la ha rehusado. Además, el general Calles ha dicho categóricamente que en su campaña ocupará de preferencia a los elementos agraristas y laboristas, haciendo abstracción de nuestro partido. Así es que ha llegado el momento de que vayamos buscando nuestro propio candidato...

—¡Viva De la Huerta! —gritaron los oyentes.

Y desde ese momento empezó abiertamente la propaganda en favor de De la Huerta. Pero el secretario de Hacienda seguía rehusando no sólo aceptar su candidatura, sino aun hablar del asunto.

—Si ustedes me aprecian, no me hablen de la sucesión presidencial y menos de mi candidatura —dijo De la Huerta a prominentes líderes parlamentarios.

Los intereses de callistas y delahuertistas empezaron a chocar duramente en el seno del Partido Cooperatista. Como líderes callistas se perfilaron inmediatamente Portes Gil, Ezequiel Padilla, Puig Casauranc, Romeo Ortega y Luis León; como delahuertistas, Jorge Prieto Laurens, Salvador Franco Urías, Martín Luis Guzmán, Juan Manuel Álvarez del Castillo y Gustavo Arce.

LA APERTURA DE LAS CÁMARAS

La apertura de las cámaras el 1 de septiembre de 1923 aparecía como el momento para deslindar los nuevos campos.

El presidente Obregón había de leer un interesante mensaje dando cuenta de su gestión administrativa; para que lo contestara en nombre del Poder Legislativo fue nombrado Jorge Prieto Laurens.

Inmediatamente después de que fue designado presidente de la Cámara, Prieto se ocultó. Varios agentes de la presidencia lo buscaban.

—El general Obregón quiere platicar con usted a efecto de ponerse de acuerdo sobre la respuesta que dará al mensaje presidencial —dijo Portes Gil a Prieto.

—Dígale al general Obregón que no tengo nada que consultar con el presidente porque contestaré conforme al criterio del Poder Legislativo —respondió Prieto.

El 1 de septiembre, instalado el Congreso General, el presidente Obregón era esperado a las cuatro de la tarde en punto, en la Cámara Baja. Pero pasó una hora y el general Obregón no llegaba.

Ocupando ya la presidencia del Congreso de la Unión, Prieto recibió un aviso de Obregón por conducto de un oficial del Estado Mayor Presidencial.

—Dice mi general Obregón que no concurrirá a la apertura de las cámaras si usted no va antes a verlo —le dijo el oficial a Prieto.

—Dígale al general Obregón que no iré y que si él no se presenta, conforme a la Constitución, levantaré un acta dando cuenta de la actitud del señor presidente de la República y cerraré el periodo ordinario de sesiones.

El general Obregón no dio ninguna respuesta y a las seis de la tarde se presentó en la Cámara, seguido de los secretarios de Estado. Leyó su informe y, al terminar, escuchó la lectura de la respuesta del presidente del Congreso.

Jorge Prieto Laurens, al responder al presidente Obregón, criticó duramente la política del primer magistrado de la nación, acusando al Poder Ejecutivo de haber violado la soberanía de varios estados de la República y por los abusos del “agrarismo”.

PUYAZOS DE OBREGÓN A DE LA HUERTA

Terminado el acto, el general Obregón fue invitado a asistir a un *lunch* champaña servido en el Salón Amarillo del Palacio del Factor, pero se rehusó a aceptar la invitación hasta que el embajador de Argentina, Dr. Manuel E. Malbrán, intervino pidiendo al primer magistrado que acompañara al cuerpo diplomático.

Cuando el general Obregón salía de la Cámara, se dirigió a De la Huerta, y le dijo al oído:

—*Veo que preparaste bien el discurso de Prieto* —y sonriendo irónicamente agregó—: *y te felicito por tantos aplausos que recibiste...*

De la Huerta, al llegar y al salir de la Cámara, había sido frenéticamente ovacionado, así como durante la lectura del mensaje en la parte relativa a la Secretaría de Hacienda. Pero hasta ese momento permanecía sin contraer compromiso alguno con los elementos cooperatistas.

Don Adolfo era el caudillo político de 1923. Firmado el tratado con los banqueros de Nueva York, arreglado el pago de la deuda de México, la popularidad del secretario de Hacienda creció. Aunque él no obraba por su cuenta sino bajo las instrucciones del presidente Obregón, todos los lauros de la victoria fueron concedidos a él, por propios y extraños.

LA TRASCENDENCIA DEL CASO DE SAN LUIS

Mientras tanto, el conflicto político de San Luis Potosí se había agravado.

El general Obregón, al día siguiente de la apertura de las cámaras, salió de la Ciudad de México, dirigiéndose al estado de Veracruz y luego al de Tamaulipas. De regreso a la capital, al pasar por la ciudad de San Luis Potosí, fue entrevistado por el profesor Aurelio Manrique, quien le informó la delicada situación en el estado, pidiéndole que lo apoyara, pero su respuesta fue la siguiente:

—*Ya se acabaron los tiempos que los conflictos electorales de los estados se arreglaban desde el Palacio de los Virreyes.*

Obregón regresó a la Ciudad de México e inmediatamente llamó a los periodistas, entregándoles una declaración firmada en la cual anunciaba que declararían desaparecidos los poderes en San Luis Potosí y convocaría a nuevas elecciones para gobernador, en virtud de que los comicios no habían sido llevados a cabo legalmente.

Los periodistas informaron a Prieto Laurens sobre la resolución presidencial antes de que la noticia fuera publicada. Prieto llamó a sus amigos y después de darles a conocer los informes que le habían proporcionado, les dijo:

—*Ahora, compañeros, debo advertirles que cuento en San Luis Potosí con ochocientos hombres perfectamente armados, montados y municionados, y hoy mismo me voy para allá; tomaré posesión del poder por la fuerza y si me ataca Obregón, me levantaré en armas.*

—*No, Prieto, tu resolución es demasiado atrevida y perderíamos nuestra labor. ¿Por qué no vamos a ver inmediatamente a don Adolfo? Quizás él pueda ejercer influencia sobre el general Obregón a fin de que retire el acuerdo.*

EN LA CASA DEL LAGO

El líder cooperatista aceptó la sugestión y cerca de la medianoche se trasladaron a la residencia del secretario de Hacienda Prieto, Manjarrez, Álvarez del Castillo, Martín Luis Guzmán, José Villanaueva Garza, Gustavo Arce, Mariano Samayoa y otros diputados.

Don Adolfo, quien desde hacía varios días se encontraba enfermo, estaba ya dormido cuando los diputados llegaron a la Casa del Lago. Sin embargo, fueron inmediatamente recibidos.

—*¿Qué les pasa, muchachos?* —preguntó De la Huerta, incorporándose en el lecho.

El diputado Prieto Laurens puso en antecedentes al secretario De la Huerta de todos los sucesos ocurridos en San Luis Potosí.

Cuando Prieto Laurens informó a don Adolfo de la resolución que acababa de dictar el presidente de la República, el secretario de Hacienda saltó del lecho, nervioso, en pijamas, y tomando el teléfono pidió comunicación

con la dirección de uno de los diarios metropolitanos. Confirmada la noticia del acuerdo dictado por el general Obregón sobre el caso de San Luis, De la Huerta, visiblemente irritado dijo:

—*Muchachos, yo no sé lo que le pasa a Álvaro. En este momento voy a verlo, lo convenceré, lo convenceré de que su acuerdo es anticonstitucional...* —y mientras se ponía los calcetines con toda prisa, agregó—: *Y si Álvaro no me escucha, entonces ya veremos. ¡Entonces verá quién es Adolfo de la Huerta!*

Cuando De la Huerta terminó de vestirse, les dijo a los diputados:

—*Muchachos, les ruego que me esperen aquí y ya les digo: si Obregón no retira su acuerdo, renunciaré a la Secretaría de Hacienda porque yo jamás aceptaré tales hechos que ponen en vergüenza al gobierno de México.*

En esos momentos llegó a la Casa del Lago Roberto Pesqueira y, dirigiéndose al secretario de Hacienda, le dijo:

—*Don Adolfo, mi general está enfermo y no podrá recibirlo.*

—*¡Me recibirá, me recibirá!* —repuso, nervioso, el secretario de Hacienda.

EL RESULTADO DE LA ENTREVISTA

Dos horas después, regresaba don Adolfo.

—*¡Vengan, muchachos, vengan, que hay noticias de mucho interés!* —dijo don Adolfo dirigiéndose a los diputados que lo esperaban.

Los diputados rodearon a De la Huerta y éste, casi temblando, dijo:

—*Acabo de romper con Álvaro; no podía hacerme cómplice de sus terquedades; pero me siento feliz porque ya soy hombre libre; me he quitado una gran responsabilidad ¡y ahora verá Obregón quién es Adolfo de la Huerta!* —De la Huerta suspiró fuertemente y añadió—: *Pero quiero que se den cuenta ustedes de la entrevista que acabo de terminar con Obregón.*

Y don Adolfo, relató:

—*Siento decirte que Álvaro no podrá recibirte; ha estado delicado y se acostó temprano* —me dijo María, saliéndome al paso cuando entraba a Chapultepec.

—*Lo siento, María, yo también estaba enfermo, pero teniendo un asunto gravísimo me tuve que levantar de la cama, así es que voy a pasar...*

De la Huerta entró violentamente a la recámara del general Obregón, quien se encontraba dormitando. Al ver entrar al secretario de Hacienda, el primer magistrado se incorporó en el lecho.

—*¿Qué pasa, Fito?* —preguntó Obregón nervioso.

—*Vengo a hablarte de un caso muy grave.*

—*Bueno, hombre, acerca una silla y dime... Traes cara de alarma...* —repuso Obregón, sonriendo.

—*Vengo a hablarte del caso de San Luis Potosí* —dijo De la Huerta con energía.

—*¿De San Luis? ¿Qué ocurre?*

—*He sido informado que acabas de declarar desaparecidos los poderes del estado y...*

—*Oye, Adolfo* —interrumpió bruscamente Obregón—, *ya he tomado un acuerdo sobre el caso y mi resolución es inquebrantable.*

—*Pero, hombre, escucha.*

—*¡No! Te confieso que no quiero hablar sobre San Luis.*

—*¿Es decir que tu resolución es invariable?*

—*Invariable. Antes de dictarla he consultado a los abogados de la presidencia y todos han estado de acuerdo sobre la ilegalidad de esas elecciones.*

—*Pero, ¿estás tú seguro de la situación de San Luis? ¡Yo creo que debes reflexionar y esperar a tener informes más completos!*

—*No, Adolfo, es inútil, porque, repito, estoy seguro de que el acuerdo que dicté hoy está ajustado a los preceptos legales* —dijo Obregón.

—*En este caso, me retiro de tu lado, Álvaro.*

—*No, hombre, ¡no faltaba más! ¡Quédate todo el tiempo que quieras! ¡Al fin ya me quitaste el sueño!* —comentó el presidente riendo.

—*No, no es que te diga que me voy a mi casa, sino que me retiro del gabinete.*

—*¡Hombre, Adolfo, no creía que la cosa llegara a tal extremo!* —repuso Obregón, con ironía.

—*Considero, Álvaro, que el presidente de la República debe tener colaboradores que estén de acuerdo con la política que sigue, y como yo estoy inconforme con tu proceder en el caso de San Luis Potosí, creo necesario presentarte mi renuncia como secretario de Hacienda.*

—Adolfo, siento que te vayas de mi lado y sólo la última razón que me acabas de dar es la que me inclina a aceptarte la renuncia —dijo Obregón secamente y añadió—: sólo te pido que, teniendo en cuenta nuestra amistad, y además teniendo presente la crítica situación por la que atraviesa el país, que no hagas pública tu renuncia inmediatamente. Tú has logrado afirmar el crédito de la nación y tu salida inesperada del gabinete podría provocar una crisis. Creo que a pesar de que te retiras del gabinete seguirás siendo mi amigo y colaborador íntimo.

—Te lo prometo, Álvaro, ¿cuándo quieres que presente la renuncia?

—Pues mándamela por escrito mañana y yo te la aceptaré dentro de diez días.

—Estoy de acuerdo, y para probarte que soy tu amigo seguiré despachando en mi casa con los jefes de departamento, hasta el momento en que tú oficialmente me comuniqués la aceptación.

—Gracias, Adolfo.

De la Huerta y Obregón se despidieron afectuosamente.

DE LA HUERTA ACEPTA SU CANDIDATURA

Y después de hacer este relato a los diputados que lo escuchaban, el secretario de Hacienda dijo:

—Bueno, muchachos, ya les he platicado lo que pasó esta noche y ya saben que estoy desligado del gobierno; me he quitado una grave carga... Ahora, amigos míos... ¡ahora estoy a la disposición de ustedes! —y con un gesto dramático y dando un puñetazo sobre una mesa, don Adolfo añadió—: ¡Ahora acepto mi candidatura a la presidencia de la República!

Los diputados, emocionados, se arrojaron sobre él.

—¡Viva De la Huerta! —gritaron todos, llenos de entusiasmo.

Precipitadamente, salieron los diputados de la Casa del Lago; minutos después, se presentaban en los periódicos metropolitanos para dar cuenta de que don Adolfo de la Huerta sería candidato a la presidencia de la República.

Al día siguiente los habitantes de México se conmovían al saber que el Sr. De la Huerta se había separado de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público para ser candidato a la presidencia de la República.

La lucha se había iniciado abiertamente entre callistas y delahuertistas.

Y Prieto Laurens salió violentamente a San Luis Potosí tomando posesión del gobierno del estado a pesar de las disposiciones del general Obregón.

El presidente de la República ordenó que el gobernador Prieto Laurens fuera boicoteado por los poderes federales, pero el joven político continuó firme, dispuesto a la victoria final.

La división fue iniciada por el licenciado Portes Gil y apoyada por el Dr. José Manuel Puig Casauranc, por Luis L. León y por Romeo Ortega.

Varios diputados y senadores abandonaron también las filas del bloque cooperatista. Sin embargo, los delahuertistas continuaban manteniendo la mayoría en ambas cámaras.

Corrían los últimos días del mes de septiembre y el momento de la tempestad se aproximaba más y más.

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, núm. 54, año IV, viernes 8 de noviembre de 1929, pp. 3, 4, 8.

MEMORIAS POLÍTICAS DE JORGE PRIETO LAURENS

DON ADOLFO FUE REBELDE CONTRA SU VOLUNTAD
Prieto Laurens relata cómo el señor De la Huerta se resistía
a salir de la Ciudad de México al puerto de Veracruz

CAPÍTULO VII

Contando con un jefe político cuya popularidad parecía arrolladora en toda la República; respaldado por un jefe militar joven, activo, enérgico y decidido; y con varios miles de hombres tras él, controlando dos de los tres poderes de la República y entusiasmado por las palabras vigorosas de uno de los más prominentes militares mexicanos, sólo un instante bastó para que el Partido Nacional Cooperatista encendiera la chispa de la revolución.

Habiendo aceptado don Adolfo de la Huerta su candidatura a la presidencia de la República, fue designado el comité directivo de la campaña delahuertista, entregándose su presidencia al general de división Salvador Alvarado.

Al mismo tiempo que Alvarado se ponía al frente de la campaña delahuertista, las palabras de un jefe del ejército nacional habían de causar intensa impresión en el país y señalar el camino de la revolución.

AMENAZA DE ESTRADA

El general Enrique Estrada —ex secretario de Guerra y Marina y jefe de las operaciones militares en varios estados del occidente de México— dijo claramente a la Junta de Militares Revolucionarios de Origen de 1910 que si el gobierno llegaba a consumar una imposición en 1924, el ejército nacional seguiría la actitud que siguió en 1920, cuando se sublevó contra el gobierno del presidente Carranza.

Unas cuantas semanas después de iniciada la campaña electoral bastaron para enardecer los ánimos de callistas y delahuertistas.

Sangrientas tragedias se registraron en todo el país y solamente en Motul, Yucatán, fueron pasados a cuchillo, por orden del gobernador Felipe Carrillo Puerto, más de veinte partidarios de Adolfo de la Huerta.

El comité directivo del Partido Cooperatista rápidamente llevaba a cabo los preparativos para la convención nacional donde había de ser designado candidato el ex secretario de Hacienda y Crédito Público, señalando el día 20 de noviembre, decimotercer aniversario de la Revolución mexicana, para la gran asamblea en la Ciudad de México.

La convocatoria del Partido Cooperatista resultó un éxito cuando más de tres mil delegados de toda la República se presentaron el día 20 en el teatro Hidalgo, proclamando al día siguiente candidato a Adolfo de la Huerta.

EL PRIMER DESAFÍO

Pero la designación de De la Huerta había de constituir el primer desafío público que el Partido Cooperatista hacía al presidente Obregón.

Cuando De la Huerta se presentó en el teatro para rendir la protesta de ley, visiblemente conmovido —al grado que tuvo que ser sostenido durante su corta peroración por Prieto Laurens y Gustavo Arce—, fueron lanzadas las primeras palabras de guerra.

Prieto Laurens y José Villanueva Garza abiertamente declararon que el momento de la revolución se aproximaba.

El discurso del general Villanueva Garza causó honda sensación, ya que era considerado como el representante del general Guadalupe Sánchez, jefe de las Operaciones Militares en el estado de Veracruz.

Acababa de terminar la convención cuando el general Álvaro Obregón invitó a todos los jefes de Operaciones Militares a una reunión en la Ciudad de México; era el efecto de las amenazas revolucionarias hechas públicamente en la convención.

OFENSIVA DE OBREGÓN EN LA CÁMARA

Pero al mismo tiempo que celebraba la conferencia con los jefes de Operaciones Militares, el presidente Obregón daba los primeros pasos para romper las mayorías parlamentarias del Cooperatista.

Pocos días después de la convención nacional, cuando los diputados celebraban una sesión ordinaria, cinco generales vestidos de rigurosa gala ocuparon un palco en las galerías de la Cámara Baja. Entre ellos destacaban dos figuras prominentes: Juan Andreu Almazán y Fortunato Maycotte, jefes de Operaciones en Puebla y Oaxaca, respectivamente.

Más de cincuenta diputados se levantaron rápidamente de sus curules para ir a saludar a los jefes del ejército.

La sesión de la Cámara tuvo que ser suspendida como consecuencia de la visita de los generales, pues éstos eran saludados efusivamente por los representantes del pueblo.

—*¡Pero, muchachos, apenas se puede creer que ustedes sean partidarios de Fito de la Huerta!* —dijo Almazán a los diputados que lo saludaban.

—*¡Hombre, que la candidatura de Fito esté apoyada por los cómicos y cantantes, está bien, pero que ustedes la apoyen es el colmo!* —dijo Maycotte riendo.

—*Dice bien, compañero; ¡los hombres estamos con Calles y Obregón!* —comentó alegremente Almazán.

Como varios diputados pretendieran responder, Almazán los interrumpió:

—*No, no, ustedes discutan cuando dejen de ser instrumento de los niños y de los cantantes...*

—*Compañeros, vámonos, ya ve usted que se acabó la sesión* —dijo riendo otro de los generales, dirigiéndose a Almazán.

—*¡Es que los jovencitos dueños de la Cámara huyen con nuestra presencia!* —respondió Almazán, dando palmaditas sobre los hombros de los diputados que estaban más cerca de él, y añadió—: *Ya es tiempo, muchachos, que se dejen de estar bajo la tutela de los cantores...*

—*Ya saben, muchachos, que siempre hemos sido victoriosos bajo la bandera de mi general Obregón* —dijo Maycotte sentenciosamente.

Y los cinco generales abandonaron las galerías riendo ruidosamente y seguidos de los representantes del pueblo que, vacilantes, parecían no saber siquiera si regresar a sus curules o salir acompañando a los jefes militares.

UNA RÁPIDA SESIÓN

Inquieto y temeroso de la influencia que pudiera ejercer sobre los diputados la visita de los cinco generales, Prieto Laurens, presidente del bloque mayoritario de la Cámara, citó inmediatamente a una reunión secreta del bloque.

—*Compañeros, el general Obregón pretende minarnos el campo; ya hemos visto cómo muchos compañeros, dando una prueba de que no pueden despegarse de los faldones militares, subieron a las galerías a adular a los cinco generales haciendo que ridículamente suspendiéramos la sesión. La presencia de los generales en las galerías nos descubre los planes del general Obregón, quien, seguro, pretenderá romper nuestra mayoría para que perdamos el control sobre la próxima Comisión Permanente.*

Prieto Laurens, nervioso, agregó:

—*Compañeros, antes de que nos rompan la mayoría es menester que demos un golpe audaz. La Constitución dice que ha de ser el Congreso General el que designe a la Comisión Permanente y no fija plazo para ello. Así, bien podemos nombrar la Permanente el día último del año, como la podemos nombrar mañana. Compañeros: adelantémonos a las pretensiones de Obregón y convoquemos inmediatamente a Congreso General para designar la Permanente, y así daremos un golpe que no espera el Ejecutivo.*

El proyecto de Prieto fue aprobado con grandes aclamaciones y desde luego fueron tomadas las primeras medidas para convocar a Congreso General.

Fue en ese momento cuando el Partido Nacional Cooperatista entró en una semana de crisis durante la cual sus líderes trabajaron incansablemente.

UN COMLOT

Rápidamente fue expedida la convocatoria para Congreso General citando a ambas cámaras para el primero de diciembre a las tres de la tarde.

Dos horas antes de que se efectuara la junta de Congreso General, un joven se presentó ante el diputado Martín Luis Guzmán y le dijo.

—*Señor, vengo a descubrir un complot para asesinar a todos los jefes de la Cámara de Diputados. Me llamo Roberto Margáin y soy capitán primero del ejército federal.*

Y enseguida Margáin refirió a Martín Luis Guzmán que hacía varios días que el general Arnulfo R. Gómez, jefe de las Operaciones Militares en el Valle de México, había llamado a cuarenta oficiales del ejército y les había dado órdenes para que, vestidos de paisanos, se presentaran en las oficinas del Partido Laborista Mexicano a recibir órdenes.

Los oficiales se presentaron y escucharon las instrucciones dadas personalmente por Luis N. Morones, en presencia de los diputados Emilio Portes Gil, Luis L. León, Carlos Puig Casauranc y Manlio Fabio Altamirano.

—*Perfectamente armados* —les dijo Morones— *y vestidos de paisanos y llevando una cinta roja en el ojal se presentarán el día 1º a las tres de la tarde en la Cámara de Diputados. Ocupan las tribunas del frente y a una señal nuestra disparan sobre los diputados cuyos retratos les vamos a mostrar.*

Cuando el capitán Margáin acabó de hacer su relato, el diputado Guzmán llamó urgentemente a los diputados Prieto, Rubén Vizcarra y Juan Manuel Álvarez del Castillo y los puso en antecedentes del proyectado atentado.

—*¡No habrá sesión!* —dijo Prieto Laurens.

—*No, compañero, sí debe haber sesión* —respondió Guzmán, y dirigiéndose a Vizcarra, le dijo—: *Mire, compañero, usted como presidente de la Cámara hable por teléfono al inspector general de Policía y pida garantías.*

Vizcarra estuvo de acuerdo y se puso en comunicación con el inspector general de Policía, Pedro J. Almada.

DISCUTIENDO CON ALMADA

—Señor Vizcarra, siento manifestarle que no me es posible enviar un piquete de gendarmes de la Montada como usted lo pide, porque he tenido conocimiento de que la jefatura de la guarnición enviará una escolta a la Cámara —respondió Almada a la petición de Vizcarra.

—Señor inspector, como presidente de la Cámara, exijo que se me envíe la escolta.

Vizcarra insistió con energía, hasta que Almada accedió.

—Bueno, ahora todos a la Cámara y ya veremos lo que pasa —dijo fríamente Guzmán.

Cuando los líderes parlamentarios llegaron a la Cámara, ya se encontraban reunidos diputados y senadores.

Inmediatamente el diputado Vizcarra dio órdenes para que las puertas de la Cámara fueran cerradas, prohibiéndose la entrada a todas las personas, a excepción de los representantes del pueblo.

Frente al Palacio del Factor y en la cantina El Submarino se encontraban apostados los individuos con listón rojo en la solapa.

—¡Ahí están los verdugos! —dijo Prieto dirigiéndose al diputado y general José Villanueva Garza.

Mientras tanto, en el interior del recinto, los diputados callistas habían abierto fuego contra los cooperatistas, reclamando que la sesión del Congreso General fuera pública.

Los mismos cooperatistas, que no estaban en antecedentes del complot, apoyaban la moción.

—Compañeros —gritó entonces el diputado Vizcarra— *no habrá sesión del Congreso General por causas gravísimas, pero habrá sesión secreta del bloque cooperatista para dar cuenta de un descubrimiento.*

Y los diputados y senadores cooperatistas pasaron al Salón Verde.

RESULTADO DE LA JUNTA

Ante la expectación de los representantes del pueblo, el diputado Martín Luis Guzmán dio a conocer los detalles del complot.

Y todavía no salían los diputados de su sorpresa, cuando Prieto Laurens introdujo al salón al capitán Margáin y a otros tres oficiales del ejército que formaban parte de los cuarenta individuos escogidos por el general Arnulfo R. Gómez para dar muerte a los diputados.

Los oficiales ratificaron en todas sus partes la revelaciones de Margáin y pidieron que se les ayudara a salir del país, toda vez que consideraban que sus vidas estaban expuestas. Los diputados hicieron una colecta y reunieron veinte mil pesos que fueron entregados a las familias de los cuatro oficiales.

—Compañeros —dijo el diputado y general Villanueva Garza—, *ya han visto cómo se ha pretendido asesinarlos y creo que ha llegado el momento de que rompamos lanzas con el Poder Ejecutivo. Yo propongo que el Poder Legislativo traslade su asiento a una ciudad donde tenga garantías y, al efecto, propongo el puerto de Veracruz.*

Pasada la primera impresión de temor, los diputados ovacionaron ruidosamente al orador.

—En el puerto de Veracruz —agregó Villanueva Garza con vehemencia— *está el general Guadalupe Sánchez, jefe de las Operaciones Militares, quien me ha dicho que está dispuesto a respaldarnos en caso necesario.*

—¡Bravo, bravo! ¡Viva Sánchez! —prorrumpieron los diputados,

—El general Sánchez —añadió el orador— *está dispuesto también a sublevarse en caso necesario.*

—¡A la revolución! ¡Viva De la Huerta! —gritaron los representantes del pueblo.

—Compañeros diputados —terminó diciendo Villanueva—, *yo marcho ahora mismo acompañado de estos dignos oficiales del ejército a Veracruz, donde estarán a salvo de las persecuciones de Obregón, y en Veracruz espero a ustedes.*

—¡A Veracruz! ¡A Veracruz! ¡Viva la revolución! —continuaron gritando los diputados.

LOS PLANES REVOLUCIONARIOS

Pero antes de que Villanueva Garza saliera, fue llamado un notario, quien dio fe de las declaraciones de los oficiales del ejército, dándose cuenta inmediatamente a la prensa del complot descubierto.

—*Compadre, hoy en la noche me voy para Veracruz y está pendiente. Cuando el capitán Navarro venga de Veracruz, te dirá que todo está listo y esto será suficiente para que inmediatamente se vayan todos* —dijo Villanueva Garza a Prieto Laurens.

—*De acuerdo* —respondió Prieto.

Desde ese momento, los rumores de que don Adolfo de la Huerta encabezaría una revolución se esparcieron rápidamente por el país.

El presidente Obregón se encontraba en El Fuerte, Jalisco, mientras el general Calles, secretario de Gobernación, hacía una gira por el norte del país.

La autoridad máxima del Distrito Federal era el general Arnulfo R. Gómez, jefe de las Operaciones Militares en el Valle de México. Sólo habían pasado dos días cuando Prieto Laurens, al llegar a la casa de don Adolfo de la Huerta, en la calzada de los Insurgentes, se encontró con el capitán Navarro.

—*¿Qué pasó, capitán?*

—*Señor diputado, mi general Sánchez me envió con el señor De la Huerta para que le comunicara que la situación es muy grave; le están quitando corporaciones y cree que ha llegado el momento de que don Adolfo se traslade inmediatamente al puerto, máxime que teme que nuestro candidato sea asesinado.*

—*¿Y qué dice don Adolfo?*

—*Pues categóricamente me ha dicho que comunique a mi general Sánchez que él no saldrá de aquí; que no piensa en revoluciones y que abandone todos los planes que tenga. Mi general me dijo que si don Adolfo no se iba inmediatamente, él se separaría del ejército desde luego y que acababa toda su responsabilidad y compromisos con ustedes.*

LA VENTA DE VITO

—*¡Prieto!* —gritó en esos momentos, bajando de un automóvil, Miguel Alessio Robles— *¿Qué le parece? Mi hermano Vito se vendió. Acaba de firmar una*

minuta para vender El Demócrata a los callistas en doscientos mil pesos. ¿Qué le parece? Ya verá usted el desconcierto que esto causa. Vito ha abierto el camino para los otros senadores. ¡Se seguirán vendiendo! ¡Véngase, vamos a ver a Adolfo para ver qué resolución tomamos!

Era el senador Vito Alessio Robles, director y propietario de *El Demócrata*, uno de los líderes máximos del delahuertismo en la Cámara de Senadores.

Rápidamente entraron a la residencia de De la Huerta, Prieto, Alessio Robles, el capitán Navarro y otros diputados que habían llegado.

—*Señor De la Huerta, ya el capitán Navarro me ha informado de la situación en Veracruz y de la respuesta que usted da al general Sánchez. Todos los informes que tengo son pésimos. Ya ve usted lo que ha pasado en la Cámara de Diputados; el licenciado Alessio Robles me acaba de informar que Vito se vendió al callismo. Todo esto me hace pensar que usted y nosotros debemos tomar una resolución.*

—*¿Revolución? ¡No nombre eso!* —interrumpió De la Huerta.

—*No revolución, señor De la Huerta, pero sí resolución...*

ESPERAR, SÓLO ESPERAR...

—*Esperar, Prieto, esperar a ver cómo se ponen las cosas* —dijo don Adolfo.

—*Señor, no es tiempo de esperar; es tiempo de obrar. Si usted rechaza el ofrecimiento del general Sánchez, estaremos perdidos.*

—*Pero, Prieto, ¿está usted loco!*

—*¿Usted cree que yo voy a convertirme en caudillejo encabezando una revolución?* —dijo a gritos don Adolfo.

—*Bueno, don Adolfo, ¿entonces qué haremos?*

—*Nada, hombre, ¡esperar y nada más que esperar! Necesitamos llegar a las elecciones presidenciales. Usted es muy alarmista, ¿usted cree que Obregón nos tocará el pelo? No, hombre, ¡usted es muy pesimista! Obregón y Calles me quieren como a un hermano y Arnulfo Gómez me respeta.*

—*Don Adolfo, si usted no toma una resolución, nosotros la tomaremos e instalaremos el Poder Legislativo y el Judicial en Veracruz, bajo el amparo del general Sánchez.*

—Cometería usted una locura Prieto, una locura... —dijo enérgicamente De la Huerta.

Prieto, seguido de los diputados, salió de la casa de De la Huerta y se dirigió a las oficinas del Partido Cooperatista a fin de informar a sus colegas sobre la actitud del candidato presidencial.

ORDEN DE CAPTURA CONTRA DE LA HUERTA

Y cuando los diputados discutían la situación, un oficial del ejército, uniformado, pidió hablar con Prieto Laurens.

—Señor diputado, vengo de parte de mi general Antonio I. Villarreal, quien necesita hablar con usted urgentemente —dijo el coronel Garza Farías, jefe del departamento de Caballería de la Secretaría de Guerra, al líder cooperatista.

Inmediatamente salió Prieto de las oficinas del partido hacia la residencia del general Villarreal.

—Prieto, dame un abrazo porque es necesario que olvidemos todos los incidentes entre nosotros —dijo Villarreal abriendo los brazos—. La cosa está peligrosa.

Y enseguida el general Villarreal presentó a Prieto al segundo jefe de la policía militar de la Ciudad de México, y añadió:

—Ahora lea esta orden.

La orden, firmada por el general Arnulfo R. Gómez, decía que al día siguiente, 3 de diciembre, habían de ser aprehendidos don Adolfo de la Huerta y los líderes parlamentarios.

—Enterado de la situación, ahora le ruego, Prieto, que vea a Adolfo y le diga que salga inmediatamente de la ciudad —agregó Villarreal—. Yo me voy hoy mismo, porque aunque no figuro en la lista de aprehensiones sé de lo que son capaces estos hombres del poder. Ya Adolfo también los conoce, así que dígame que inmediatamente salga de la ciudad. Dígame que yo voy a Tehuacán y que me levantaré en armas con la gente de Barbosa.

Sin perder un momento, Prieto se dirigió a la casa de De la Huerta.

CON DON ADOLFO

—Siento decirte que no puedes ver a don Adolfo —dijo el general Carlos Domínguez a Prieto, deteniendo al líder cooperatista a la entrada de la casa de De la Huerta.

—¿Por qué?

—Está durmiendo; está enfermo y antes de acostarse me ordenó que no permitiera el paso a nadie.

—Es un asunto muy grave. Tratan de aprehenderlo.

—¿No es posible!

—El general Villarreal me acaba de mostrar la orden.

—Pues entonces haremos lo posible por verlo, pero está en el último piso y todas las puertas están cerradas —agregó, nervioso, Domínguez.

—Romperemos las puertas —dijo Prieto.

Prieto y Domínguez subieron entonces al tercer piso de la residencia de De la Huerta por una escalera de servicio. Forzaron una ventana y brincaron al hall del tercer piso.

En esos momentos, con un largo camisón y llevando una vela en la mano izquierda y una pistola escuadra en la derecha, apareció el ex secretario de Hacienda.

—¿Alto ahí! ¿Qué quieren? —gritó don Adolfo.

—Soy yo, don Adolfo, soy el general Domínguez...

—Pero hombre, ¿no le dije que no me molestara?

—Señor, es que el diputado Prieto tiene un asunto gravísimo.

—¿Prieto? ¿Qué le pasa ahora, Prieto?

Y el diputado Prieto dio a conocer a don Adolfo la plática tenida con el general Villarreal.

DON ADOLFO SE NIEGA A SALIR

—¿Y Villarreal le dijo que yo me escondiera? Pero Prieto, usted siempre anda con locuras; el caso es venirme a despertar. Usted será responsable si me da fiebre por haber-

me obligado a levantarme —dijo De la Huerta con manifiesto disgusto y, dando la media vuelta, entró a la recámara y se cubrió mientras titiritaba de frío.

—Señor De la Huerta, la situación es más seria de lo que usted supone, yo he visto la orden... —insistió Prieto.

—Prieto, vaya usted a dormir y déjeme en paz; yo no tengo miedo; ni Calles ni Obregón se atreverán a tocarme un pelo.

—Señor, si usted no se va, ya le dije que nosotros sí nos vamos.

—Prieto, usted es un muchacho sin experiencia y me quiere lanzar a sus aventuras infantiles.

—Señor De la Huerta, mi resolución es la de todos mis compañeros; nos iremos a Veracruz por falta de garantías y ahí instalaremos los dos poderes y desconoceremos al general Obregón.

—¡Locuras, Prieto, locuras!...

Don Adolfo fue víctima de un fuerte ataque de tos. Prieto se acercó rápidamente al general Domínguez y le dijo al oído:

—Corre, busca a Zubarán y tráemelo; sólo él podrá convencer a este hombre.

LLEGA ZUBARÁN

Rafael Zubarán Capmany era una de las figuras más prominentes en el campo político mexicano. Secretario de Gobernación en el gabinete del primer jefe del Ejército Constitucionalista durante la residencia de los poderes en el puerto de Veracruz; secretario de Industria, Comercio y Trabajo en el gabinete del presidente Obregón; diplomático, parlamentario y abogado consultor de las principales negociaciones industriales de México, era el amigo y consejero de más confianza de don Adolfo de la Huerta.

De la Huerta había sido subalterno de Zubarán; cuando éste ocupaba la cartera de Gobernación, don Adolfo era oficial mayor. Aunque Zubarán había sido enemigo político de De la Huerta cuando fue líder del Partido Liberal Constitucionalista, ambos personajes habían reanudado su amistad.

Media hora después de salir de la residencia del candidato presidencial, el general Domínguez regresó acompañado de Zubarán.

El ex secretario de Industria había sido encontrado en un cabaret y llegó en estado de ebriedad.

—¡Obregón y Calles son unos tales por cuales y son capaces de todo!... —gritaba Zubarán mientras subía por las escaleras de la casa de De la Huerta, y al entrar a la recámara del candidato, agregó con voz tonante—: ¿Qué pasa, Adolfo? ¿Que Obregón nos quiere encarcelar? Ya el general Domínguez me ha informado de todo... Obregón y Calles son unos canallas...

LA OPINIÓN DEFINITIVA

—Mire Prieto, la opinión del licenciado Zubarán va a ser la definitiva —dijo De la Huerta y, volviéndose hacia Zubarán, quien dando traspiés se había acercado a la cama donde el ex secretario de Hacienda, perfectamente envuelto, sólo sacaba la cabeza, añadió—: Licenciado, ¿no le parece que lo que procede es que vayamos todos mañana a la Cámara de Diputados, que instalemos la Permanente y que luego nos dirijamos a la Suprema Corte de Justicia de la Nación y denunciemos públicamente todo el chanchullo y pidamos amparo?

—¡No, no y no! —respondió Zubarán, hipando y moviendo la cabeza en señal de negación— Yo nunca he aceptado las farsas... Mira, Adolfo, déjate de cosas y vámonos para Veracruz... —continuó diciendo y subiendo el tono de la voz— Yo ya estoy listo... ¡aquí esta mi equipaje!

Y Zubarán sacó del bolsillo un pequeño peine, al mismo tiempo que se lo pasaba sobre la cabeza calva.

De la Huerta quedó absorto. Prieto y Domínguez soltaron una carcajada.

—¿Se ríen, muchachos? Anda, Adolfo, levántate y vámonos. Mira, yo nomás voy y le doy un beso a mi mujer y ¡adiós, Ciudad de México! ¡Hasta Veracruz, muchachos! ¡Hasta Veracruz!...

—Licenciado —interrumpió don Adolfo, incorporándose—: siempre he respetado sus opiniones, pero permítame que le diga que considero que nuestra salida daría motivo para que se creyera que nos íbamos a levantar en armas.

—¿Y qué mas da, Adolfo? ¿No es eso lo que queremos?

—No, licenciado, yo antes de pronunciar me, renunciaré a mi candidatura.

—Pues Adolfo, siento decirte que si tú no te vas, yo sí me voy y lo siento más porque sé que te quedarás expuesto a ser asesinado.

—¡Asesinado! —repitió De la Huerta abriendo desmesuradamente los ojos!— ¡Eso no! Licenciado, usted sabe que Calles y Obregón me quieren como a un hermano y no se atreverían...

—Me extraña, Adolfo, que tú, sabiendo lo que pasó con Villa y Lucio Blanco y tantos otros, ahora defiendas a esos dos bribones —repuso Zubarán, cayendo sobre la cama—: ¡Anda Adolfo, levántate y vámonos a la revolución!

—Don Adolfo, usted dijo que la opinión del licenciado será definitiva... —dijo Prieto Laurens.

—No, Prieto, no; esto es una locura de ustedes... —contestó De la Huerta, dejándose caer nuevamente en el lecho y cubriéndose cuidadosamente.

TERCIA VILLARREAL

—Carlos, ve y tráete a Villarreal; este hombre nos va a echar a perder todo el movimiento —añadió Prieto al oído del general Domínguez.

Quince minutos después llegaba Villarreal.

—¿Qué hay, Adolfo? Supongo que ya los muchachos te informaron que hay orden para que te aprehendan mañana a las ocho —dijo Villarreal.

—No lo creo; es un absurdo... Y más absurdo, creo, es pretender que yo salga de la ciudad. Mira, Antonio —agregó De la Huerta con energía, saltando de la cama y dejando caer de los hombros el camisón para meter el cuerpo en una combinación de lana—, ya he dado a conocer mi resolución: mañana nos presentaremos todos a la sesión del Congreso General, infundimos respeto con nuestra presencia y ganamos la Comisión Permanente; enseguida me presento ante la Suprema Corte de Justicia de la Nación y denuncio las maniobras de Obregón y pido garantías para mí y para mis partidarios. Amparados, esperaremos tranquilamente las elecciones y si me hacen un chanchullo, entonces la situación cambia de aspecto y entonces ¡ya verán quién es Adolfo de la Huerta!

—Bueno, Adolfo —repuso Villarreal, mientras el candidato presidencial continuaba vistiéndose rápidamente y Zubarán se encontraba recostado a los pies de la cama de don Adolfo— todo eso es muy bonito... para Europa, para

los países civilizados donde son respetados los acuerdos judiciales. Pero para nuestro país, donde todo se hace a machetazo limpio, ¡es ridículo! Escucha, Adolfo: no te queda más remedio que irte al monte.

—Pero, ¿a dónde me voy, Antonio? —preguntó De la Huerta angustiosamente mientras se cubría la espalda con un recio gabán.

—Señor, ahí está el general Sánchez, quien me ha dicho que está dispuesto a levantarse en armas a la primera palabra de usted.

—Prieto, ¿así es que usted ha hecho labor sediciosa?

—Sí, señor.

—Bueno, y ¿qué haremos en Veracruz?

—La revolución, señor, la revolución —dijo entusiasmado Prieto.

—Sí, Adolfo, convéncete de que no hay más remedio... Yo ya me voy; ya le dije a Prieto que me voy para Tehuacán y que me levantaré en armas mañana mismo —dijo Villarreal a don Adolfo y, tendiendo la mano a todos los presentes, agregó—: conque nos veremos en Veracruz, Adolfo...

—Nos veremos allá... —respondió melancólicamente el ex secretario de Hacienda.

LAS PRIMERAS ÓRDENES DEL FUTURO JEFE DE LA REVOLUCIÓN

—Bueno, Prieto, ahora vaya usted y avísele a los muchachos para que se vayan. Diga usted que el punto de reunión es Veracruz, pero le prohibo que diga usted que yo me voy y le suplico que no hable de revolución, sino de una gira que vamos a emprender en el estado...

Prieto salió violentamente y el primero en ser avisado fue el general y diputado Aurelio Sepúlveda. Sepúlveda se quedó absorto y repuso:

—Compañero, todo esto me llama la atención. ¿Quiere usted acompañarme a ver a don Adolfo para ver qué instrucciones me da? Porque yo me voy para Guadalupe y creo que ahí contaremos con el general Estrada.

Los dos líderes parlamentarios llegaron a la residencia de De la Huerta. Sepúlveda se adelantó hacia don Adolfo y le dijo:

—Señor, vengo a que me dé instrucciones...

—¡Instrucciones! ¡Instrucciones de qué?

—Señor, el diputado Prieto me acaba de anunciar que usted se va, y yo marcho a Guadalajara porque creo que contaremos con el general Estrada.

—¿Está usted loco, general? ¿Qué tengo yo que hacer con Estrada? —gritó De la Huerta.

—Señor, es decir... que he sido engañado por Prieto.

El diputado Prieto, quien había permanecido afuera, fue llamado; De la Huerta, con violencia, le dijo:

—Oiga, Prieto, ¿en qué compromisos me anda usted metiendo? ¿Qué le ha dicho usted a Sepúlveda?

—Señor, le he comunicado el acuerdo de usted.

—Prieto, ¿es usted muy atrevido! —dijo De la Huerta fuera de sí, y agregó, dirigiéndose a Sepúlveda—: Bueno, pues sí es cierto. Nos vamos mañana. Prevenga usted a los amigos.

De la Huerta, Prieto y los principales cooperatistas, perfectamente disfrazados, abandonaron esa noche la Ciudad de México, ocultándose la mayor parte en la Villa de Guadalupe, donde habían de tomar el nocturno de Veracruz.

Y el 3 de diciembre, a las siete de la noche, De la Huerta y sus líderes abordaban el tren hacia el lugar donde habían de iniciar el movimiento rebelde.

PLANES PARA AMARRAR A DON ADOLFO

Cerca de medianoche, cuando dormía tranquilamente en uno de los gabinetes del *pullman*, Prieto escuchó fuertes golpes en la puerta de su dormitorio.

—¡Abra, Prieto, soy yo, Zubarán!

Prieto abrió y el licenciado Zubarán, nervioso, casi a gritos, dijo:

—Hombre, Prieto, todo esto parece pura farsa. ¡A mí me han dejado la carga! ¿Cómo es que me obligan a venir cargando a ese hombre que viene temblando de miedo? Figúrate que Adolfo se me quería bajar en Apizaco, arrepentido de la aventura, y ahora me ha dicho que se bajará en Orizaba y que dirá que anda en gira. Oiga, Prieto, si esto no es farsa, entonces deje que traiga a Adolfo a su gabinete y que aquí lo amarramos, porque está temblando de miedo...

El diputado Prieto accedió a ceder su gabinete a De la Huerta y momentos después el futuro jefe de la Revolución dormía apaciblemente.

Al llegar el tren a Orizaba, Prieto bajó y puso un telegrama dirigido a Villanueva Garza en Veracruz: "Vamos todos y llevamos al ingeniero. Preparen la fiesta", decía el telegrama firmado por el líder cooperatista.

EN VERACRUZ

Cuando el tren llegó a la estación terminal en Veracruz, muchos millares de personas se encontraban en el andén, lanzando vivas a De la Huerta.

—¿Qué es esto, Prieto? —preguntó don Adolfo.

—Manifestación en honor de usted, señor. Queremos que usted salga a la plataforma a saludar al pueblo —respondió el diputado.

—Pero, Prieto, ¿está usted loco! ¿Por qué desobedece mis órdenes? ¿No le he dicho que viajo en calidad de incógnito? ¿No quiero que Obregón sepa que estoy aquí! —respondió el candidato presidencial, dando muestras de profundo disgusto y, dirigiéndose a Zubarán, agregó—: Licenciado, salga usted a la plataforma y diga que De la Huerta no viene en el tren.

Las aclamaciones de la multitud, pidiendo que el candidato apareciera en la plataforma, seguían subiendo de punto. Zubarán salió a la plataforma y dijo que el Sr. De la Huerta no estaba abordo como se suponía. Pero la multitud silbó a Zubarán e insistió en que don Adolfo saliera a saludar a sus partidarios.

—¿Qué pasa Prieto? ¿Qué pasa que no sale don Adolfo? ¿O es que me has engañado? —dijo el general Guadalupe Sánchez, saltando a la plataforma del carro.

—No, hombre, es que don Adolfo no quiere salir porque dice que viene de incógnito...

—Bueno, pues yo lo voy a convencer.

Sánchez, seguido del diputado Basáñez, entró al gabinete donde se encontraba De la Huerta y, después de una corta conferencia, salió y le dijo a Villanueva Garza:

—Oye, despeja a la gente del andén y que hagan una manifestación por las calles para que don Adolfo salga de aquí.

HUYE DON ADOLFO

Momentos después, cuando la multitud, lanzando vítores al candidato presidencial, recorría las calles del puerto, don Adolfo, envuelto en un largo gabán, salió corriendo de la estación, entrando violentamente a la residencia del diputado Basáñez frente a la terminal.

Cuando don Adolfo se disponía a descansar, llegó el general Sánchez seguido de algunos líderes políticos de Veracruz y de varios diputados. Levantando dos botellas de coñac, le dijo a De la Huerta:

—*Don Adolfo, venimos a brindar por usted...*

—*Pero, general, ¿no le dije que quería permanecer de incógnito?*

—*No hubo remedio, don Adolfo, los muchachos querían verlo...*

De la Huerta aceptó una copa y cuando sus amigos y partidarios brindaban, el general Guadalupe Sánchez, jefe de las Operaciones Militares en el estado de Veracruz, llamó a un rincón de la sala de la residencia de Basáñez al diputado Jorge Prieto Laurens y al general y diputado jefe de su estado mayor, José Villanueva Garza, y les dijo en voz baja:

—*Muchachos, yo voy a llevarme a don Adolfo y a Zubarán al hotel Imperial. Voy a tratar de convencer a don Adolfo y si sigue con miedo, ¡lo voy a amarrar!*

Y Sánchez, riendo, agregó con energía:

—*Ya Villanueva ha recibido mis instrucciones, así es que pueden irse. Y a ustedes dos los hago responsables de lo que se haga hoy...*

La revolución había empezado.

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, núm. 61, año IV, viernes 15 de noviembre de 1929, pp. 3-4, 8.

MEMORIAS POLÍTICAS DE JORGE PRIETO LAURENS

EL DESASTRE FINAL DE LA REBELIÓN DELAHUERTISTA
La traición de los batallones llevaron a la derrota
a Guadalupe Sánchez en Esperanza

FUGA DEL SEÑOR DE LA HUERTA

CAPÍTULO VIII Y ÚLTIMO

Refugiados don Adolfo de la Huerta y los principales líderes del Partido Nacional Cooperatista en el puerto de Veracruz, se dan los primeros pasos secretos para iniciar la sublevación contra el régimen del general Álvaro Obregón. Horas después de recibir instrucciones del general Guadalupe Sánchez, jefe de las Operaciones Militares en el estado de Veracruz, Jorge Prieto Laurens y José Villanueva Garza, sin hacer declaración de guerra alguna, dictaron las primeras disposiciones para hacerse cargo de la situación.

—*Bueno, Jorge, ya estamos en revolución* —dijo Villanueva Garza, tranquilamente, a Prieto.

—*Compadre, me figuro que ahora empezaremos nuestra obra.*

—Sí, compadre —respondió Villanueva—: *Yo me voy a la jefatura de operaciones a dar las órdenes militares y tú hazte cargo de la cuestión civil. Intervén todas las oficinas públicas. Tú tienes carta abierta y dispón de los elementos que desees.*

Prieto, acompañado de más de cuarenta civiles, perfectamente armados, se presentaba momentos después en las oficinas de telégrafos, correos, timbre, recaudación de rentas, municipales y aduanales.

—Señores, en nombre del general Sánchez, vengo a tomar posesión de esta oficina —decía Prieto a los jefes de los departamentos intervenidos.

Las cajas fuertes eran lacradas e inmediatamente el diputado cooperatista nombraba nuevo personal.

UN INCIDENTE EN LA ADUANA

Cuando Prieto se presentó en la aduana del puerto, el administrador José Masón había desaparecido y las cajas estaban vacías. El líder político dio órdenes para que el administrador Masón fuera buscado y aprehendido.

Las horas del día cuatro avanzaban rápidamente y no fue sino hasta cerca de las seis de la tarde cuando fue detenido Masón. Pero el administrador se negó a dar informes sobre el lugar donde estaban los fondos.

—Están a bordo del tren que va a salir hoy en la noche para la Ciudad de México —dijo un empleado de la aduana a Prieto, quien corrió a la terminal, registrando todo el convoy sin encontrar el dinero buscado.

El tren salió de Veracruz rumbo a México, anunciándose que sería el último, ya que inmediatamente después quedaría cortado el tráfico.

Cerca de las nueve de la noche, Prieto se presentó en la jefatura de la guarnición y dijo a Villanueva Garza:

—Compadre, todo está ya en nuestro poder.

—Bueno, compadre, yo también ya he terminado con las órdenes militares. Mira: ya todos los jefes de guarnición en el estado tienen conocimiento de que estamos sublevados. Pero ahora necesito que me ayudes a justificar nuestro movimiento, porque dentro de unas cuantas horas Obregón estará enterado y empezará a movilizar tropas sobre nosotros.

—Estoy de acuerdo, compadre. ¿Qué te parece si yo, en calidad de gobernador constitucional del estado de San Luis Potosí, lanzo un decreto, fechado en cualquier punto de San Luis, diciendo que desconozco al gobierno obregonista por las flagrantes violaciones a la soberanía de los estados que ha estado cometiendo, y luego el general Sánchez, como jefe de las operaciones en Veracruz, apoya mi decreto, declarando que se funda la rebelión?

—Muy bien, compadre. Me parece muy acertado.

LOS FAMOSOS FONDOS DE LA ADUANA

Rápidamente, Prieto escribió el decreto y Villanueva Garza relató el acuerdo del general Sánchez. Sometidos ambos documentos a la consideración del jefe de las Operaciones Militares, éste los aprobó dando órdenes para que fueran publicados y dados a conocer por la inalámbrica a todo el país.

Cuando el documento iba a ser transmitido a la República, un empleado de la aduana se presentó en el cuartel general y, dirigiéndose a Prieto, le dijo.

—Señor diputado, he sabido que usted buscaba los fondos de la aduana... Los fondos, señor, van a bordo del tren que salió hoy para la capital, son cerca de medio millón de pesos.

—No es posible, ¿si yo revisé el tren! —respondió Prieto, sorprendido.

E inmediatamente el general Villanueva Garza se dirigió al telégrafo pretendiendo ponerse al habla con una estación a fin de que el tren fuera detenido y regresado al puerto de Veracruz.

Ya en la madrugada el día 5, Villanueva Garza, recibió informes de que el tren había sido detenido cerca de Maltrata y que era regresado a Veracruz. Junto con esta noticia era recibida otra favorable para el movimiento rebelde: la guarnición federal de Orizaba se había pronunciado, aprehendiendo al jefe de ella, que era obregonista.

Cerca de las cinco de la mañana, la inalámbrica de Veracruz hacía saber a los habitantes de México que el general Guadalupe Sánchez se encontraba sublevado.

DE LA HUERTA, INDIGNADO

Prieto se retiró a descansar a su departamento en el hotel Imperial, pero a las nueve de la mañana la puerta de su habitación era golpeada fuertemente:

—*Señor diputado, señor diputado, el señor De la Huerta quiere hablar con usted urgentemente* —decía alguien.

El diputado se levantó rápidamente, dirigiéndose a la habitación de don Adolfo.

—*Prieto, ¿con qué derecho toma usted mi nombre?* —preguntó, irritado, don Adolfo de la Huerta al líder cooperatista, mostrándole un periódico de Veracruz donde aparecía la noticia de la sublevación y en el cual se afirmaba que De la Huerta había sido designado jefe del movimiento.

—*Señor, permítame usted que le explique...* —respondió Prieto.

—*No, no; usted es un usurpador; usted ha escrito el plan revolucionario sin mi autorización. ¿Quién le ha dado esas facultades?*

—*¡Señor, lo he hecho por salvar a usted, de acuerdo con el general Sánchez!*

—*No se apure usted, Prieto* —intervino el licenciado Zubarán y añadió—: *Ha hecho usted muy mal en firmar ese plan, porque no es usted quien ha de dirigir este movimiento, pero ya lo arreglaremos...*

—*Yo no pretendo dirigir el movimiento* —interrumpió vivamente Prieto.

—*Muy bien, vaya usted a descansar, que yo voy ahora a redactar el Plan de Veracruz* —agregó Zubarán.

PROGRESA EL MOVIMIENTO

Y mientras que el licenciado Rafael Zubarán Capmany redactaba el Plan de Veracruz y Prieto Laurens descansaba, el país, de norte a sur y de oriente a occidente, temblaba al saber que el general de división Guadalupe Sánchez se había sublevado en el puerto de Veracruz.

Don Adolfo de la Huerta, que hasta el momento en que el general Sánchez anunció su rebeldía al gobierno federal se había negado a tomar una partici-

pación activa en el movimiento, asumió la jefatura de la revolución cuando el licenciado Zubarán anunció que redactaría el Plan de Veracruz.

El movimiento revolucionario progresó rápidamente.

El día 6 en la tarde, la marina de guerra se sumaba a la rebelión; los grupos de sublevados en el estado de Tabasco se adherían.

El día 7, el general Villanueva Garza cayó inesperadamente sobre Xalapa y, después de un terrible combate de catorce horas, tomó la capital del estado, avanzando hasta las goteras de San Marcos, Puebla.

Ese mismo día, la revolución había de tener nuevas y grandes adhesiones: El general de división Enrique Estrada se sublevó en Jalisco; el coronel Ramón B. Arnáiz, en Aguascalientes; el coronel Vallejo, en Campeche; el general Figueroa, en Guerrero; el general Pineda, en Chiapas; el general César López de Lara, en Tamaulipas; y el general Manuel Chao, en Chihuahua.

TOMA DE PUEBLA

Mientras tanto, el general Antonio I. Villarreal, en compañía del general Cesáreo Castro, daba un audaz golpe a la ciudad de Puebla, quedando posesionado de la plaza y disponiéndose de inmediato al avance sobre la capital de la República.

El incendio aumentó el día 8, cuando los generales Fortunato Maycotte y Manuel García Vigil, jefe de las Operaciones Militares y gobernador del estado de Oaxaca, respectivamente, se unieron espontáneamente al movimiento.

Para el mismo tiempo que se adherían al movimiento, Maycotte y García Vigil se dirigieron a los generales Estrada y Sánchez, proponiendo la formación de un directorio militar para encauzar la revolución.

Estrada se negó a formar parte del directorio, anunciando que había reconocido al Sr. De la Huerta como jefe supremo de la revolución. Sánchez negó también su adhesión al proyecto de los militares oaxaqueños.

Rechazada la proposición por dos de los principales jefes rebeldes, García Vigil y Maycotte reconocieron a De la Huerta, pero anunciando que al triunfar la revolución apoyarían para que ocupara la presidencia de la República un hombre de ideas que “sepa llevar al triunfo a la Revolución mexicana”.

—*García Vigil y Maycotte están politiquando, pretendiendo que Villarreal sea el presidente* —dijo Zubarán Capmany a varios diputados en Veracruz.

MÁS ESCISIONES

Y al día siguiente, el jefe de la revolución llamaba a Villarreal al puerto de Veracruz, haciéndolo que abandonara todos los preparativos para el avance hacia México, al mismo tiempo que anunciaba que el gobierno revolucionario quedaría integrado por tres altos comisionados, a saber: alto comisionado de Relaciones Exteriores e Interiores, Rafael Zubarán Capmany; alto comisionado de Agricultura y Fomento, Antonio I. Villarreal; alto comisionado de Hacienda, Comercio e Industria, Miguel Palacios Macedo.

Cuando el general Villarreal llegó a Veracruz, Prieto Laurens le dijo:

—*General, ¿sabe usted a qué obedece su llamamiento?*

—*No, pero lo supongo; me darán una nueva comisión.*

—*Sí, general, lo nombrarán a usted alto comisionado de Agricultura...*

—agregó Prieto—: *y Zubarán ha dicho que usted es elemento peligroso en el frente, porque puede quedar dueño de la situación.*

—*Zubarán ha llamado a los diputados que se encuentran aquí y les ha confesado que aspira a ocupar la presidencia provisional de la República* —añadió otro representante del pueblo.

Villarreal aceptó, sin embargo, la cartera en el gabinete de De la Huerta; pero fue desde aquel momento cuando quedaron significados dos grupos políticos en el seno de la revolución: los partidarios del alto comisionado de Agricultura y los del alto comisionado de Relaciones Exteriores e Interiores.

DESASTRE TRAS DESASTRE

Pero mientras la división surgía en Veracruz, la ciudad de Puebla era atacada y tomada por Obregón, quien hacía avanzar gruesos contingentes a las órdenes de los generales Topete, Amaro, Aguirre y Martínez, hasta San Marcos.

Villanueva Garza, quien se encontraba en las goteras de San Marcos, empuñó combate con las fuerzas federales; y cuando ya sus caballerías entraban al poblado, recibió enérgica orden firmada por Zubarán para que suspendiera el ataque.

El general Villanueva Garza dio cuenta al señor De la Huerta de la situación comprometida a que se expondría en caso de retirarse, al mismo tiempo que pedía a Prieto Laurens que gestionara se le permitiera continuar la lucha avanzando hacia la capital.

—*Licenciado, el general Villanueva Garza insiste en que se le permita el avance a México* —dijo Prieto al licenciado Zubarán.

—*Imposible, Prieto, debemos dejar que otros elementos sean los que se batan, para que nuestras tropas queden frescas hasta el momento de ocupar la capital de la República.*

Obedeciendo las órdenes del alto comisionado de Relaciones Exteriores e Interiores, el general Villanueva Garza se retiró de San Marcos, ocurriendo así el segundo desastre de aquella revolución.

ALGUNAS VICTORIAS

Sin embargo, varias victorias se habían obtenido en el curso de una semana. En Jalisco, el general Estrada tuvo un combate en Teocuitatlán, resultando victorioso; en Tuxpan, las fuerzas federales se sublevaron; en Villahermosa, dos mil federales fueron sitiados por los rebeldes, rindiéndose después de doce días de sitio y, finalmente, el general Marcial Cavazos, al frente de dos regimientos, había desconocido en Hidalgo al gobierno de Obregón, uniéndose espontáneamente al movimiento revolucionario.

Capturado el puerto de Tuxpan, el jefe supremo de la revolución nombró a Jorge Prieto Laurens como representante de la revolución en la región petrolera. Éste partió inmediatamente para Tuxpan, avanzando con las fuerzas rebeldes bajo las órdenes del general José Morán hasta Cerro Azul, ordenando que las válvulas de los pozos petroleros fueran cerradas.

Mientras tanto, don Adolfo, por sugerencia de los generales Lárraga, Morán y Benito Ramírez, ordenaba el bloqueo del puerto de Tampico.

Pero tanto el bloqueo a Tampico como el cierre de las válvulas de los pozos petroleros dio lugar a una protesta del gobierno de Washington, ordenando entonces De la Huerta que tanto el bloqueo como el cierre de las válvulas fuera suspendido. Los barcos de guerra mexicanos empleados en el bloqueo se retiraron del puerto de Tampico y las compañías petroleras continuaron la extracción del aceite mineral.

PRIETO LAURENS SALE A TABASCO

De la Huerta dio a Prieto una nueva comisión a efecto de que desde luego se dirigiera al estado de Tabasco, ordenando a los jefes revolucionarios de ese estado que enviaran todos sus contingentes a Veracruz, donde era esperado el primer gran combate con las fuerzas federales. Los jefes revolucionarios se habían negado hasta entonces a enviar tropas a Veracruz.

Cuando Prieto llegó a Villahermosa, el general Segovia, quien era el jefe de la guarnición, le dijo:

—Señor Prieto, considero que no debemos enviar tropas del estado de Tabasco a Veracruz.

—Es indispensable, general —repuso Prieto.

—Señor Prieto, la situación es muy delicada, moralmente. Me explicaré: los soldados federales que se rindieron aquí y a quienes se les hizo conservar sus puestos y permanecer organizados, son enemigos de la revolución. Si el Sr. De la Huerta los envía al frente de batalla, se “voltagearán”. Por otra parte, si envío mis tropas a Veracruz, Tabasco quedará en poder de los dos mil federales que sólo esperan un momento oportuno para adherirse nuevamente a los soldados obregonistas. Yo creo que usted debe poner en conocimiento del señor De la Huerta esta situación, a fin de que retire la orden que ha dado.

Prieto dio cuenta inmediatamente al señor De la Huerta del informe del general Segovia, pero el jefe de la Revolución ratificó la orden a efecto de que los soldados federales fueran enviados al frente de batalla.

—General, el jefe supremo ha ratificado la orden.

—Señor Prieto, yo accederé a cumplirla, pero insisto en que entraña un grave peligro para nuestra causa —respondió Segovia.

UN PLAN

—Bueno, general, tengo un plan: abordando un barco enviaremos a los federales reunidos junto con cien hombres de confianza. Cuando el barco se encuentre en altamar, los soldados federales estarán mareados y será el momento aprovechado por nuestros hombres para desarmarlos. Desarmados, daremos cuenta al capitán del barco para que los conduzca a Tuxpan, donde serán entregados al general Morán, quien ya sabrá qué hacer con ellos. Las armas serán llevadas después a Veracruz para el jefe de la revolución, a quien convenceremos de que obramos en defensa del movimiento y, en esa forma, acceda a la organización de varios cuerpos de voluntarios.

El general Segovia aceptó el plan y los dos mil federales fueron embarcados con destino a Veracruz. Y cuando el barco se encontraba en alta mar, los revolucionarios, cumpliendo las órdenes recibidas en Villahermosa, fácilmente desarmaron a los rendidos.

El barco se encontraba ya a la altura de Tuxpan cuando el señor De la Huerta ordenó que, sin excusa ni pretexto, regresara a Veracruz, desconociendo así las órdenes dadas por Prieto Laurens.

Los dos mil federales desembarcaron en la capital de la revolución, fueron nuevamente armados y enviados al frente de batalla.

LA DEFECCIÓN

Varios días más tarde, regresaba Prieto al puerto de Veracruz; al desembarcar, fue asaltado por los líderes delahuertistas.

—Compañero, ¡estamos perdidos! —gritaron los líderes de la revolución.

—¿Qué pasa, compañeros?

—*Estamos perdidos; el general Sánchez ha sido derrotado en Esperanza; hace dos días que no sabemos de él y don Adolfo quiere hablar con usted urgentemente* —respondieron los informantes.

El líder cooperatista se dirigió al edificio de Faros, donde don Adolfo había instalado sus oficinas y donde más de doscientos empleados de los altos comisionados trabajaban como si se encontraran en el Palacio Nacional.

—*Prieto, las tropas que usted me mandó se nos "voltearon". ¡Guadalupe Sánchez está perdido!* —dijo don Adolfo angustiosamente al líder cooperatista.

—*Don Adolfo, ¿ya olvidó usted la advertencia que le hice desde Villahermosa?*

—*Sí, Prieto, tenía usted razón. La mala suerte, la mala suerte... ¿Qué hemos de hacer ahora?* —dijo De la Huerta, dando muestras de profundo abatimiento.

—*Señor, creo que todavía podrán ser rehechas nuestras fuerza.*

—*No, todo está perdido. Obregón avanza; hemos sufrido también otra derrota en Jalisco y creo que no podremos reponernos* —agregó De la Huerta amargamente.

En esos momentos llegó el general José Villanueva Garza y, dirigiéndose a De la Huerta, dijo:

—*Señor, he dejado a mis soldados en Xalapa y vengo a pedirle que me permita avanzar hacia la Ciudad de México.*

—*¡Todo está perdido, general!* —repuso De la Huerta.

—*No, señor, el descalabro sufrido en Esperanza puede ser reparado fácilmente, si usted me autoriza a emprender el avance hacia el centro...*

—*General, sólo esperamos saber el paradero del general Sánchez para tomar una resolución.*

LA DERROTA DE GUADALUPE SÁNCHEZ

El general de división Guadalupe Sánchez, jefe de la poderosa columna revolucionaria que había pretendido detener el avance de las fuerzas federales en Esperanza, Puebla, había sido víctima de la traición de los dos mil hombres que se habían rendido en Tabasco.

Ordenó el general Sánchez que los dos mil hombres permanecieran a la retaguardia. Se encontraba durmiendo tranquilamente en su carro especial sobre la vía de México, cuando los federales rendidos, al grito de "Viva Obregón" se lanzaron sobre la retaguardia del ejército revolucionario, sembrando la confusión en unos cuantos minutos.

El general Sánchez, en ropas menores, salió corriendo de su carro especial, abriéndose paso a duras penas entre las tropas rebeldes y federales que combatían casi cuerpo a cuerpo. Guadalupe Sánchez llegó al puerto de Veracruz dos días después del desastre, seguido de varios soldados, lleno de lodo, con el vestido desgarrado, e inmediatamente se presentó a De la Huerta.

—*Don Adolfo, soy hombre al agua; me han pegado!* —dijo Guadalupe Sánchez dejándose caer en una silla, y agregó tristemente—: *Haga usted de mí lo que quiera; ya que no valgo nada.*

—*General, convocaremos a una junta de jefes* —respondió don Adolfo en tono paternal.

—*Don Adolfo, todo está perdido...* —insistió el hombre que dos semanas antes había salido de Veracruz al frente de una brillante columna de las tres armas, ofreciendo avanzar victoriosamente hasta la capital de la República.

JUNTA DE SAN JUAN DE ULÚA

Una hora después de la llegada del general Sánchez, don Adolfo de la Huerta convocó a los principales líderes de la revolución a una reunión en el castillo de San Juan de Ulúa.

A la junta presidida por De la Huerta asistieron: el diputado Eduardo Vasconcelos, en representación del general Manuel García Vigil; el general Fernando Reyes, en representación del general Fortunato Maycotte; los generales Guadalupe Sánchez, Antonio Villarreal, José Villanueva Garza, Alfonso de la Huerta, Benito Ramírez, Rafael Zubarán y el diputado Prieto Laurens.

—*Señores, he convocado a esta junta para que tomemos una resolución definitiva sobre la situación del momento* —dijo serenamente De la Huerta, y agregó—: *el general Sánchez nos dará su opinión.*

—Yo no sé nada; que hable Villanueva Garza y yo aprobaré todos los planes —respondió Sánchez moviendo pesadamente la cabeza, somnoliento.

—Señores, si ustedes me lo permiten expondré a ustedes mis planes —dijo Villanueva Garza con energía—: Yo creo que debemos seguir el ejemplo del general Marcial Cavazos y estoy dispuesto a llevar a la revolución al triunfo, siempre que me dejen todas las facultades y que no obstruyan mis propósitos como cuando pretendí avanzar de San Marcos a la Ciudad de México. Señores, todavía no pierdo la esperanza de llegar a la capital de la república.

—General, puede usted hablar con libertad, con la seguridad de que atenderemos sus planes —interrompió vivamente interesado Don Adolfo.

EL PLAN DE VILLANUEVA GARZA

—Señores, mis planes son los siguientes: formar dos frentes con las infanterías para cubrir nuestros movimientos. Un frente será establecido a la altura de Córdoba y el otro a la altura de Xalapa. Yo reuniré todas las caballerías, haciendo un movimiento rápido por las Huastecas, mientras que nuestras infanterías atraen al enemigo. Yo caeré sobre el Valle de México y, uniéndome al general Cavazos, atacaré la capital.

—¡Muy bien! —dijeron todos, entusiasmados.

—Pero para llevar a cabo estos planes —agregó Villanueva Garza con vehemencia— necesito que me quiten todo el lastre civil de la revolución. Que don Adolfo traslade su gobierno a Tabasco, por ejemplo, para que deje todo el estado de Veracruz bajo mi mando; tantos empleados civiles consumen demasiado y entorpecen los movimientos de las tropas.

Y luego, dirigiéndose al general Sánchez, Villanueva dijo:

—Mi general, ¿cómo de cuántos caballos dispone usted?

—Uno, dos, veinte, cincuenta —decía Sánchez maquinalmente, terminando—: Creo que el manco González podría reunir hasta trescientos.

—Bueno, pues yo cuento con doscientos y creo que rápidamente, como lo sabe el general De la Huerta, podré obtener en la región de Xalapa mil caballos y montaré a mi infantería. ¿Qué les parece mi plan?

—General, el plan me parece acertado; creo que todos los señores lo aprobarán y cuente usted con la autorización de la suprema jefatura —dijo De la Huerta, y volviéndose al general Sánchez añadió—: ¿Qué opina usted, general?

—Que todo está bien... —respondió Sánchez, saltando de su asiento al ser despertado por la pregunta de don Adolfo.

—General, puede usted poner manos a la obra —declaró don Adolfo dando por terminada la junta.

CONTRAORDEN DEL JEFE SUPREMO

Villanueva Garza pretendió inmediatamente reunir a todos los contingentes para llevar a cabo un nuevo plan de campaña, pero una nueva orden del señor De la Huerta hizo que el general en jefe electo suspendiera los preparativos.

Don Adolfo, sin dar a conocer la causa, reconsideró el nombramiento expedido en favor de Villanueva Garza. Y cuando el jefe de la revolución reconsideraba el nombramiento, el general Obregón, triunfante, avanzaba desde Orizaba hasta Veracruz, mientras que las fuerzas rebeldes retrocedían ante el avasallador avance.

DON ADOLFO SALE DE VERACRUZ

El general Sánchez silenciosamente y acompañado de varios hombres salió de Veracruz, rumbo al Istmo. Al día siguiente, el jefe de la revolución había de trasladar su gobierno al estado de Tabasco.

Dos meses exactamente después de haber firmado el Plan de Veracruz, cuando contando con miles de hombres armados amenazaba seriamente al gobierno del presidente Obregón, el hombre que había formado parte del famoso triángulo político desde 1920 hasta septiembre de 1923 abandonaba sigilosamente el puerto de Veracruz.

—Compadre, ¿ya sabes que De la Huerta se va? —dijo el general Villanueva Garza, el 4 de febrero cerca de la medianoche, a Jorge Prieto Laurens.

—No es posible, compadre, todavía hoy en la tarde don Adolfo me dijo que dispondría una nueva ofensiva sobre Obregón y que daría el mando de la columna al general Villarreal.

—Compadre, vengo del muelle y he visto personalmente cómo embarcan todos los archivos. Ya don Adolfo está a bordo de un barco. El alto comisionado Palacios Macedo ha arrojado sus equipajes por los balcones de la habitación que ocupa y todo lo que ocurre me hace pensar que estamos a las puertas del desastre...

Prieto y Villanueva Garza se dirigieron al muelle fiscal, donde pudieron darse cuenta de que, en efecto, el jefe de la revolución abandonaba el puerto.

Al día siguiente, Veracruz quedaba guarnecido por unos cuantos soldados rebeldes a las órdenes de los generales Villarreal y Villanueva Garza.

NUEVOS PLANES

—Compañero, yo marcho a Tuxpan; ahí me uniré al general Morán y formaré una columna expedicionaria para invadir el estado de Nuevo León —dijo Villarreal.

—Compañero, al frente del resto de mis tropas emprenderé una guerra de guerrillas —respondió Villanueva Garza.

—General, yo me voy con usted, para seguir combatiendo en la Huasteca potosina —agregó Prieto dirigiéndose a Villarreal.

Los tres amigos se dieron un abrazo y, dos días después, el puerto de Veracruz quedaba evacuado.

La revolución había fracasado.

Villarreal y Prieto llegaron a Tuxpan. El ex secretario de Agricultura salió inmediatamente a combatir a la Curva de la Muerte, donde rebeldes y federales empeñaban un recio combate desde hacía varias semanas.

El diputado Prieto fue comisionado por el general Morán para llevar un cargamento de chicle a Campeche. Salió de Tuxpan hacia Ciudad del Carmen y, al llegar a este puerto, recibió un informe inalámbrico: las fuerzas rebeldes habían sido derrotadas en la Curva de la Muerte. El general Villarreal había escapado milagrosamente, huyendo acompañado de varios

hombres hacia Nuevo León; el puerto de Tuxpan había sido recuperado por los federales.

DON ADOLFO LLAMA A PRIETO LAURENS

Mientras tanto, don Adolfo había instalado su gobierno revolucionario en Frontera, Tabasco, a donde llamó urgentemente a Prieto.

—Prieto, ¿no sabe usted que el cargamento de chicle que usted pretende vender ha sido robado a una compañía norteamericana? —dijo De la Huerta a Prieto, al llegar éste a Frontera.

—No, señor, no es exacto. El chicle fue dado por los comerciantes de Tuxpan a la revolución en pago de impuestos y yo fui comisionado por los generales Villarreal y Morán para venderlo en Ciudad del Carmen —repuso Prieto.

—Pues ni Villarreal ni Morán tenían derecho para disponer de ese chicle; Villarreal es un bandido y Morán su lugarteniente —añadió De la Huerta con violencia—: Regrese a Ciudad del Carmen y disponga que el chicle sea devuelto a sus propietarios.

—Pero, señor, si Tuxpan está en poder ya de los federales.

—¡No importa!

Prieto se disponía a cumplir la orden del jefe de la revolución, cuando recibió contraorden:

—Prieto, venda usted el chicle y envíe el producto de la venta al alto comisionado de Hacienda.

—Muy bien, señor.

UN BARCO SOSPECHOSO

El líder cooperatista regresó a Ciudad del Carmen y estaba llevando a cabo la operación de venta cuando fue advertido de que un pequeño barco sospechoso había aparecido por el río.

—Detenga el barco hasta que los tripulantes se identifiquen —ordenó Prieto.

—Señor Prieto, a bordo de ese barco viaja el señor De la Huerta.

—¿De la Huerta? Pues deténgalo y dígame que necesito hablarle.

El ex líder parlamentario abordó la embarcación, encontrándose frente a frente con don Adolfo.

—Don Adolfo, usted da muchas sorpresas —le dijo Prieto.

—Sí, amigo, voy a Mérida —repuso amargamente el jefe de la revolución, y agregó—: Voy a revistar nuestras tropas para ver si es posible una nueva ofensiva.

Momentos después la pequeña embarcación salía de la bahía de Ciudad del Carmen. Unas cuantas horas más tarde el diputado Prieto recibió un mensaje fechado en Villahermosa y firmado por el general Cándido Aguilar: “El señor De la Huerta ha salido de territorio nacional; urge su presencia aquí”.

NUEVAMENTE EN FRONTERA

Cuando el diputado Prieto llegó a Frontera, en el muelle se encontraba el general de división Cándido Aguilar, acompañado de un numeroso grupo de diputados y líderes revolucionarios.

—Amigo Prieto, lo he llamado porque considero que usted puede ayudarme a solucionar la situación, sirviendo para calmar los ánimos especialmente de los diputados que se encuentran aquí —dijo Aguilar al ex gobernador de San Luis Potosí.

—General, todo esto me sorprende, máxime que don Adolfo pasó hace dos días por Ciudad del Carmen y me dijo que iba a Yucatán.

—No, Prieto; De la Huerta se fue para Estados Unidos... Pero espere usted más tarde, cuando le platique los últimos incidentes del viaje.

Prieto fue agasajado por sus amigos y, horas más tarde, en las oficinas de la comandancia militar platicaba nuevamente con Cándido Aguilar.

—Amigo Prieto, le confieso que yo mismo puse los medios para que De la Huerta saliera del país; el hombre estaba volviéndose loco y se había convertido ya en una carga pesada para la revolución.

Hablaba Aguilar con serenidad, pero luego, subiendo el tono de la voz, agregó:

—El señor De la Huerta, al salir, me expidió este nombramiento.

El nombramiento, escrito de puño y letra por don Adolfo, decía que el general de División Cándido Aguilar quedaba designado jefe supremo de la revolución antiimposicionista.

—General, tanto mis amigos como yo, estamos dispuestos a cooperar con usted.

—Gracias, Prieto, y ahora permita que le platique cómo fue la salida de De la Huerta...

DON ADOLFO SE ESTABA VOLVIENDO LOCO

Aguilar hizo una pausa y añadió tranquilamente:

—Desde hace más de quince días dormía yo en la habitación del señor De la Huerta. Todas las noches y varias horas después de que nos habíamos acostado, don Adolfo se levantaba de la cama y empezaba a dar grandes pasos por el cuarto y me decía: “General, me estoy volviendo loco”. Yo trataba de tranquilizarlo y de recomendarle que descansara, pero entonces violentamente me decía: “Pero, ¡qué no ve usted que estoy loco! ¡Qué no nota que he perdido el juicio!”. Me confesó una noche que había tenido una plática con el comodoro Calcáneo Díaz y que éste le había sugerido que marchara a Washington, que quizá cerca de altos políticos de Estados Unidos tendría apoyo para la revolución, y, me dijo francamente: “General, ¿qué le parece que yo me vaya a Estados Unidos? Mi presencia en Washington sería, quizás, suficiente para encontrar apoyo para nuestra revolución, porque no es posible, general, que perdamos y que Obregón y Calles se burlen del pueblo y de nosotros”. De la Huerta pasaba las noches en vela; se rehusaba a comer, cada día estaba más nervioso; lo vi casi a punto de perder el juicio, y fue entonces cuando le propuse que marchara a Estados Unidos. “Pero ¿cómo me voy, general?”. Durante un día estuvo meditando los planes de marcha y, por fin, me comunicó: “General, para no causar desmoralización con mi salida, usted me enviará un barco a alta mar, con gente de confianza, yo saldré para río arriba a bordo de una lancha; después desembarcaré en Ciudad del Carmen y de ahí me dirigiré hacia el lugar donde se encuentra el barco; iré a La Habana, luego a Nueva York y, por fin, a Washington. ¡Ya verá usted lo que sabe hacer Adolfo de la Huerta”. Y ya ve usted, compañero Prieto, ¡que don Adolfo se fue!

OTRO JEFE SUPREMO

El divisionario Aguilar se puso al frente de la revolución, pero cuando daba las primeras disposiciones llegó a Frontera el general Alvarado dando otras órdenes y exhibiendo un nombramiento firmado por De la Huerta y fechado en Nueva York nombrándolo también jefe supremo de la revolución.

Existían, pues, en Tabasco, dos jefes supremos, cada uno de los cuales exhibía un nombramiento firmado por el señor De la Huerta.

Don Adolfo había llegado a Nueva York, donde celebró una junta con el licenciado Zubarán, con el general Alvarado y con prominentes jefes rebeldes, y resolvió extender un nuevo nombramiento a favor del general Alvarado, sin anular el que había expedido a favor de Cándido Aguilar.

Durante varias semanas, Aguilar y Alvarado se disputaron el mando hasta que, al fin, este último quedó reconocido como jefe de la revolución.

El movimiento rebelde que había incendiado a todo el país en diciembre de 1923 quedaba, en los últimos días de marzo de 1924, reducido a los estados de Tabasco, Campeche, Yucatán y parte de Chiapas.

Alvarado inició una recia ofensiva, pero más tarde caía muerto, víctima de la traición de un grupo de soldados rebeldes.

La revolución había muerto, también.

(Fin).

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, año iv, núm. 68, viernes 22 de noviembre de 1929, pp. 3-4, 8.

LA REBELIÓN DE MARCIAL CAVAZOS EN 1923

UNA CARTA DE SU HERMANO, DON CÁSTULO,
RELATA LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL GRAN GUERRILLERO

Uno de los tipos de guerrillero más notables que dio la revolución fue Marcial Cavazos. Quien habla de Marcial Cavazos habla de valor, de heroísmo, de abnegación, de un gran jinete a la mexicana, y no de aventuras amorosas ni de crímenes, ni de robos.

Aunque las actividades, el valor y las facultades de guerrillero de Marcial Cavazos eran reconocidas desde los primeros días de la revolución de 1913, cuando al lado de Maclovio Herrera se distinguió, Cavazos no adquirió renombre nacional sino hasta la revolución de 1923.

Con sus cortas fuerzas, carente de elementos de guerra, el general Cavazos dio guerra sin cuartel a las tropas del general Obregón.

UN PLAN DIABÓLICO

Tanto preocupó al presidente Obregón la actividad de Cavazos, y tan empeñado estaba en exterminarlo, que recurrió a un procedimiento inhumano,

pérfido, inspirado por el entonces jefe del Departamento de Establecimientos Fabriles y Militares, Luis N. Morones.

Morones propuso —y el general Obregón aceptó— que fuesen preparadas en la fábrica nacional de armas varios miles de cartuchos cargados de dinamita en lugar de pólvora ordinaria, y que estos cartuchos, debidamente empacados, fuesen puestos al alcance de Cavazos, de tal manera que cuando las fuerzas de éste los utilizaran, explotaran en las carabinas de los soldados revolucionarios. No serían así los federales los que derrotaran al indomable Cavazos, sino el pérfido invento del jefe del Departamento de Establecimientos Fabriles.

POR QUÉ SE UNIÓ AL DELAHUERTISMO

De Cavazos se han escrito algunos hechos aislados, sin llegar al corazón del guerrillero. Esto resultaría muy interesante, porque fue de los pocos militares que tomó parte en la revolución delahuertista, no bajo la influencia de pasiones políticas ni por compromiso con los generales o agentes políticos que siguen el sistema de corrupción y promesa para conquistar a futuros aliados.

Cavazos tomó participación en el movimiento delahuertista, inconforme con la situación que reinaba en el país en 1923. Al caos electoral que se avecinaba para las elecciones de 1924 precedía una alarmante descomposición social del país. Este estado de descomposición fue la causa por la cual Cavazos se lanzó a la revolución.

UN DOCUMENTO INTERESANTE

Con verdadera sinceridad explica la causa por la cual Cavazos se unió al movimiento delahuertista, un hermano del general, en un importante documento que obtuve en mi reciente visita a Laredo, Texas, gracias a la amabilidad de don José C. González, corresponsal de los *Periódicos Lozano* en dicha población fronteriza.

La carta, firmada por don Cástulo Cavazos, hermano del general y acompañante de éste desde que se inició la aventura hasta que el famoso guerrillero

cayó en el campo de batalla, está fechada en Saltillo el 24 de mayo de 1924, esto es, unos cuantos meses después de los acontecimientos que se mencionan en ella; por lo tanto, debió haber estado bien fresca la memoria del firmante. La carta, de carácter privado, está dirigida a don Manuel Cavazos, residente de Nuevo Laredo.

Sin introducir ninguna modificación en el orden cronológico seguido por el señor Cavazos y ampliando algunos párrafos —sin alterar la parte sustancial y sólo con el deseo de hacer más inteligible al lector el documento— vamos a reproducir lo que el firmante de la carta refiere.

LA REBELIÓN DEL 23

Desde los primeros días de marzo de 1923, vivía el señor Cástulo Cavazos al lado de su hermano Marcial, quien ocupaba la jefatura de Operaciones Militares en el estado de Hidalgo.

A partir de junio del mismo año, el general Cavazos dio a conocer a su hermano sus grandes preocupaciones por el futuro de México. No tanto preocupaba al general Cavazos la cuestión electoral que se avecinaba con motivo de la lucha presidencial, sino que temía una alteración en el orden de las cosas, debido a las actividades de algunos líderes agraristas que mantenían al país en una constante agitación. Así, los sucesos de Puente Nacional impresionaron de tal manera a Cavazos que éste comunicó a su hermano el temor que tenía de que de un momento a otro estallara una revolución en la República.

No se equivocó el general Cavazos, quien vivía alejado de todos los grupos políticos que se disputaban el poder. En los primeros días de diciembre de 1923, estalló el movimiento revolucionario en el estado de Veracruz y poco después la República entera estaba incendiada.

ÓRDENES DE MOVILIZACIÓN

Apenas sublevado el general Guadalupe Sánchez en Veracruz, la Secretaría de Guerra giró órdenes al general Cavazos para que al frente del 29 Regimiento

de Caballería se trasladara a la ciudad de Puebla, dejando en Pachuca el 54 Regimiento a las órdenes del coronel Antonio López, quien a la vez quedaría con el carácter de jefe de la plaza.

Cavazos se preparó para la marcha inmediatamente, saliendo de Pachuca el 12 de diciembre a las cuatro de la mañana. A las dos de la tarde de ese mismo día, al frente de sus fuerzas, llegó a Puebla, pero sus tropas no se acuartelaban aún cuando recibió nuevas órdenes: tenía que salir de la plaza y situarse en Huamantla, Tlaxcala, y así lo hizo.

Siete días permaneció Cavazos en Huamantla y el 20, por orden superior, amaneció en la hacienda de Manantiales, Puebla, en donde habría de esperar instrucciones. Éstas no tardaron en llegar. A las ocho de la mañana se puso nuevamente en movimiento el 29 Regimiento. El general Cavazos había recibido órdenes de regresar violentamente a Huamantla.

Aquel ir y venir había desconcertado a los soldados de Cavazos. “¿Qué habrá pasado?”, “¿a qué obedece esta contraorden?”, se preguntaban general y oficiales.

Llegó el regimiento a la hacienda Tamariz. El jefe ordenó un alto y a continuación dispuso que la tropa desensillara y tendiera forraje a la caballada.

UNA NOTICIA ALARMANTE

Mientras tanto, el general Cavazos se había retirado a descansar. Un oficial se acercó a él, entregándole un ejemplar de un periódico de la Ciudad de México y mostrándole, no sin cierta alarma, el encabezado de una noticia de primera plana. Decía la noticia fechada en Pachuca:

Hoy en la madrugada se ha levantado en armas en esta plaza el coronel Antonio López, jefe del 54 Regimiento, quien accidentalmente era jefe de las Operaciones Militares en el estado. Con el mencionado general López se fueron los generales Nicolás Flores y Otilio Villegas. Ignórase el rumbo que ha tomado el coronel rebelde con el mencionado 54, suponiéndose que haya sido el de Actopan.

El general Cavazos no hizo el menor comentario y, conforme a las nuevas instrucciones que había recibido, reemprendió la marcha en la tarde de ese día.

Pero al llegar a las cercanías de Huamantla, en lugar de entrar al pueblo hizo un rodeo y tomó el camino de Oriental. Caminando toda la noche, el 29 Regimiento llegó el día 20 a las nueve de la mañana a la hacienda La Noria, a un kilómetro de Oriental, donde el general delahuertista Villanueva Garza tenía su cuartel general.

REBELDE TAMBIÉN

Cavazos se dirigió a Oriental, donde conferenció con Villarreal Garza. Era desde ese momento un rebelde al gobierno de Obregón. A las diez de la noche, abordo de un tren especial y acompañado por el general López Payán y los jefes y oficiales de sus fuerzas, salió para Veracruz con el objeto de conferenciar con don Adolfo de la Huerta.

Llegó el general Cavazos al puerto al día siguiente en la mañana, yendo inmediatamente a visitar a don Adolfo, con quien estuvo conferenciando varias horas explicando a éste las causas por las cuales se había unido a la revolución, y pidiendo autorización para regresar a Hidalgo e iniciar la campaña contra el régimen obregonista.

Ese mismo día, por la noche, Cavazos y sus jefes y oficiales emprendían el viaje de regreso a Oriental.

LOS PRIMEROS ENCUENTROS

Apenas de regreso en Oriental, Cavazos se dispuso a emprender la marcha al frente de sus tropas hacia Hidalgo, donde se le habrían de incorporar las fuerzas que se habían sublevado con el coronel Antonio López en Pachuca.

La columna de Cavazos salió de La Noria a las tres de la tarde del 24 de diciembre (1923), avanzando poco a poco, pues tendría que abrirse paso entre las fuerzas enemigas que el general Obregón situaba activamente en el frente oriental.

Fue la jornada de ese día muy corta. El 29 Regimiento pernoctó en una pequeña hacienda en los aldeaños de Libres, Puebla, y al siguiente día pasó por esta población continuando hasta un punto llamado Cruces de Ríos, en donde estaban apostadas las fuerzas obregonistas.

Cavazos se lanzó furiosamente sobre el enemigo, derrotándolo y siguiendo a Chignahuapan, en donde tuvo un nuevo encuentro y en la mañana del 26 llegó a la hacienda de Cuautelolulco, propiedad del general Cástulo Herrera, donde también puso en fuga al enemigo, tras de breve combate.

EN PACHUCA

Con este triunfo, el general Cavazos se abrió las puertas del estado de Hidalgo y el 29 de diciembre llegó a Actopan, donde lo esperaban jubilosamente las fuerzas que se habían sublevado en Pachuca. Eran estas fuerzas: el 54 Regimiento, a las órdenes del coronel Antonio López; un grupo de civiles armados en la de los generales Otilio Villegas y Nicolás Flores; cincuenta hombres al mando de Emiliano Ortiz y otro grupo de jinetes a las órdenes de Mario Rendón Esparza.

Reforzada su columna, el general Cavazos se dirigió sobre Pachuca. Los federales lo esperaban en la hacienda de Chicavasco, donde fueron completamente derrotados. Cavazos continuó hasta la capital del estado de Hidalgo, que ocupó el 10 de enero de 1924.

Debido a la falta de municiones y dispuesto a llevar a cabo una bien dirigida guerra de guerrillas, el general Cavazos se retiró a los pocos días de Pachuca, concentrando sus fuerzas en la Mesa de Yahualica, en el estado de Hidalgo.

Treinta y dos días permaneció Cavazos en la Mesa de Yahualica. Mientras tanto, el presidente Obregón había concentrado gruesos contingentes en Zacualtipán, dispuesto a evitar que Cavazos cayera nuevamente sobre Pachuca.

UN NUEVO TRIUNFO

Cavazos llegó a las puertas de Zacualtipán a las cinco de la mañana del Miércoles Santo, y lanzó a su gente al combate. Las posiciones de los gobiernistas

eran privilegiadas, pero Cavazos, convertido en un león, empujaba más y más a su gente. Fue necesario tomar un reducto tras de otro. Así se peleó durante todo el día y toda la noche y todavía durante el Jueves Santo. A las nueve de la noche, los federales habían sido completamente derrotados y el general Cavazos era el dueño de la plaza.

Apenas tomada la población, Cavazos dio órdenes para continuar rápidamente sobre Pachuca. El Sábado de Gloria, los rebeldes descendían por la hermosa quebrada de Loreto para atacar la plaza.

Los federales, que habían sido reforzados, al avistar la columna rebelde se parapetaron en los cuarteles de la calle Ángela Peralta. Los rebeldes pasaron a pocos metros de distancia de los cuarteles sin empeñar acción, y Cavazos dispuso que se siguiera hasta la villa de Aquilés Serdán, antiguo San Bartolo, en donde pernoctó.

ABANDONAN SUS POSICIONES

Antes de emprender el ataque a la plaza, el general Cavazos quiso conocer la opinión de sus generales y jefes. Éstos opinaron que había pocas probabilidades de éxito, ya que la gente estaba muy cansada; hacía largas horas que la caballada no había sido forrajada. Cavazos, ante la opinión de sus subalternos, resolvió retirarse, no sin antes enviar al coronel Manuel Durán para que hostilizara en sus cuarteles al enemigo.

La columna rebelde se retiró hasta Actopan, a donde llegó el 19 de abril. Aunque los soldados creían que obtendrían descanso, Cavazos, incansable, apenas si se los dio de cuatro horas. A las once de la noche se reemprendió la marcha caminando toda la noche y llegando a un ranchito como a las ocho de la mañana del domingo 20 de abril.

Allí permanecieron los revolucionarios hasta las cuatro de la tarde, hora en que se puso en movimiento la columna siguiendo a lo largo de una honda y estrecha vereda con rumbo a Zimapán.

A las ocho de la noche, los rebeldes llegaron a la hacienda de Pozuelos.

—¡Tumben la silla y tiendan forrajes! —ordenó el general Cavazos. Y comprendiendo que su gente estaba muy fatigada agregó—: *Todo mundo a descansar, que bastante necesita del descanso.*

SORPRENDIDO

En un cuarto de la hacienda fueron colocados tres catres. Uno para el general Cavazos y los otros dos para el general López Payán y el coronel Alfonso Mayorga. Cástulo Cavazos, hermano del general, y el mayor Rembao quedaron alojados en la misma pieza, pero, faltándoles catres, se retiraron a un rincón a descansar.

Antes de entregarse al descanso, el general Cavazos dictó las medidas más severas para el servicio de vigilancia, pero los soldados que ocupaban las avanzadas, rendidos de cansancio, semihambrientos, en lugar de estar alertas se entregaron al sueño.

Reinaba el silencio; nada hacía sospechar la proximidad del enemigo, cuando, como a las cuatro de la mañana, se escuchó una descarga, luego el traqueteo de las ametralladoras.

Cavazos se puso de pie y comprendiendo que había sido sorprendido por el enemigo, se dispuso a la defensa. Quinientos, ochocientos o mil hombres que atacaban con furia, gritaban ya casi dentro de la hacienda, después de haber sorprendido a las avanzadas: “Muera Cavazos”, “Muera De la Huerta”, “Viva el gobierno”, “Viva Obregón”.

TEMIBLES MOMENTOS DE CONFUSIÓN

“Mucho tengo que decir sobre este punto; pero me reservo para luego”, dice en su carta el señor Cástulo Cavazos, dejando así trunca una parte tan importante de su relato, y agrega:

Llevábamos cerca de dos horas de terrible y desesperada lucha. Aún no amanecía. La luna, con aspecto majestuoso, iba sepultando tras los picachos de

las altas sierras del poniente. A pesar de ser muchos los que ya no estaban con nosotros, el ánimo del jefe Cavazos no decaía ni por un momento. Si en los astros del firmamento ya no había luz, aún brillaba para él su estrella polar: la fe en su alma.

“Vamos a dar una carga de caballería, hijos, vamos a retirarlos y saldremos en perfecto orden. ¡No olviden que son hijos de la Brigada que tiene el glorioso nombre de Maclovio Herrera! ¡Todos a caballo! —agregó Cavazos, preguntando sereno—: ¿Pero dónde está el valiente coronel Mayorga? ¡Ah! ¡Ya sé donde está! Allí, junto al ciprés”.

El general Cavazos partió adelante, siendo seguido por sus jefes y oficiales; salí yo, y tras de mí un oficial, al cual le fue arrebatada la brida de su caballo por un oficial enemigo, mientras le descargaba el *mauser*.

Saliendo del corral de la hacienda seguí por una cerca de piedra baja; allí yacían muchos compañeros muertos... Al voltear la cerca, más bien buscando a mi hermano que al enemigo, me dispararon a muy corta distancia, no sé cuántos tiros. ¡No vi a mi hermano! Pero en ese momento su fiel asistente [subteniente Marcelino Contreras] pasaba cerca de mí a toda rienda. Entonces creí que el general Cavazos rodeaba el otro extremo del casco de la hacienda.

Rápidamente volví el caballo para seguir a Marcelino. Aún no alcanzaba al asistente cuando me alcanzaba el valiente artillero señor L., diciéndome:

“Don Castulito, dice mi general que salga usted violentamente para ese cerro...”. Voltié a donde me indicaba y vi que allá se dirigía mucha gente a todo galope.

Aquí termina el relato del señor Cavazos. En la acción quedó muerto el general, junto con numerosos de sus soldados. El valor de Cavazos y de sus hombres fue vencido por la dinamita que contenían los proyectiles fabricados por Morones.

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 22 de diciembre de 1935, año x, núm. 98, pp. 3, 14.

LA MUERTE DE UN GENERAL: LÁZARO ALANÍS

UNA PÁGINA SINIESTRA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

LUZ AL FIN DE UN CASO MISTERIOSO
Los *Periódicos Lozano* logran esclarecer
el fusilamiento del viejo líder liberal

CAUSAS QUE LO LLEVARON A REBELARSE
Su amistad con Villarreal y los procedimientos
del general Álvaro Obregón en 1923

CAPÍTULO I

Sin haber sido un personaje de primera fila, pero sí uno de los hombres que surgieron entre los primeros en las batallas antiporfiristas, la trágica muerte que tuvo, cuando ya amnistiado, en lugar de morir acribillado a balazos, fue asesinado a puñaladas, ha hecho que los últimos momentos de la vida del general Lázaro S. Alanís formen una página siniestra en las guerras civiles mexicanas.

¿Quién dio la orden para que se perpetrara el crimen? ¿Por qué tanta crueldad para arrancar la existencia a un hombre que estaba herido, que había hecho la promesa de no volver a tomar participación en los sucesos políticos y militares? ¿Cómo se llevó a cabo el asesinato y cómo se ejecutó?

Tales son las principales preguntas que se hace quien comienza una investigación sobre un suceso que en medio de los tantos que se registraron a fines de 1923 y a principios de 1924, causó consternación a pesar de los días de terror que vivía el país, cuando aún no se apagaba la llama de los odios suscitados entre los grupos que habían triunfado contra el carrancismo en 1920.

Hace veinte años tuve en mis manos varios papeles ensangrentados; ellos recordaban una tragedia: la del general Lázaro S. Alanís. En efecto, esos papeles habían pertenecido a Alanís y habían sido tomados de unos de los bolsillos que el general llevaba al ser ejecutado en mayo de 1924.

Pero ¿dónde había sido fusilado el general Alanís? ¿Quién o quiénes habían sido testigos presenciales de la ejecución?

Lo único que se sabía era que Alanís, medio mes después de haberse rendido en el estado de Hidalgo, después de haber figurado como segundo en jefe del general Marcial Cavazos, había sido reaprehendido en la Ciudad de México por orden del general Arnulfo R. Gómez y conducido a Pachuca y muerto a puñaladas.

SE REPITIÓ EL CASO DE DIÉGUEZ Y DE GARCÍA VIGIL

Era necesario, para hacer más luz sobre aquellos días terribles que se siguieron a la derrota del delahuertismo y que son tan lúgubres para la administración obregonista, aclarar ese crimen. Alanís había caído como cayeron los generales Manuel M. Diéguez, Manuel García Vigil y otros tantos, después de haber entregado las armas y cuando era de esperarse que el presidente Obregón tuviese clemencia para el vencido, para el débil, para el indefenso.

Debo al mayor R. Saucedo haberme puesto en el camino que me llevó a aclarar, en gran parte, la manera como se desarrolló la tragedia, habiendo tenido así oportunidad no sólo de escuchar a doña Carmen Parra, viuda de Alanís —la famosa “Güera” Parra, que alcanzó el grado de “coronela” después de haber atacado a Ciudad Juárez—, sino también a uno de los que intervinieron directamente en la ejecución de Alanís.

Conocí personalmente al general Alanís por el año de 1922. Era un hombre rubio, de ojos azules, que había empezado su carrera política al lado de los Flores Magón. Originario del estado de Nuevo León, Alanís, siendo muy joven, ingresó al Partido Liberal Mexicano, de cuya junta organizadora fue presidente Ricardo Flores Magón.

Alanís había tomado parte de todos los movimientos subversivos ocurridos en las poblaciones de la frontera con Estados Unidos y, al estallar la revolución de 1910, había sido de los primeros en llegar al territorio mexicano para organizar una guerrilla, guerrilla que respondía a las iniciativas de los Flores Magón y que en un principio se había manifestado hostil al maderismo.

Varios incidentes hubo, al comenzar la revolución maderista, entre Alanís y don Francisco I. Madero. De estos incidentes se habló en los *Periódicos Lozano* al ser publicado el archivo del señor Madero en la parte correspondiente a los Tratados de Ciudad Juárez.

Por esa documentación se vio cómo y por qué Alanís había aceptado ingresar al maderismo, al igual que Antonio I. Villarreal y otros magonistas.

INSPECTOR DEL EJÉRCITO EN EL DISTRITO FEDERAL

Hombre, pues, perteneciente a los primeros grupos revolucionarios, el general Alanís disfrutaba en 1923 de un alto cargo: era inspector de las fuerzas federales en el Valle de México, estando a las inmediatas órdenes del general Arnulfo R. Gómez, jefe de las Operaciones.

Ocupando ese cargo, Alanís había sido invitado, al romperse las hostilidades entre los grupos políticos encabezados por don Adolfo de la Huerta y el general Plutarco Elías Calles, para que se uniera al primero. El hecho de que entre los futuros delahuertistas estuviesen los hombres que podían contarse como los precursores de la revolución, pareció inclinar las simpatías de Alanís hacia el señor De la Huerta por más que, llevado por sus viejas ideas socialistas, le parecía que los sindicalistas estaban en el lado contrario a don Adolfo.

Alanís, ciertamente, había llenado buena parte de su vida con preocupaciones sociales. Había intervenido en numerosos repartos ejidales; gustaba con-

currir muy a menudo a los centros obreros; en su casa, en la colonia Peralvillo, habían estado alojados los parientes de los Flores Magón; había intervenido para que en la imprenta de la Cámara de Diputados se imprimiera una obra del presidente de la junta organizadora del Partido Liberal y su casa era muy frecuentada por agraristas —sobre todo de los estados de Hidalgo y México— que llegaban a pedirle su ayuda para las gestiones de repartos de tierra.

Era Alanís un hombre muy servicial; de esos hombres que se exceden en sus bondades y que no pueden acudir a un “no” para evitar serios compromisos cuyas consecuencias no se miden a primera vista. A ello se unía su presencia que inspiraba toda confianza y sus ideas de origen magonista.

EN PLENA REVOLUCIÓN DELAHUERTISTA

Todo esto influyó grandemente en él para no lanzarse a la revolución delahuertista, en los primeros días de diciembre, por más que decía que el hecho de que el general Villarreal se hubiese lanzado al campo rebelde podía ser una garantía para él y para quienes como él pensaban.

Pero dos acontecimientos, aparte de la influencia que el cariño por el general Villarreal tenía, determinaron su cambio de programa.

Apenas había sido dado el grito de rebelión por el general Guadalupe Sánchez en el puerto de Veracruz, el general Gómez, jefe de las Operaciones en el Valle de México, llamó a Alanís y le hizo saber que tenía instrucciones del presidente Obregón para obrar con toda energía contra los amigos o simpatizadores del delahuertismo, comenzando por los individuos que podían constituir un peligro militar para el gobierno.

Gómez le hizo saber que, confiando en su habilidad, en la de Alanís, había resuelto darle una delicada comisión que esperaba que cumpliera en el acto y antes de que los principales enemigos del gobierno pudiesen abandonar la Ciudad de México y fuesen a engrosar las filas rebeldes.

El jefe de las operaciones fue claro y conciso. Se trataba de que Alanís procediera a la aprehensión inmediata de los generales Antonio I. Villarreal, Fermín Carpio y Pánfilo Natera, y los hiciera desaparecer.

Aquella orden, dada en un tono que no era de un militar y sí de un vulgar matón, no dejó de contrariar al general Alanís; así se lo hizo saber a Gómez, quien le contestó diciéndole que no eran esos días para entrar en reflexiones de índole moral y que las autoridades militares, en el cumplimiento de un deber imperioso, tenían que ejecutar actos que aparentemente correspondían a otras autoridades.

ÓRDENES TERMINANTES DE GÓMEZ

Alanís pidió entonces al general Gómez que, para salvar su responsabilidad, solicitaba que la orden fuese dada por escrito. Así lo hizo el jefe de las Operaciones, sólo que en la orden escrita ordenaba la aprehensión y la consignación inmediata de los tres acusados por el delito de sedición.

Cuando por la noche de ese día, el general Alanís llegó a su casa y mostró la orden de Gómez a su esposa y refirió a ésta la conversación que había tenido con él, le hizo saber que no estaba dispuesto a cumplirla.

Los motivos que expuso Alanís ante su esposa para no satisfacer las órdenes de su superior eran: Uno, que le unían fuertes lazos de amistad y de simpatía con el general Villarreal, así como con los generales Carpio y Natera, y que aprehenderlos y por lo tanto entregarlos a la muerte era faltar a esos viejos lazos de lealtad, de compañerismo y de amistad. Otro, que él no creía que el militar estaba obligado a cumplir órdenes nada más porque se las daba su superior, sino que antes tenía que pensar las razones morales y antes que el crimen y la obediencia estaban el sentido humano y el derecho de hombría.

No había, pues, para el general Alanís, al dejar incumplida la orden, más que dos caminos: o lanzarse a la rebelión o pedir su baja del ejército aun a riesgo de que en aquellos momentos fuera víctima del jefe de las Operaciones en el Valle de México.

Optó por lo segundo, aunque ya no hubo necesidad de hacerlo, ya que antes de que manifestara su resolución al general Gómez, éste le informó que ya el general Villarreal había huido de la Ciudad de México y que el general Carpio había muerto en una escaramuza con tropas federales. Era cierto

lo primero, pero no lo segundo, pues Carpio, seguido muy de cerca por los obregonistas, había sido asesinado poco después.

Parece que el general Gómez se dio cuenta de que Alanís tenía escrúpulos para ejecutar la orden que le había dado y en ese entendido había resuelto entregar a otros generales la ejecución de sus siniestros planes.

Quedaba sólo por ser cumplida la orden por lo que atañía al general Natera; pero seguramente que Gómez no tenía gran empeño en matar a este general, siendo sus principales objetivos Villarreal y Carpio. Aquél, porque gozaba de gran popularidad entre los viejos revolucionarios; éste, porque era el presidente de la Unión de Militares, que había sido el primer grupo que diera la voz de guerra contra el régimen obregonista.

En estas circunstancias, el general Alanís resolvió esperar un momento más oportuno para retirarse del cargo que ocupaba sin necesidad de vender fácilmente su vida.

ALANÍS ANTE OBREGÓN

Mas un segundo acontecimiento vino a cambiar la ruta de Alanís. Sucedió que, a principios de enero de 1924, fue llamado a Palacio Nacional por el presidente Obregón, quien le hizo saber que necesitaba de sus servicios, ya que habiendo tenido noticias de que Alanís gozaba de influencia y de prestigio cerca de los agraristas de Hidalgo, quería que marchara a ese estado y procediera a organizar grupos de campesinos a quienes se les daría vestuario y armas para que si el delahuertismo intentaba entrar a territorio hidalguense, los agraristas tuvieran elementos de defensa.

Alanís aceptó la idea jubilosamente, tanto así que al dar a conocer la disposición del presidente Obregón a su esposa, después de hacerle saber el gusto que experimentaba de abandonar la jefatura de Operaciones en la que Gómez sólo quería esbirros, le dijo: "Me parece que el general Obregón se está volviendo liberal: vamos a dar armas a los agraristas para que defiendan sus ejidos. Esto es todo lo que queremos, pues así los campesinos se abstendrán de participar en las luchas políticas".

Salió Alanís para el estado de Hidalgo y al informar, breves días después, al presidente de la República de que la orden había sido cumplida, estando ya organizados los grupos campesinos, el general Obregón le contestó disponiendo que esos agraristas organizados fuesen conducidos a la Ciudad de México, donde se les dotaría de armas y vestuario.

Al frente de ciento y tantos campesinos llegó Alanís a México, viendo que en la estación de Buenavista había varios trenes repletos también de campesinos, quienes parecían esperar el cumplimiento de la promesa que Obregón había hecholes por conducto de agentes enviados a Puebla, Morelos, México e Hidalgo.

Alanís se presentó personalmente en la presidencia para dar cuenta de su arribo y de la presencia de los campesinos y supo que inmediatamente se les darían las armas.

LOS CAMPESINOS, LANZADOS A LA GUERRA

En efecto, horas después los campesinos, entusiasmados por la perspectiva de regresar a sus tierras para defenderlas en caso de ser atacados, abandonaron sus trajes campiranos para vestir los arreos del ejército federal.

Pero es el caso que cuando creían que en los mismos furgones en que habían llegado a México regresarían a su terruño ya armados y municionados, se vieron de pronto rodeados de soldados regulares y puestos los trenes en marcha partiendo con rumbo desconocido.

Iban los campesinos no a defender sus tierras, sino a servir de carne de cañón frente a las trincheras de Ocotlán.

Obregón había inventado, gracias a su portentoso ingenio, un nuevo sistema de "leva". La leva no se hacía ya a deshoras de la noche y entre los "léperos" del siglo XIX, sino que ahora se hacía en los campos agrícolas, bajo la feliz leyenda de los repartimientos de tierras. Miles de campesinos habían ido así, engañados, a ingresar al ejército, para luego ir a derramar su sangre, por una causa que no les interesaba, frente a las trincheras de Ocotlán.

Desgracia infinita esa de México, en la que los inocentes son obligados por la fuerza o por el engaño a ir a defender a los caudillos políticos o militares a los campos de batalla.

Los hogares campesinos quedaban desolados; pero no en todos ellos se aceptaba con resignación el engaño, pues a pocos días de que los hombres que había traído Alanís habían sido enviados a Ocotlán, se presentaron en su casa algunos campesinos de Hidalgo, amenazándolo de muerte por lo que consideraban una traición del antiguo magonista.

Y ALANÍS MARCHÓ A LA GUERRA

Todas las explicaciones de Alanís para calmar la indignación de aquella atribulada gente eran inútiles. ¿Por qué no se les había dicho que los seres queridos que habían sido arrancados de sus pueblos no iban a recibir armas para defender sus tierras, sino para irse a matar en defensa del gobierno? ¿Por qué ese miserable engaño? ¿Y cómo un hombre que decía tener elevados principios sociales se había confabulado con la autoridad suprema para llevar a cabo ese acto innoble?

Y ante estos justos reclamos, para el general Alanís surgió un dilema: aceptar su complicidad con el gobierno o manifestar franca y abiertamente su inconformidad con el procedimiento del propio gobierno.

Resolvióse por lo último, y aquellos campesinos que querían vengarse del engaño de que habían sido objeto fueron los primeros en ofrecerse para ir a combatir bajo las órdenes del antiguo magonista.

Fue así como Lázaro S. Alanís marchó a la guerra.

(Continuará el próximo domingo).

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 7 de febrero de 1937, año xi, núm. 145, pp. 1-2; segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 7 de febrero de 1937, año xxiv, núm. 361, pp. 1, 7.

APOGEO DE LA CAMPAÑA EN HIDALGO

Alanís se une a las fuerzas del general delahuertista Marcial Cavazos

EL ALBAZO A LOS REBELDES EN POZUELOS

Ahí perdió la vida Cavazos y, poco después, se rindió el general Alanís

CAPÍTULO II

Acompañado de su hijo Salomón y seguido por los campesinos hidalguenses que estaban indignados por el proceder del presidente Obregón, el general Lázaro S. Alanís abandonó la Ciudad de México para dirigirse al campo rebelde en el estado de Hidalgo.

Para llegar hasta el campamento revolucionario del que era jefe el general Marcial Cavazos, Alanís tenía necesidad de cruzar la línea gobiernista, que el general Arnulfo R. Gómez había tendido alrededor del Distrito Federal.

Aunque teniendo todavía el cargo de inspector de las fuerzas de la Jefatura de Operaciones del Valle de México, y aun cuando poco antes habíase internado en el estado de Hidalgo para traer a los campesinos enviados después a Ocotlán, el general obró con todo género de precauciones para burlar la vigilancia de los soldados gobiernistas, suponiendo, no sin razón, que posiblemente el general Gómez sospechara que el nuevo viaje de Alanís a Hidalgo

no fuese con el objeto de traer más agraristas sino de revolucionar, ya que el inspector de las fuerzas federales había dado pruebas de que no estaba dispuesto a acatar todas las órdenes que le habían comunicado.

Con la gran experiencia adquirida desde los tiempos porfiristas, el general Alanís no se engañó cuando supuso que los federales tratarían de detenerle el paso, pues apenas había cruzado los límites del Estado de México, cuando un retén de soldados gobiernistas trató de detenerle el paso, indicándole que debería de ir a hablar con el jefe del sector antes de continuar el viaje.

EL PRIMER ENCUENTRO CON FEDERALES

Se rehusó Alanís a detener su marcha y a presentarse al jefe del sector, lo que dio por resultado que tanto él como sus acompañantes dispararan los primeros tiros. Dos de los tres soldados que le habían detenido quedaron muertos y el nuevo rebelde pudo seguir la marcha hacia el estado de Hidalgo.

En territorio hidalguense operaba con éxito el general Cavazos, quien tenía fama de valiente y de aguerrido, habiendo conquistado no pocos laureles durante el tiempo que había operado en el norte del país como segundo en jefe de Maclovio Herrera.

Cavazos no había podido extender su movimiento, pues a pesar de su intrepidez, los elementos de guerra de que disponía eran muy escasos, y para armar a sus hombres tenía que esperar la ocasión de darles sorpresas al enemigo que le había de proporcionar las armas y las municiones.

Para realizar esos golpes de audacia, el general Cavazos no sólo contaba con su valor personal y con el entusiasmo que había infundido entre sus soldados, sino que también contaba con el apoyo moral de la población civil. Cavazos llegó a obtener las simpatías generales, así como la ayuda de los agraristas hidalguenses.

Entre estos mismos agraristas el general Lázaro Alanís reclutó a los soldados que formaron su primer grupo respetable y al frente del cual se presentó a Cavazos.

A partir de ese momento Cavazos y Alanís compartieron todos los triunfos y realizaron los actos audaces con que se significó la lucha armada en el estado de Hidalgo desde fines de 1923 hasta principios de 1924.

LA COMBINACIÓN CAVAZOS-ALANÍS

Cavazos y Alanís sorprendieron una y varias veces al enemigo, contándose entre estas sorpresas la captura de un tren con material de guerra; pero también fueron sorprendidos cuando el gobierno les hizo cargar con municiones rellenas de dinamita que tan fatales daños habría de causar en sus filas.

Después del intento que Cavazos y Alanís hicieron para apoderarse de la ciudad de Pachuca, ambos jefes resolvieron retirarse hacia el rumbo de Ixmiquilpan, con el propósito de reorganizar sus tropas y continuar la guerra; pero al llegar a Pozuelos, el general Cavazos eligió tal punto para pernoctar y así poder dar descanso a su gente.

Al conocer la disposición de Cavazos, el general Alanís le hizo ver las inconveniencias de pernoctar ahí, indicándole la necesidad de continuar la marcha a un punto más lejano y a fin de salvar la persecución de que seguramente sería objeto. Cavazos se rehusó a aceptar la proposición de Alanís, y como éste insistiera, el jefe rebelde le preguntó:

—¿Es que tiene miedo, compañero?

—No, general, no tengo miedo; pero sí creo que aquí vamos a dar dado, tanto por la topografía del terreno como por la cercanía de Pachuca. Lo más probable es que para estas horas, los federales de Pachuca, que seguramente pusieron al corriente al gobierno de que los estábamos atacando, han recibido refuerzos. Sin recibir refuerzos, seguramente que intentarían la persecución; pero si los recibieron ¿cree usted que estas tropas frescas van a permanecer en Pachuca esperando a que nuevamente vayamos a batirlas? Lo más probable es, pues, que esos refuerzos hayan salido o estén por salir tras de nosotros. Por nuestra parte, la gente está cansada, y a pesar del valor de los muchachos, cualquier referencia que intentáramos sería débil ante un enemigo que llega de refresco.

CAVAZOS DECIDE PERNOCTAR EN POZUELOS

Varias objeciones de índole militar hizo Alanís a Cavazos. Una de las principales era el mal sitio elegido para pernoctar. Las tropas rebeldes quedaban dentro de un rancho rodeado de recorral que fácilmente, aprovechándose de la oscuridad de la noche, podía ser aprovechado como trinchera por el enemigo, quedando en este caso los rebeldes bien sitiados y sin un fuerte punto de apoyo para la resistencia.

La razones expuestas por Alanís eran ciertamente de importancia, según aceptó el mismo Cavazos; pero en lo que éste no convino —y fue la causa por la cual no se cambiara de posición— fue en que los federales se atreviesen a emprender la persecución aun cuando los de la guarnición de Pachuca hubiesen recibido refuerzos.

Por otra parte, el general Cavazos confiaba demasiado en sus servicios de vigilancia, aunque olvidando que después de haber marchado y contramarchado en los últimos tres días sin descanso y después de haber combatido fieramente en Pachuca, lo más lógico era que los soldados rebeldes estuviesen agotados por el cansancio y poco caso harían así de los servicios de vigilancia que proyectaba el general en jefe.

Cavazos, pues, insistió y resolvió en permanecer en Pozuelos. Alanís, que no confiaba en aquel punto, dispuso que los caballos de él y de su estado mayor permanecieran ensillados, por más que el jefe se burló un poco de esta medida precautoria, insistiendo en que conocía lo bastante al enemigo para no temer un asalto imprevisto.

SORPRENDIDOS POR LOS FEDERALES

Pocas horas hacía que los rebeldes se habían entregado al descanso cuando, tal como lo había previsto el general Alanís, los federales se deslizaban cautelosa y silenciosamente hasta los tecorrales de Pozuelos, sin ser sentidos.

Apenas se había retirado Cavazos de Pachuca, después de un infructuoso ataque, cuando la plaza fue socorrida por refuerzos; pero éstos, en lugar de

permanecer en la ciudad, se pusieron en marcha tras de las huellas de los rebeldes. Así habían llegado hasta Pozuelos.

El servicio de vigilancia establecido por Cavazos no se había dado cuenta de la presencia del enemigo, sino hasta tenerlo a unos cuantos metros de distancia, y cuando ya éste se había parapetado con ventaja en los tecorrales.

Al descubrir al enemigo, los rebeldes dieron el grito de alarma, pero ya era bien tarde. Los federales ocupaban inmejorables posiciones y desde ellas abrieron el fuego sobre el rancho donde los rebeldes descansaban.

La sorpresa fue general. Los rebeldes, guiados por la confianza de su jefe, todo esperaban menos el verse atacados por el enemigo que había quedado maltrecho en Pachuca. Así, a las primeras descargas se produjo una confusión indescriptible y en unos cuantos minutos, a pesar de que Cavazos hacía todo género de esfuerzos por animar a sus hombres y para organizar la resistencia, los revolucionarios corrían en todas direcciones sin escuchar los gritos de desafío de su jefe.

CAVAZOS CAE ATRAVESADO POR LAS BALAS

El ataque había sido tan imprevisto y el fuego de los asaltantes tan certero, ya que debidamente parapetados y protegidos por la oscuridad podían concentrar su puntería sobre el grupo de jacales donde estaban los rebeldes, que éstos se dieron decisivamente a la fuga, máxime que poco después de haber comenzado el ataque el general Cavazos caía acribillado a balazos.

Faltando Cavazos, Alanís trató de tomar el mando de los rebeldes; pero ya no era posible organizar una defensa. Los atacantes habían saltado los tecorrales y avanzaban resueltos sobre el grupo que hacía la última resistencia. Teniendo atravesados los músculos por una bala, el general Alanís, no encontró más camino que retroceder en busca de alguna salida, la que al fin halló y seguido de unos cuantos hombres pudo ponerse a salvo.

Perseguido siempre muy de cerca por los federales, anduvo errante de un pueblo a otro, librándose de caer en poder del enemigo gracias a que los agraristas le protegían la fuga. Tenía la seguridad Alanís que pasada la impresión

de la derrota en Pozuelos y gracias al apoyo que le brindaban los campesinos, podría rehacer sus filas y ponerse al frente de ellas para reiniciar la lucha contra los federales. Las esperanzas de tal posibilidad se acrecentaron cuando se le unió un buen número de soldados dispersos, así como algunos de los oficiales de Cavazos.

ALANÍS FRACASA EN UN INTENTO DE REORGANIZARSE

Pasados así largos días, en espera siempre de nuevos contingentes y tratando de evitar cualquier encuentro con las tropas federales mientras no estuviera debidamente reorganizado, el general Alanís recibió, no sin sorpresa, a un grupo de los oficiales y soldados que habían permanecido a las fuerzas de Cavazos.

Este grupo le hizo saber que la tropa, después de discutir su situación y considerando que muerto el general Cavazos ya no tenía motivo para seguir peleando, había resuelto solicitar su rendición al gobierno. Alanís se mostró indignado, explicando que si él se había lanzado a la rebelión no había sido en seguimiento de Cavazos, sino que había sido empujado por sus ideales agrarios y al ver cómo los campesinos de Hidalgo habían sido engañados por el general Obregón; que él no estaba dispuesto a rendirse y que, por lo tanto, continuaría la guerra esperando que los más resueltos le siguiesen.

Las palabras de Alanís no hicieron variar la resolución de los soldados y oficiales. Los comisionados le hicieron saber que el acuerdo había sido tenido por la tropa y que al mismo tiempo que se lo participaban a él, a Alanís, habían ya enviado una comisión cerca del jefe federal que se encontraba en Ixmiquilpan.

SE DA FALSA NOTICIA DE SU MUERTE

Además le hicieron saber que en caso de que insistiera en continuar la lucha, no contaría con un solo hombre, ni con un solo fusil, puesto que el acuerdo de rendición era unánime y que sólo deseaban brindarle la oportunidad para

que se le incluyera entre los rendidos que al dirigirse al gobierno habían puesto como condición el respeto a la vida de todos ellos.

Casi sitiado por los soldados de Cavazos, y no contando con más hombres que tres o cuatro que le habían acompañado desde Pozuelos, el general Alanís no tuvo más que aceptar la proyectada rendición.

Y mientras que los rebeldes hacían estas gestiones, los periódicos de la Ciudad de México anunciaban la muerte del general Alanís. El cadáver del general, decían, había sido encontrado en un punto cercano a Pachuca, a donde poco después había sido trasladado.

Ante las noticias periodísticas, la esposa del general, doña Carmen Parra, resolvió ir a Pachuca a recoger los restos de su esposo.

Mas al llegar a Pachuca supo que era inexacta la noticia, aunque se volvió a decir que Alanís había sido muerto y que su cadáver estaba en Ixmiquilpan, por lo que a este pueblo se dirigió doña Carmen.

En Ixmiquilpan se presentó ante el jefe del sector militar, el general Antonio Ríos Zertuche, pidiéndole la entrega del cadáver; pero el general federal le hizo saber que Alanís no estaba muerto y que habiendo pedido su rendición, llegaría de un momento a otro a la plaza.

—*¡Qué vergüenza* —exclamó doña Carmen— *y yo que creía que Alanís nunca se rendiría! Hubiera preferido encontrarlo muerto y no recibir la desagradable noticia que me ha dado.*

EL GENERAL SE RINDE

Ríos Zertuche se mostró sorprendido por la exclamación de la señora y al preguntar el motivo que tenía para expresarse así, ella agregó:

—*General, Alanís debió haber permanecido alzado hasta que no le mataran; pero nunca se debió rendir, porque ahora lo van a matar inerte; ahora lo van a asesinar. ¿No es que el gobierno ha asesinado a todos los generales que se han rendido?*

Ríos Zertuche trató de desterrar esta idea de la mente de doña Carmen; pero ésta insistía en que el general Alanís no se había dado cuenta del paso que había dado y que siempre se arrepentiría de haberlo dado.

Llegó Alanís; ya rendido a Ixmiquilpan, y como su esposa le propusiera que se alistara para algún buen refugio de la Ciudad de México, el general se mostró inconforme con el pesimismo de su esposa.

—*Te van a matar, Alanís*—le decía doña Carmen—. *No creas que el gobierno te va a perdonar.*

Y para realizar los planes de la fuga, en la que al fin convino Alanís, doña Carmen hizo que le llevaran a Ixmiquilpan el mayor equipaje posible, para dar la impresión de que la familia establecería allí su residencia; crear de esta manera la confianza de quienes seguramente vigilarían a Alanís y preparar así el terreno para que éste dispusiera y ejecutara la fuga.

“TE VAN A MATAR, ALANÍS”

Pero cuando ya todo estaba dispuesto, el general se arrepintió del paso que iba a dar y resolvió marchar a Pachuca, pedir permiso al jefe de Operaciones para trasladarse a la Ciudad de México, bajo la promesa de que no volvería a hacer armas contra el gobierno.

—*Lo que vas a hacer te costará la vida, Alanís*—le advirtió la esposa—. *Mientras el gobierno sepa dónde vives estarás expuesto a que un día te manden aprehender y te fusilen; el gobierno no te perdonará nunca.*

Alanís insistió en su proyecto. Se trasladó a Pachuca, dándose cuenta desde la salida de Ixmiquilpan de que la policía lo vigilaba. En Pachuca pidió permiso y no encontró objeción para trasladarse a la Ciudad de México.

—*Te van a matar, Alanís*—le advirtió por enésima vez la esposa.

—*Pero, ¿cómo quieres que me maten, cuando ya soy un rendido, cuando ya prometí no volverme a mezclar en revoluciones?*

(Continuará el próximo domingo).

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 14 de febrero de 1937, año xxv, núm. 2, pp. 1, 7; segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 14 de febrero de 1937, año xi, núm. 152, pp. 1, 2.

A MARRAZOS FUE MUERTO ALANÍS

DESPUÉS DE RENDIRSE, LO ARRESTARON

El general fue llevado a Ixmiquilpan y entregado al Gral. Ríos Zertuche

AL QUERER HABLAR, FUE APUÑALADO

“Miserables”, gritó el general, y los soldados le clavaron sus marrazos

CAPÍTULO III Y ÚLTIMO

Tal y como se lo había vaticinado su esposa, doña Carmen Parra, el general Lázaro S. Alanís estaba, cada minuto que pasaba después de haberse rendido en Ixmiquilpan, más cerca de la muerte.

El trágico fin de los tantos hombres que participaron en la revolución con la mayor buena fe, guiados por ese espíritu romántico que acompañó a las primeras aventuras revolucionarias antiporfiristas, era el mismo que esperaba a Alanís.

No lo creía así el general; estimaba que las advertencias de su esposa eran producto de la natural desconfianza femenina. Las “corazonadas” de la mujer

son generalmente producto de amor o de celo; pero ¡quién puede negar que ellas se realizan al pie de la letra!

Sin tomar, pues, en consideración las advertencias de su esposa, el general Alanís, acompañado de ella, desembarcó en Pachuca para presentarse en la jefatura de Operaciones Militares y pedir permiso para residir en la Ciudad de México.

Al llegar a Pachuca, dos individuos que venían vigilando los pasos del general pretendieron aprehenderlo, pero Alanís se opuso terminantemente a acompañar a los policías y, tomando un automóvil, se dirigió a la jefatura de Operaciones.

Encontrándose ausente el jefe de la zona militar, Alanís habló con el segundo de éste, explicándole que el deseo de residir en la Ciudad de México era tanto para atender la herida que sufría como para estar más cerca de sus negocios privados, ya que había resuelto separarse definitivamente del ejército y de la política.

EL REGRESO A LA CAPITAL

Obtenido el permiso buscado, el general Alanís pretendía descansar varios días en Pachuca antes de seguir a la capital de la República, pero la esposa se opuso. En Pachuca, le dijo, tendría expuesta la vida a cada instante. Había, pues, que continuar a la Ciudad de México. A pesar de las garantías que se le habían ofrecido, necesitaba ocultarse: dejar que pasara la tempestad, que se calmaran los odios y el ejercicio de la venganza.

Creyó Alanís que estas observaciones de doña Carmen eran exageradas. Sin embargo, aceptó seguir el viaje a la capital y permanecer lo menos visible durante el tiempo necesario para curarse la herida por lo menos.

Llegaron los esposos Alanís a la Ciudad de México el 2 o 3 de mayo de 1924, instalándose en la casa de su propiedad en la colonia Peralvillo. Pero la señora, siempre preocupada por la suerte futura de su esposo, estableció una severa vigilancia a fin de que tanto propios como extraños ignoraran que allí estaba el general. Sin embargo, la indiscreción de un hijo adoptivo de Alanís

hizo que algunos militares de la guarnición del Valle de México supieran que el general había regresado a la capital y varios de esos militares llegaron a la casa de Peralvillo tratando de hablar con el rendido.

A partir de ese momento, la señora Alanís sintió que el peligro era mayor, y que el día menos pensado su esposo iba a ser víctima de alguna agresión por parte del gobierno, teniendo como antecedente el hecho de que no pocos generales rendidos habían sido fusilados sin piedad y faltando el presidente Obregón a los más humanos principios.

"EL GOBIERNO NO OLVIDA"

No habían pasado dos semanas del regreso a México, cuando el general Alanís salió a la calle a pesar de las recomendaciones que en sentido contrario le hiciera su esposa.

—*Te van a matar, Alanís; el gobierno no olvida; el gobierno es vengativo* —le advertía constantemente doña Carmen.

—*Pero si soy un rendido; si me han dado todo género de garantías* —contestaba el general.

—*El gobierno no te respetará. ¿Qué no ves lo que ha pasado con otros generales que se habían rendido?*

Pero el general confiaba en los amigos; en los amigos que había dejado al lado del general Arnulfo R. Gómez; en los que estaban en la Secretaría de Guerra. Muchos de esos amigos habían sido sus subordinados y cualquier cosa que se intentara contra él, recibiría aviso a tiempo para ponerse a salvo.

No fue así. El 18 de mayo salió nuevamente a la calle, yendo al hotel Continental, en la calle del Monte de Piedad, en busca de algún amigo que le debía dinero y con la esperanza de recuperar lo que había prestado.

A la puerta del hotel se encontró con el general Tito Tovar, quien dio muestras de sorpresa por ver al viejo amigo, no sin que después le preguntara cómo había hecho para salvarse. Alanís se despidió de Tovar para arreglar el asunto que le había llevado al hotel y poco después salió del establecimiento para dirigirse a la casa de un amigo en la calle Guatemala.

Alanís no se dio cuenta de que al salir del Continental dos individuos le seguían los pasos. ¿Quién había dado aviso a la jefatura del Valle de México de la visita de Alanís al hotel? Esto no ha podido ser averiguado.

EN PODER DE LA POLICÍA

Iba a entrar a la casa del amigo, cuando Alanís se vió en manos de la policía. Dos desconocidos le exigieron que subiera a un automóvil y rápidamente lo condujeron a la jefatura del Valle de México. Eran como las diez de la mañana cuando Alanís llegó ahí, donde sólo permaneció unos minutos bajo la vigilancia de sus aprehensores, para ser trasladado a la prisión militar de Santiago.

Mientras tanto, en su casa, doña Carmen esperaba impaciente el regreso de su esposo. Pasó el mediodía, dieron las cinco de la tarde, y la señora se decía: "Aprehendieron a Alanís, y lo van a fusilar".

Y sin saber qué hacer, esperaba tener noticias. Recibió entonces una carta. Abrió la cubierta y en el interior encontró un billete en el que se leía: "Mi general fue aprehendido esta mañana y está en la prisión de Santiago".

La señora tomó un auto, se dirigió a Santiago y preguntó por el general. En el registro de entrada de prisioneros no figuraba el nombre de Alanís; ninguno de los guardianes decía haberlo visto. Doña Carmen se dirigió a la jefatura del Valle. Allí le dijeron que tampoco tenían noticias; ni siquiera, aseguraron, se había girado orden alguna de aprehensión. Seguidamente fue a la Secretaría de Guerra, donde tropezó con un amigo —con el mismo, según supo después, que le había enviado el recado— y pudo confirmar que Alanís había sido detenido y llevado a la prisión de Santiago.

"MI GENERAL HA SIDO FUSILADO"

Nuevamente fue a la prisión y preguntando por alguno de los tantos jefes militares delahuertistas que allí estaban detenidos pudo tener acceso a las galeras. Pronto supo la verdad: Alanís había ingresado a la prisión a eso de las once de

la mañana, pero una o dos horas después había salido en medio de una escolta militar, con rumbo ignorado.

—*A mi general ya lo fusilaron...* —dijo a la señora un sargento, asegurando que había escuchado que tales órdenes habían sido dadas al oficial que lo había recibido a las puertas de la prisión para llevarlo al patíbulo.

Ninguna extrañeza causó a doña Carmen la noticia, recordando que tal había anunciado al propio Alanís desde el día que éste se había rendido en Ixmiquilpan. Pero, ¿dónde había sido fusilado?, ¿dónde estaba el cadáver?

Doña Carmen resolvió ir nuevamente a la jefatura del Valle para hablar con Gómez y se dispuso también a un sacrificio: matarlo, en el caso de que le hiciera saber del fusilamiento de Alanís. Venciendo los obstáculos que le ponían los oficiales del estado mayor, pudo al fin pasar al despacho del general Gómez.

LO LLEVARON A PACHUCA, DIJO GÓMEZ

—*¿Dónde está Alanís?* —preguntó la dama.

Gómez, sonriente, amable, después de hacer un elogio de Alanís, porque éste se había rendido, y después de hablar de la vieja amistad que le unía al ex inspector de las fuerzas federales, hizo saber a doña Carmen que el general había sido aprehendido y llevado a Pachuca para que hiciera algunas declaraciones, con el fin de que su expediente fuera sobreseído.

Ante las corteses palabras de Gómez y la seguridad que éste le dio de que Alanís no había sido ni sería perjudicado, doña Carmen abandonó la jefatura y, abordando un auto, partió para Pachuca, creyendo que todavía podía llegar a tiempo de salvar a su esposo si es que algún peligro le amenazaba.

Mas al llegar a Pachuca fue informada de que Alanís había sido conducido a Ixmiquilpan. Sin embargo, a la medianoche de ese día, cuando dormía en la casa de una familia amiga, una de las mujeres de la servidumbre entró a la pieza ocupada por doña Carmen y le dijo que sabía que Alanís había sido fusilado en Ixmiquilpan. La mujer que le daba la información, a pesar de sufrir de enajenación mental, no por ello dejaba de asegurar haberlo escuchado de labios de un militar, con un gesto trágico.

Sin dudar lo que aquella mujer le decía, doña Carmen abandonó el lecho y en la madrugada se puso en camino para Ixmiquilpan. Pero tanto las personas conocidas en este pueblo como las autoridades militares, sin darle a conocer el paradero de Alanís, negaban que esté hubiese sido fusilado.

LO MATARON EN IXMIQUILPAN

No pasaron muchas horas, sin embargo, sin que doña Carmen supiera la realidad. El general había sido fusilado en el cementerio de Ixmiquilpan en la noche del 19 de mayo.

Alanís, como se ha dicho, después de una breve permanencia en la prisión de Santiago, había sido conducido primero a Pachuca y después a Ixmiquilpan y entregado al general Antonio Zertuche. El general Arnulfo Gómez, al remitir al prisionero, daba una lacónica orden al general Zertuche: había que ejecutarlo sin formación de causa, como se fusila a uno que ha sido traidor al gobierno.

Zertuche dispuso la ejecución en el acto, pero sin comunicar tal acuerdo al prisionero. Los odios desenfrenados no permitían entonces ni lo que se ha permitido en las épocas más terribles de la historia de México: advertir al reo que ha llegado su último momento para que se disponga a bien morir.

Así, cuando a las once de la noche, y cuando ya estaba entregado al descanso, el general Alanís fue advertido por sus guardianes de que tenía que ponerse en pie.

Un prisionero político de los tiempos de los regímenes que existieron en el país de 1923 a 1934, cuando era puesto de pie a medianoche y cuando veía que quedaba en medio de un grupo de soldados, no tenía nada que preguntar: sabía que iba al paredón. El crimen magno de los generales Obregón y Calles fue haber burlado todas las garantías ciudadanas y haber dispuesto de la vida del hombre como quien dispone de una piltrafa cualquiera.

Sin decir una palabra, sin preguntar cuál era su delito, sin inquirir quién había sido su juez, el general Alanís se colocó entre la fila de soldados y, sereno, emprendió el camino.

"SOY UN VIEJO LIBERAL", GRITÓ A SUS EJECUTORES

Pronto, condenado y soldados llegaron a las puertas del cementerio de Ixmiquilpan; después, guiados por un sepulturero, siguieron hacia el lugar donde ya estaba la fosa. Cuando los soldados formaban el pelotón ejecutor, y al borde de la fosa que le iba a servir para que su cuerpo descansara para siempre, el general Alanís pidió que se le dieran unos minutos más de vida. Se quitó la americana, buscó en los bolsillos interiores de la misma; sacó dos fotografías: una de su esposa y otra de sus hijos. Las aprisionó cariñosamente contra su pecho y seguidamente las hizo pedazos, viendo caer éstos a sus pies.

Colocó la americana sobre el suelo, pidiendo al jefe del pelotón que se la pusiera sobre la cara para que le librara de la tierra, y alzando la voz, gritó:

—*¡Soldados! Soy un viejo liberal...*

El oficial le interrumpió, diciéndole que no tenía derecho para dirigirse a la tropa.

—*Es mi única y última demanda* —contestó Alanís y, dirigiéndose de nuevo a sus ejecutores, continuó:

—*¡Soldados! Vais a fusilar a un viejo liberal...*

Por segunda vez, el oficial pretendió que el general callara.

—*Tengo derecho a hablar...* —gritó Alanís.

Sin responder, el oficial puso a una pareja de soldados al lado de Alanís, diciéndoles:

—*Si vuelve a intentar hablar lo matan como a un perro...*

A PUÑALADAS LO HICIERON CALLAR

—*¡Soldados!...* —insistió el general.

Pero uno de los hombres a quienes se dirigía Alanís, levantando el mazzazo de su fusil, lo hundió en la espalda del antiguo magonista.

Alanís volvióse rápido hacia su agresor, pero en ese mismo instante el otro soldado le dio otra puñalada.

—*Miserables...* —gimió el general, tratando de desembarazarse de sus atacantes, que seguían dándole puñaladas, mientras que el resto de la escolta permanecía esperando la voz de mando para hacer fuego.

Fue esa la última palabra del viejo revolucionario. Atravesado su cuerpo una y muchas veces por los puñales de los esbirros, cayó muerto, cubierto de sangre. Un sargento se adelantó y consumó el crimen, disparándole un tiro en la cabeza.

Y así acabó la vida de aquel hombre que, a los veinte años, había ingresado lleno de ilusiones a la revolución, creyendo que algún día flotaría sobre México una bandera política más justa, más amplia, más libre que la que había flotado durante los treinta años porfiristas.

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 21 de febrero de 1937, año xxv, núm. 9, pp. 1-2.

EL MOVIMIENTO OBRERO MEXICANO: VISIONES DE ALGUNOS LÍDERES

LA CORRESPONDENCIA PRIVADA
DE LOS LÍDERES DEL PROLETARIADO

ALBORES DEL MOVIMIENTO SOCIAL

LAS FIGURAS OBRERISTAS HACÍA 16 AÑOS
Quiénes eran y qué hacían en 1919 Jacinto Huitrón,
Ferrer Aldana, Francisco Abad, José Allen y Delhumeau

CAPÍTULO I

Varias cartas cruzadas entre algunos líderes obreros mexicanos, y que revelan la estatura moral e intelectual de quienes las suscriben, serán motivo para una corta serie de capítulos en los que haré recuerdos de un movimiento al que estuve íntimamente ligado durante algunos años.

La presentación de estas cartas a los lectores de los *Periódicos Lozano*, sin antecedentes y explicaciones verídicas, dejarían muchos puntos oscuros y quizás incomprensibles. Ésta y no otra razón es la que me ha animado a escribir algunos recuerdos.

¿Quiénes son esos hombres que de oscuros líderes obreros han llegado, sin dar grandes batallas, sin exponer claramente su pensamiento, a alcanzar la fama, el dinero y el poder?

Es ésta una pregunta que muy frecuentemente ha sido hecha por quienes han observado el meteórico ascenso de algunos de esos líderes que un día, sin más anuncio que el oficial, llegaron al gobierno de un estado o a un ministerio.

La respuesta la darán ahora esos mismos líderes por medio de su correspondencia privada. Ellos mismos se encargarán de decir cómo pensaron en “la conquista del poder”, cómo revisaron sus ambiciones por medio de compromisos en los que jamás tomaron en cuenta el parecer de los obreros que representaban.

EL APOSTOLADO DE LA VAQUETA

No se ve a través de las cartas que se darán a la publicidad ni una idea, ni un noble propósito, ni siquiera el de defender a sus compañeros.

El solo hecho de que ese grupo de líderes aceptase el título de “apostolado de la vaqueta” y se enorgulleciese de usarlo en su tratamiento íntimo, indica que había de antemano un propósito de corrupción individual y de desprecio para los trabajadores que decían representar.

Sin embargo, no representaba ese grupo por los años de 1918 a 1920, y a los que me he de referir preferentemente, a todo el movimiento obrero mexicano.

Un desfile de hombres y de cosas que, con el advenimiento al poder de don Adolfo de la Huerta, cierra una era de movimiento obrero en México será visto en estos capítulos, sin más propósito que el de hacer justicia, no a los amigos como es muy común hacerlo, sino a quienes entregaron silenciosamente sus vidas, superando a las ambiciones de unos cuantos.

Muy a mi pesar —y digo muy a mi pesar porque, hoy por hoy, en México se buscan o se anhelan méritos “socialistas” para sentar plaza en la burocracia— hablaré de propias experiencias y de recuerdos personales, pero es que hablar de otra manera sería quitar al conocimiento de algunos hombres y de ciertos hechos un sabor que reflejará diferentes aspectos de momentos íntimamente vividos.

Por los primeros meses de 1919, comprando algunas obras en una librería de las calles del Reloj de esta Ciudad de México, topé con un individuo que vestía la recia indumentaria del obrero. Pequeño de cuerpo, delgaducho, extremadamente pálido, con una grande y abundante melena que obligaba a que el sombrero apenas le cubriera la mitad de la cabeza, de ojillos vivarachos y de ademanes excesivamente nerviosos; así era el hombre.

—¿Se interesa usted por las cuestiones sociales? ¿Pertenece usted a alguna escuela filosófica? ¿Es usted estudiante? —fueron las preguntas que me espetó el desconocido, una tras otra, sin dar lugar a una respuesta.

Como le mostrara uno de los libros que acababa de adquirir —una obra de Pedro Kropotkin—, el desconocido me barrió de arriba abajo y, sonriendo maliciosamente, agregó:

—Usted pertenece a la clase burguesa, ¿no? Pero si alguna vez desea relacionarse con un anarquista, venga a visitarme.

Me dio su nombre: Jacinto Huitrón. Enseguida, en un pedazo de papel, apuntó su domicilio: Calle de López, número tantos, Carpintería. Se despidió apresuradamente y salió del establecimiento comercial.

Dos días después, llevado por la curiosidad de conocer a un anarquista en persona —siempre me ha gustado la labor de investigación—, le hice una visita. Huitrón me recibió amablemente, con la graciosa insinuación de quien sabe hacer prosélitos y, en medio del ensordecedor ruido que hacían los carpinteros del taller, me dio una pequeña cátedra de anarquismo.

Después, me mostró un anaquel cuajado de obras sociales; me habló encomiásticamente de la Revolución rusa, haciéndome la advertencia de que simpatizaba con el movimiento revolucionario de Rusia, mas no con el Partido Comunista; me informó que en México el movimiento anarquista apenas si estaba sostenido por unos cuantos; extendió ante mi vista varios ejemplares de *Luz*, un periódico que editaba, y por fin, refiriéndose a las organizaciones sindicales de México, se expresó en duros términos de algunos líderes, a quienes señaló como “ambiciosos” y “vendidos al gobierno carrancista”.

Siendo entonces yo muy joven, viviendo como vivía entregado al estudio, no comprendí del todo las prédicas y explicaciones de Huitrón, aunque en el fondo sí quedé convencido de que dentro del movimiento obrero mexicano

se movían tantos intereses, tantas ambiciones y tantos odios, como los odios, ambiciones e intereses de los grupos políticos de los que me había prometido ser siempre ajeno.

"EL SABIO"

No volví a visitar a Huitrón en varios meses, no por antipatía o por falta de interés en sus ideales, sino porque la escuela llenaba todo mi tiempo. Deseaba dedicarme a la medicina homeopática y era la escuela mi única ilusión.

Pero en la escuela tropecé con un joven en torno de quien se reunían muchos amigos y a quien éstos llamaban "El Sabio". Era, sin duda, un muchacho inteligente, de fácil palabra, muy estudioso, aunque sus preocupaciones, más que por la medicina, lo eran por los problemas sociales. Se llamaba Eduardo Delhumeau.

Hicimos una grande amistad. Juntos empezamos a leer y comentar a todos los autores socialistas. ¡Cómo nos costaba trabajo interpretar *El Capital* de Carlos Marx y cómo saboreábamos las páginas de Kropotkin!

Pronto se nos unió otro amigo: Francisco Abad. Éramos ya tres que nos interesábamos por los problemas sociales y, creyéndonos llamados a dar cátedra, resolvimos organizar un grupo de estudios.

La dificultad para efectuar nuestras reuniones estribaba en la falta de un salón y, sobre todo, disponer de fondos para alquilarlo. Pero Delhumeau nos sacó del atolladero ofreciéndonos galantemente el despacho de su señor padre, conocido abogado chihuahuense, pero de "reconocida filiación burguesa", según la expresión de su propio hijo.

LISONJERO ÉXITO

Para que el señor licenciado Delhumeau no se diera cuenta de nuestras reuniones, Eduardo y nosotros, semiocultos en un pasillo del edificio, espíamos la hora en que el severo abogado abandonaba su oficina, para caer en

ella, como rapaces instalarnos cómodamente y empezar a discutir grandes problemas.

Bien pronto el grupo aumentó. Llegamos a reunir a veinte o más muchachos: estudiantes, artistas, empleados y hasta algunos jóvenes bien, quienes seguramente nos acompañaban para matar sus ratos de ocio.

Las discusiones eran acaloradas, y aunque llegábamos a perder lastimosamente nuestro tiempo discutiendo sobre la filosofía hegeliana, nuestro mayor interés radicaba en el conocimiento de los problemas de la Rusia soviét. Verdadero empeño teníamos del funcionamiento político y económico de un nuevo régimen que se apuntaba como el que había de transformar a la humanidad.

Tal era el éxito de aquel grupo que se pensó en la necesidad de publicar una revista y desde luego se dieron los primeros pasos para realizar la idea, aunque estableciéndose previamente una condición: la revista sería exponente de todas las doctrinas sociales, sin levantar jamás bandera política alguna.

FERRER ALDANA

Para que nos confeccionara tipográficamente la revista, acudimos a un hombre que quizás ha sido una de las figuras más pintorescas del México revolucionario: Vicente Ferrer Aldana, quien poseía una imprenta.

Era Ferrer Aldana un tipo rechoncho, siempre limpiándose el sudor del rostro, inteligente y trabajador incansable. Tenía la manía de fraguar planes revolucionarios y se proclamaba con orgullo el conspirador número uno del país. Había sido secretario particular del licenciado Emilio Vázquez Gómez y tal era la confianza de que disfrutaba de este personaje que no pocas gentes aseguraban que Ferrer "le administraba el cerebro", lo cual no dejaba de ser exagerado, ya que lo cierto es que el abogado le dispensaba no solamente los secretos de sus negocios políticos, sino también le permitía que usara a discreción su firma y rúbrica que estampaba sobre el papel en blanco que Ferrer llenaba a su gusto. Esto es fácil de comprobarse examinando documentos suscritos por don Emilio Vázquez; la literatura de Ferrer era tan especial,

que se distingue, a la primera lectura, de la propia del que fuera ministro de Gobernación.

Gustaba Ferrer Aldana de lanzar las especias más absurdas y escandalosas. Por largos años sostuvo que el Plan de Ayala no había sido obra de Zapata y de Montaño, sino que había salido del cerebro del licenciado Vázquez y esta falsedad que seguramente no tenía más objeto que realzar la figura de su jefe y amigo, hizo que hasta don Francisco Bulnes, con una ligereza inexplicable, lo afirmara también en una de sus obras.

JOSÉ ALLEN

En una de las visitas que Delhumeau y yo hicimos a Ferrer para discutir un precio conveniente por la confección tipográfica de la revista, el ex secretario del licenciado Vázquez nos condujo a un rincón de su taller y, presentándonos a un hombre que corregía unas pruebas, nos dijo:

—*El camarada José Allen, jefe del Partido Comunista Mexicano...* —y volviéndose a nosotros para hacer nuestra presentación, añadió—: *Unos jóvenes burgueses que se dicen socialistas...*

Allen nos miró con cierta desconfianza, pareciendo molesto por la forma como Ferrer había hecho la presentación.

Tenía Allen unos treinta y cinco años de edad. De mediana estatura, un poco encorvado, de grandes ojos verdes tras de enormes espejuelos, perfectamente afeitado y con una voz ronca y sorda, y de hablar tan lento que a veces sus palabras se perdían. Siempre llevaba una mano dentro del bolsillo del pantalón, y al hablar movía lentamente la cabeza, bien en sentido afirmativo o bien negativo. Sobre su claro talento revelaba ser un hombre de gran energía.

Aunque, como he dicho en un principio, nos acogió con desconfianza, a poco, empezó a interesarse por nuestros proyectos. Ya más explícito, confirmó ser el secretario general del Bureau Latinoamericano de la Tercera Internacional y, después de hablarnos de los progresos comunistas en México, terminó invitándonos para que le hiciésemos una visita en sus oficinas.

Delhumeau y yo salimos llenos de satisfacción de la imprenta de Ferrer. Habíamos tenido el gusto de hablar con el “jefe de los bolcheviques mexicanos”, y deseábamos, cuanto antes, dar a conocer la nueva a los amigos que formaban nuestro grupo.

MANABENDRA NATH ROY EN RARA MISIÓN

Por esos mismos días, Manabendra Nath Roy —un hindú que había dado una serie de conferencias en el teatro Ideal sobre la liberación de la India— era también señalado como el principal agente de los bolcheviques en México, por lo que desde luego conectamos la figura de Roy con la de Allen.

Preguntamos a Ferrer Aldana si tenía amistad con el hindú; teníamos interés en saber quién era tan extraño personaje. Ferrer nos hizo saber que, en efecto, era amigo de Manabendra, pero se negó a introducirnos con él.

¿Quién era en realidad ese Manabendra Nath Roy? Muchas eran las leyendas que corrían en México sobre este misterioso personaje. Se decía que era un príncipe, posiblemente descendiente del Gran Mongol; se aseguraba que había repartido su inmensa fortuna entre los pobres para dedicarse a trabajar por la liberación de su país. Se afirma que después de haber quedado reducido a la miseria, había contraído matrimonio con una millonaria de California.

DISCÍPULO DE ANNIE BESANT

No era todo; en una ocasión, el mismo Ferrer insinuó que Roy continuaba siendo un potentado hindú que se dedicaba a propagar por el mundo las ideas teosóficas de *miss* Annie Besant, de quien era el discípulo predilecto, pero que al mismo tiempo era un admirador de la Revolución rusa y de sus hombres.

Y todas estas leyendas quedaban centralizadas en la ostentosa vida que llevaba Manabendra. Ocupaba una residencia lujosamente amueblada en el número 43 de las calles de Mérida; se hacía atender por una numerosa servidumbre; en su mesa se servían los mejores vinos y a todas partes era seguido por una verdadera cauda de amigos, que le adulaban y parecían admirarle.

Extraños personajes, tanto mexicanos como extranjeros, entraban y salían de su residencia; más significativo era todavía el hecho de que el hindú visitara con no poca frecuencia a uno de los ministros en el gabinete del señor Carranza.

Alto, delgado, moreno, de facciones afiladas y de maneras distinguidas, Roy vestía elegantemente, lo cual, agregado al esplendor de que se había apoyado, lo hacía parecer, en efecto, como un príncipe de la India. A su clara inteligencia reunía una amplia cultura filosófica.

LA REVELACIÓN

En esos días que llegábamos a los umbrales de la nueva vida, no pudimos saber quién era en realidad Manabendra Nath Roy. Más tarde, tuvimos un doloroso desencanto. Roy había sido espía alemán; había recibido cuantiosas sumas del gobierno de Alemania para provocar una sublevación en la India contra el gobierno de la Gran Bretaña. No se trataba, pues, ni de un príncipe hindú, ni de un representante de la señora Besant, ni el consorte de una millonaria de California, ni había repartido entre los pobres su cuantiosa fortuna.

La verdadera misión de Manabendra Nath Roy en México no era ignorada, quizás, por el gobierno del señor Carranza, como no eran ignoradas y, cuando menos, no podían ser ignoradas las actividades de otros agentes de Alemania o aliados, aunque es justo señalar que las actividades de los primeros no tenían punto de comparación con las de los segundos.

UN PROYECTO DE VON TIRPITZ

Desde el gobierno del general Huerta, el Imperio alemán había pretendido preparar el terreno mexicano para encontrar un aliado en caso de una guerra; a este respecto, una persona seria, honorable y que estuvo bien al tanto del caso, me ha referido que a mediados de 1913, el ministro de Alemania en México, Von Tirpitz, hizo al presidente Huerta, primero como insinuación

y más tarde como cosa formal, una proposición de gran trascendencia y que quizás hubiera sido causa de que el país hubiese sentido los rigores de la Guerra Mundial.

Con todo tacto, Von Tirpitz sondeó el terreno para saber si el gobierno de México estaría en actitud de hacer una concesión a un grupo de capitalistas alemanes que deseaban hacer una cuantiosa inversión relacionada con la explotación del petróleo.

Más tarde, y estimando que no habría ocasión más propicia para el desarrollo de su planes, Von Tripitz habló claramente al Gral. Huerta; se trataba de que el gobierno mexicano concediera al grupo de capitalistas alemanes una concesión para construir un gran oleoducto desde el norte del estado de Veracruz hasta la isla de Sacrificios, frente al puerto de Veracruz.

En la terminal de oleoducto, es decir, en la isla de Sacrificios, el grupo de capitalistas, tras el cual seguramente estaría el gobierno del Imperio, establecería una estación de aprovisionamiento de combustible.

Las negociaciones entre el ministro de Alemania y el gobierno del general Huerta se encontraban muy adelantadas cuando se produjo no solamente la caída del régimen huertista, sino la primera chispa de la guerra que habría de encender al mundo.

No pararon aquí las tentativas del Imperio alemán para establecer en México una base de operaciones en el continente americano. Apenas había estallado la guerra, el territorio mexicano era ya un abierto campo de actividades de los agentes de Alemania.

Y estas actividades habían de culminar con una expedición organizada en territorio de México —la de Manabendra Nath Roy— para provocar una sublevación en la India contra el gobierno británico.

(Continuará el próximo domingo).

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 9 de junio de 1935, año xxii, núm. 117, pp. 1-2.

LA CORRESPONDENCIA PRIVADA
DE LOS LÍDERES DEL PROLETARIADO

LOS COMIENZOS DE LUIS N. MORONES

PROPÓSITOS DEL LÍDER AL EMPEZAR

Desde que agrupó a los primeros trabajadores, se vio en él
deseo de tomarlos como base para jugar a la política

CAPÍTULO II

A mediados de 1916, los agentes de Alemania lograron introducir a México un cuantioso cargamento de armas y municiones. Estas actividades, aunque se llevaban a cabo con toda cautela, no dejaron, quizás, de pasar inadvertidas para el gobierno nacional, aunque también posiblemente no fueron conocidas sino hasta cuando ya no había posibilidad alguna de evitarlas, ya que México, careciendo de barcos que vigilaran las costas, especialmente la del Pacífico, nada podía hacer para impedir la salida de la expedición a la India, que se había organizado en algún punto de Guerrero o Michoacán.

Los únicos informes existentes hacen saber que los agentes alemanes lograron formar una pequeña escuadrilla de dos o tres barcos mercantes, que se hizo a la mar para cruzar el Pacífico del Sur, entre los meses de mayo y junio.

Hombres de varias nacionalidades formaban parte de la expedición. Iban también varios mexicanos cuya suerte se ha ignorado hasta nuestros días.

Los barcos alemanes lograron cruzar el Pacífico, burlando la vigilancia de las naves británicas y japonesas que observaban en las aguas del gran océano, a pesar de que las japonesas habían establecido una pequeña base naval en la costa oriental de la Baja California.

Sin embargo, sólo uno de los barcos alemanes que llevaba los pertrechos de guerra a la India llegó felizmente a su destino. El resto fue capturado cuando trataba de hacer el desembarque de su cargamento y conducido a Singapur, donde sus tripulantes fueron juzgados severamente por las autoridades británicas, pagando los unos con sus vidas y los otros con la prisión su audacia.

Si Malabendra Nath Roy estuvo o no interesado en esta aventura es ignorado. Sin embargo, su presencia en el país data de esa época, y nada difícil es que por lo menos hubiese estado en contacto con los hindúes que formaron parte en la expedición.

EL SINDICATO DE PANADEROS

Hasta los últimos días de la guerra mundial, Malabendra no tuvo contacto alguno con los socialistas mexicanos. Sus actividades públicas se habían limitado a varias conferencias sobre la liberación de la India y a la publicación de algunos cuadernillos en contra de la dominación británica.

Apenas terminada la Gran Guerra, Roy hizo acto de presencia en el Sindicato de Panaderos de la Ciudad de México. Era éste el centro de reunión de los elementos socialistas de izquierda. En el pequeño y oscuro local del sindicato, en las calles de Netzahualcóyotl, se habían reunido todos los elementos obreros descontentos con los dirigentes.

Los sindicatos de panaderos y tranviarios formaban el núcleo central de esos elementos descontentos, y la tribuna del salón era siempre ocupada por jóvenes obreros llenos de ilusiones, cargando grandes proyectos, exponiendo nuevas ideas. La sinceridad relampagueaba en todos aquellos rostros juveni-

les, que se encargaban de hacer saber los peligros que tendría para el movimiento obrero el crecimiento de Luis N. Morones y del grupo del que éste se había rodeado.

Entre los elementos que descollaban en aquel centro obrero estaban Diego Aguillón, joven tranviario de fácil palabra; Genaro Gómez, un panadero de anchas espaldas con una voz tan ronca y fuerte que hacía estremecer al salón; Leopoldo Urmachea, un anarquista peruano, de edad madura, ingenuo como un niño, que dormía en las bancas del salón y hacía vida de miseria; Leonardo Hernández, un ex cochero y quien tenía grandes dotes de orador; José Allen, de quien se ha hablado y por quien todos parecían tener un gran respeto.

MALABENDRA EN EL CAMPO SINDICALISTA

Se veía por allí, de vez en cuando, a algunas mujeres, pero la que con más asiduidad asistía al salón de Netzahualcóyotl era Elena Torres. Pequeña de cuerpo, con rostro de enfermiza, con una imaginación volcánica, de palabra tarda aunque convincente, Elena gozaba de grandes simpatías entre los obreros.

Ante ese grupo llegó un día Roy, acompañado de un verdadero estado mayor. Sus acompañantes eran todos extranjeros: un judío rumano, otro judío inglés, un tercer judío alemán, un norteamericano que más tarde conquistaría fama de gran escritor en los Estados Unidos. Todos aquellos acompañantes de Roy dijeron ser fugitivos de los Estados Unidos, país que habían abandonado para no ir a la guerra.

Roy hizo saber a los obreros que el objeto de su visita era pedir permiso para dar una serie de conferencias sobre la India, y los obreros se dispusieron a escuchar. Desde ese momento las actividades de Malabendra tuvieron otro cariz, y tanto él como sus amigos empezaron a hacer propaganda a favor de la Rusia soviét, primero con discreción, más tarde, al encontrar eco entre los asistentes al salón de Netzahualcóyotl, abiertamente.

UN CONGRESO OBRERO

Los obreros fueron, a partir de entonces, concurrentes a la residencia de Roy, en las calles de Mérida, en donde se empezaron a atender los planes para la organización de un partido socialista y Roy proporcionó alguna ayuda económica para la impresión del periódico *El Soviet*, que editaba Allen. Sin embargo, los planes fueron cambiados debido a que un viejo partido socialista, que había recibido o recibía todavía por aquel entonces, un subsidio del gobierno de Carranza, había convocado a un congreso socialista.

Con la seguridad de que ese congreso podría ser aprovechado, por medio de la conquista de la mayoría de los delegados, para la fundación del nuevo partido socialista, Roy propuso a sus nuevos amigos asistir a la reunión.

No estuvieron equivocados los planes de Malabendra, ya que, apenas iniciada la primera reunión, se encontró con que un buen número de delegados respondía al propósito expresado. Solamente el grupo que dirigía Luis N. Morones se mostraba abiertamente hostil a la formación del partido socialista. Morones fue objeto durante la reunión de los más crudos ataques, a los que, titubeante, se abstenía de responder.

Morones no era, por ese entonces, el orador contundente que llegó a ser con la experiencia y el poder. Hombre que solamente es fuerte cuando está en el triunfo, y débil cuando se encuentra en la derrota —porque sólo sabe gozar de la impunidad—, trataba de encontrar un acomodo propicio para sus ambiciones y de allí que en el congreso socialista, tan pronto exponía un propósito, como tan pronto lo rectificaba.

QUIÉN ERA MORONES

Con la cabeza hundida entre los hombros, con ojos pequeños que cuando habla en la tribuna cierra como si haciendo un esfuerzo para dominar cierto efecto de estrabismo; de labios gruesos que al reír hacen una desesperante contracción nerviosa, y con un cuerpazo de dominador criollo, Morones es hombre de talento con graves inclinaciones a la perversidad. Nunca sabe a dónde va; por eso ha buscado siempre la sombra del poderoso.

Logró Morones reunir un grupo de jóvenes obreros, la mayor parte del cual parecía animado de sanas intenciones. Borró cualquier intento de expresar ideas, concentrando toda la acción en organizar un núcleo numéricamente fuerte. El tipo de la America Federation of Labor servía de guía a Morones, aunque quizás a sabiendas de que en un país raquíticamente industrial, en donde un alto porcentaje del obrero es semi-obrero y semi-campesino, la prosperidad numérica jamás podrá ser alcanzada.

Mas esto no era lo peor, ya que bien pronto se descubrió un propósito de jugar “a la política” con las masas obreras. Pero de cómo se hizo este juego, y de cómo Morones fue pródigo en un sistema de corrupción sindical que ha llegado hasta los días actuales, se hablará más adelante.

UN NUEVO PARTIDO SOCIALISTA

Por ahora, es indispensable regresar a las actividades de Manabendra Nath Roy, quien a partir del congreso socialista, y aunque no por largo tiempo, ejerció una gran influencia sobre un grupo que ha actuado de manera importante en el movimiento obrero mexicano.

Derrotado Morones en el congreso socialista, al grado de que al terminar las sesiones se negó a firmar los acuerdos aprobados, retirándose en forma nada agradable, la mayoría de los congresistas tomó la resolución de constituir un nuevo partido socialista, el cual, desde luego, no tendría la subvención del gobierno carrancista y se inclinaría abiertamente a favor del movimiento revolucionario ruso.

Secretario general de ese nuevo partido socialista fue designado José Allen, quien empezó a allegarse nuevos elementos, y con éxito, ya que eran numerosos los jóvenes que acudían al nuevo partido sin esperar una distribución de puestos burocráticos.

Las reuniones en la residencia de Roy —quien continuaba ocultando la verdadera misión que había tenido en México y seguía dejando correr las leyendas que sobre él se contaban— tenían ya el carácter de políticas, en el sentido de provocar una revolución social.

Propuso entonces Roy que el partido socialista cambiase el nombre y francamente se llamase "Comunista", lo cual fue aceptado no sólo por el comité ejecutivo, sino también por los núcleos que habían empezado a esparcirse por el país.

Constituido el Partido Comunista Mexicano, se acordó editar un periódico, cuya parte económica fue resuelta mediante mil pesos que donó José Allen, otros mil que entregó Roy y los elementos tipográficos que puso a disposición del partido Vicente Ferrer Aldana.

UN NUEVO PERSONAJE

Las oficinas del periódico, que se llamaría *El Comunista*, habían quedado instaladas en las calles de Las Estaciones, cuando Manabendra, de manera misteriosa, anunció a Allen la presencia de un individuo que acababa de llegar a México procedente de Rusia, y que traía instrucciones de orientar al movimiento comunista en el continente americano.

Se trataba de un hombre de toda la confianza de Lenin y los principales jefes comunistas, quien quería mantener su incógnito, por una parte, y por la otra, quería que se evitara que su presencia en México fuese conocida por otras personas que no pertenecían al comité del Partido Comunista.

El recién llegado se alojaba en la residencia de Manabendra, a donde fue Allen, encontrándose frente a un individuo de mediana estatura, de anchísimas espaldas, de maciza cabeza, con una frente alta bajo la cual aparecían dos ojos de mirada penetrante, no sin ciertos indicios de tener ascendencia mongoloide. Vestía elegantemente, hablaba varios idiomas y con cierta autoridad dio a conocer a Allen los propósitos de su viaje.

Había llegado a México el desconocido con el nombre de Gruzemberg, pero su verdadero era Miguel Borodin; se hacía pasar como agente de fuertes empresas industriales alemanas que había venido al país con el objeto de hacer una cuantiosa inversión.

Sin embargo, Borodin explicó a Allen que el objeto de su viaje a México era hacer gestiones cerca del presidente Carranza para que el gobierno mexicano

entablase relaciones comerciales con el gobierno de la Rusia soviética, para lo cual establecería —en caso de que Carranza aceptase la proposición— una gran agencia de intercambio comercial en el país, de la cual sería designado jefe el mismo Allen. La agencia comercial no sería sino un pretexto para poder fincar con provecho y sin grandes peligros la propaganda bolchevique, no solamente en México, sino en el continente americano.

EL FRACASO DE BORODIN

Borodin pasó varias semanas en México haciendo gestiones, acompañado de Roy, cerca del gobierno de Carranza, para lograr el establecimiento de relaciones comerciales con Rusia, pero los trabajos no dieron resultado alguno, sino que, por el contrario, parece que el representante de Rusia se vio en grave peligro de ser expulsado del país, por lo cual vivió varios días de inquietud.

Pero no solamente tuvo que sufrir Borodin las consecuencias de la negativa de Carranza para entablar relaciones comerciales con Rusia, sino que también perdió valiosas joyas que, se aseguraba, habían pertenecido al zar o a la zarina. La gente de Rusia había dejado las joyas en poder de uno de los ayudantes o amigos en Santo Domingo, de donde serían conducidas a La Habana, y más tarde recogidas por un enviado de Borodin para ser traídas a México. Pero es el caso que al llegar el enviado de Borodin a recoger las joyas, se encontró con que el individuo en que se había hecho confianza se negó a entregarlas, advirtiéndole que estaba dispuesto a denunciar el hecho a las autoridades dominicanas o cubanas en caso de que se le quisiera hacer correr algún perjuicio por su antiguo compañero y jefe.

La consternación de Borodin al tener conocimiento de la pérdida de las joyas no tuvo límites. Acusó a los individuos que habían ido a La Habana a recoger las joyas de carecer de valor y energía; trató en diferentes formas de rescatar el tesoro. Mas todo fue inútil. Las joyas, que estaban valuadas en varios millones de rublos, se perdieron para siempre.

Perdidas las joyas y ya bajo la amenaza de ser expulsado de México por el gobierno carrancista, Borodin resolvió salir del país para regresar a Rusia. Una

semana después de su salida abandonó también la capital mexicana Manabendra Nath Roy. Años más tarde Borodín fue el jefe de la revolución comunista en China, mientras que Roy desempeñó cargos de gran importancia, tanto en el gobierno de los soviets como en la Internacional Comunista.

AGENCIA DE LA INTERNACIONAL

Antes de abandonar a México, Manabendra indicó a Allen la conveniencia de que organizara la agencia latinoamericana de la Internacional Comunista, con residencia en la capital mexicana. La agencia —que tomó el nombre de Bureau Latinoamericano de la Tercera Internacional— quedó integrado por Elena Torres, Felipe Carrillo Puerto, María del Refugio García, Estela Carrasco, José I. Medina y José Allen como secretario general.

Nombrado miembro del Bureau fue también el general Francisco J. Múgica, a la sazón jefe del Departamento de Aprovisionamientos del gobierno del presidente Carranza, pero Múgica, aunque había tenido participación muy directa en los trabajos comunistas y hasta había aceptado formar parte de la agencia, no llegó a firmar el acta constitutiva del Bureau.

Durante las últimas semanas de la estancia en México de Borodin y Roy, como ha quedado dicho, los dirigentes del Partido Comunista Mexicano dieron muestras de gran actividad. Editaban *El Comunista*, celebraban mítines y organizaban grupos de diferentes partes del país. La más resuelta propagandista era Elena Torres, y fue esta inteligente mujer la que atrajo al partido a Felipe Carrillo Puerto y a otros elementos de gran valía.

CARRILLO PUERTO

Carrillo Puerto era un hombre simpático, insinuante, observador, pero sin talento y la abnegación del apóstol con que se le ha retratado por sus amigos. Era el tipo de criollo fácilmente influenciable por el clima tropical, lo cual le hacía ser veleidoso en extremo, ya que apenas acababa de afirmar la necesidad

de una revolución proletaria, como enseguida sostenía la necesidad de colaborar con el grupo gubernamental si éste daba ciertas ventajas al proletariado. Aparentemente sabía ser jefe, pero en realidad no pasaba de ser un buen amigo de sus amigos. Con el don de mando que se le atribuía, ¿no hubiese permitido que dos o trescientos hombres hubiesen acabado con su poder y vida a pesar de los sesenta mil socialistas yucatecos!

Su fugaz paso por las filas del Partido Comunista Mexicano lo pinta de cuerpo entero. Su adhesión al partido tuvo mucho de alborozo infantil —y en sus pequeños ojos azules tenía, en verdad, mucho de niño—. Hablaba de grandes planes revolucionarios; de la posibilidad de establecer una república de trabajadores; de la necesidad de armar al proletariado. A su salida del partido, se dejó arrastrar por la promesa de un hombre superior a él: Álvaro Obregón. Abandonó el partido sin disgusto, sin explicación alguna. Sus ilusiones soviéticas habían sido como el sueño de un mocetón que no sabía cuándo empieza o cuándo termina la travesura juvenil.

Todavía recuerdo que acompañando a Carrillo Puerto a las oficinas de *El Comunista*, al entrar a la calle de Las Estaciones y casi frente a Buenavista, señalando con el índice el edificio del Museo de Historia Natural, me dijo, sin fanfarronada alguna, y si con la vehemencia muy suya:

—*En ese edificio, que tiene un gran salón, instalaremos el primer soviet mexicano...*

(Continuará el próximo domingo).

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 16 de junio de 1935, año XXII, núm. 124, pp. 1-2.

LA CORRESPONDENCIA PRIVADA
DE LOS LÍDERES DEL PROLETARIADO

MÚGICA EN EL PARTIDO COMUNISTA
Quiso fundar en México el Ejército Rojo; los más entusiastas líderes
comunistas veían al ministro de Economía como al “Lenin mexicano”

LA DESERCIÓN INESPERADA DE CARRILLO PUERTO
El líder socialista yucateco se alejó de los proletarios cuando
el obregonismo le brindó oportunidades en la política

CAPÍTULO III

Si la adhesión de Felipe Carrillo Puerto al Partido Comunista Mexicano no tenía gran significación política, a pesar del rumboso apoyo que decía tener de sus sesenta mil socialistas yucatecos, la del Gral. Francisco J. Múgica sí la tuvo.

Entre los líderes obreros y comunistas que asistían al salón del Sindicato de Panaderos en las calles de Netzahualcóyotl se pintaba a Múgica como el “Lenin mexicano”. Múgica, con las simpatías que gozaba en Michoacán, con el alto puesto que ocupaba en el gobierno y con su carácter de general, parecía ser el a propósito para encabezar una revolución proletaria.

Aunque Múgica no se había presentado jamás en el salón del sindicato, se sabía que asistía a las reuniones de los jefes del Partido Comunista, en las cuales, en más de una ocasión, habló con claridad meridiana de la necesidad de organizar grupos armados que deberían ser el pie veterano del Ejército Rojo en México.

UN MAGNÍFICO TRÍO

Dos mujeres —que se aseguraba gozaban de la confianza del general Múgica— eran las que aparecían públicamente como representantes de éste. Se trataba, en efecto, de dos muchachas de talento y de resolución innegables. Una de ellas era Cuca García, la otra Estela Carrasco. Estela era esbelta, simpática, con ciertas facultades oratorias y entregada siempre a la lectura de la literatura socialista. Cuca tenía dotes de organizadora y ciertas artes de sufragista inglesa, aunque sin ser rubia ni vieja, ni usar gafas, ni traje sastre. Tengo entendido que ambas habían sido maestras de escuela.

Junto con Elena Torres, las dos amigas del general Múgica formaban un magnífico trío que impresionaba a los trabajadores que asistían al salón de panaderos.

Ese grupo comunista, que parecía perfectamente unido, trataba de aprovechar el movimiento rebelde en contra del régimen carrancista, que ya se incubaba, con el objeto de establecer un gobierno radical, quizás soviético.

LA DESERCIÓN DE CARRILLO PUERTO

Carrillo Puerto era el más entusiasmado por el futuro, y aunque públicamente había hecho causa común con el obregonismo, explicaba que esta actitud se debía a que creía indispensable aprovecharse del obregonismo para el desarrollo del proletariado.

Pero no todo el grupo comunista pensaba en igual forma, ya que habiendo hecho que Obregón y Allen tuvieran una conferencia, el general quedó muy

contrariado cuando Allen, con toda franqueza, expresó al caudillo sonoreense que los comunistas estaban de acuerdo en el derrocamiento del “tiránico gobierno carrancista”, pero que esto no indicaba que estuviesen con el obregonismo.

Desde ese momento, Carrillo Puerto comenzó a alejarse del partido; ya no hacía planes de campaña, ni hablaba de la instalación de los soviets. Su distanciamiento definitivo del grupo comunista fue a raíz del triunfo del Plan de Agua Prieta, cuando encontró un campo propicio para proyectos políticos de realización inmediata.

NUEVOS ELEMENTOS EN EL PARTIDO COMUNISTA

Antes de continuar, he de retroceder al punto de donde partieron estos capítulos, no para hablar sobre una actuación personal, sino para poder referirme a otra de las figuras del comunismo en México que fue —bien cierto lo es— muy querido amigo y que ahora se encuentra desterrado en Siberia.

El grupo de jóvenes que habíamos organizado y que, como quedó dicho, no tuvo más objeto que el de estudiar los problemas sociales, aunque fue invitado por Allen desde un principio para unirse al Partido Comunista, se abstuvo de hacerlo.

Las simpatías del grupo por la Revolución rusa eran bien visibles, pero no cabía en nuestras inquietudes aceptar la dictadura del proletariado. ¿Dictadura por qué y para qué? ¿Porque era necesaria para exterminar las clases! ¿Y en dónde empiezan y terminan las clases sociales? Y sobre todo, ¿para que al fin y al cabo esa dictadura fuese ejercida, no por la clase victoriosa, si no por un grupo de dirigentes!

Un sentido altamente humano, que en nuestros juveniles años apenas percibíamos, nos hacía rechazar todo proyecto de tiranía. De ahí que todavía pasaran algunos meses antes de nuestra incorporación —pasajera, por cierto y por fortuna— a las filas comunistas.

El desinterés, la abnegación y el amplio espíritu de un joven comunista suizo nos empujaron al grupo de Allen, al final de cuentas, y ya sin hacer más balance de conciencia, de tradición y de humanidad.

ALFREDO STIRNER

Alfredo Stirner es el nombre de lucha de esta víctima de los estalinistas. Su verdadero nombre es el de una distinguida y opulenta familia suiza radicada en México desde hace medio siglo, el cual he de ocultar por ahora, pues sé que de otra manera le causaría un perjuicio.

Cuando le conocí, a principios de 1920, debía tener unos veinte años de edad. Con sus grandes ojos azules, con el pelo cortado muy corto, dejando caer sobre la frente un pequeño tupé, con barba cerrada y con un carácter extremadamente apacible, pero firme, Stirner era un noble tipo.

Fue él, y nadie más que él, lo repito, quien nos hizo inclinarse al comunismo, y fue también él quien después haría esfuerzos para mantener una unidad en el grupo.

Pero por aquel entonces nos agrupábamos estrechamente en torno de Allen, a quien llamábamos el “abuelo” de la Revolución. ¡Qué de entusiasmos y qué de proyectos! ¡Habíamos volcado nuestros sentimientos y nuestras energías en la propaganda comunista! Por las noches, cargando botes de engrudo e improvisadas brochas, recorríamos las calles de la Ciudad de México para tapizar los muros de propaganda subversiva. Lo único que siento es haber contribuido, aunque pasajeramente, a la propagación de una tiranía.

Quienes ingresaban a nuestro grupo no esperaban, como por los días que corren, obtener un beneficio personal. Entonces, hablar de socialismo constituía un peligro.

EL MOVIMIENTO OBRERO

Pero es necesario dejar al grupo comunista para volver al movimiento obrero, del cual me había hablado por vez primera Jacinto Huitrón, pero que no me había interesado. ¿Qué era el movimiento obrero sino el esfuerzo de las agrupaciones sindicales para conquistar mejores salarios y mejores condiciones de trabajo? ¿No una revolución realizaría más rápida y definitivamente lo que se pretendía por medio de huelgas, boicots, etc.?

De vez en cuando y hasta el momento de ingresar al Partido Comunista, supe del movimiento obrero por medio de *Luz*, el periódico de Huitrón, que había sostenido una valiente campaña en contra de Morones.

Ingenuamente unos y ya con premeditadas intenciones los otros, los líderes obreros mexicanos asistieron a un congreso efectuado en la ciudad de Saltillo, en el cual fue constituida la Confederación Regional Obrera Mexicana.

El comité de la CROM quedó en manos de elementos más o menos sanos. Luis N. Morones era todavía figura de segunda fila; era víctima del lastre que le dejaron los años que desempeñó en la secretaría del ayuntamiento de Pachuca. No tenía conocimiento de lo que es la multitud, aunque este conocimiento lo habría de adquirir rápidamente, gracias a su inteligencia.

La organización de la CROM, auspiciada por el gobierno coahuilense, fue, sin duda alguna, parte de un plan político de Carranza; quizás el de formar una muralla que le respaldase en el momento de lanzarse a la lucha en contra del partido militar representado por el obregonismo. No podía ser un esfuerzo sincero de Carranza para ayudar a los trabajadores mexicanos. Carranza había aplastado cruelmente las huelgas que se sucedieron al triunfo del constitucionalismo y solamente la ingenuidad de los líderes del obrerismo pudo hacerles creer que don Venustiano era un reformador social.

Lo que no sabía Carranza era que jugaba con lumbre; que no todos los líderes obreros obedecerían sus consignas; que una pequeña suspicacia de las masas podría ser causa de que la CROM tomara distinto derrotero al que se había imaginado. Y esto fue, en efecto, lo que empezó a experimentarse en los primeros días de vida de la Confederación Regional.

EL GOLPE DE MORONES

Pretendiendo evitar un peligro, Carranza introdujo en el ámbito obrero un sistema de corrupción que, desgraciadamente, ha continuado hasta nuestros días. Pasando sobre mandatos obreros, burlando estatutos y juramentos, Morones, obrando por cuenta del gobierno dio un golpe certero, lanzando del seno de la CROM a los ingenuos, que se habían convertido en peligrosos.

Éste fue el origen del moronismo, esto es, de Morones como jefe obrero. A partir de ese momento se supo que el liderismo obrero en México abría un nuevo campo para las ambiciones; que colocándose a las masas sobre las espaldas, habría fama, dinero y poder.

Morones reunió un grupo de líderes obreros de provincia. Medianías eran todos estos líderes, si se exceptúa a Ricardo Treviño; pero todos ellos con influencia sobre las masas. Y mientras que Morones reclutaba a sus lugartenientes en la provincia, había un paréntesis para los jefes obreros de la Ciudad de México, a quienes mantuvo como a viejos camaradas, pero a quienes no concedió confianza alguna, temeroso, quizás, de que le fuesen a arrebatar los futuros triunfos políticos.

Y en este sentido, Morones tal vez tenía razón, porque dentro de la CROM habían quedado hombres más capaces, más conocedores de los problemas económicos de los trabajadores; más expertos en el manejo de las masas; con mayor prestigio dentro de los sindicatos del Distrito Federal.

RAFAEL QUINTERO Y JOSÉ LÓPEZ DONEZ

Entre estos hombres hay que mencionar, en primer lugar, a Rafael Quintero, de penetrante inteligencia, de finísimo olfato político, insinuante siempre ante los trabajadores, de palabra fácil aunque no arrebatadora, con grandes facultades para manejar la sátira; pero sin la audacia y la ambición de Morones. A veces, Quintero era un ventarrón y era entonces cuando se convertía en elemento peligroso para Morones; pero en otras ocasiones parecía ser víctima de la abulia, y eran esos momentos los aprovechados por Morones para arrebatarle la influencia de que gozaba dentro de los sindicatos.

Poseedor de la audacia y de la ambición que no tenía Quintero ni ningún otro líder, Morones vio cerca del gobierno del presidente Carranza la posibilidad de abrirse paso en su trayectoria política que había empezado en la secretaría del ayuntamiento de Pachuca, e hizo de su liderismo una verdadera carrera profesional.

A descubrir y a combatir las ambiciones de Morones dedicó Huitrón su periódico *Luz*, en el que colaboraba José López Donez, pluma, quizás la más valiosa de las que ha habido en el campo obrero mexicano.

Escribía López Donez con verdadera flexibilidad y solamente faltaba en él un punto fijo a dónde dirigirse. ¿Cuáles eran sus ideas? Esto no es posible descubrirlo en sus escritos, en los que generalmente cuidaba más el sentido ideológico.

Era tal la fiereza con que López Donez atacaba a Morones que todavía entre los obreros se cree infantilmente que fue López Donez, con sus ataques, el que hizo grande a Morones. Esto, necesario es repetirlo, es infantil, porque Morones nunca ha sido grande, y si conquistó la grandeza del dinero se debió, no a los ataques de que fue objeto, sino a los pocos o ningunos escrúpulos que ha tenido para aprovecharse de las masas que le han seguido, en su beneficio personal.

"EL APOSTOLADO DE LA VAQUETA"

Durante meses enteros, las columnas de *Luz* fueron ocupadas, casi por completo, en la personalidad de Morones; pero ni éste ni sus amigos fueron capaces de responder una sola palabra. ¿No tenía razones que esgrimir en su defensa? ¿O al hacer su defensa temía descubrir sus planes? ¿O creía en la inferioridad de sus atacantes?

Lo más probable es que Morones no quisiese descubrir sus planes, ni tuviese razones en su defensa, ni creyese en la inferioridad de sus atacantes sino que, a secas, no tuviese escrúpulos para responder, evitando así que más tarde se le exigiesen responsabilidades. Y, en este sentido, Morones sentó entre los líderes obreros una escuela que ni los jefes políticos mexicanos se han atrevido a sentar.

Ante el silencio de Morones, López Donez soltó un sangriento epíteto: "vaquetón". Quería decir con esto el articulista que el líder obrero soportaba todos los golpes, como lo soporta la vaqueta en manos del zapatero. Y como

ninguno de los amigos de Morones respondiese, López Dóñez rotuló al grupo como el “Apostolado de la Vaqueta”.

Y el “Apostolado de la Vaqueta” existía, en realidad, como grupo. Estaba formado por los catorce principales líderes de la CROM. La consigna del grupo era una y única: plantear ante el grupo todos los problemas de la Confederación, discutir y aprobar las resoluciones y presentarse ante los sindicatos obreros para hacer que éstos aceptasen públicamente el acuerdo del “Apostolado”.

Cada miembro del grupo tenía a sus órdenes a cuatro, cinco o más individuos que se habían apoderado de las jefaturas sindicales y que respondían incondicionalmente a los acuerdos del grupo.

Así se organizó una verdadera maquinaria trituradora que dejó a los varios miles de afiliados a la Confederación sin el derecho de discusión. Para calmar cualquier intento de rebelión, fue establecida una severa disciplina de la que se llegó hasta el abuso en los tiempos de grandeza del moronismo; ¡y qué decimos hasta el abuso, cuando lo cierto es que fue hasta el crimen!

La prueba más cierta de cómo Morones y sus amigos aceptaban carecer de escrúpulos la darán las cartas que insertamos. Entre ellos, entre los líderes de la CROM, hay tratamientos de “Compañeros del Apostolado de la Vaqueta”, o bien, “mi querido vaquetón”.

LA DESMEMBRACIÓN

Además, el no poder ocultar la voracidad por el poder, sin explicar si su colaboración con algún gobierno era una finalidad o un medio de conquistar mejoramiento, y sin consultar a los trabajadores si se debería colaborar con el carrancismo, con el obregonismo o con cualquier otro grupo político, fue produciendo un disgusto entre los sindicatos obreros no sólo del Distrito Federal, sino de Tamaulipas y otros estados.

La CROM que había nacido incluyendo en su seno a todas las agrupaciones obreras del país, fue perdiendo fuertes contingentes, especialmente a principios de 1920, cuando abiertamente Morones sentó plaza en el obregonismo.

Fue así como varios sindicatos del Distrito Federal, encabezados por el de panaderos, iniciaron la organización de una nueva central obrera: la Federación Comunista del Proletariado Mexicano,

Y de ella surgieron elementos de valía como Alberto Araoz de León, repleto de sinceridad y energía.

La nueva federación obrera, instalada oficialmente en septiembre de 1920, fue el punto de partida de un poderoso movimiento que tuvo en jaque a la CROM, a pesar del poderío político de ésta, y de sus líderes, durante varios años.

(Continuará el próximo domingo).

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 23 de junio de 1935, año XXXI, num. 131, pp. 1-2.

LA CORRESPONDENCIA PRIVADA
DE LOS LÍDERES DEL PROLETARIADO

PRIMERAS CARTAS DE LOS LÍDERES

Una de ellas rebela el interés del Gral. Calles en el Partido Laborista;
“El general —escribe Ezequiel Salcedo a Celestino Gasca, refiriéndose
a Calles— está muy interesado en nuestro asunto, y casi
a diario me interroga sobre él,
limitándome a informarle sobre lo que hago”

PETICIÓN A DON ADOLFO DE LA HUERTA
PARA QUE AYUDE CON DINERO AL LABORISTA

“Al hacer el pedimento expuesto esperamos que, como en otras ocasiones,
esté usted con nosotros”, dicen al gobernador de Sonora
los líderes Eduardo Moneda y Celestino Gasca

CAPÍTULO IV

Las cartas cruzadas entre los líderes de la CROM y que damos a conocer ense-
guida fueron copiadas y cotejadas cuidadosamente. La ortografía, y hasta las
palabras que aparecen incompletas en el original, fueron respetadas, estimán-

dose que así será más completo el conocimiento que el lector tenga de los líderes obreros.

La primera carta que es dada a conocer está suscrita por Ezequiel Salcedo, quien fue concejal de la Ciudad de México y diputado y líder de primera fila de la CROM, y está dirigida al general Celestino Gasca, ex gobernador del Distrito Federal, y a quien Salcedo llama “la personalidad más seria del ‘Apostolado de la Vaqueta’” y dice:

Pátzcuaro, Mich, Dbre. 25 de 1919.
Compañero Celestino Gasca
Salud

Apreciable camarada:

Hoy puse en la mañana una carta a Luis¹ que espero les dará a conocer y de la que espero su personal opinión, así como de los siguientes puntos que no traté en la de Luis y que NO los daría a conocer.

ASUNTO ECONÓMICO: Muy difícil en la particular, pues los señores de *El Monitor* no han comunicado nada hasta la fecha al compañero que estaba en ésta y a quien vine a reemplazar. En lo general también, aparte de que sin ninguna noticia de ustedes no he podido abordar al Jefe² para tratar algo sobre nosotros.

Hay en perspectiva la ayuda de \$1 500 a \$2 000 con que el Partido Revolucionario Sonorense nos ayudará por conducto del Gral. Garza³ ya telegrafió a Hermosillo diciendo que con esa cantidad, él como representante, había acordado para la formación del Partido Laborista Mexicano. Ya le comunicaré el resultado.

ASUNTO PROPAGANDA: Ya se lo comuniqué en la carta a Luis, suplicando a usted personalmente, que es la personalidad más seria del “Apostolado de la Vaqueta”, me tengan al tanto de los trabajos de los demás compañeros, lo más ampliamente posible, pues sólo así creo que podré ser más extenso en mis trabajos.

¹ Luis N. Morones.

² Gral. Plutarco Elías Calles.

³ Gral. Jesús N. Garza.

El General⁴ está sumamente interesado en nuestro asunto y casi a diario me interroga sobre él, limitándome a informarle sobre lo que yo voy haciendo. Tantas cuantas comisiones de obreros o agricultores vienen a ofrecerle sus servicios inmediatamente, me los pasa para que vea la manera de que se controlen por nosotros.

Usted verá por ello la urgencia de los informes que solicito.

Al hablar con él sobre la forma en que estábamos repartidos en la República para estos trabajos le insinué si creía conveniente en que escribiera al Sr. De la Huerta para ver si podía ayudarnos con el sostenimiento de un propagandista para Sonora y Sinaloa y me contestó que no tan sólo esto sino a ver si podía ayudarnos también con algo para el sostenimiento del Partido.⁵

Creo que si lo hicieran nos daría resultado, en fin queda en consideración de ustedes.

Espero que me mandaran manifiestos y bases y en fin todo lo que hayan hecho, que supongo será mucho.

Sin otro asunto quedo a sus órdenes esperando su contestación en Allende 78, Morelia, donde estaré dentro de cuatro o cinco días.

Su compañero que los aprecia siempre.

Salcedo [firmado]

Continuamos con una carta de Cayetano Pérez Ruiz:

Cayetano Pérez Ruiz
Av. Allende 1041, Torreón, Coah.
Enero 5 de 1920

Camaradas del grupo:

Salud. En tarjeta que escribí a Morones le doy mis impresiones recogidas el día de mi llegada, y en verdad que las cosas siguen lo mismo debido a que parece que Mireles⁶ maromeará en su color político y por ende lo harán los demás elementos oficiales con quienes hemos tenido nosotros contacto y parece que se nos pondrá difícil la horneada por esta razón. Sin embargo, Anzúrez

⁴ General Calles.

⁵ Partido Laborista Mexicano, la organización fundada por Morones para alcanzar el poder público.

⁶ Lic. Gustavo Espinosa Mireles, gobernador de Coahuila.

llegó de Saltillo, y me dice que habló con Mireles respecto de esta cuestión, y que éste dijo que éramos libres de hacer lo que a nuestro alcance estuviera ya que él se abstendría de todo porque las cosas de la alta política lo han colocado en unas condiciones que no puede tomar otra determinación, además que el mismo Anzurez presentó a Treviño⁷ con el general Arnulfo González y que Treviño hizo valer la credencial que como delegado del Partido Laborista Mexicano llevaba, y el general le dio desde luego todas las facilidades para que desde luego hiciera un presupuesto de lo que necesitara para que la propaganda y cosas que ya les iré explicando a medida que se vayan desarrollando. Hoy tendré una junta con nuestro grupo y sabré a qué atenerme, porque como les digo en la tarjeta, está medroso por las declaraciones que ha hecho el general Ricardo González V.

Espero que tan pronto como estén los manifiestos me los envíe para darles mayor profusión a fin de que se vea de lleno nuestra actitud. Debe decirles que ha causado buena impresión en algunos particulares que están de acuerdo con nosotros, las declaraciones que salieron publicadas en el *Heraldo de México* hechas por Luis N. Morones, tanto como la entrevista que tuvo con Mancomunidad y la relación que se hace con la instalación del partido en San Juan de Letrán y el mitin que supongo se efectuaría en Belisario Domínguez⁸ ayer.

Espero sus letras para saber los últimos acontecimientos y el éxito que haya tenido el mitin.

Sin otro particular de ustedes por la causa del Obrero Organizado.

Saludo y Revolución Social

Cayetano Pérez Ruiz [*rúbrica*]

Haciendo parecer a don Adolfo de la Huerta como quien proponía que los trabajadores conquistaran el poder “para realizar nuestras aspiraciones”, la siguiente carta fue escrita por Eduardo Moneda, lugarteniente de Morones, en nombre del Partido Laborista al propio señor De la Huerta, y que dice:

⁷ Ricardo Treviño, otro líder de la CROM.

⁸ Se refiere al salón de sesiones de la CROM, de la Ciudad de México.

Enero, 2 de 1920

Sr. Adolfo de la Huerta

Hermosillo, Son.

Respetable señor y compañero de ideas:

Si es verdad que las circunstancias hacen a los hombres y no los hombres a las circunstancias, tendremos que declarar por ahora que por ellas estamos siendo hechos. Recordando una de sus frases vertida en su última estancia en ésta: “Compañeros, necesitamos apoderarnos del Poder Público para poder realizar nuestras aspiraciones”, tendremos que manifestarle lo siguiente:

Haciendo un estudio concienzudo de la situación política en que está sumida la República, hemos llegado a la conclusión de que es por el momento sumamente necesario que el elemento trabajador de todo el país tome participación muy directa en la contienda electoral que se avecina; pero que tome parte no como hasta ahora se ha estado haciendo, en una forma meramente aislada o particular por la intransigencia del radicalismo que por épocas especiales hemos sostenido; no, porque al hacerlo así tendríamos que soportar en el futuro quizá la misma o parecida tiranía que ahora nos envuelve; sino que tomaremos participación en la política haciendo un esfuerzo para que todos los obreros y campesinos formen un solo *block*, que por la natural fuerza que entrañe, merezca la atención y respeto de los gobiernos que no puedan así, fácilmente, burlar nuestras aspiraciones, que nunca se saldrán de la equidad más estricta. Siendo así, pues, que la idea que queda expuesta la estamos desarrollando para evitar ataques prematuros que dieran al traste con su efectividad, entre bastidores, si cabe la palabra, desde el mes de agosto, estando hasta la fecha con visos de gran éxito deseminada en casi todos los estados del país, llegando hasta estos días, por la fuerza de los hechos, a tener que hacerla pública lanzando, para el efecto, un manifiesto a todo el elemento laborante y del cual le remitimos gustosamente un ejemplar.

Por él verá usted que excluimos de hecho a todos los políticos de profesión, manifestando a la vez la razón que tenemos para ello; esperando que también usted esté consecuente con lo mismo.

Hasta el día, tenemos cuatro comisiones que han recorrido los estados para hacer propaganda y organización, siendo el trabajo de éstas del mejor resultado que nos esperábamos.

El hacerlo partícipe de nuestros pensamientos y de nuestros actos tiene a dos fines, tomando siempre en cuenta, la confianza e interés noble que en todas las ocasiones nos ha hecho patentes, siendo el primero hacer de su conocimiento que ya está formado el partido o *block* de que hablo en líneas anteriores, en sus principios se entiende; y segundo que, como usted sabe, la escasez de nuestros recursos pecuniarios no nos permite desplegar todas nuestras actividades como quisiéramos y, por lo tanto, recurrimos a usted para que nos ayude en todo lo que sería posible. Al hacer el pedimento expuesto esperamos que, como en otras ocasiones, esté usted con nosotros, manifestándole que para formación del partido en cuestión hemos hablado extensamente en varias ocasiones con el general Obregón, y las labores que han tenido efecto han sido de mutuo acuerdo. Por lo tanto esperamos la resolución que usted estime conveniente.

Por los compañeros Samuel O. Yúdico, Luis N. Morones, Salvador Álvarez, José López Cortés, Reinaldo Cervantes Torres, Ezequiel Salcedo, Celestino Gasca y otros.

El Secretario General del Partido, Eduardo Moneda [*firmado*]

El tesorero C. Gasca [*rúbrica*]

P.D.— Hoy estuvo una comisión con el general Plutarco Elías Calles, demostrándose anuente en nuestra petición, e indicándole que ya se comunicaba con usted para el mismo asunto. Vale.

A la carta anterior, don Adolfo contestó públicamente:

Correspondencia particular del Gobernador del Estado de Sonora

Recibida: Enero 22, 1920

Contestada: Hermosillo, Son., 13 de enero de 1920

Comité Organizador del Partido Laborista Mexicano

Apdo. Postal 1452

México, D.F.

Muy estimados amigos:

Con positiva satisfacción me enteré de su grata fecha 2 de la actual comunicándome los trabajos que piensan llevar a cabo y les deseo en ellos todo género de prosperidades y éxitos.

Así mismo, ya procuro ver la manera de ayudarlos en la mejor forma posible y oportunamente volveré a ustedes con este respecto.

Sin otro particular y deseándoles felicidades en el presente año, se despide su afmo. amigo atto. s.s.

Adolfo de la Huerta [*firmado*]

[*Al margen, con lápiz: ENTERADO. Tachado: Datos. Ayuda.*]

Dos documentos que descubren los manejos internos de los líderes de la CROM son los siguientes:

Cayetano Pérez Ruiz

Av. Allende 1041

Torreón, Coah., enero 19 de 1920.

Camaradas del Grupo de la BAQUETA [*sic*]

Belisario Domínguez, México

Salud:

No sé cómo comenzar una carta que por demás les causará tristeza, ya que a mí me cuesta dolores de cabeza desde el día que inicié mi labor consecuentemente con nuestros acuerdos y demás determinaciones.

Echo [*sic*] este pequeño preámbulo que anuncia tormenta, espero que ustedes concienzudamente estudiarán la situación que les pinto, y sabrán darme la calma o indicarme alguna solución posible a lo que les voy a informar.

El grupo nuestro está en pie, resuelto a sostenerse si no es posible dentro de la lucha ya iniciada, ya que no le es posible de otra manera, abstenerse de entrar en ella, y ustedes preguntarán: ¿cuáles son las causas? Las siguientes:

Hace tres meses, cuando Mireles iniciara los trabajos de la Junta Patronal Obrera en Saltillo, nosotros comprendimos que era una medida política como todas las de este gobernante que no da paso en falso, y nos preguntamos: ¿Por quién irá a trabajar? Esta respuesta no se hizo esperar, puesto que cuando ya en las labores de la mencionada junta, y de permanencia en

Saltillo, distintos miembros del gobierno estuvieron a vernos para tratar de los asuntos políticos en Torreón, y por todo el acopio de sus datos, pudimos observar que el Gobierno del Estado se inclinaba por el candidato "Mancomunidad", el que también aspirábamos nosotros y fue una satisfacción para nosotros puesto que desde luego vimos que no tendríamos obstáculos en nuestro camino y casi de una manera franca y decidida, comenzamos nuestra labor de unificación dentro del Partido Obrero Socialista para trabajar por este candidato. Más tarde, cuando ya en Torreón, en conferencia con el presidente municipal Guerra, éste nos hizo las consabidas declaraciones y fue de la manera en que pudimos saber por quién estaba integrada la comisión de propaganda, y pudimos saber, como se los dije en mi permanencia en ésta, que estaba integrada por el presidente municipal, el secretario, Dr. Silva, Eduardo Arellano y Villa Arco, los que darían el dinero que estuviera o fuera necesario para la propaganda y unificación en el estado y al tener nuestra conferencia, se determinó que nosotros no podíamos declararnos por cuál candidato trabajaríamos hasta no ponernos de acuerdo con ustedes y por eso me dieron \$100.00 pesos para que viniera a entrevistarme con ustedes para no tener ellos dificultades. Lo demás ya lo saben y nuestra determinación, puesto que era ese el criterio que prevalecía allá. Pero como en mis anteriores le digo: estos hombres mencionados nos han declarado en junta a que nos citaron ayer que sienten mucho el tener que manifestarnos que han cambiado de criterio, puesto que de ninguna manera irán en contra del gobernador, puesto que esto perjudicaría sus intereses y que como hasta aquí la presidencia municipal nos venía venido prestando toda la influencia moral, material y algunas veces pecuniaria, para que existieran las organizaciones obreras que constituyen la Federación Local del Trabajo, si nuestra decisión era la de seguir en el "MANCOMUNISMO" esta misma presidencia municipal cedería por compromisos con el gobernador, obligada a negarnos los que hasta aquí nos había venido prestando puesto que no podría ser de otra manera, para los intereses del gobierno, puesto que no tendríamos el ascendente ni para las elecciones municipales, ya que para triunfar en esta clase de elecciones y en todas, no triunfaría ningún candidato que no tuviera el apoyo oficial, y que viéramos y estudiáramos estos puntos y los resolviéramos y que nos daba un plazo de ocho días para resolverlos.

Por otra parte, esto en cuanto se refiere a Hernández, Anzures y yo. En lo que se refiere a los demás compañeros, como Maciel, que por el voto de nosotros está desempeñando el puesto de munícipe, y como este compañero tiene una cantina que es la de donde saca el diario, y tiene un juego de baraja, aunque está prohibida esta clase de juego, él tendría que pagar las contribuciones que hasta la fecha no había pagado y, en una palabra, que nos hostilizarán en todas las formas legales que ellos tengan a la mano y que no dudaban que por su parte las autoridades militares harían algo en su actuación de la misma manera, ya que las instrucciones secretas del jefe de las Armas, de una manera clara y terminante, así lo demostraban, y que si bien es cierto que por más amistad que tuvieran con nosotros, comprendiéramos que nada podrían hacer puesto que estamos en manos de las autoridades militares y menos no teniendo la seguridad de que el Gobierno del Estado de que era la única influencia que podría valerle la presidencia por amistad y no por obligación, para favorecernos en algo.

Por otra parte, las agrupaciones obreras, por su inconciencia, es casi seguro que como no tienen personalidad propia que se necesita para sostenerse en estos casos sin necesidad de intermediarios nos den la voltereta y hasta se desorganicen, puesto que los ataques diarios de la prensa local a eso van encaminados, mostrando que somos vendidos, y en fin lo de rutina.

Por todas estas consideraciones, y sin garantías y sin dinero puesto que ya no nos lo dan, ustedes comprenderán que nuestra situación no se hará esperar para saber a qué atenernos.

En otra me ampliaré con más acopio de detalles, por lo pronto soy de ustedes vuestro hermano de lucha por la causa del obrero organizado.

Salud y Revolución Social.

Torreón Coah., a 19 de Enero de 1920

Cayetano Pérez Ruiz [rúbrica]

P. D.— Ya me pidió el Comité la Confederación de Propagandista de la Confederación. Vale

Enero 26 de 1920

Camarada Cayetano Pérez Ruiz
Torreón Coah.

Estimado compañero y amigo:

Hemos quedados enterados de tu atenta comunicación fechada en esa el 19 del que cursa. Sería prolijo hacer referencia detallada de cada uno de los puntos interesantes que citas en tu carta; pero para ello resulta poco eficiente hacerlo en la presente, dado que debe ser motivo de una conversación que debemos tener a la mayor brevedad si desgraciadamente el mal ambiente no se disipa. Por el momento, nos permitimos exponerte nuestro criterio con la franqueza que tienes derecho reclamar a nuestra parte.

La situación que prevalece en ésta no debe impedir el desarrollo de nuestros planes; si acaso, puede modificarlos en el sentido de desplegar toda la astucia y diplomacia que se requiere cuando tenemos que habérnoslas con poderosos enemigos. Por lo pronto procura dirigirte a Saltillo y haciéndote acompañar de Ricardo⁹ o de cualquiera otro camarada de confianza, entrevista a Mireles recordándole sus manifestaciones en pro de los trabajadores a raíz de la celebración del Congreso Obrero; dile que los trabajadores están pendientes de su actitud y que no justificarán ningún proceso emanado de su iniciativa o pro-hijado a su sombra que tienda a entorpecer el ejercicio de nuestros derechos en la campaña electoral. Naturalmente que en esta conversación debe camppear la serenidad aunada a la energía consciente de quienes no van a impetrar una gracia sino demostrar a un gobernante que no es tan fácil hacer promesas y ser consecuente con ellas cuando otros intereses lo empujaban a salirse del recto camino del deber.

Debes hacer el balance exacto de los elementos con quienes puedes contar en ésta, a la vez que las consideraciones necesarias acerca de los posibles resultados que nos traería la ruptura de las buenas relaciones que dices han existido entre ustedes y los hombres que han ayudado a realizar el programa de la Confederación; y después de llegar a las conclusiones del caso, consulta con tus propias convicciones y con las energías que ellas te presten, para decirnos, tú eres el único que debe hacerlo, lo que convenga hacer; entendido de que si

el resultado de tu análisis es favorable a nuestros trabajos no estarás solo pues contigo esta “la vaqueta”.

De todas maneras, tenemos absoluta confianza en ti, y estamos seguros que harás honor a esa confianza en tu incansable actividad te reconocemos. Ha llegado la hora de comprobar una vez más, que no es tan fácil hacer retroceder a uno de los veteranos de la “Vaqueta”.

Luis¹⁰ se dispone a salir para Zacatecas, te avisaremos oportunamente su arribo a esa ciudad para ver si te es posible entrevistarle.

Comunicanos si puedes salir a Saltillo. Te saludan fraternalmente tus colegas.

Eduardo Moneda [rúbrica]

[Arriba, con lápiz: Grupo. Con tinta: Copia.]

(Continuará el próximo domingo).

Segunda Sección de *La Prensa*, San Antonio Texas, domingo 30 de junio de 1935, año XXII, núm. 138, pp. 1-2.

⁹ Ricardo Treviño.

¹⁰ Luis N. Morones.

LA CORRESPONDENCIA PRIVADA
DE LOS LÍDERES DEL PROLETARIADO

CONSTANTES PETICIONES DE DINERO

El bolsillo personal era lo que más interesaba a los líderes de la CROM;
"El Comité Central está en una situación pecuniaria desesperante
y es indispensable que Lozano (Juan) se dirija a Sonora a hablar
con De La Huerta", dice Morones en una apremiante carta

EL GENERAL CALLES FIRMÓ UNA CARTA PARA
GARANTIZAR EL ÉXITO DE LOS SOLICITANTES

Así lo expresa Eduardo Moneda en un documento que dirige al
"Apreciable baquetón" José F. Gutiérrez; una carta que revela cómo
resolvían los asuntos políticos los jefes del Partido Laborista Mexicano

CAPÍTULO V Y ÚLTIMO

Para los líderes de la CROM no interesaba tanto la situación económica de los
trabajadores como su propia condición pecuniaria.

Era una constante necesidad de dinero la que tenían los líderes, y para ello acudían a todos los generales y políticos. Morones sugiere que se vea al señor De la Huerta para que les dé fondos; pero para esto, como se verá por otra carta en cuya minuta no aparece firma alguna, pero que seguramente está re-dactada por el líder Eduardo Moneda, “hay que tener al tanto de lo que hace” a “los cabezones que nos ayudan”.

He aquí tres importantes documentos:

Recibida fe. 9-20
Contestada fe. 9 Aguascalientes, febrero 5 de 1920.
Camarada Eduardo Moneda
México, D.F.

Mi querido colega:

Apenas llegado a ésta te escribo para informarte de las primeras impresiones recibidas.

La llegada anticipada de Reynaldo¹ y de su contacto con los elementos que constituyen el Partido Obrero nos ha preparado el terreno de modo favorable; esta misma mañana celebré dos conversaciones con los elementos que mencioné anteriormente. El resultado lo veremos después de la asamblea pública que se acordó, en que participaré.

No te olvides de expedir la circular-convocatoria para la convención. Las correspondientes a los grupos obreros de Sonora dirígelas por contacto de Serrano,² que se ha hospedado en el Hotel Francis, pues se manifestó dispuesto, así me lo indicó Garza,³ a hacerles llegar a su destino.

Otro asunto importantísimo: El Comité Central⁴ está en una situación pecuniaria desesperante, con la agravante de que tiene la investigación imprescindible de realizar la segunda convención en el próximo mes de mayo, amén de otros compromisos que te son conocidos; por todo lo cual creo enteramente indispensable ayudarlo, poniendo a su disposición \$150.00,

¹ Reynaldo Cervantes Torres.

² General Francisco R. Serrano.

³ Jesús M. Garza.

⁴ Se refiere al Comité Central de la CROM.

ciento cincuenta pesos, para que Lozano⁵ se dirija a Sonora a hablar con De la Huerta⁶ acerca del particular y visite las organizaciones de ese estado que desde ha mucho tiempo han solicitado esta asistencia.

Si, como espero, estás anuente con lo anterior, gira a nombre de Juan⁷ el dinero a la mayor brevedad. No te olvides de Ricardo.⁸

Gracias por la atención que prestes a la presente. En la próxima te comunicaré el resultado de mi gestión en ésta.

Saluda a los amigos. Para ti mis mejores deseos. Fraternalmente,
L. N. Morones [*firmado*]

Sr. Luis N. Morones.
Aguascalientes, Ags.

Mi querido Rayadito:

Me place el atender tu comunicación de fecha 5 de los corrientes, y a la vez que ponerte al tanto de algunas circunstancias especiales que han ocurrido y que son las siguientes:

Con fecha 5 de los mismos corrientes, llegaron a ésta Yúdico⁹ y López Cortés,¹⁰ los cuales llegaron en condiciones deplorables, sin tomar en cuenta que por la falta de recursos tuvieron que solicitar en Salina Cruz, la cantidad de \$200.00 (doscientos pesos) aparte de otra cantidad que les facilitaron en Orizaba y la cual es de \$50.00 (cincuenta pesos), cantidades que sólo la última he cubierto.

Otra de las circunstancias de referencia es que el periódico ha crecido de tamaño¹¹ y, por tanto, su gasto es mayor, siendo su importe la cantidad de \$50.00 cincuenta pesos por número. No me olvidé de tu encargo, por lo que se refiere a Ricardo, a quien le envié la cantidad de \$100.00 (cien pesos),

⁵ Juan Lozano.

⁶ Don Adolfo de la Huerta, gobernador de Sonora.

⁷ Juan Lozano

⁸ Ricardo Treviño

⁹ Samuel O. Yúdico

¹⁰ José López Cortés

¹¹ Se refiere a *El Laborista*, órgano del Partido Laborista.

tomando en cuenta que se le tiene que pagar a Castrejón la presente decena y asegurar el mes próximo.

Aprueba desde luego el envío de dinero al Comité Central pero, por lo anterior, considero que sería oportuno el que tú me envíes un cheque por la cantidad que tú creas pertinente, y de este modo procederé a hacerlo efectivo, enviándoselo a la vez.

Lo anterior es resultado de haberte depositado la cantidad de \$400.00 (cuatrocientos pesos) en el mismo banco; de ahí que me vea precisado a solicitarte que me envíes el giro. Recuerdos a la "vaqueta".
Fraternalmente.

Febrero 13 de 1920
Comp. Eulalio Martínez
Orizaba, Ver.

Muy estimado Vaquetón:

Por la presente nos hemos enterado del mitin que organizaron en ésa. Me permito llamar tu atención acerca de lo inconveniente que es que no nos pongan al tanto de lo que hacen, pues ayer he tenido con uno de los cabezones que sabes nos ayuda una entrevista, y me pidió datos, no sabiendo yo ni qué contestarle. Esos acontecimientos es indispensable que los conozcamos, pues comprenderás lo útiles que son esos datos para demostrar lo eficaz y efectivo que son los trabajos que el partido hace por todas partes. Supongo que ya recibirías *El Laborista* y te encargo nos des información para publicarla en el órgano que editamos, a la vez que utilizar en la forma antes indicada todo lo que nos digas y sea conveniente dar a conocer.

Toda la Vaqueta está en acción y los que aquí se encuentran junto conmigo te envían fraternal saludo.

La carta que sigue está firmada "Bohemio", pero seguramente es de Eduardo Moneda, y en ella sigue a discusión el problema monetario de los líderes cromistas. Dice:

Febrero 20 de 1920
Luis N. Morones
Zacatecas, Zac.

Estimado compañero:

En contestación a tu atenta de fecha 17 del que cursa te manifiesto que he quedado enterado de la labor que en tu gira de propaganda has desarrollado, aparte que de ella el compañero López Cortés me informó con amplitud. Por la misma quedo enterado que sales para Monterrey y de ahí te diriges a Zacatecas, pasando por Torreón.

Respecto de que puedes rectificar tu recorrido porque fuera necesario que vinieras a ésta, te manifiesto que no lo creo del todo necesario en virtud de que tú debes estar en Zacatecas con algunos días de anticipación para preparar la Convención, y esto no te daría tiempo para que estuvieras en ésta. Ya han llegado a ésta los compañeros que andaban fuera y entre todos podremos formular las bases de la Convención y los estatutos a fin de estar en Zacatecas reunidos todos los del comité organizador dos días antes de que ésta se verifique para que los discutamos y ya llevarlos a asamblea lo mejor acabados posible. Como nuestra determinación es, como te digo, que los estudiemos todos antes de presentarlos, espero que estés en Zacatecas dos días por lo menos antes de que celebremos la reunión general.

Te adjunto la lista de delegados y compañeros que han sido invitados para la Convención, señalándote en la misma al margen los que han contestado de acuerdo, aunque con las dificultades económicas que te puedes suponerle, pero les he contestado que sólo se preocupen por el pasaje de ida, que ya nosotros nos las avendremos con la estancia así como el regreso. Esta determinación la he tomado porque hablando con el General Calles de las dificultades económicas me dijo que él le va a allegar alguna cantidad de dinero de la cual podremos disponer para el sostenimiento de los delegados y su regreso y que en último caso de que esta cantidad no llegara a tiempo, ya se vería la manera de solventar los gastos; lo que él me insinúa es que se le dé el mayor realce a la citada Convención. El general¹² me manifestó que estará en Zacatecas dos días antes del 10 con objeto de hablar con Estrada¹³ para en caso de que él no tenga dinero para ese día como dejó asentado.

¹² Sigue refiriéndose al general Calles.

¹³ General Enrique Estrada.

Respecto de tu credencial, ya te la llevamos.

En tratando de los que hacen propaganda ya hemos tomado en consideración de que sigan en gira los que para esos días estén fuera. Del compañero que deba quedarse en ésta, ya escogeremos al que más convenga.

Hablando de fondos, te digo que, ciertamente, cuando fue a verte Cortés tenía para cubrir la renta del salón y las decenas de Castrejón, pero los gastos imprevistos me han dejado sin esas cantidades.

De la cantidad que me mandas y que ampara documento de que me hablas y que no ha llegado, no me va a ser suficiente, porque tengo que hacer los gastos siguientes: Dos decenas de Castrejón, renta de casa, los elementos para que salga Cervantes Torres, los números del 20 de este mes y el 10 del que entra (me refiero al periódico), los telegramas que debo mandar a todas las agrupaciones para que asistan a la Convención, lo de los delegados de la Vaqueta que llevan representación, lo que alcanza un monto de las de seiscientos pesos.

Respecto de tus asuntos familiares, puedes tener la confianza de que mientras yo esté en ésta, haré todo lo que esté de mi parte.

También quedo enterado de que ya te preocupas por dar algunos elementos para que termine la organización en la región carbonífera, para que pueda estar debidamente representada en la Convención.

Cortés, como dices que estás preocupado porque salió un poco enfermo de San Luis, cábeme el placer de decirte que está bien.

Me comunica José F. Gutiérrez que de las cartas que se le ofrecieron no le han llegado, que sólo ha recibido del general Obregón y en representación, por lo tanto no le sirve, como tú sabes, para que reciba ayuda del que tú tienes conocimiento; yo le pedí una carta al general Calles a fin de que le pueda servir a Gutiérrez para que le ayuden pecuniariamente.

Como te digo en párrafo anterior, nosotros estaremos en Zacatecas, contando con los elementos para ello, como lo esperamos, el día 27 en la noche.

Recibe saludos de los Vaquetones y el particular aprecio de tu compañero, Bohemio.

La carta que sigue carece de firma, pero por su texto se desprende que fue escrita por el mismo que firma la anterior:

México, D.F., febrero 20 de 1920.

Sr. José F. Gutiérrez
Morelia, Mich.

Apreciable "Vaquetón":

Me apresuro a darte contestación a tu grata de fecha 18 de los corrientes y por la que quedo impuesto del contenido de la misma.

De lo que referente a la dificultad por que atraviesas actualmente de las cartas de ayuda te tenían que enviar, te acompaño una carta que me extendió el Gral. Calles y la cual espero que te resolverá en parte las dificultades por que atraviesas.

Mucho celebro el que ya se haya designado delegado representante por ese lugar, para la Convención, pero como el asunto es de suma importancia, convendría que tú te ocuparas de que otros delegados concurrieran a la misma convención, y para el efecto me mandarás decir cuál es el monto de las dificultades y ver si es posible solucionar el caso. Esto, naturalmente, que sea de otros lugares del mismo estado, ya que, como comprenderás, no tendría objeto que todos fueran del mismo lugar.

Es pertinente el que tú concurras a la misma Convención con la credencial de otro centro que tú creas pertinente y lo mismo avísame desde luego, para en esa forma solucionar las dificultades que tengas, advirtiéndote que nos encontraremos en ésta hasta el 26 de los mismos corrientes. Emplea los medios más rápidos para comunicar lo anterior.

Por el mismo correo, te envío los ejemplares del periódico órgano del partido, y espero que te servirán de mucho para tratar la cuestión de la Convención.

Recibe saludos de los camaradas de la "Vaqueta", y con la presente el aprecio de tu hermano,
[Firma] E.M.

La forma como trataban y resolvían los asuntos políticos los líderes de la CROM puede observarse a través de las cartas que siguen:

Sociedad Unificadora de la Raza Indígena
Presidente y representante general Félix E. Ramírez
Oficina segunda. De Matamoros 512.- Apartado Postal 56
Morelia, Mich.
Morelia, Mich; marzo 25 de 1920

Para Luis N. Morones
Belisario Domínguez 40, México, D.F.,

Querido hermano:

Inmediatamente después de mi arribo a ésta púseme en contacto con el compañero Ramírez,¹⁴ haciéndole presente tu saludo. Pasamos enseguida a tratar asuntos del partido y, por los informes amplios que él me ha proporcionado, sé que se encuentran en estos momentos en perfecta desorganización, debido a las circunstancias que enseguida te expongo.

Con la cuestión local, los compañeros están perfectamente desorientados, pues hasta estos momentos no han llegado a ponerse de acuerdo, pero esto sería lo de menos, mejor dicho, sería lo de menos si no se tuviera el fundado temor de que afectará hondamente tanto la cuestión general como la formación del PLM en el estado.

Con motivo de que Rentería Luviano¹⁵ se ha decidido a lanzar su candidatura, de que por acá se sabe que uno de sus decididos partidarios y propagandistas será el General Múgica,¹⁶ y siendo una gran parte de los trabajadores fanáticos adoradores de él, es muy posible, casi seguro, que los elementos se dividirán, porque se espera que Múgica ataque con encono a los elementos que no están con él, procurando con esto que los trabajadores se unan a la propaganda sosteniendo a Rentería, y como gran parte de los trabajadores del estado, en su mayoría campesinos de los pueblos, ya han principiado a trabajar por el ingeniero García de León, seguramente que los que no estén conformes con ninguno de los dos se unirán resueltamente a la candidatura de Larrauri que, como sabes, es el candidato enviado por el centro. Naturalmente, se deja ver que, con esa división en las filas de los trabajadores, es también muy posible

que fracasen los trabajos que se emprendan a favor del candidato presidencial del PLM, cosa que ya se deja entrever, pues has de saber que los compañeros que en ésta forman el PLM ahora se encuentran desconfiados y hasta casi se avergüenzan de haber pertenecido al partido, porque temen que Múgica se los reproche.

El triunfo de la candidatura de Larrauri como gobernador sería un fracaso no sólo de los trabajadores, sino del obregonismo en el estado, cosa que perjudicaría grandemente a nuestros planes. Hasta hoy, desde que salí de aquí, ningunos trabajos se han emprendido por los compañeros, pues están en espera de que venga Múgica, y como éste, al venir, desarrollará la labor a que antes me refiero, es decir, dividirá el elemento trabajador, te sugiero la idea de que veas si es posible que Obregón se dirija a Múgica indicándole la conveniencia de que se abstenga de hacerlo. Tengo entendido que éste es obregonista y que bastaría una indicación del candidato.

Hoy mismo hablaré con los compañeros para saber cuál es su resolución, e inmediatamente te comunicaré el resultado. En cuanto a los medios de propaganda, hoy más que nunca urge que ésta sea activa por todo el estado, y para ello contaremos con la ayuda del compañero Ramírez, que será en la medida de sus posibilidades, pero decidida. Sé que Ballesteros ha insinuado algunos compañeros que Yúdicco estaba comprometido con García de León.

En mi próxima te daré más amplios detalles de la actitud de los compañeros; pero te recomiendo que la cuestión de la carta a que aludo, la estudies, para ver hasta qué punto es conveniente, teniendo en cuenta que al venir Múgica por acá, se tendría como resultado la división.

A vuelta de correo envía tu opinión sobre este particular. El compañero Ramírez corresponde debidamente tu saludo. Yo también envío el mío para todos los compañeros en general y en particular para los del A. de la V.¹⁷

José F. Gutiérrez [rúbrica]

[Manuscrito y con lápiz se lee, en clave, lo siguiente: —71K8 1 7 3 1 21 6 89
K8 5-e7 8—0 8 6 2i—31—2i 1 7-8 0 7—6 K8—8 1 0 2i 8 3 K8 2i 1 7 e7 9
6 K8 e7—7 0 1—e7 3 7—4 6 9 1 K8 e7]

[Al margen, impreso, se lee lo siguiente: Talleres de Tipografía y Encuadernación a cargo de E. Ibarra y Allende. Carpintería, ebanistería, tapicería y decoraciones bajo la dirección técnica del señor Manuel Guerrero. Todos los trabajos

¹⁴ Félix C. Ramírez, líder obrerista michoacano.

¹⁵ Gral. José Rentería Luviano.

¹⁶ Gral. Francisco J. Múgica.

¹⁷ Apostolado de la Vaqueta.

se hacen de un perfecto acabado y de buen gusto artístico. Nuestros precios no admiten competencia. Dirección de los talleres: 8ª Calle de Aldama número 154. Teléfono C284.]

Marzo 30
José F. Gutiérrez
2ª de Matamoros 412
Morelia, Mich.

Enterado de tu comunicación de fecha 25 del presente, te manifiesto que Luis ha tomado en consideración tus indicaciones y ya procura entrevistar a el General Mújica; también nos dirigimos a los camaradas del partido para que con la orientación que tú les des puedan encauzarse los trabajos.

Con respecto a la clave, queremos que te fijas que se coordina en escuadra pues no hemos podido traducir lo que nos mandas decir.

Por la Justicia,
El secretario.

Tampico, Tamps., abril 7 de 1920.

Querido Luis:¹⁸

A reserva de darte más detalles, te dirijo la presente para manifestarte que el día que llegué a esta ciudad salió el compañero Mariano Menites en comisión del Partido Socialista de este puerto, con el objeto de solicitar ayuda pecuniaria. Para el efecto, llevaba cartas para Obregón, Gil,¹⁹ para el PLM y otras varias personas que no conozco.

A mí me parece que el procedimiento de llevar cartas de esta naturaleza, en las que según entiendo se dice de una manera franca que se solicita dinero (a excepción de la que lleva para el PLM que no dice de una manera clara de

¹⁸ Luis N. Morones.

¹⁹ Emilio Portes Gil.

dinero), no es adecuado y da lugar a que se juzgue mal de todos, por lo mismo te lo aviso para que sepas a qué atenerme a este respecto.

Sigo en el desempeño de mi comisión, y hasta ahora sólo puedo decirte que en lo general va bien.

Saludos a la Vaqueta.

Estuve con Valdés en Lerdo, y me dijo que aún no recibía los distintivos.
Ricardo Treviño [rúbrica]

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 7 de julio de 1935, año IX, núm. 295, pp. 1-2.

VICENTE FERRER ALDANA
NARRA SU EXPERIENCIA REVOLUCIONARIA

FIGURAS OSCURAS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA
Vicente Ferrer Aldana, un tipo inquieto a quien la Revolución rusa
le grabó en su mente la idea de hacer lo mismo en México

Las dos primeras décadas del siglo actual dieron a México tipos extraordinarios y costumbres únicas, que sirven para describir no sólo los perfiles, sino también el espíritu de la Revolución mexicana.

Entre esos tipos extraordinarios no solamente figuran los caudillos y los gobernantes, sino aquellos que contribuyeron silenciosamente en la formación de un espíritu representativo de una época.

Vicente Ferrer Aldana, quien murió hace más de ocho años, es, quizás, una de esas figuras populares cuyas inquietudes espirituales de 1908 a 1921 servirán para quienes escriban la historia de la Revolución mexicana.

Ferrer Aldana era un tipo que en la narración que empieza en este número aparecerá algunas veces demasiado novelesco, pero cuya figura ha sido trazada con toda fidelidad por el redactor de *La Opinión*, quien tuvo oportunidad de seguirlo paso a paso en los últimos días de su vida.

CAPÍTULO I

Con grandes bultos de periódico bajo el brazo, caminando a pasos cortos, pero devorando cuadra tras cuadra; balanceando ligeramente el cuerpo, como para imprimir mayor velocidad a sus pasos; inflamando continuamente las mejillas, para dejar salir un recio soplo, como la caldera que expulsa el vapor sobrante; dejando correr tranquilamente por el rostro gruesas gotas de sudor, lo mismo en el verano que en el invierno; tosiendo nerviosamente cuando hacia algún alto, Vicente Ferrer Aldana entraba radiante, día a día, al inmenso patio de la Escuela Nacional Preparatoria, en la Ciudad de México, para luego continuar a la Escuela de Leyes y, por fin, a la Facultad de Medicina.

Después de toser, colocaba los periódicos en el suelo, con calma se limpiaba el sudoroso rostro y dejaba que los estudiantes, curiosos los unos, interesados otros y burlones los terceros, se acercaran a él.

Cuando los estudiantes lo rodeaban, empujándose los unos a los otros para acercarse más, Ferrer Aldana se mojaba el dedo en la lengua, recogía uno de los bultos y empezaba a repartir periódicos. Los estudiantes gritaban, se arrebataban las hojas repartidas, estrujaban al repartidor.

Ferrer Aldana, bajo su cuerpo regordete, mofletudo, perdido entre la multitud estudiantil, tosía y volvía a toser, sudaba sin parar, se mojaba el dedo en la lengua una y muchas veces, e incansablemente continuaba la repartición.

—*Anden, muchachos, anden, muchachos*—decía en voz baja, alzando sus cortos brazos, pretendiendo evitar que los periódicos le fueran arrebatados bruscamente.

Cuando terminaba de repartir, se metía las manos a los bolsillos y después de dar a diestra y siniestra varias docenas de folletos, daba la media vuelta, caminando a pasos cortos, inflando los cachetes y lanzando fuertes resoplidos.

Así iba incansablemente de escuela en escuela por las mañanas. Por las tardes, se presentaba a las puertas de las fábricas, repartiendo también sus periódicos y sus folletos.

UN REVOLUCIONARIO

Corría el año de 1918 y Vicente Ferrer Aldana frisaba en los treinta y siete años.

Se decía revolucionario, asegurando que había nacido al calor de una conspiración contra el general Porfirio Díaz y no se cansaba de repetir a sus amigos y conocidos la corta y pintoresca historia de su vida.

Aparentemente y cuando se entusiasmaba en la conversación, llegaba hasta parecer un charlatán o un buscador de gajes revolucionarios.

Aseguraba conocer las intimidades de todos los hombres de la Revolución; calificaba la obra de propios y extraños; se vanagloriaba de recorrer las antecámaras ministeriales sin ser detenido por los hujieres y, en alguna ocasión, se acercó a Venustiano Carranza, el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y Encargado del Poder Ejecutivo, entregándole una hoja subversiva.

Había figurado como líder de la Casa del Obrero Mundial; había escrito un libro, junto con una recopilación de las leyes agrarias expedidas desde 1915, y había recorrido la mayor parte de la República, de la que daba cuenta en todos sus detalles.

UN GRAN MEMORISTA DE LA REVOLUCIÓN

Haciendo gala de una memoria prodigiosa, Ferrer Aldana relataba la impresión que le causarían los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón, cuando publicaron en la Ciudad de México *Regeneración* y después *El Hijo del Ahuizote*; la iniciación de los trabajos del Partido Antirreeleccionista, cuando apenas veinte personas a lo sumo asistían a las reuniones presididas por Francisco I. Madero; daba santo y seña de toda la campaña presidencial maderista; recordaba la fecha de los combates de la Revolución de 1910 y de los hombres que en aquel entonces figuraron.

Preso en 1913, residente en los Estados Unidos más tarde, alto empleado del gobierno de Chihuahua al triunfo de la revolución constitucionalista; redactor de las primeras resoluciones agrarias que se dictaron en México por el gobernador del estado de Guanajuato, Dr. José Siurob, había sido hombre de buena fe; revolucionario convencido y, por fin, el escéptico que sin dejar

de amar sus ideales lucha por costumbre, por entretenimiento, por vicio, más que por pasión.

En los últimos meses de 1917 visitó uno a uno a los diputados y senadores que formaban la xxvi Legislatura, en busca de ayuda para hacer un periódico diario.

Los diputados y senadores sonreían u ofrecían estudiar el proyecto, o terminantemente lo rechazaban.

—*Será un periódico revolucionario, compañero* —insistía Ferrer Aldana.

Y esperaba pacientemente a los diputados que salían a descansar al oscuro pasillo del Palacio del Factor, o bien los detenía a la salida del edificio.

CÓMO HIZO, POR FIN, EL PERIÓDICO PROYECTADO

Cuando perdió las esperanzas de obtener ayuda para el periódico que trataba de fundar, un día compró unas tablas viejas, alquiló un carro y llevó todo a los llanos de Balbuena.

Levantó un jacal, construyó una cerca y puso un rótulo: “La Revolución nos ofreció un pedazo de tierra: la he tomado”.

Continuó luchando y bajo aquel jacal puso una vieja prensa mecánica y luego varios peñazos cargados de tipo viejo y lanzó a la publicidad una hoja. Se llamaba *Tierra y Libertad* y era un tirón de amarguras, de quejas y de anatemas contra quienes había ofrecido al pueblo el oro y el moro.

La Revolución había estallado en Rusia y el Partido Bolchevique se había apoderado del poder. Ferrer Aldana se hizo bolchevique.

Corrió al Sindicato de Panaderos y a la Federación de Sindicatos Obreros del Distrito Federal, dando a conocer la nueva; sembró la Ciudad de México de hojas en las que se leía: “La Revolución Mexicana debe de transformarse en Revolución Rusa y acabar con todos los parásitos”; acudió a los estudiantes pretendiendo convencerlos de la necesidad de que fueran los primeros defensores de los bolcheviques y, por fin, logró reunir a numerosos americanos que, negándose a tomar las armas cuando los Estados Unidos declararon la guerra a las potencias centrales, se habían refugiado en México.

Los *slackers* americanos constituyeron el primer grupo que en México agitó la bandera de los bolcheviques rusos.

Ferrer Aldana era el único mexicano aliado de los desertores del ejército americano y desde los primeros meses de 1918 emprendió en su periódico la más recia ofensiva contra la guerra, al mismo tiempo que invitaba a los trabajadores de México a seguir “el ejemplo del proletariado ruso”.

EN EL SINDICATO DE PANADEROS

A mediados de 1918, cargado de periódicos, sudoroso, fatigado, inflando las mejillas para dejar salir fuertes soplos, Ferrer Aldana se presentó en el salón de sesiones del Sindicato de Panaderos de la Ciudad de México, en las calles de Netzahualcóyotl y, ante un grupo de trabajadores que discutían animadamente, ocupó la pequeña plataforma y dijo:

—*Compañeros, ha llegado a esta ciudad un delegado de Rusia...*

Bajó de la plataforma y rápidamente repartió periódicos y hojas impresas, y salió del salón sin dar detalle alguno.

Durante dos días reinó inquietud en el Sindicato de Panaderos.

Las noticias sobre la Revolución rusa llegaban poco a poco; las más hablaban de crímenes sin nombre; de saqueos sin cuento; de terribles actos de bandidaje.

—*¡Todo eso es mentira, es mentira!*... —gritaba Ferrer Aldana y agregaba:— *Cosas de la prensa burguesa que calumnia a nuestros compañeros.*

Los crímenes, los saqueos, el bandidaje que se aseguraba sucedía en Rusia, a través de las agencias informativas, eran recibidos indiferentemente en México.

INDIFERENCIA EN MÉXICO

La República acababa de pasar por tantas cosas: los ricos habían sido obligados a barrer las calles; los curas habían sido encarcelados, burlados y deportados; los altares de las iglesias habían sido transformados en depósitos de armas; las residencias de los potentados habían sido volcadas; las haciendas, las fábricas, las minas, habían sido destruidas en todos aquellos instrumentos que habían sido considerados como medios para una infamante explotación.

Si las causas de la Revolución rusa eran conocidas y propagadas, no así los efectos.

¿Qué clase de gobierno es el nuevo gobierno ruso? ¿Qué conquistas ha obtenido el proletariado? ¿Quién es quién entre esos hombres que parecen surgidos de la noche a la mañana, y que dominan el vasto territorio? ¿Quiénes son los osados que se enfrentan al mundo entero proclamando el advenimiento de una nueva era?

He aquí las preguntas que surgían especialmente en los centros obreros de México, donde por vez primera se llevaba el pensamiento más allá de las fronteras.

Y era Ferrer Aldana el primero que corría incansablemente dando explicaciones después de escuchar a los *slackers*.

UN CONGRESO SOCIALISTA

Los desertores del ejército americano formaron una agencia de noticias que a duras penas se encargaba de propagar Ferrer Aldana, hasta el día que anunció que había llegado un representante del nuevo régimen ruso.

Y después de anunciar la llegada del delegado de la nueva Rusia, el agitador entusiasta llamó a la puerta de los hombres más significados en el movimiento obrero mexicano y los invitó a tomar parte en un congreso socialista.

Entre los invitados se encontraban Luis N. Morones, el coronel Ciro Esquivel, la profesora Elena Torres, el licenciado Santibáñez, dos altos empleados de la Casa Wagner y Levien, José Allen y varios estudiantes.

El congreso se efectuó bajo la dirección de Manabendra Nath Roy, un líder nacionalista de la India: alto, delgado, pálido, nervioso. Figura atrayente por sus maneras; persuasiva por sus ideas; novelesco por sus aventuras; misteriosa por su origen.

(Continuará el próximo número).

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, viernes 31 de enero de 1930, año iv, núm. 138, p. 3.

EL TRABAJO INICIAL DEL COMUNISMO EN MÉXICO
Felipe Carrillo Puerto fue de los primeros líderes que acogieron
con calor la labor desarrollada por Vicente Ferrer Aldana

CAPÍTULO II Y ÚLTIMO

Durante el Congreso Socialista en la Ciudad de México, Vicente Ferrer Aldana pudo comprobar cómo los deseos de los hombres no se realizan si para ello no hay afinidad de ideas, y cómo los entusiasmos de una multitud son tan pasajeros como los éxitos de los hombres si esos entusiasmos o esos éxitos no son llevados hasta conquistar una victoria o alcanzar una gloria.

Aunque entre esos delegados al Congreso Socialista Mexicano las tendencias parecían marcar un solo camino —la revolución—, tres grupos dominantes aparecieron bien pronto, señalando cada uno de ellos diferentes tácticas.

Morones señaló la necesidad de poner un pie sobre el terreno de la administración carrancista, apoyado por el secretario de Gobernación, Manuel Aguirre Berlanga; Manabendra Nath Roy indicó la conveniencia de romper con todos los elementos oficiales, volcando los entusiasmos que la Revolución rusa había producido entre las masas mexicanas hacia otra revolución violenta

y rápida, mientras que un tercer grupo encabezado por el licenciado Santibáñez rechazó todo acto de violencia.

Ferrer Aldana, temiendo anticipadamente el fracaso de sus primeros esfuerzos, pronunció discursos que a veces eran incendiarios, para luego bajar al tono más humano y sentimental.

TODOS LOS MEDIOS SON BUENOS CON TAL DE LLEGAR AL FIN

Habla Ferrer Aldana, con voz suave, a veces un tanto fatigada por las constantes interrupciones que le producía su tos seca y nerviosa, deteniéndose para decir, cuando creía descubrir escepticismo entre sus compañeros:

—*¡No discutan más, compañeros, todos los medios son buenos con tal de llegar al fin!*

Pero Ferrer Aldana esperaba preferentemente los momentos de receso para impresionar a los asistentes a la convención. Se acercaba a ellos, inflaba las mejillas para luego dejar salir un fuerte soplo y explicaba el significado de una revolución social:

—*¿Usted dice que hay necesidad de apoyarnos en el gobierno?* —decía Ferrer Aldana al delegado que parecía apoyar la tesis de Morones—. *Muy bien, compañero, muy bien, el caso es imitar a Rusia. Mire usted —agregaba con vehemencia—, convertiremos al Castillo de Chapultepec en la residencia de los poetas, al Palacio Nacional lo haremos el museo más grande del mundo, los grandes edificios serán almacenes de la comunidad; todos esos barrios infectos del Zócalo para el este y para el norte los dinamitaremos y vamos a convertir a México en la ciudad jardín... Vea usted, compañero, que todo esto es muy hermoso ¡y lo conseguiremos si estamos de acuerdo todos para hacer la revolución!...*

TRES GRUPOS DEFINIDOS

Los anhelos de Ferrer Aldana, sin embargo, quedaron destruidos. La división se produjo en el seno del Congreso; tres grupos quedaron organizados. De

uno de ellos habría de surgir el Partido Laborista, de otro el Socialista y del tercero el comunista. Los comunistas parecían dominantes. Roy logró atraer a su elegante residencia en las calles de Mérida a un gran número de amigos, entre los que se encontraban algunos intelectuales mexicanos. Y Ferrer recorrió nuevamente sindicatos; visitó diariamente los centros estudiantiles; editó varios folletos explicando lo que era el bolchevismo. Una noche salió violentamente para Tampico, regresando una semana después y haciendo imprimir grandes carteles en los que se leía: “*El Bolchevique*, un periódico bolchevique; el primer periódico soviético en México”.

El Inspector General de Policía se presentó en el jacal donde Ferrer Aldana había instalado su imprenta y le dijo:

—*De orden del señor presidente de la República, deberá usted retirar de la circulación esos carteles.*

Ferrer Aldana obedeció silenciosamente, pero semanas más tarde, instalándose en la calle de las Estaciones y después de haber adquirido una vieja prensa plana de dimensiones colosales, hizo aparecer *El Comunista*, *Tierra y Libertad* y *El Libertario*.

ACTIVIDAD CENTUPLICADA

La actividad de Ferrer Aldana fue centuplicada. Pronunciaba discursos, repartía hojas y periódicos, discutía planes editoriales; de pie, frente a los peñales, llenaba componedor tras componedor con palabras subversivas, trasladando directamente el pensamiento al tipo. Por las noches asistía a las reuniones en la residencia del indio Manabendra Nath Roy, donde entre sorbo y sorbo de té eran discutidos los problemas sociales de México, de Rusia y de la India.

Los concurrentes a las reuniones iban desertando poco a poco conforme avanzaba la hora. Cerca de la medianoche sólo quedaban los amigos íntimos. Los miembros del Comité del Partido Comunista, quienes casi en secreto hablaban sobre la llegada de un notable personaje ruso.

DECAEN LAS ESPERANZAS

En los primeros meses de 1920, las esperanzas de hacer una revolución bolchevique en México empezaron a decaer. El poderío del gobierno bolchevique en Rusia parecía amenazado por las contrarrevoluciones; la revolución alemana parecía haber fracasado definitivamente; los obreros de Italia parecían haber desistido de las barricadas; la dictadura comunista de Hungría había caído ruidosamente; las ilusiones de una guerra civil en Inglaterra y los Estados Unidos habían sido perdidas; los momentos de agitación en Argentina y España parecían haber sido sofocados.

Fue precisamente en esos momentos en que toda esperanza en la acción violenta era perdida, cuando numerosos socialistas mexicanos aumentaron las filas del Partido Laborista Mexicano. Morones había sabido así aprovechar inteligentemente la situación creada entre las masas obreras de México.

JOYAS EN CAMINO

Sin embargo, Vicente Ferrer Aldana, seguido de unos cuantos, continuaba lleno de entusiasmo.

—*Vienen en camino las joyas del zar de Rusia; las venderemos aquí y con el producto de ellas compraremos armas y parque para hacer la revolución social...* —dijo Ferrer Aldana al oído de los más escépticos—. *Entre las joyas viene la corona del zar, ¡cuajada de brillantes, de esmeraldas, de rubíes y de cuanta piedra preciosa existe en el mundo!* —agregaba Ferrer Aldana.

Pero como ni así lograra contener la ola momentánea de pesimismo, una noche convocó a los comunistas mexicanos a una reunión en el local donde se encontraba la imprenta, que era un largo y estrecho salón; había sido pulquería y las paredes estaban llenas de las más fantásticas pinturas, de los más chillantes colores.

Teatralmente había preparado Ferrer Aldana un rincón del salón, despachando a sus obreros a temprana hora a pesar de la costumbre de trabajar hasta la medianoche.

En silencio fueron llegando uno a uno los invitados. Inquieto siempre, apareciendo más misteriosamente que nunca, Ferrer Aldana pidió, anticipadamente, la mayor reserva para el asunto que había de tratar, anunciando la presencia de Felipe Carrillo Puerto, único miembro del Comité Ejecutivo del Partido Comunista Mexicano que asistía a la asamblea.

CÓMO ERA CARRILLO PUERTO

Con sus ojillos verdes, inquietantes y hundidos bajo las espesas cejas, y moviendo pesadamente su cabeza chata, cortada a plomo por atrás, mientras que por los lados era voluminosa y por la frente soltaba un mechón anguloso, macizo, enérgico, dejando así dos entradas pronunciadas; con un aire sombrío aumentado por un gesto eternamente escéptico del labio superior, seguido de un notable fruncimiento de dos surcos en la frente, trazados de derecha a izquierda, Felipe Carrillo Puerto siguió a las primeras palabras explicativas de Ferrer Aldana.

Asistían a la reunión cerca de treinta personas, entre las que se encontraban líderes obreros y campesinos, estudiantes y maestros de escuela.

—*Esta reunión no es oficial* —aclaró Ferrer Aldana—, *pero el Comité del Partido Comunista Mexicano ha autorizado al compañero Carrillo Puerto para que informe en caso necesario.*

Ferrer Aldana se detuvo, tosió nerviosamente y agregó:

—*Ya el Partido Comunista ha sido reconocido por la Tercera Internacional de Moscú. Por vez primera, los trabajadores de México han estado representados en un Congreso Obrero Internacional; el compañero Francisco Seaman asistió al Congreso Comunista de Moscú en nuestro nombre. Y como ya hemos sido reconocidos por los bolcheviques, viene un compañero ruso trayendo las joyas de zar que serán rematadas aquí para destinar su producto para la revolución social latinoamericana.*

Se volvió Ferrer Aldana hacia Carrillo Puerto, quien hizo un gesto enérgico de aprobación y continuó diciendo:

—*La revolución comunista en México será llevada a cabo pronto, dirigida por el Partido Comunista Mexicano, teniendo la seguridad de que seremos apoyados por los*

trabajadores americanos en caso de que el gobierno de los Estados Unidos intervenga en México, cuando vea que de un golpe damos fin a la propiedad privada.

ESTUDIANTES Y MAESTROS COMUNISTAS

Y tosiendo siempre y volviéndose también siempre hacia Carrillo Puerto, quien lo animaba con gestos cada vez más enérgicos, Ferrer Aldana hizo el balance de la situación internacional, para luego hacer propaganda catequista y terminar pidiendo que todos los asistentes se inscribieran en el Partido Bolchevique en México. Fue así como un gran número de maestros de escuela y estudiantes de las diversas facultades quedaron aquella noche comprometidos solemnemente a trabajar a favor de una pronta revolución en México.

Cuando Ferrer Aldana consideró haber obtenido sus propósitos, cedió la palabra a Carrillo Puerto.

Perezosamente se puso Carrillo Puerto en pie, y dijo:

—*Compañeros...*

Dejó caer bruscamente la mano sobre la mesa, irguió sus anchas espaldas de campesino y, sin levantar la vista, dejando correr la mirada por el enladrillado del piso de la estancia, agregó con voz un tanto tipluda:

—*Compañeros... Pero como se los he dicho a los compañeros de Yucatán, ya saben que esta empresa no se va a resolver fácilmente... Ya saben que todo se resolverá a punta de bayoneta y a fuego de ametralladora... Carranza está por caer y debemos ser obregonistas para aprovechar el movimiento, realizando la revolución social en México...*

Tranquilamente se dejó caer en su asiento Carrillo Puerto, mientras que Ferrer Aldana abría un libro de caja en blanco, e invitaba a todos los asistentes a la reunión a estampar su firma.

VARIOS SE NIEGAN A FIRMAR

Como solamente dos o tres estudiantes se rehusaran a firmar, Ferrer Aldana les dijo:

—*¡Siempre la juventud dorada ha de dar la nota de discordia!*

Mientras que Carrillo Puerto agregaba:

—*No tengan miedo, niños, que hasta los partos son dolorosos...*

—*Compañeros, estas firmas las voy a entregar al secretario general del Partido Comunista, quien los convocará oportunamente, advirtiendo que todo lo que aquí hemos hablado debe quedar en secreto, estamos dispuestos a castigar a los indiscretos.*

El estrecho y oscuro salón que había sido ocupado por una pulquería, primero, y después por la imprenta donde fue impreso el primer periódico comunista en México, era el centro de las actividades bolcheviques en la capital mexicana.

Numerosos extranjeros, la mayor parte de ellos de origen ruso, entraban a la imprenta día y noche, unos para introducir los boletines que llegaban de Rusia, otros para discutir los medios de propaganda y los terceros para entregar cuartillas para *El Comunista*.

UNA DESCONSOLADORA NOTICIA

Mientras tanto, ansiosamente era esperado el delegado de la Tercera Internacional en cuyo equipaje había de llegar la corona del zar.

Los jefes del Partido Comunista Mexicano se mostraban reservados en extremo sobre la anunciada llegada del personaje comunista, aunque Ferrer Aldana al oído de los incrédulos continuaba asegurando que de un momento a otro *El Comunista* aparecería diariamente, como consecuencia de la venta de los diamantes, de las esmeraldas y los rubíes.

Pero mientras Ferrer Aldana, continuaba haciendo los proyectos para una revolución, los partidarios del general Álvaro Obregón formalizaban los planes para un movimiento armado para derrocar a la administración carrancista.

Y corría el mes de marzo cuando una noticia publicada por los periódicos diarios pareció romper nuevamente las ilusiones de los comunistas mexicanos. El gobierno de la República de Cuba, decía un despacho, había atrapado a un bolchevique ruso cargado de joyas, consideradas como pertenecientes

a la familia real moscovita. Ferrer Aldana guardó silencio y durante varios meses no volvió a hablar de los diamantes de la corona del zar.

SE RETIRA CARRILLO PUERTO

Además, un nuevo momento de crisis hubo de producirse en las filas del Partido Comunista Mexicano, cuando Felipe Carrillo Puerto, seguido de otros elementos, resolvió retirarse del partido, que a su vez le exigía un rompimiento con el partido obregonista al que abiertamente se había entregado.

Carrillo Puerto había hecho un juramento ante el Comité Ejecutivo del Partido Comunista Mexicano, comprometiéndose a tomar parte en la dirección de la revolución bolchevique que había de estallar en México.

Los últimos días de abril y los primeros de mayo de 1920, afectaron seriamente a Ferrer Aldana, *El Comunista* fue suspendido y el activo partido del bolchevismo se vio abandonado por muchos amigos.

FRENTE A OBREGÓN

El triunfo de Obregón le reanimó confiando que esto causaría una reacción entre los elementos tibios y, así, acompañado de algunos jóvenes, el día que el general Obregón, al frente de sus fuerzas, entraba victorioso a la Ciudad de México, se plantó en la avenida Francisco I. Madero, frente a la joyería La Esmeralda, diciendo a sus amigos:

—*Cuando pase Obregón, lancen vivas al bolcheviquismo y vamos a ver si podemos organizar una manifestación llamativa...*

Y cuando Obregón, a caballo, tostado por el sol, con una pequeña y rizada barba, con un sombrero de Panamá arriscado y detenido con un barboquejo apretado reciamente y sonriente, apareció, seguido de cientos de hombres armados, harapientos, fatigados, que marchaban sin ton ni son, deteniéndose de vez en cuando para vitorear al caudillo, Ferrer Aldana se volvió a sus amigos y les dijo:

—*Ahora muchachos: ¡Viva la Rusia roja!*

—*¡Viva!*

—*¡Viva el bolchevismo!* —agregó.

—*¡Viva!* —respondieron sus amigos.

—*¡Viva!* —dijeron también los soldados obregonistas.

Obregón, sonriente, inclinando ligeramente la cabeza, dirigió un saludo a Ferrer Aldana.

Ferrer Aldana quedó desconcertado: Obregón había confundido al agitador comunista con un amigo.

Así fracasó el intento del entusiasta que creyó levantar a un pueblo al grito de “Viva la Rusia roja”.

LUCHANDO AÚN

En las semanas de decadencia, Ferrer Aldana cambió su imprenta a un viejo galerón del callejón de la Santa Veracruz.

Victorioso el obregonismo, el líder comunista se lanzó en busca de los elementos zapatistas que al triunfo del Plan de Agua Prieta habían entrado a la Ciudad de México y a cuyo cargo se encontraba el licenciado Antonio Díaz Soto y Gama.

—*Zapata era bolchevique y entre sus partidarios voy a encontrar nuevos partidarios del comunismo* —repetía Ferrer Aldana, mientras corría de un lugar a otro pretendiendo conquistar a los zapatistas.

Soto y Gama organizaba entonces el Partido Nacional Agrarista, y Ferrer Aldana lo invitó para que los agraristas efectuaran una reunión en la esquina del galerón donde se encontraba la imprenta.

Desde ese momento el agitador cifró todas sus esperanzas en los zapatistas y en su periódico *Tierra y Libertad*, del que muchas veces hacía aparecer únicamente cincuenta ejemplares por falta de papel, donde presentaba al Partido Agrarista como un partido de la Revolución rusa y de los métodos bolcheviques.

Confiando plenamente en los agraristas, Ferrer Aldana desapareció de los centros obreros radicales de la Ciudad de México, en cuyo desarrollo había tenido tanta influencia.

De vez en cuando se presentaba en los centros obreros para explicar los progresos que hacía entre los que él llamaba los “pequeños burgueses”, dando también cuenta de la organización de los Caballeros de la Humanidad.

UNA PINTORESCA AGRUPACIÓN

Los Caballeros de la Humanidad ha sido quizás una de las organizaciones más pintorescas que hayan existido en México en el siglo actual. Era una sociedad a la que se pretendió dar el aspecto misterioso de la masonería liberal, quizás con el objeto de constituir una “masonería socialista”, al mismo tiempo que fue señalada como la tribuna “más revolucionaria de México”.

Abiertamente, los Caballeros de la Humanidad, entre los que había grandes maestros y arquitectos de varios grados, proclamaron su adhesión a la Revolución rusa, aunque con reservas. En las reuniones públicas, discutían los principios del comunismo, mientras que en las secretas a las que solamente tenían acceso cierto número de privilegiados, todos los miembros eran sometidos a las más sensacionales pruebas y a los más ridículos juramentos.

Pertenecían a los Caballeros de la Humanidad numerosos políticos que más tarde ocuparon prominentes puestos en la administración pública; la mayor parte eran profesionistas, contándose entre ellos a varios empleados del ramo judicial y a casi todos los empleados de la Comisión Nacional Agraria, entre ellos el licenciado Miguel Mendoza L. Schwertfeger.

Cerca de doce meses dedicó Ferrer Aldana todas sus actividades para el engrandecimiento de los Caballeros de la Humanidad, y así como un año antes había anunciado la llegada de un delegado ruso cargado de joyas del caído zar, así, a media voz, anunciaba los preparativos de una revolución comunista que había de ser dirigida por los nuevos Caballeros.

REPUDIADO POR LOS COMUNISTAS

Separado voluntariamente del Partido Comunista Mexicano, no fue sino hasta principios de 1922 cuando Ferrer Aldana solicitó su reingreso, pero habiéndosele negado por considerarse que había faltado a sus primeros compromisos, con una sonrisa escuchó el cargo, para asegurar que por su cuenta haría la revolución social en México.

Desde entonces diariamente fue visto el agitador en los pasillos de la Cámara de Diputados y del Senado repartiendo hojas y folletos y pidiendo ayuda económica para la propaganda revolucionaria. Sostenía dos periódicos, cada uno de los cuales señalaba una distinta orientación, lo que explicaba de la siguiente manera:

—Un periódico sirve para los diputados y senadores; en él les hago elogios, propagando lo que me pidan, con tal de que me den dinero. En el otro sólo entra propaganda comunista. A uno lo sostengo con el otro. Además, los dos me sirven para tratar de convencer a los diputados y tengo la seguridad de que antes de un año formaré un bloque comunista en las dos cámaras.

Lleno de ilusiones pasó casi un año más Ferrer Aldana.

UN PLAN REVOLUCIONARIO

En los últimos meses de 1922 repartió profusamente una hoja impresa. Era un plan revolucionario, firmado en un punto del estado de Durango e invitando al pueblo mexicano a levantarse en armas para establecer la dictadura del proletariado.

Había de ser esta hoja su último canto para la revolución comunista... En los últimos días de 1922 murió repentinamente.

Más de cincuenta obreros acompañaron silenciosamente el cadáver del hombre que había pasado sus últimos años llevando el entusiasmo que le provocara la Revolución rusa, hasta un pequeño cementerio en la árida falda del Cerro del Peñón.

El Estado constitucional. Sus inicios

Cuando llegó el cadáver al cementerio, era ya avanzada la hora del día; los sepultereros habían terminado la faena. Y fueron los amigos que acompañaron el cuerpo quienes personalmente dejaron deslizar suavemente el ataúd en la fosa, cubriéndola piadosamente de tierra.

(Fin).

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, viernes 7 de febrero de 1930, año IV, núm. 145, pp. 2, 11.

OBREGONISMO

EL BUEN HUMOR DEL PRESIDENTE OBREGÓN

Santiago R. de la Vega, gran caricaturista,
cuenta cómo hacía sus chistes Obregón

Aunque la caricatura política ha pasado de moda en México, Santiago R. de la Vega continúa siendo el primer caricaturista político mexicano.

Sencillo en el estilo, cruel en la intención, humorístico en la leyenda, Santiago R. de la Vega llenó con sus caricaturas toda una época del México político.

Ahora De la Vega ya no hace caricaturas, sino cuando está conversando con sus amigos. Mientras platica, mueve rápidamente el lápiz sobre el papel y pinta monos y más monos; en unos cuantos minutos hace desfilas a todo el mundo político mexicano; pero como está retirado del arte, no permite que nadie vea las caricaturas que hace; rompe el papel, se guarda los pedazos en su bolsillo. E insiste en que no hará más caricaturas aunque le paguen una millonada.

Prefiere ahora De la Vega pasar el tiempo entre las labores periodísticas y entre los bastidores del Palacio de Bellas Artes, del que es director con un sueldo de doce mil pesos al año, con las sonrisas de las bailarinas y con el “salud,

camarada” de los obreros, que muy a menudo ocupan el elegante teatro para hablar de cuestiones sociales.

La causa por la cual ya no hace caricaturas, ni las hará “ni por una millonada”, parece ser el secreto de la vida de Santiago R. de la Vega. Cuando se le pregunta si es por una causa política, habla de sus aventuras revolucionarias y refiere cómo en dos ocasiones escapó de ser fusilado; cuando se le interroga si por alguna causa amorosa, de un tremendo salto, lanza una carcajada y exclama:

—*No me meta en esas cosas... ¡Hombre, usted quiere echarme a perder la vida!*

IBA A SER ACTOR

Con un tipo de lince, amplía la frente con dos profundas entradas; con una cabellera siempre revuelta, como si acabara de abandonar el lecho; con unos ojillos de mirada penetrante, con una boca con la cual tras de lanzar cualquier piquete para amigos y enemigos, dibuja una sonrisa llena de sarcasmo, De la Vega es hombre capaz de hablar veinticuatro horas consecutivas, sin hacer decaer por un momento la atención de los oyentes.

Tiene De la Vega un poco de actor y hasta se cuenta que en sus mocedades pensó dedicarse al teatro, pero que un buen día, y teniendo escasamente veinte años, se le ocurrió convertirse a la política. No faltó quien le dijera que tenía una pluma capaz de provocar la caída de un tirano, y entonces renunció a probables triunfos teatrales y se dedicó al arte de la pluma, con la que ciertamente si no en artículos, sí con monos logró una verdadera celebridad. El nombre de una revista política que tanto daño causó al gobierno de don Francisco I. Madero —*Multicolor*— irá siempre unido al de Santiago de la Vega.

DE MONTERREY

Empezó De la Vega su carrera de dibujante político al lado de los Flores Magón. De Monterrey, de donde es originario, empezó a enviar sus primeros

artículos y sus primeras caricaturas. Y cuando habla de su pueblo natal, De la Vega dice muy serio:

—*Como soy de Monterrey, no pude salir más que caricaturista y un mal político; si hubiera nacido en Lampazos, hubiera sido un famoso general; de nacer en Marín, habría resultado un célebre abogado; pero los de Monterrey no podemos ser más que o muy buenos comerciantes, o muy malos políticos.*

Y comenzando a hablar, difícil se hace detener a De la Vega. Habla haciendo gala de su privilegiada memoria y dándose cuenta de que la sal de su conversación es para dejar boquiabiertos a sus oyentes. Nadie en México sabe más chismes de la política y nadie sabe contarlos con más gracia que el director del Palacio de Bellas Artes.

Si se le pregunta qué sabe de la vida de don José Ives Limantour, se da un golpe en la frente con la palma de la mano; su rostro se ilumina, y exclama:

—*Válgame, pero qué pregunta me hacen... Verá usted: Limantour.*

Y don Santiago da comienzo a su narración. Él mismo hace el festejo de la anécdota. Antes, por supuesto, pinta el ambiente con los más vivos colores. Describe la casa de Limantour en la avenida Juárez, con las cien puertas, las cincuenta ventanas y los veinticinco pasillos que tiene.

—*Es una casa que tiene tantos vericuetos como los tenía el propietario* —comenta.

En menos de cinco minutos ha olvidado a Limantour para seguir hablando de otros personajes del porfirismo. De todos sabe un sinnúmero de cuentos, y tarda no menos de una hora para referirlo todo, y como si acabara de comenzar a hablar, vuelve sus pasos para seguir sobre Limantour.

LOS CHALECOS DE DOZAL

Y así como habla de Limantour, habla del general Obregón. Obregón ocupando la presidencia de la República gustaba pasar ratos de solaz a costa de sus colaboradores. Para cada uno de sus ministros tenía siempre algún chiste oportuno, pero de vez en cuando el presidente agotaba su ingenio y entonces hablaba por teléfono a De la Vega, para que éste le ayudara.

Una de las tantas veces que el general Obregón pidió la colaboración de De la Vega, dijo a éste:

—Oiga, De la Vega, ¿no sabe usted lo que me choca el subsecretario Dozal? [subsecretario de Agricultura]. *Sobre todo me choca el chaleco que usa. ¿Se ha fijado usted? Hombre, ayúdeme a hacer un chiste a costa de Dozal, a ver si hacemos que cambie el estilo de los chalecos.*

Unas cuantas horas después, el presidente de la República enviaba a la oficina de De la Vega a uno de sus ayudantes a recoger los versos que el caricaturista había ofrecido.

Tanto gustaron a Obregón los versos escritos por De la Vega, que todavía cuando llamó a éste por teléfono, reía jubilosamente.

—*¡Ahora sí que nos vamos a divertir, y ya no veremos más chalecos de Dozal!*... —dijo Obregón a De la Vega por teléfono.

Y el presidente, para llevar adelante su broma, hizo que alguien introdujera en el portafolio de Dozal los famosos versos (que no reproducimos por el subido color que ya pueden imaginar los lectores). Así el subsecretario, al llegar al acuerdo con el general Obregón, extendió ante éste los documentos que llevaba en la cartera. El presidente los empezó a leer y, al llegar al pliego donde estaban escritos los versos, muy serio dijo al ingeniero:

—*¡Pero qué es esto, señor ingeniero Dozal! No sabía que usted era poeta...*

Y Obregón, con aire de ingenuidad, leyó mientras que Dozal, lívido y tembloroso, escuchaba y tartamudeando comentó:

—*No sé... señor presidente... perdone...*

El Presidente no pudo contener una carcajada, mirando con intención al chaleco de Dozal, quien acostumbraba llevar esta prenda de vestir cuajada de botones de nácar. Después de aquel incidente, el ingeniero no volvió a usar tal estilo de chalecos.

La colección de anécdotas políticas de De la Vega es interminable; es fama que también las tiene amorosas; pero éstas las calla prudentemente. Cuentan, por ejemplo, que tuvo una novia a la que pretendió veinticinco años consecutivos, hasta que al fin ambos, de mutuo acuerdo, desistieron de los proyectos matrimoniales que habían hecho durante el cuarto de siglo.

EL CARICATURISTA

Pero vayamos ahora al De la Vega caricaturista que alcanzó, si no el dinero, sí la fama, en las páginas de *Multicolor*.

—*Valía más que no hablásemos de mis caricaturas Multicolor* —dice el actual director del Palacio de Bellas Artes, y agrega: —*Don Pancho Madero murió, y murió de una manera que lo hace digno de respeto, de admiración; han dicho que fue un mártir, y lo acepto aunque fui antimaderista. Pero mi antimaderismo era de izquierda; era por que yo creía que el señor Madero no podía cumplir con los anhelos de los revolucionarios.*

Y no es necesario insistir mucho con De la Vega, ya que mientras hacía la anterior explicación, dibujaba una caricatura del señor Madero: una figurita con una gran cara significada por una espesa barba de candado y unas cejas negras y cerradas.

Eran los dibujantes de *Multicolor* los dos caricaturistas más famosos que ha habido en México: García Cabral y De la Vega. García Cabral, fino, elegante, discreto en el chiste; De la Vega, atrevido, sangriento.

—*García Cabral y yo habíamos hecho desfilar por las páginas de Multicolor a todos los hombres de la política; andábamos siempre a la caza de los últimos chismes. Un día nos llegó una carta de un lector, y nos decía que deberíamos hacer un personaje sobre quien, como el general Santibáñez en los tiempos del general Díaz, recayeran los malos chistes que corrían por el mundo de la política. Como por ese entonces se atribuían algunas ingenuidades al señor ingeniero don Manuel Bonilla, resolvimos hacerlo blanco de nuestra puntería, e inventamos las "bonilladas".*

Aunque asegurando previamente que siente respeto por el ingeniero Bonilla, recordando las "bonilladas" De la Vega lanza una sonora carcajada; se da golpes sobre la frente como acostumbra hacerlo cada vez que tiene una ocurrencia que decir y en unos cuantos segundos traza la silueta del ex ministro de Comunicaciones y recuerda aquella famosa caricatura en la que don Manuel entraba al patio de una vecindad y confundiendo la abreviatura "vda." que se acostumbraba para las viviendas, por la abreviatura de viuda, exclama ingenuo: "¡Válgame Dios, yo no sabía que existiera una vecindad de viudas!"

Como muchacho que ha gozado de sus travesuras, el director del Palacio de Bellas Artes vuelve a lanzar otra carcajada y exclama:

—¡Fantástico! ¡Fantástico lo que hacíamos en Multicolor!

Luego recuerda una famosa caricatura que pareció anunciar los trágicos sucesos de febrero de 1913. Dos soldados, preparando su máuser; en el cerrojo del arma una cara de don Pancho Madero en miniatura; una leyenda que decía: “En manos de los soldados...”.

Por enésima vez, don Santiago se da de golpes en la frente, y exclama:

—¡Qué fantásticos tiempos! ¡Ah!, pero me iba a costar la vida. Dos veces estuvieron a punto de fusilarme: una vez Eulalio Gutiérrez, en San Luis; la otra Gabriel Gavira, en Ciudad Juárez. Con Gutiérrez me salvé porque un amigo le llevó un ejemplar de Multicolor en el cual aparecía una nota mía, protestando por el asesinato del señor Madero, y una explicación de que si yo había sido enemigo político de don Pancho, era porque siendo yo del viejo grupo magonista no estaba de acuerdo con la política de contemporalización que había seguido. Con Gavira me volví a salvar por varios amigos que influyeron para que el entonces comandante militar de Juárez me pusiera en libertad. Pero en las dos veces me vi muy cerca del paredón.

CON VILLARREAL

Políticamente, De la Vega me invitó a las filas de los liberales que batallaron juntamente con Flores Magón. Después se unió al general Antonio I. Villarreal, siguiendo a éste con una lealtad digna de admiración. Cuando Villarreal ha estado en peligro, De la Vega no ha vacilado en salir a su defensa, aun arriesgando la vida.

Sin embargo, una discusión entre general y caricaturista es verdaderamente una función teatral. ¡Qué de puyas se sueltan uno y otro!

—Pero mi querido general, usted se está haciendo viejo.... —le dice De la Vega.

—Pero mi querido Santiago, estaré viejo, pero sin las manías del viejo solterón que es usted.... —le contesta Villarreal.

Y sobre las manías de don Santiago se cuentan en México lo que él mismo admite que son “cosas fantásticas”. Por ejemplo, nadie sabe dónde vive De la Vega; oculta su domicilio hasta a los amigos más íntimos, y cuando cree descubrir interés en alguna persona de saber en dónde vive, antes de llegar a su casa da vueltas y vueltas por las calles hasta que tiene la seguridad de que nadie lo descubrirá.

NADIE SABE DÓNDE VIVE

De la vida íntima del director del Palacio de Bellas Artes sólo se sabe que De la Vega gasta todo lo que gana en comprar libros y que entre los cuatro o cinco mil volúmenes que tiene hay algunos que le han costado hasta dos mil pesos. Tiene rarísimos diccionarios y valiosas obras de filología, pues desde que abandonó la caricatura, se ha dedicado a esta ciencia, creyéndose que es uno de los más eminentes filólogos mexicanos.

Como caricaturista, De la Vega no sólo ha logrado fama en México, manteniendo hasta el presente el primer lugar entre los caricaturistas del siglo pasado y del actual, sino también la ha conquistado en el extranjero.

Una caricatura del presidente Wilson, en la que éste aparecía cubierto con una sábana blanca a través de la cual se veía una serie de bayonetas, de cañones, de tanques y de barcos de guerra, dio la vuelta al mundo.

Durante los años que De la Vega vivió en el sur de los Estados Unidos, haciendo un periódico de caricaturas, recibió proposiciones para ir a trabajar en los principales periódicos norteamericanos, pero las rehusó, explicando que no podía abandonar la frontera mexicana, debido a los compromisos que tenía con el general Villarreal.

Cuando regresó al periodismo en México, se rehusó a seguir haciendo caricaturas. Fue entonces cronista; en sus crónicas y en sus críticas De la Vega ha derramado todo su ingenio. Y es tal el amor que siente por el periodismo que, a pesar del alto puesto que ocupa como director del Palacio que costó más de treinta millones de pesos, continúa trabajando en la redacción de un periódico.

El Estado constitucional. Sus inicios

Mas sobre todas las cosas, con su talento, con su ironía y con su gran espíritu de observador, Santiago R. de la Vega continuará siendo el primer caricaturista político de México.

Magazín de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 17 de mayo de 1936, año xxiv, núm. 65, pp. 3, 11, 15.

ENTREVISTA A
RODOLFO BRITO FOUCHER

UNA ENTREVISTA CON EL EXTERMINADOR DEL GARRIDISMO EN TABASCO

Hay que hacer a México, física y espiritualmente: he aquí cómo sintetiza su pensamiento político el licenciado Rodolfo Brito Foucher, quien después de haber ascendido a estrella de primera magnitud en la política nacional, como resultado de la expedición antigarridista que encabezó, es ahora uno de los líderes políticos mexicanos de mayor porvenir.

Con treinta y seis años de edad, casado, con tres hijos, con una educación esmerada, con fama de ser el joven líder político de México, con gran valor personal, con poderosa influencia entre la juventud nacional, con ochenta mil pesos de capital y con grandes ambiciones, aunque sin confesarlo francamente, Brito Foucher se prepara para el futuro.

—*Si en el futuro hay una bandera nacional, iré con esa bandera a donde sea necesario* —dice Brito Foucher, al mismo tiempo que expone la posibilidad de que para ese futuro exista un partido político que aun cuando sólo tenga un cinco por ciento de probabilidades de llegar al poder tenga en su seno a la mayoría de los ciudadanos mexicanos.

UN MÉXICO MEJOR

Con la vista fija hacia adelante, Brito Foucher se prepara, aunque sin revelarlo. Un viaje por Europa, pero especialmente por Italia, Alemania y Rusia, forma parte de los planes que el abogado tabasqueño tiene para el futuro.

—*Viviré en Alemania, Rusia e Italia unos dos años; cuando regrese será quizás para trabajar con más ahínco, con el propósito de servir a mi país. Tal vez para entonces pueda ser más útil que lo que he sido hasta hoy* —dice.

Luego, soñador, Brito agrega:

—*¿Por qué no hemos de pensar en un México mejor? Sí; en un México nuevo, pero completamente nuevo; en un México que no esté minado por la corrupción. Hay que hacer nuevos mexicanos, nuevos sistemas, nuevos ciudadanos, nueva política: nuevo todo. Por eso digo que necesitamos un México que física y espiritualmente sea distinto al que hoy vivimos.*

NO PUEDE HABER PARTIDOS ESTABLES

Cuando le pregunto si piensa organizar un partido político, responde presuroso:

—*No, no lo sé... No tengo planes inmediatos... Además, en México no pueden existir, por razones políticas, partidos estables, partidos de larga vida. Los partidos se improvisan, cuando hay hombres, cuando hay necesidades, cuando hay inquietudes. Cuando regrese de Europa, entonces será cuando diga lo que pienso hacer.*

Brito se rehusaba en un principio a hablar. Pretendía que se le diese un cuestionario: él contestaría en tres o cuatro días. Con instinto político, explica que nunca ha sido bueno anticipar los planes a los periodistas. Una frase, una palabra, puede echarlo a perder todo.

—*Lo que sí hay necesidad de decir* —dijo— *es que es indispensable la regeneración de nuestro país; es necesario ir borrando las huellas que los odios han venido dejando en nosotros desde la Independencia. Ya ha padecido demasiado nuestro país con un siglo de caos político. ¿Padecerá ahora otro siglo con un caos económico?*

QUIÉN ES BRITO FOUCHER

Brito es un tipo alto, corpulento, con una cara de muchacho audaz, valiente, resuelto. Pertenece al grupo de los mestizos intelectuales que cada día se hace más poderoso en los medios de la política nacional.

Nativo de Tabasco, ha perdido casi totalmente el acento de los tabasqueños. Sólo habla muy deprisa, se come las des, las eses y hace del ojalá una palabra tan larga, que suena a “ajolai”. Viste con cierta elegancia, pero lleva descuidadamente el nudo de la corbata y se abotona el saco como provinciano.

Hasta antes de la caída del licenciado Tomás Garrido Canabal, que él, Brito, provocó con una expedición que encabezaba y de la que formaron parte veintitún muchachos, el abogado sólo había figurado en la política durante la revolución de don Adolfo de la Huerta en 1923, cuando se hizo gobernador del estado de Campeche. Tenía entonces veintitrés años.

Fracasada la revolución, marchó al exilio. Cuando regresó al país ocupó una cátedra de derecho público en la Escuela de Leyes y más tarde fue director de la misma institución.

—*A excepción de los dos meses antes que fui gobernador de Campeche, sirviendo a una revolución justa, nunca he ocupado otro puesto público. No tengo interés en los puestos públicos* —dice con vehemencia Brito Foucher.

LA EXPEDICIÓN A TABASCO

Si fue a Tabasco encabezando la expedición en la que perdió la vida su hermano, juntamente con otros jóvenes estudiantes, se debió a que no era una tarea política la que iba a llevar a cabo, sino una obra de regeneración social.

Le pregunto entonces si es cierto que para la expedición a Tabasco fue auxiliado por el gobierno. Brito da un salto y protesta:

—*¿Cómo? ¿Quién dice eso? La expedición a Tabasco fue hecha contra la opinión del gobierno federal. Es absolutamente falso que hayamos contado con el apoyo del gobierno. Fuimos a Tabasco a derrocar a Garrido, creyendo que con nuestra sangre podríamos salvar al estado de un tirano. Fuimos exponiendo nuestras vidas y nuestros intereses. La expedición nos costó cuatro mil quinientos pesos, de los*

cuales tres mil fueron entregados por la familia Brito; los otros mil quinientos los colectamos entre varios tabasqueños.

Cuando le pregunto si es rico y si es católico contesta con prontitud:

—¿Rico? Tengo dos propiedades en el estado de Tabasco, que valdrán unos ochenta mil pesos y que pienso vender para hacer el viaje a Europa. ¿Católico? No, no soy católico. Ni estoy siquiera bautizado, no lo están mis hijos, ni me casé por la Iglesia. Sin embargo, no soy ni anticatólico, ni anticlerical; soy ardiente propietario de la libertad de creencias. Y esta opinión franca fue la que me valió que en Tabasco, después de la expedición, me acusaran de clerical y de reaccionario. Pero eso no me importa, si es ese mi sentir.

LA POLÍTICA NACIONAL DEL PRESENTE

De esta última respuesta, el ex jefe de la expedición a Tabasco salta a hablar de la situación política del presente nacional, y dice:

—Yo creo que en México no hay espíritu radical, ni espíritu conservador. Lo que prevalece es un estado de agitación demagógica endémica que ni conduce al socialismo ni permite a nuestra economía, que es capitalista, fortalecer y prosperar.

Y como si estuviera frente a la tribuna, con un buen número de oyentes, continúa con voz sonora:

—Cualquiera diría que estamos muy cerca del comunismo. Pero no, cada día estamos más lejos del comunismo. Los banqueros y los industriales, que no son políticos, creen que cualquier buen rato queda abolida la propiedad privada y que las fábricas son socializadas. Pero no veremos tal cosa. Si los banqueros y los industriales tuvieran un poco de sentido político, reanudarían sus créditos, reorganizarían sus negocios, perderían el miedo al fantasma del comunismo.

Si tuviéramos en México un Lenin... De las figuras políticas de la historia contemporánea es la de Lenin la que más admiro: era un gran hombre y un gran líder. Si tuviéramos un Lenin, pues, fácil era creer que ese Lenin, al frente de mil hombres, era capaz de dar un golpe de Estado. ¿Pero me va a decir usted que uno de esos líderes oportunistas que andan por ahí es capaz de dar un golpe de audacia y de arrastrar tras él a toda la nación? No, esos líderes no hacen más que mantener

esta agitación endémica, que nos está causando serios perjuicios. Y los perjuicios que nos causa no afectan únicamente a las clases altas, sino a las de abajo... Basta observar algunos hechos. Por ejemplo, ¿cree usted que no causa algún perjuicio en la moral nacional el hecho de que mientras que para el interior se hace una política radical para el exterior se hace una política de capitalismo? Sí, esa es la verdad: aquí se nos quiere hacer creer que vamos al socialismo, mientras que en el exterior se quiere hacer también creer que estamos en régimen capitalista. Veá usted, esta es la demagogia; y esa demagogia está causando serios estragos en la parte moral de nuestro pueblo.

MÉXICO NECESITA NUEVOS POLÍTICOS

Brito se pone de pie, y con el índice, amenazador, continúa:

—Lo que nuestro país necesita son nuevos políticos, de intención recta, y resueltos a perder. Ya ve usted, en Tabasco perdimos en las pasadas elecciones; perdimos, por supuesto, víctimas de un fraude, ya que legalmente nos correspondía el triunfo. Puedo asegurar que de los 225 mil habitantes de Tabasco, no hubo más que mil o dos mil que votaron por el candidato oficial. Sin embargo, seguimos enteros y combativos.

Con vehemencia habla el licenciado Brito Foucher, sobre el porvenir de un partido político independiente y asegura que no cree que ese partido pueda tener más de un cinco por ciento de probabilidades de llegar al poder.

—Tal vez me exceda cuando digo cinco por ciento; puede ser que apenas tenga el uno por ciento. ¿Pero, por eso hay que dejar de luchar? ¿Por eso no vamos a tener el valor de enfrentarnos a un enemigo que pueda ser poderoso?

Vuelve Brito Foucher a sentarse, y me dice que él cree que todavía no ha llegado el momento de hablar; que sería mejor no anticiparse:

—Una noticia periodística puede ser causa de que frustré propósitos del futuro.

LOS PERIÓDICOS LOZANO SE ANTICIPARON

Le recuerdo que hace más de un año, los *Periódicos Lozano* lanzaron la iniciativa para la organización de un partido democrático, y expone:

—Los Periódicos Lozano se anticiparon un poco. En estos momentos de caos político, no es posible intentar ninguna organización formal de partidos. Además, repito que para mí, el partido independiente en México debe ser organizado al calor de una lucha que se avecina. Será, entonces, cuando veamos surgir a los hombres. Digo a los hombres, porque el país necesita de hombres nuevos, y aparte de los hombres, necesitamos la regeneración moral de México. Entendemos que la parte moral es el capítulo primero de una nueva vida nacional.

TIRANOS Y DICTADORES

El ex jefe de la expedición tabasqueña hace a continuación un resumen de la historia de México; un caudillo asesina a otro caudillo; un tirano sucede a un dictador; los gobiernos han sido tipos de tiranía o de dictadura. Brito distingue al tirano por su crueldad, por sus crímenes, por su dominación absoluta; al dictador, por gozar del poder sin el consentimiento de las mayorías haciendo caso omiso del sufragio, de la ley.

Cuando le pregunto si confía en que un partido político independiente pueda encontrar nuevos hombres, responde con viveza:

—¡Seguramente que los encontrará! ¿Cree usted imposible un despertar de México? Sí, yo confío en el porvenir. ¿Cómo no he de confiar? Y si en julio del año pasado veintitantos jóvenes fueron a una aventura de provincia, ¡dígame usted si no otros muchos irán a una nueva aventura nacional!

—¿Y ha hablado a algunas personas sobre sus proyectos? —interrogo.

—No, ni a usted debería habérselos confiado. ¿Para qué? Voy a Europa. Estaré ausente del país por uno o dos años. Cuando regrese será el año de 1938. En dos años más surgirán nuevos hombres. Entonces hablaremos.

SUS AMBICIONES

Al preguntarle qué ambiciones personales tiene, pregunta:

—¿Ambiciones?, ¿ambiciones personales? Sí, sí tengo una ambición; soy hombre pasional, me gusta la lucha. Pero mi ambición es de combate, no de

puestos públicos. No me interesa ser diputado, ni ser senador, ni gobernante de estado...

—¿Ni presidente de la República?

—¿Presidente de la República? Pero, ¿quién piensa y quién habla de la presidencia de la República? Además, ¿están ya organizados los partidos políticos para el futuro? —dice el licenciado Brito.

Y como yo insistiera en los planes que se ha forjado para el futuro, el licenciado Brito, diplomáticamente, declina continuar contestando al interrogatorio. Ahora no quiere hablar más que de su viaje, y de que estudia alemán, ruso e italiano, a fin de poder observar en los tres países que visitará, la organización política, económica y social.

Brito Foucher es, pues, uno de los jóvenes políticos del futuro. Tiene talento; es hombre de energías, de firmeza, de valor. Cuando marchó a Tabasco a desafiar el poderío de Garrido Canabal, todo el país quedó boquiabierto de su temeridad. ¿Quién era ese hombre que iba a combatir al cacique más poderoso que se ha conocido en México en los últimos veinticinco años? De ese hombre sólo se sabía que era un talentoso abogado y que había sido director de una facultad universitaria; pero la audacia de llegar a Villahermosa en un avión, en compañía de unos cuantos muchachos le abrió las puertas de la fama y le hizo ascender a uno de los primeros lugares entre la juventud política mexicana.

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 24 de mayo de 1936, año x, núm. 252, pp. 3, 6, 14.

DE CRISTEROS

CÓMO Y QUIÉNES VOLARON EL MONUMENTO A CRISTO EN SILAO

EN MORONES RECAE LA CULPA

De la investigación realizada en Silao por los *Periódicos Lozano* se desprende que él giró las órdenes para el atentado

CINCO DIPUTADOS TOMARON PARTE

Y personalmente estuvieron dirigiendo los trabajos de dinamitación, en Silao primero, y después en el propio Cerro del Cubilete

Los informes que sirvieron para escribir lo que sigue fueron recogidos por el representante de los *Periódicos Lozano* durante su permanencia en Silao y León. Tuvo a la vista dos documentos importantísimos que hacen mucha luz sobre la persecución de que fueron objeto los católicos en los años de 1926 a 1929; estos documentos, firmados por personajes políticos de la época, no serán dados a conocer por ahora debido al perjuicio que ocasionarían a algunas personas; pero de ellos han sido tomados algunos datos para lo que sigue. Además; el representante de los *Periódicos Lozano* tuvo oportunidad de hablar personalmente con uno de los individuos que tomaron parte en el atentado dinamitero llevado a cabo en el Cerro del Cubilete en enero de 1928.

Cómo fue dinamitado y por qué lo fue el monumento que a Cristo Rey había sido levantado por los católicos mexicanos en el Cerro del Cubilete será sabido por primera vez, gracias a los informes obtenidos directa y personalmente por el representante de los *Periódicos Lozano*.

En el atentado —que revela la pequeñez de los hombres que gobernaban a México en 1928— tomó participación el Ejecutivo nacional, pero principalmente don Luis N. Morones, a la sazón secretario de Industria, Comercio y Trabajo.

De los informes obtenidos por este periodista, se desprende que la Secretaría de Guerra y Marina, que era a cargo del general Joaquín Amaro, no fue ajena al atentado, haciendo que soldados del ejército federal se ocuparan de una obra que nada tenía de honrosa.

El monumento a Cristo Rey había sido construido por la cristiandad mexicana en el Cerro del Cubilete, considerado como el centro geográfico del país, desde 1921.

En la cima del cerro se proyectaba la fabricación de un santuario, para lo cual ya se habían iniciado algunos trabajos, comenzando por la construcción de una magnífica carretera que, partiendo de Silao, llegase hasta el punto más alto del Cubilete.

El Cerro del Cubilete se hizo famoso cuando, después de la primera peregrinación católica en 1922, el presidente Obregón ordenó la expulsión del país de monseñor Filippi, delegado apostólico, acusado por el gobierno nacional de haber oficiado en una ceremonia al aire libre, a pesar de la prohibición expresa que hace la Constitución de 1917.

De haberse erigido el santuario en la Cima del Cubilete, Silao hubiese sido la población mexicana más visitada por los católicos del país.

A partir de la expulsión de monseñor Filippi, el Cerro del Cubilete alcanzó renombre internacional y para los católicos mexicanos continúa siendo no el centro geográfico del país, sino un sitio de respeto y de simbolismo.

Con motivo de los sucesos ocurridos en 1922, la erección del santuario quedó suspendida y sobre el cerro, desde cuya parte más alta se domina con la vista los campos del Bajío, sólo quedó el monumento a Cristo Rey, hasta el cual llegaban constantemente grupos de peregrinos de toda la República.

En los primeros días de enero de 1928, cuando el conflicto religioso se encontraba con toda su intensidad y cuando en diferentes partes del país había grupos de católicos armados, llegaron a Silao tres individuos, cuyos nombres no han podido ser conocidos hasta hoy. Sólo se sabe que el trío pertenecía a la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM).

Los desconocidos fueron vistos en varias ocasiones platicando con un empleado del juzgado de Primera Instancia de esta población. Este empleado había sido minero y se entiende que era también miembro de la CROM.

A poco de haber llegado a esta población los tres desconocidos, en uno de los cuartos de las oficinas del juzgado fueron almacenadas varias cajas sobre las cuales se veía un anuncio: “¡Peligro!”.

El empleado del juzgado, apellidado Álvarez, un tanto afecto al licor, cada vez que estaba alegre no dejaba de decir por todo Silao, que él, Álvarez, tenía en su poder la suficiente dinamita para volar a toda la población. La noticia, como es natural, pronto se esparció por Silao, y habiendo tenido noticias el presidente municipal, Francisco Salgado, de que el empleado del juzgado había cometido la indiscreción, pidió al gobierno del estado que se le cesara en el acto.

Con este motivo hubo un intercambio de comunicaciones en las que, se sabe, se habló tan claramente de los preparativos que se hacían para llevar a cabo el atentado dinamitero, que los interesados tuvieron el cuidado de destruirlas, no sin que de ello hubiesen tenido noticia exacta algunos vecinos aquí.

NUEVOS COMISIONADOS

A las indiscreciones de Álvarez se unió el temor de las autoridades municipales para cumplimentar el orden. Se hizo necesario entonces que la CROM enviara nuevos emisarios, quienes mostraron al alcalde una carta del señor Morones en la que ésta decía que los enviados tenían amplias facultades para tratar y realizar el “grave negocio que se les ha encomendado”.

Pero esta recomendación de Morones no fue suficiente para convencer al presidente municipal, quien marchó a la ciudad de Guanajuato a pedir instrucciones al gobernador del estado.

Parece que el gobernador se lavó las manos y comisionó a los diputados Estanislao Barrón, José García Torres, José Ortiz, José de Jesús Rodríguez y Miguel Martínez Ríos para que, de acuerdo con el inspector de Policía Alberto Manríquez, discutiesen y resolviesen la mejor manera de destruir el monumento, toda vez que en las faldas del Cubilete existen varios ranchos, cuyo moradores se habían encargado de vigilar la existencia de la obra.

Para dar una solución al problema, el inspector de Policía y los diputados, acompañados de Arturo Sierra, director general de Educación Pública en el estado de Guanajuato, llegaron a Silao entre el 21 y 22 de enero, habiendo efectuado una reunión en la casa del alcalde Salgado. En esta reunión fue discutido el plan para la dinamitación.

BUSCAN UN "VALIENTE"

Uno de los diputados preguntó al presidente municipal quién era el gendarme más valiente y audaz que había en el municipio, a lo cual Salgado mencionó a Ricardo Negrete, quien en el acto fue llevado a la presencia de los conspiradores.

Cuando los conspiradores hicieron saber a Negrete que se le había elegido para que ese mismo día, por la noche, fuese al Cubilete a colocar varias cargas de dinamita al pie del monumento para que seguidamente prendiera fuego a las mechas, el gendarme empezó a tartamudear, alegando que él nunca había manejado dinamita y que temía que le hiciese explosión en las manos.

Los diputados se mostraron disgustados preguntando al alcalde si no tenía otro gendarme más hombre que Negrete, y Salgado hizo comparecer, entonces, al policía Agapito Romero.

Sin alegar lo que su compañero había alegado, Romero expuso que era casi imposible llegar hasta el monumento cargando las cajas de dinamita sin ser

sentido por los campesinos de la región y que tenía la seguridad de que si éstos maliciaban cuáles eran sus intenciones, lo matarían.

DIFICULTADES

Un policía de Guanajuato, Ignacio Nieves, quien acompañaba a uno de los diputados, se ofreció para acompañar a los gendarmes de Silao al Cubilete, pero siempre y cuando se les proporcionase una pequeña escolta de soldados federales, pues de otra manera consideraba que era inútil la empresa. Además, el propio Nieves sugirió la conveniencia de que previamente se mandase aprehender tanto al encargado de cuidar el monumento como a los dos o tres albañiles que acompañaban a éste.

Mas como no era posible disponer de los soldados sin la autorización de la Secretaría de Guerra, los diputados guanajuatenses se dirigieron telegráficamente a Morones, diciéndole que estaban empeñados en que las disposiciones del centro se cumpliesen, pero para ello era necesario el auxilio de las tropas federales.

Morones respondió con una felicitación para los diputados y autoridades locales, insinuando que el asunto no era del resorte del gobierno federal, sino de la CROM, pero que de todas maneras, por conducto de la Secretaría de Guerra y Marina, se giraban instrucciones para que los soldados "den las necesarias garantías".

DESOCUPACIÓN DE LA COMARCA

Si la Secretaría de Guerra tuvo conocimiento de en qué iban a ser utilizados los soldados federales o si solamente obró por mandato expreso del presidente Calles, es lo que no se sabe.

El hecho es que el jefe de la guarnición de Silao comisionó al subteniente Álvaro Villanueva Burgos del 86 Regimiento de Caballería para que, con los soldados que fuesen necesarios, se pusiese a las órdenes de las autoridades municipales de la población.

Villanueva Burgos quedó enterado de lo que se proyectaba y, como el inspector de Policía le expusiera las dificultades que había para que los dinamiteros llegasen hasta el monumento, el subteniente propuso que las autoridades militares expidieran una orden para que los habitantes de los pueblos que se encuentran en las faldas del Cubilete procedieran inmediatamente a desocupar los pueblos bajo el pretexto de que los aviadores militares bombardearían los cerros del municipio de Silao para limpiarlos de cristeros.

La proposición de Villanueva Burgos fue recibida con general aplauso, y el 26 de enero la orden fue comunicada oficialmente a las rancherías. Los vecinos deberían abandonar los pueblos en el término de cuarenta y ocho horas.

PREPARATIVOS

Cumplida la orden de desocupación, el día 28 de la tarde, el subteniente Villanueva Burgos, acompañado de seis soldados y de los policías Negrete, Romero y Nieves, marchó al Cerro del Cubilete y, habiendo llegado hasta el monumento, procedió a aprehender al hombre que se encargaba de la vigilancia del lugar y a los albañiles que acompañaban a éste, bajo el cargo de no haber obedecido la orden de desocupación.

Los detenidos fueron traídos por el subteniente y los soldados a esta población, mientras que los policías Nieves, Negrete y Romero se encargaban de dismantelar la pequeña capilla en la base del monumento, recogiendo una buena cantidad de “milagros” de plata y de oro, así como algunas imágenes y ornamentos sacerdotales, todo lo cual fue recibido jubilosamente en Silao.

Una de las imágenes fue vendida años más tarde por un político, a un anticuario de la Ciudad de México.

Abierto ya el camino para consumar el atentado, la tarde del 30 de enero salieron de Guanajuato, a bordo de tres automóviles, el alcalde Salgado, el inspector de Policía Alberto Manríquez, el pagador de Policía Eduardo Chávez, el regidor del ayuntamiento Víctor Quintana, el director de Educación Arturo Sierra, y los diputados locales Miguel Martínez Ríos, Estanislao Barrón, José Ortiz, José García Gutiérrez y José de Jesús Rodríguez.

LA DESTREZA DE UN LAZADOR

Previamente habían marchado al Cubilete varios soldados al mando de un teniente. Los soldados se encargaron de obligar a algunos campesinos a que abandonaran sus chozas, asegurándoles que el bombardeo aéreo iba a empezar de un momento a otro.

Los civiles encontraron, pues, el terreno limpio y cuando llegaron a pie del monumento sólo tuvieron que esperar a los policías Nieves, Romero y Negrete a que llegaran conduciendo la dinamita.

Y mientras se discutía tal punto, el gendarme Nieves pidió permiso para lazar la cabeza de Cristo. La discusión fue suspendida para admirar la destreza de Nieves en el manejo de la reata. Y el gendarme fue, en efecto, tan hábil, que a la primera mangana la cabeza del Cristo quedó dentro del lazo. Nieves tiró de la reata una y varias veces, sin lograr derribar lo que quería y fue necesario atar la cuerda a la parte trasera de uno de los automóviles para que al arrancar produjera el efecto deseado.

El coche arrancó y entre la gritería ensordecedora de los ejecutores, la cabeza tallada en piedra, rodó por el suelo.

—¡Viva el general Calles! —gritaron los asistentes al acto.

LA VOLADURA

Inmediatamente después, los gendarme colocaron seis petardos en la base del monumento y tan luego como prendieron las mechas, diputados, autoridades locales, gendarmes y soldados emprendieron la carrera para ver desde lejos los resultados de la explosión. Unos cuantos minutos después, tras de terrible sacudimiento, el monumento cayó por tierra.

El alcalde Salgado pretendía que se levantara un acta al pie de la cual firmaran los asistentes a la dinamitación, pero uno de los diputados le hizo ver la imprudencia que se cometería, toda vez que con un documento de tal naturaleza “la historia recogería los nombres de todos los aquí reunidos”. Sin embargo, se acordó enviar un mensaje tanto a la CROM como a

Morones y al general Celestino Gasca, jefe de los Establecimientos Fabriles Militares, de donde había salido la dinamita empleada en la destrucción del monumento.

Tenían los asistentes a la dinamitación otro problema; era éste el de qué hacer con la cabeza del Cristo. No faltó quien propusiera que fuese enviada a Morones como trofeo de guerra, aunque luego se opinó que debería ser donada al jefe del sector militar. Y así se hizo. Mas el jefe del sector optó por hacer el obsequio del "trofeo" al general Jaime Carrillo, a la sazón jefe de las operaciones militares en el Bajío.

Carrillo tuvo en su poder la cabeza del Cristo, que es una notable obra escultórica, hasta que fue removido de la jefatura de Operaciones en el estado, cuando la donó a uno de los principales vecinos de Irapuato, quien todavía la conserva en su poder.

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 8 de noviembre de 1936, año XI, núm. 54, p. 1; segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 8 de noviembre de 1936, año XXIV, núm. 270.

LOS SECRETOS DE LA DIPLOMACIA MEXICANA

AMENAZA DE GUERRA CON EEUU

LA LEY DEL PETRÓLEO EN 1926
Cuál fue el origen de esta reglamentación
que fue causa de una peligrosa tirantez diplomática

LA ACTITUD DE *MISTER KELLOGG*
El secretario de Estado se puso enérgico, pero el presidente Calles,
también enérgico, supo guardar su dignidad

CAPÍTULO I

De cómo y por qué a fines de 1926 estuvo a punto de estallar una guerra entre México y los Estados Unidos; de cómo la interpretación jurídica que el licenciado Julio García dio a la Ley del Petróleo salvó la situación nacional; de cómo la actitud del secretario de Estado Frank B. Kellogg y del embajador James Rockwell Sheffield ante los problemas mexicanos hizo mantener una tensión de relaciones entre el gobierno mexicano y norteamericano; de cómo el presidente Plutarco Elías Calles inició y realizó su amistad con el embajador Dwight W. Morrow; de cómo, en fin, el presidente Ortiz Rubio estuvo a

punto de terminar el viejo asunto del Chamizal, es de lo que hablarán estos capítulos.

A riesgo de que se crea que se trata de una exposición de escándalo, he de decir que estos capítulos contienen muchos secretos de la diplomacia mexicana. Pero si no se hace la clasificación expresa de secretos, ¿qué otra se podría dar a la publicación de hechos que, por lo general, no quedan en ellos pruebas escritas?

La publicación de documentos diplomáticos en México debe hacerse de acuerdo con el reglamento de la cancillería mexicana, cincuenta años después de que hayan sido expedidos. En los Estados Unidos, la ley señala veinticinco años. Pero ¿es exacto que aun después de esos plazos son dados a conocer todos los documentos diplomáticos? Si esto sucediese así, podríamos tener la esperanza de conocer lo que hoy ni siquiera sospechamos que existe. Pero no hay tal: ni en el presente ni en el futuro llega a ser conocido lo que no de otra manera, sino de secretos, se puede denominar.

Lo que puede llamarse documentación verbal únicamente puede tener un valor positivo si es dada a conocer mientras haya personas que puedan negar o afirmar lo que se expone; de otra manera no pasa de ser una documentación literaria. De aquí, pues, mi deseo de dar a conocer esos secretos de la diplomacia mexicana, cuando todavía vive la mayoría de las personas que en ellos intervinieron.

He tenido la fortuna de encontrar en mi camino grandes y respetados amigos que han sido factores muy importantes en la vida política de México. Estos amigos han tenido la suficiente confianza de referirme hechos en los que han intervenido directa o indirectamente, dejándome en absoluta libertad para rectificarlos o ratificarlos con otros dichos. Saben los amigos que soy hombre sin partido; que al escucharlos con la debida atención no llevo más objeto que ir sirviendo a la verdad. Por lo regular, apunto cuidadosamente lo que me han referido. Cuando se me permite que en la publicación de lo narrado sea mencionado el origen de la referencia, doy mis apuntes desde luego a los *Periódicos Lozano*. Si es lo contrario, espero la verificación de lo que he sabido para de esta manera servir mejor a los lectores.

Estas explicaciones caben, muy principalmente, cuando se trata de diplomacia mexicana, cuando no es posible verificar los sucesos con documentación

escrita y cuando a las referencias hechas por un distinguido diplomático han seguido todas las consultas que pudiesen servir de corroboración a estos secretos.

¿Existe documentación escrita sobre la movilización de la escuadra americana del Atlántico para ocupar la zona petrolera de Tampico a finales de 1926? ¿Existe documentación escrita para probar que fue la habilidad del presidente Calles sirviendo "ham and eggs" para abrir una nueva política con el embajador Morrow? ¿Existe documentación escrita de que el embajador Morrow había aceptado el plan de don Genaro Estrada para liquidar el problema del Chamizal?

Si existe, tendríamos que esperar de veinticinco a cincuenta años para conocerla. La podemos, pues, anticipar con una documentación verbal.

SHEFFIELD

Mas se hace necesario comenzar a hablar sobre la misión diplomática de *mister* James R. Sheffield y de las batallas que sostuvo con el gobierno de México que pudieron culminar con la ocupación de la zona petrolera en el norte del estado de Veracruz.

Las dificultades entre los gobiernos de México y de los Estados Unidos comenzaron a raíz de un viaje que el embajador Sheffield hizo a Washington. Sheffield había iniciado su carrera diplomática en la embajada de México; antes había sido líder político en Nueva York, donde se dedicaba a la abogacía. Su iniciación política la hizo al lado del señor W. B. Allison, de quien fue secretario privado por varios años.

Desde principios de 1925, *mister* Sheffield había estado cambiando algunas notas con la cancillería mexicana a propósito de la interpretación del artículo 27 constitucional, y aunque estas notas estaban redactadas en el más correcto lenguaje diplomático, no por ello dejaban de anunciar mayores dificultades. Éstas ocurrieron, como queda dicho, a raíz del viaje que el embajador hizo a Washington. Fue entonces que el secretario Kellogg expidió una declaración en la que decía en un tono áspero que el gobierno de los Estados Unidos estaba es-

perando que el gobierno mexicano restituyera las propiedades ilegalmente confiscadas a los intereses americanos, y procediera a pagar las indemnizaciones por daños y perjuicios causados por la revolución. La declaración del secretario de Estado terminaba diciendo que el gobierno de los Estados Unidos seguiría apoyando al de México hasta en tanto éste no dejara de cumplir con sus compromisos internacionales y sus responsabilidades de resguardar las propiedades y derechos de los norteamericanos residentes en territorio mexicano.

LA LEY DE MORONES

La respuesta del presidente Calles a Kellogg no fue menos enérgica que la de éste, diciendo que México rechazaba la imputación que le hacía el secretario de Estado a propósito de que el país faltara a sus compromisos.

No fue esto todo. A continuación, el general Calles dispuso que la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo, que era a cargo de Luis N. Morones, procediese a una reglamentación en el ramo del petróleo. Morones, sin medir las consecuencias y llevado por el afán de aparecer radical, imprimió a la legislación el mayor extremismo, quedando así amenazados los intereses petroleros radicados en el país.

Conforme a la ley formulada por Morones, las concesiones petroleras deberían de ser revalidadas precisamente antes del primero de enero de 1927, para que de esta manera, quedasen sujetas a la nueva reglamentación. Las empresas que no cumplieran con este requisito caerían bajo una sanción confiscatoria.

Las compañías petroleras, apenas dado a conocer el proyecto formulado por Morones, hicieron ruidosas protestas sosteniendo que el artículo 27 constitucional no tenía efectos retroactivos.

DIGNA ACTITUD DE CALLES

A las protestas de las amenazadas empresas petroleras siguieron las gestiones de Sheffield, tendientes a evitar la aplicación del proyecto de ley. El gene-

ral Calles, ante una ruptura que parecía inminente con el gobierno de los Estados Unidos, adoptó una actitud enérgica y digna. Tan enérgica y tan digna fue la actitud de Calles, que el secretario Kellogg por un momento cambió de táctica. Expresó entonces, a través de las notas del embajador norteamericano, que el gobierno de la Casa Blanca deseaba dar por terminado cualquier mal entendimiento que existiese entre ambos países; que creía oportuno que entre México y los Estados Unidos fuese suscrito un tratado de amistad y de comercio; que este tratado debería ser suscrito sobre el deseo de buen entendimiento que había resultado de las pláticas de agosto de 1923 (las pláticas que dieron por resultado la firma de los debatidos Tratados de Bucareli).

Calles contestó a la nota del Departamento de Estado diciendo que el gobierno mexicano estaba dispuesto a cumplir con sus obligaciones de acuerdo con las leyes internacionales, extendiendo las debidas garantías a los intereses extranjeros invertidos en el país; pero al mismo tiempo expresó la creencia de que las conferencias de Bucareli no habían tenido más objeto que el de un cambio de impresiones entre dos pueblos amigos para allanar el camino hacia la reanudación de relaciones entre el gobierno del general Obregón y la Casa Blanca.

Las notas diplomáticas que precedieron a esta respuesta del presidente Calles, así como la invitación de Kellogg para suscribir un tratado de amistad y de comercio, no fueron obstáculo para que el gobierno de México realizara su propósito de expedir y aplicar la reglamentación de la Ley del Petróleo.

INSISTE SHEFFIELD

Aprobada la ley reglamentaria por la Cámara de Diputados, el embajador Sheffield insistió en que la reglamentación era una ley confiscatoria, objetando principalmente el hecho de que no se reconociese a los intereses extranjeros más derechos que a los intereses nacionales, ya que se negaba a los extranjeros el derecho de dirigirse a sus gobiernos demandando protección para sus intereses. Kellogg, en una nueva nota al gobierno de Calles, insistió

también en que la expedición de la ley del petróleo era contraria a lo que se había establecido en los convenios de Bucareli.

Las respuestas del gobierno de Calles a través de la Secretaría de Relaciones, que era a cargo de Aarón Sáenz, seguían sosteniendo el mismo criterio de independencia que se había impreso a las primeras notas al iniciarse la controversia. Explicó la cancillería mexicana que la reglamentación no era una novedad internacional, supuesto que legislación parecida existía en varios de los estados de la Unión norteamericana y que, por otra parte, no se pretendía que los extranjeros inversionistas en México renunciaran a su nacionalidad, sino que se abstuvieran de recurrir a reclamaciones diplomáticas cuando se tratase de aplicar la reglamentación sobre las industrias que manejaban.

Los razonamientos de la cancillería mexicana no parecían convencer al gobierno de los Estados Unidos. El embajador Sheffield enviaba una nota tras de la otra, insistiendo en la no retroactividad de las leyes, en los fallos de la Suprema Corte de Justicia de la Nación y en lo que se había establecido en las conferencias de Bucareli.

Uno de los puntos de apoyo de las frecuentes notas de Sheffield era, como queda dicho, el de los convenios de Bucareli. La cancillería mexicana, por su parte, no dejaba de insistir en que tales convenios no habían sido firmados por un tiempo ilimitado, sino que habían sido solamente motivo para la reanudación de las relaciones diplomáticas entre los dos países.

LA DEMAGOGIA DE CALLES

Y mientras que las notas entre el Departamento de Estado y la cancillería mexicana seguían cruzándose, el presidente Calles no ocultaba que las relaciones entre los Estados Unidos y México eran cada día más tirantes. Calles, por supuesto, hacía uso de un argumento demagógico y la argumentación demagógica fue siempre un desacierto del general Calles, ya que si muchas veces estuvo a la altura de un estadista, otras bajó, precisamente por sus disparatadas frases demagógicas, a la categoría de un gobernante provinciano y populachero. El argumento demagógico del presidente Calles era que el con-

flicto se promovía por un grupo de capitalistas norteamericanos interesado en la explotación petrolera y que pretendía el apoyo armado del gobierno de los Estados Unidos.

El presidente Calles, con este sistema de declamación demagógica, creía probablemente encontrar eco entre la “galería” de México y de los Estados Unidos. Es posible que entre cierto porcentaje de la “galería” de norteamericanos las palabras de Calles hubiesen tenido resonancia, pero lo cierto es que ante la mexicana, no hacía más que situarse en una extrema izquierda que le perjudicaba, como le perjudicó su actitud demagógica ante los católicos.

Siguiendo la controversia y agravándose día a día la situación, el secretario Sáenz hizo un resumen del conflicto. Según el resumen, era origen de la controversia la retroactividad o no retroactividad de la ley del petróleo. El gobierno de México, explicó Sáenz, no negaba el derecho de propiedad a las empresas americanas, pero sí se atribuía el derecho de reglamentar los productos del subsuelo nacional. Además, no negaba el derecho de que los intereses extranjeros apelaran a sus gobiernos cuando no se les hiciera justicia; justicia que no les faltaría en tanto cumplieran con la legislación mexicana.

A cada respuesta de la cancillería mexicana, se sucedía una nueva nota del embajador Kellogg, quien no quitaba el dedo del renglón pidiendo la reconsideración de la ley y haciendo notar por enésima vez que si era cierto que no había sido el gobierno de Calles el que había suscrito los convenios de Bucareli, también era cierto que de no haber mediado las promesas establecidas en esos convenios, el gobierno de México no estuviese reconocido por el de los Estados Unidos.

“DISCUSIÓN ACADÉMICA”

En el mes de octubre de 1926, faltando dos meses para que la reglamentación del petróleo entrara en vigor, el secretario de Relaciones Aarón Sáenz puso fin al conflicto con una nota en la que decaía que la controversia sobre el asunto del petróleo con el gobierno norteamericano tenía todas las características de una “discusión meramente académica”.

Kellogg, por su parte, contestó que el gobierno norteamericano seguiría sosteniendo sus puntos de vista en defensa de los intereses establecidos en México, y que esperaba que el gobierno mexicano, para resolver el caso, obrara de acuerdo “con las negociaciones de 1932”.

Y al terminar la controversia, el gobierno mexicano tuvo noticias de que la escuadra norteamericana del Atlántico había recibido órdenes para movilizarse hacia el puerto de Tampico. La situación creada por la expedición de la Ley del Petróleo no podía terminar de desenvolverse si no es de la siguiente manera: el 1 de enero de 1927, de acuerdo con la ley, las empresas petroleras que no se sometieran a la reglamentación deberían abandonar los campos petroleros y el gobierno de México quedar dueño de los pozos.

Todo hacía creer que al mismo tiempo que el gobierno mexicano cerrase las válvulas de los pozos petroleros, el 1 de enero, los marinos norteamericanos procederían a hacer un desembarco para oponerse a la confiscación.

El panorama no era, pues, nada halagador. Al desembarco de los marinos de los Estados Unidos seguiría, inevitablemente, la guerra.

Calles se dio cuenta de la proximidad de la crisis y convocó a un consejo de ministros.

(Continuará el próximo domingo).

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 11 de octubre de 1936, año XI, núm. 26, pp. 1-2; segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 11 de octubre de 1936, año XXIV, núm. 242, pp. 1, 7.

EL CONFLICTO DE 1926 CON EEUU

CÓMO HALLÓ CALLES UNA SOLUCIÓN

Una interpretación jurídica del licenciado Julio García,
aconsejada por Calles, calmó el ánimo de Kellogg

LA LLEGADA DE MÍSTER MORROW

El cambio de sistema observado por Calles en sus conexiones
con el embajador de Estados Unidos inició una era de amistad

CAPÍTULO II

Los informes que por conducto de sus servicios especiales había recibido el gobierno de México sobre la movilización de la escuadra norteamericana del Atlántico en dirección a la zona petrolera llenaron de preocupaciones al presidente Calles.

Lo que el secretario de Relaciones Aarón Sáenz había calificado de “discusión académica” se convertía ahora en una seria amenaza para el país, máxime que por esos días el secretario Kellogg había conectado la intervención que el gobierno mexicano tenía en los asuntos de Nicaragua —intervención de la

que pronto habremos de hablar— y la propaganda bolchevique que decía desarrollaba el gobierno de Calles en conexión con el conflicto petrolero.

LA GUERRA RELIGIOSA

En las últimas semanas de 1926, el gobierno callista parecía condenado a muerte. En el interior del país había estallado la guerra religiosa —guerra bárbara, dicho sea con mi criterio irreligioso— de cuya iniciación es responsable el general Calles, ya que al provocarla colocó su criterio y los intereses políticos de su grupo sobre los intereses nacionales. Con toda la serenidad que puede dar el apartamiento de la cosa pública, con todo el sentido del observador, ningún documento expuesto por el régimen callista justifica la provocación de una guerra que estaba muy lejos de significar un mejoramiento moral o material para México.

Comprometido el gobierno, a fines de 1926, en una guerra religiosa y en un conflicto internacional, la situación del país no podía ser más delicada.

EL PROBLEMA PLANTEADO

Conforme a la Ley del Petróleo, el 1 de enero la industria petrolera quedaba nacionalizada y las empresas que no cumplieren con las disposiciones de la nueva reglamentación deberían ser confiscadas.

La confiscación de las propiedades de las empresas petroleras significaba, casi a continuación, el desembarco de los marinos norteamericanos. Calles, que había mantenido una actitud digna en la controversia con Sheffield, perdió entonces los estribos y, como queda dicho en el capítulo anterior, convocó a un consejo de ministros.

Ante los miembros de su gabinete, el general Calles expuso la necesidad de encontrar una solución. Esta solución debería consistir en la aplicación de la reglamentación de la Ley del Petróleo, pero sin que esta aplicación fuese motivo de un desembarco de los marinos norteamericanos.

LOS MINISTROS EN APLUROS

Como es natural, la dualidad en la proposición del presidente de la República, puso a los secretarios de Estado en graves aprietos. No era posible dar una media vuelta ante un enemigo a quien se había provocado. Los soldados de los Estados Unidos no eran para el gobierno callista los pobres rancheros del estado de Jalisco que veían arder sus chozas y fusilar a sus parientes sin piedad alguna.

En ese consejo de ministros, Calles no estuvo a la altura que había estado en otras ocasiones, cuando con su palabra y con sus argumentos confundía a sus mismos colaboradores que le veían crecer. Calles, durante su administración, tuvo actos de hombre de Estado. No tenía el brillante ingenio del general Obregón; en cambio, poseía un talento que comenzaba a cultivar y una energía que desarrollaba con asombrosa rapidez.

LA SOLUCIÓN

Sin que el consejo de ministros encontrara una solución al grave problema que se debatía, el presidente encontró una salida: dejar a cargo de la Secretaría de Relaciones que diese una interpretación que serviría no sólo para justificar la ley, sino también para evitar una conflagración con los Estados Unidos.

Quedando comisionado para tal objeto, el secretario de Relaciones, Aarón Sáenz, convocó a una junta a los jefes de departamento del ministerio.

Pero aquel callejón sin salida que fue para los miembros del gabinete presidencial, lo era también para los jefes de departamento de la cancillería. Todo parecía indicar que la ley expedida por el secretario Morones decía clara y terminantemente que no había más que un camino a seguir, y éste era el de la confiscación para las empresas que no cumplieren con la ley.

El 1 de enero de 1927 se aproximaba a grandes pasos y el gobierno de México debería cerrar las válvulas de los pozos de la mayoría de las empresas petroleras.

Una luz, sin embargo, brilló en esos días aciagos. El subsecretario de Relaciones, Genaro Estrada, propuso que el caso fuese llevado a la consideración

del licenciado Julio García, eminente jurista y presidente de la Suprema Corte de Justicia.

LA DECLARACIÓN DEL 30 DE DICIEMBRE

Sáenz llevó el caso ante el licenciado García, quien a continuación dio la fórmula salvadora, y el 30 de diciembre, faltando sólo unas cuantas horas para que entraran en vigor las disposiciones de la Ley del Petróleo, la Secretaría de Industria expidió las siguientes declaraciones:

se ha pretendido dársele [a la Ley del Petróleo], por elementos interesados, la interpretación de que el Gobierno Federal tiene la idea de crear obstáculos con el deliberado propósito de apoderarse de intereses valiosos, que sus poseedores no están en aptitud de probar debidamente.

Aunque los preceptos de estas disposiciones legales demuestran claramente que el Gobierno no persigue intereses mezquinos, ni pecuniarios, ya que no establece en su favor ni privilegios ni reglas sobre terrenos de propiedad particular, sean contratados éstos antes o después del primero de mayo de 1917, y, por otra parte, la labor constante de la Secretaría en acatamiento de las instrucciones del C. Presidente de la República, ha sido el proporcionar a los interesados todas las facilidades compatibles con la Ley para la comprobación de sus derechos, esta dependencia del Poder Ejecutivo considera prudente declarar en forma categórica que el Gobierno no tiene el propósito de vulnerar derecho alguno; y que las disposiciones legales invocadas y el hecho de procurar su cumplimiento, no tienen más mira que el alto espíritu moral de todo Estado Soberano, de dictarse por medio de sus Poderes Públicos, las leyes que más convengan a sus instituciones, y el imperativo de hacer obedecer y cumplir sus mandatos en bien de la colectividad y de los interesados, a los que, en este caso, otorga la ley toda clase de facilidades.

Dentro del propósito antes anunciado y con apoyo de la parte final del artículo 15 de la ley de referencia, el Poder Ejecutivo Federal, por conducto de esta Secretaría, no tramitará solicitud alguna de terceros para la exploración y explotación sobre terrenos adquiridos con propósito de explotación petrolera antes del primero de mayo de 1917, ya que los efectos de este precepto no favorecen a los terceros.

PRÓRROGA NO CONCEDIDA

Veinticuatro horas antes de que fuera expedida esta declaración, dieciocho empresas petroleras se habían dirigido al presidente Calles solicitando que la aplicación de la ley fuese pospuesta, debido a que la reglamentación “no estipula adecuadamente el aseguramiento de derechos adquiridos antes del primero de mayo de 1917”.

Calles contestó a los petroleros diciendo que “considero buena la ley, así como sus preceptos; dentro de la más rigurosa interpretación jurídica, ni lesiona, ni destruye los derechos legítimamente adquiridos, quedando implícitamente garantizados tanto los intereses de la industria como asegurados en su mayor desarrollo”, y manifestando que era imposible acceder a la prórroga que solicitaba.

Si no la respuesta del general Calles, sí las declaraciones de la Secretaría de Industria desarmaron al Departamento de Estado norteamericano. Pero si es verdad que el gobierno había obtenido ese triunfo, también era cierto que tácitamente desistía de una violenta confiscación de los intereses extranjeros petroleros, y de esta manera dejaba sin efecto la amenaza de cerrar las válvulas de los pozos el 1 de enero.

UNA APARATOSA DEMOSTRACIÓN AÉREA

Los Estados Unidos, por supuesto, aparte de la orden de movilización de su flota del Atlántico, hicieron una aparatosa demostración aérea sobre México, de cuya importancia no se dio cuenta en el país. En efecto, los primeros aviones militares americanos que volaron sobre la República con el pretexto de un viaje continental cruzaron sobre la región petrolera en los últimos días de diciembre de 1926 y precisamente en los momentos en que la Secretaría de Industria hacía las declaraciones que han sido dadas a conocer aquí.

Con estas declaraciones y con los discursos pronunciados en la Cámara de Diputados por los representantes Antonio Díaz Soto y Gama, Alejandro Cerrisola y Eulalio Gutiérrez, quienes condenaron al “imperialismo americano” y a los magnates de Wall St., terminó la primera fase del conflicto petrolero.

EL RETIRO DE SHEFFIELD

Más adelante llevó el asunto el gobierno de México, ya que en los primeros días de enero, tratando de despejar el horizonte, dispuso que las empresas que no hubiesen cumplido con la ley fuesen consignadas por la Procuraduría General de Justicia de la Nación.

“Eso era lo que queríamos: resolver nuestros problemas dentro de la ley”, dijeron los petroleros. Y así quedaba terminado el temor de que el presidente Calles empleara la violencia en las confiscaciones.

Sin embargo, todavía *mister* Sheffield envió varias notas a la cancillería mexicana sobre el mismo tema; pero la nueva orientación que había dado el licenciado García no hizo sino provocar el descrédito del embajador ante su propio gobierno que, al fin, optó por retirarlo.

Al retiro de Sheffield, el gobierno de México se sintió extremadamente preocupado por el nombramiento del sucesor en la embajada de los Estados Unidos. El embajador mexicano en Washington, por instrucciones de la cancillería, comenzó a enviar los nombres de los posibles candidatos; pero Manuel C. Téllez, quien ocupaba la embajada, erró en todos sus pronósticos.

CÓMO LLEGÓ TÉLLEZ A LA EMBAJADA

Antes de hablar sobre el sucesor de *mister* Sheffield, se hace necesario saber cómo Manuel C. Téllez fue nombrado embajador en Washington. En el escalafón diplomático era Téllez un desconocido; políticamente, lo era también. De vicecónsul en alguna ciudad del Japón, Téllez había llegado a la embajada de los Estados Unidos en calidad de tercer secretario.

Por entonces, Téllez se afilió al Partido Laborista, mostrándose un adicto amigo de Luis N. Morones. Éste lo protegió y, gracias a su influencia, hizo que se le ascendiera hasta primer secretario de la embajada.

A fines de 1924, cuando el general Calles, siendo presidente electo, regresaba a México, después de haber visitado varios países europeos, al pasar por los Estados Unidos recibió de Manuel Gompers, presidente de la American Federation of Labor, una extraña petición. El líder obrero expresó que el

obrerismo norteamericano vería con buenos ojos que Téllez fuese nombrado embajador. Antes había hecho esa misma petición al presidente electo el líder Morones, pero no creyendo éste asegurado el puesto diplomático para su amigo, hizo intervenir en su petición a Gompers. Éste fue el verdadero origen del nombramiento que tanto extrañó a México, puesto que eran ignoradas las habilidades diplomáticas de Téllez.

MORROW

El embajador Téllez, como queda dicho, se había equivocado en todos sus pronósticos sobre el sucesor de *mister* Sheffield, así es que no fue poca la sorpresa del gobierno de México cuando el de Washington pidió el *agreement* para Dwight W. Morrow.

Tan luego como el general Calles conoció la solicitud del gobierno norteamericano, pidió al subsecretario de Relaciones encargado del despacho, don Genaro Estrada, que le informara “quién era ese señor Morrow”. En la cancillería mexicana no había más antecedentes sobre la personalidad de *mister* Morrow que los consignados en el *Who is Who in America*.

Morrow, al igual que Sheffield, no había desempeñado ningún cargo diplomático antes de ser nombrado embajador. Era conocido como abogado distinguido en Nueva York, como miembro de la casa de J. P. Morgan y Compañía. Tenía fama de ser uno de los hombres más conocedores de problemas marítimos, habiendo sido consejero de la Allied Maritime Transport Council. Nada más sabía el gobierno de México sobre *mister* Morrow, cuando el general Calles ordenó al subsecretario Estrada que otorgara el *agreement* de rigor.

LOS NUEVOS SISTEMAS DE CALLES

Aunque generalmente se cree que fue Morrow quien inició una nueva política diplomática cerca del gobierno de México, lo cierto es que fue Calles quien inauguró nuevos sistemas. No por ello puede negarse que Morrow tenía gran habilidad como diplomático. Apenas en el país, en lugar de seguir el camino

que había seguido *mister* Sheffield, de enviar extensas notas a la cancillería mexicana, Morrow optó por tratar todos los negocios pendientes, verbalmente.

Este sistema no sólo acortaba la tramitación de cualquier negocio, sino que establecía un mayor y constante entendimiento entre la cancillería y el embajador. Fue este proceder de Morrow una de las causas que más influyeron para mejorar las relaciones México-norteamericanas.

A esta virtud del embajador se unió la sagacidad de Calles. Después de la dura experiencia sufrida con *mister* Sheffield, el Presidente de la República cambió de táctica hacia el nuevo representante diplomático de los Estados Unidos. Dio esto origen a muchas y severas críticas a Calles. ¿Se entregaba el gobierno de México en manos del gobierno de la Casa Blanca? No había en esos momentos más que dos caminos a seguir en cuanto a las relaciones con Washington. O romper esas relaciones o hacerlas más llevaderas. El general Calles optó por el segundo.

UN HECHO QUE HONRA A MORROW

Morrow presentó sus credenciales al presidente Calles el 29 de octubre de 1927. Antes de la presentación de credenciales, *mister* Morrow realizó un acto que mucho le honra y sin precedente entre los diplomáticos norteamericanos que han representado a su país en México. Teniendo *mister* Morrow acciones y representaciones en diversas compañías norteamericanas que operaban en México, vendió todas esas acciones y se desligó totalmente de los intereses que representaba. Quiso iniciar sus labores diplomáticas sin estar ligado a ningún compromiso capitalista. Este hecho honrará siempre a *mister* Morrow.

(Continuará el próximo domingo).

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 18 de octubre de 1936, año xxiv, núm. 249, pp. 1, 7; segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 18 de octubre de 1936, año xi, núm. 33, pp. 1-2.

LA ACTUACIÓN DE *MISTER* MORROW

LA PRIMERA INVITACIÓN DEL GRAL. CALLES AL EMBAJADOR DE ESTADOS UNIDOS

Dos habilidades se hicieron famosas en aquella ocasión:

la de Calles, hacer servir *ham and eggs*;

la del huésped, hablar de todo, menos de su misión

EL PAPEL DE MORROW AL ESTALLAR LA REBELIÓN DE 1929

Que Morrow salvó a Calles de una segura derrota, como se cree en México, es inexacto, aunque el embajador sí logró que Washington respaldara a Calles

CÓMO PLANTEÓ GENARO ESTRADA EL VIEJO ASUNTO DE EL CHAMIZAL

Tan sencilla fue la proposición del encargado de la cancillería mexicana que el embajador Morrow no tuvo ninguna objeción y el caso fue terminado

CAPÍTULO III

Para el gobierno de México, un hombre que, como Morrow, había estado asociado a la firma de Morgan y que, además, poseía bonos de la deuda exterior mexicana, no podía inspirar confianza. El presidente Calles ignoró hasta

muchos meses después el gesto del nuevo embajador al desprenderse de sus intereses en México antes de tomar posesión de la embajada.

Pero el general Calles, según se lo había comunicado a sus colaboradores, estaba dispuesto a cambiar de táctica hacia el representante de los Estados Unidos desde el primer día que éste ocupara su puesto. Y así fue. El 1 de noviembre de 1927, dos días después de que Morrow había presentado sus credenciales, se sentaba a la mesa del Presidente de la República.

Morrow llegó a la residencia presidencial acompañado de un intérprete, y desde el primer momento abrió una amena conversación con Calles, sin hacer la menor alusión a las dificultades que había habido entre los gobiernos mexicano y norteamericano. El presidente Calles, iniciando una política personal de atracción, obsequió al embajador con los clásicos "ham and eggs".

Los dos personajes volvieron a reunirse días más tarde, platicando siempre sobre cosas ajenas a la situación política y económica del país. Morrow no hacía otra cosa que dar a conocer su deseo de estudiar la historia de México.

EN RELACIONES

Después de esta segunda plática con Calles, el embajador norteamericano se presentó en la Secretaría de Relaciones, que era a cargo de don Genaro Estrada por ausencia de Aarón Sáenz. Con familiaridad, Morrow se sentó cruzando las piernas sobre el asiento del sofá, a la manera de los turcos, e hizo saber al encargado de la cancillería que llevaba cuatro importantes asuntos, los primeros de su misión.

Cuatro problemas planteó Morrow ante Estrada, siendo los dos principales el relacionado con el conflicto petrolero y el de la deuda exterior. Estrada expuso los puntos de vista que ya habían sido expuestos por conducto de la Secretaría de Industria en cuanto a la cuestión petrolera. Los otros tres problemas los contestó en sentido negativo a las presiones del embajador.

Cuatro horas duró la conferencia, y aunque sin haber obtenido una sola respuesta favorable, Morrow se retiró mostrándose complacido por la firmeza con que el encargado de la cancillería había sostenido sus puntos de vista.

LA HABILIDAD DE MORROW

Las pláticas con el general Calles continuaban. Para evitar cualquier brusquedad en los negocios, el embajador se abstenía de cruzarse notas con el gobierno de México. Cualquiera nube que aparecía durante las pláticas con Calles o con algún otro funcionario la disipaba el embajador con rara habilidad, dando a entender que todas las ocurrencias registradas anteriormente se debían a la falta de suavidad y de fluidez en el lenguaje diplomático.

El gobierno de los Estados Unidos, exponía el embajador Morrow, no quería intervenir en lo más mínimo en los asuntos interiores de México; aceptaba que éste tenía pleno derecho para legislar; pero si una palabra incluida en el texto de la ley del petróleo era suficiente para acabar con un mal entendimiento, ¿por qué no incluirla en la reglamentación? La Secretaría de Industria había declarado terminantemente que la ley motivo de la controversia no afectaba a los intereses petroleros adquiridos antes del primero de mayo; esto confirmaba que la ley no era retroactiva. Además, la consignación que había hecho el gobierno ante el Procurador General de Justicia de la Nación de las empresas petroleras que no cumplieren con la ley significaba que el gobierno de México no procedería a realizar confiscaciones por medio de la violencia. ¿Por qué, pues, no establecer tal cosa en la ley del petróleo?

LA REFORMA

El presidente Calles a quien había empujado a la demagogia su secretario de Industria, Luis N. Morones, habiendo entregado la parte jurídica del problema petrolero en manos del Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, licenciado Julio García, encontró un nuevo camino para obtener, sin desdoro de su gobierno, la justificación legal de su procedimiento.

Fue entonces cuando la Suprema Corte expidió el fallo confirmatorio de la legalidad de la concesión de la Mexican Petroleum Company. La puerta quedaba abierta para iniciar una reforma a la reglamentación del artículo 27,

y Calles se apresuró a enviar el proyecto de reforma a la Cámara de Diputados, que lo aprobó en los últimos días de diciembre.

Promulgada la reforma por el Ejecutivo, sin la presión de las notas diplomáticas, sin mayor intervención de Morrow, sin necesidad de nuevas controversias, la cuestión petrolera quedó dilucidada sin detrimento para los intereses nacionales. Todo hubiese sido posible sin necesidad de haber obligado al país a gastar energías inútiles en una controversia también inútil, que estuvo a punto de provocar un desembarco de las fuerzas norteamericanas en la región petrolera. Por esto se ha de decir siempre que la debilidad de Calles durante su gobierno y durante su post-gobierno (lo que en vocabulario popular se llama en el país el "maximato"), fue su "pose" de extremista, de agitador y de demagogo. ¡Y qué cara costó al país esa "pose" del general Calles! No será posible olvidar jamás la sangre derramada de 1926 a 1929 por el conflicto religioso, como no será posible olvidar las inquietudes sembradas por el ex presidente a mediados de 1934 con la llamada educación socialista y con la amenaza de un gobierno revolucionario —la expresión más mal lograda que haya podido lanzar un estadista, porque, o se es gobierno, o se es revolucionario.

EL ESCOBARISMO

Con verdadera actividad, *mister* Morrow iba liquidando con la cancillería mexicana todos los problemas que estaban pendientes entre México y los Estados Unidos: comisión de relaciones, comisión internacional de aguas, comisión internacional de límites, etc.

Al estallar la rebelión escobarista, el gobierno de los Estados Unidos concedió todo su apoyo al gobierno del general Calles; la influencia de Morrow fue notoria cerca de Washington para que el gobierno norteamericano se negase a reconocer beligerancia a los rebeldes y para que ayudase por cuantos medios fueran posibles al presidente Calles.

Los amigos de Morrow aseguraron que éste había salvado al gobierno callista de la derrota. Tanto como salvar es exagerado; justo es conceder a Calles una actividad y una energía sin límites ante la rebelión; pero lo cierto es que

sin el apoyo de los Estados Unidos, obtenido por la mediación de Morrow, el régimen de 1929 hubiese necesitado de dobles esfuerzos para vencer a los pronunciados.

LA ÚLTIMA PARTE DE LA GESTIÓN DE MORROW

A partir del triunfo gobiernista de 1929, la influencia de Morrow en los medios oficiales se hizo más notoria. No ha dejado, sin embargo, de abultarse esta influencia, y esto es el curso natural de las pasiones que se revuelven al calor de las luchas políticas. Calles, después de 1929, tenía obligaciones que cumplir para Morrow; y ese es el peligro para un Estado: reunir en un principio de amistad personal las relaciones diplomáticas de dos países.

Todavía hay mucho que investigar a propósito de la última parte de la gestión diplomática de Morrow en México. Falta que hable el general Calles, para evitar que en el futuro aparezcan esos puntos oscuros que hace, hasta el presente, tan tenebrosa la actuación del ministro Poinsett en México en los primeros años de vida de la República Mexicana.

Pero si el embajador Morrow había logrado algunas ventajas para su país durante su gestión en México, el país había logrado también una gran importancia moral. *Mister* Morrow había accedido a solucionar el viejo problema de El Chamizal, entregando a México esa porción de territorio que, si materialmente carece de importancia, en cambio, tiene una verdadera trascendencia moral para el país. Con la misma sencillez con que había encarado los problemas que deseaba resolver la Casa Blanca, el embajador norteamericano se dispuso a dar fin al problema de El Chamizal.

Mientras que las comisiones de reclamaciones y de aguas estaban entregadas a sus labores, el subsecretario Estrada planteó ante Morrow el problema de El Chamizal. La proposición del subsecretario de Relaciones era de fácil ejecución. Propuso Estrada que las aguas del río Bravo fuesen desviadas de su curso actual por el curso que tenían en el año de 1852. De esta manera el río Bravo seguiría siendo la línea divisoria entre México y los Estados Unidos y el territorio de El Chamizal quedaría nuevamente dentro de los límites mexicanos.

Morrow, que había estudiado previamente el problema, comprendió que la proposición, por su misma sencillez, era factible, y que, al aceptarla los dos países, daría fin a un conflicto que había ocupado la atención de México y de los Estados Unidos por largos años.

Las obras para la desviación del curso del Bravo, conforme a la proposición de Estrada aceptada por el embajador, deberían ser hechas por cuenta del gobierno de los Estados Unidos, y con su realización el gobierno mexicano desistiría de la indemnización pedida al gobierno norteamericano por los años que ha ocupado el territorio que le pertenece conforme al laudo arbitral del comisionado canadiense, expedido en 1911.

DATOS OFICIALES

El territorio de El Chamizal (los datos son tomados de la información oficial mexicana) estaba situado en la margen derecha del río Bravo del Norte, quedando segregado del territorio mexicano a consecuencia de los cambios bruscos y repentinos que en algunos años sufrió la corriente de dicho río.

En la demanda mexicana presentada durante el juicio arbitral de 1911, se hace la siguiente historia del territorio en disputa:

El ciudadano Ricardo Bruselas, el 2 de junio de 1818, dirigió una solicitud al señor teniente de caballería y Gobernador Político de El Paso del Norte pidiendo que, como poseedor de una casa y tierras en El Chamizal, que eran realengas, se le adjudicaran en debida forma.

Previos los trámites a que la solicitud dio lugar, el referido teniente de la Comandancia Militar y Gobernador Político de dicho pueblo pasó, con fecha 3 de junio del mismo año de 1818, con presencia de los colindantes, a dar posesión del predio a Ricardo Bruselas.

Este predio fue adquirido por D. Lorenzo del Barrio por la escritura que pasó en la Villa de Guadalupe del Paso del Río del Norte en 15 de junio de 1827, siendo vencedor el primitivo dueño Ricardo Bruselas y con Félix Miranda y José Antonio Apodaca.

En octubre 15 de 1866, el Sr. D. Antonio del Barrio, hijo y albacea de D. Lorenzo del propio apellido, traspasó la propiedad al Sr. D. Pedro Ignacio García, que fue el reclamante que compareció ante la Comisión Mixta de Límites como propietario del predio en cuestión.

El territorio antes descrito quedó limitado al Norte, al tratarse la línea divisoria entre México y los Estados Unidos en 1852, por el río Grande o Bravo del Norte, y la acción de las aguas de dicho río, brusca y violenta en la época de algunas crecientes, como las de 1864, 1868 y 1873, hizo que una parte de él se segregara de la ribera mexicana y viniera a quedar en definitiva en el lado izquierdo del río, unida e incorporada a la porción de aquel territorio que se conoce con el nombre de concesión Ponce de León.

RECLAMACIONES SUCESIVAS

La primera reclamación del gobierno mexicano al de los Estados Unidos a causa de los cambios en el cauce del río la hizo el secretario de Relaciones Sebastián Lerdo de Tejada, en 1866. Una segunda reclamación fue entregada al Departamento de Estado en 1874 por el ministro mexicano en Washington.

En 1875, el ministro Ignacio Mariscal presentó al gobierno norteamericano un proyecto de convención para decidir las cuestiones que pudieran suscitarse con motivo de los cambios que se verificaran en los ríos Bravo y Colorado.

Por fin, después de largos años de cambio de notas entre los dos países sobre el mismo asunto, el 24 de junio de 1910 fue firmado en Washington un convenio de arbitraje para el caso de El Chamizal, entre el embajador mexicano Francisco León de la Barra y el secretario de Estado de los Estados Unidos Philander C. Knox.

El convenio, en sus artículos II, III y IV, establece:

La diferencia respecto del dominio eminente sobre el territorio del Chamizal se someterá de nuevo a la Comisión Internacional de Límites, la cual, sólo para estudiar y decidir la diferencia antedicha, será aumentada con un tercer comisionado, que presidirá sus deliberaciones. Este comisionado será un jurista

canadiense escogido por ambos gobiernos de común acuerdo o, a falta de este acuerdo, por el Gobierno de Canadá, a quien se pedirá que lo designe. Para la perfecta validez de todas las resoluciones de la Comisión tendrá ésta que haber sido integrada precisamente por los tres miembros que la componen.

La Comisión decidirá única y exclusivamente si el dominio eminente sobre el territorio del Chamizal corresponde a México o a los Estados Unidos de América. El fallo de la Comisión, ya sea que se dé unánimemente o por mayoría de votos de los comisionados, será final y definitivo, e inapelable para ambos Gobiernos. Dicho fallo se dará por escrito, estableciendo las razones en que se funde, y se pronunciará dentro de treinta días después de la clausura de audiencias.

Cada gobierno tendrá derecho a estar representado ante la Comisión por un agente y por los abogados que estime necesario designar. El agente y los abogados tendrán derecho a presentar argumentos orales y examinar y preguntar testigos y, siempre que así lo acuerde la Comisión, también a introducir nuevos documentos de pruebas.

Con el anterior convenio y con el fallo que dictase la Comisión, parecía estar a punto de quedar terminado el viejo pleito sobre los seiscientos acres que forman el territorio de El Chamizal.

(Continuará el próximo domingo).

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 25 de octubre de 1936, año XI, núm. 40, pp. 1-2.

HISTORIA DEL CASO DE EL CHAMIZAL

EL DEBATE SURGIDO EN 1911

Cuáles fueron los argumentos presentados por el delegado mexicano, señor Casasús, y los del delegado de EEUU

POR QUÉ EL SEÑOR TÉLLEZ DIMITIÓ

Siendo secretario de Relaciones quiso ceder graciosamente El Chamizal a EEUU y Ortiz Rubio se le opuso

CAPÍTULO IV Y ÚLTIMO

Al llegar al último capítulo hemos de ver cómo el caso de El Chamizal siempre ha sido un desfavorable caso para México.

Dos veces la vieja disputa ha estado a punto de terminar a favor de los intereses mexicanos. Dos veces también ha sobrevenido el fracaso. El primer fracaso se debió a los sucesos revolucionarios que siguieron al fallo arbitral pronunciado por la mayoría de los comisionados de 1911. En el segundo está de por medio la responsabilidad de un diplomático de México, que dio fin a los arreglos que habían hecho el secretario de Relaciones Genaro

Estrada y el embajador Dwight W. Morrow y que estuvieron a punto de ser concluidos con el nuevo embajador de los Estados Unidos en México, Reuben J. Clark.

LAS PLÁTICAS DE 1911

Pero antes de referirnos a la intervención del diplomático mexicano que hizo fracasar los arreglos de Estrada y Morrow, es necesario, aunque sea muy brevemente, hacer referencia a lo que discutieron los comisionados mexicanos y norteamericanos en 1911, y lo que resolvió el árbitro canadiense Eugene Lafleur.

De acuerdo con el convenio suscrito por De la Barra y Knox en junio de 1910 y adicionado por un segundo convenio firmado el 5 de diciembre, en el que se estipulaba la forma como se haría el canje de ratificaciones entre los gobiernos de México y de los Estados Unidos, el Tribunal de Arbitraje se reunió en El Paso, el 15 de mayo de 1911.

El informe de la comisión mexicana sobre el acto de instalación del Tribunal de Arbitraje dice:

La Comisión Internacional de Límites establecida de acuerdo con la Convención de 1º de marzo de 1889 se reunió en el edificio de la Corte Federal de los Estados Unidos a las 3 de la tarde.

Concurrieron las siguientes personas: señor Fernando Beltrán y Puga, Comisionado de los Estados Unidos de México; señor general Anson Mills, Comisionado de los Estados Unidos de América; señor M. N. Velarde, Secretario de la sección mexicana, y señor Wilbur Keblinger, Secretario de la sección americana.

El Comisionado mexicano manifestó que su Gobierno le había participado que el H. Eugene Lafleur, de Montreal, Canadá, había designado como Tercer Comisionado, conforme a la Convención de 24 de junio de 1910 celebrada entre México y los Estados Unidos para la resolución del caso del Chamizal. El Comisionado americano dijo que igualmente él había

recibido notificación de su Gobierno de que el señor Lafleur fue escogido para tal encargo.

En seguida se ordenó a los Secretarios que informaran al señor Lafleur que la Comisión se hallaba reunida y pronta a recibirlo. El señor Lafleur entró y mostró una nota de su Gobierno en que se le notificó haberse escogido como Tercer Comisionado.

Después de la presentación de esa credencial, el señor Lafleur tomó asiento como Presidente de la Comisión y declaró abiertas sus sesiones.

El Comisionado de México pidió y luego obtuvo permiso para presentar a su Abogado Consultor, el señor Manuel Castillo.

La Comisión pasó luego a estudiar las actuales reglas de la misma y la necesidad de adoptar otras nuevas para la resolución del caso presente y, después de alguna discusión, decidió que no se adoptarían nuevas disposiciones sino a medida que fuera necesario.

En seguida se dieron instrucciones a los Secretarios para que notificaran a los agentes y abogados de ambos Gobiernos que la Comisión se encontraba reunida y lista para empezar la vista del juicio.

El señor Joaquín D. Casasús, Agente de México, entró al salón y fue presentado por el Secretario mexicano.

El señor Casasús presentó al señor William J. White como Abogado de México, al señor doctor José A. Samaniego como Ayudante del Agente mexicano, y a los señores licenciado Manuel R. Uruchurtu y don Alberto M. Carreño como Secretarios del mismo Agente.

El señor Dennis presentó a los señores Walter B. Grant y Richard Burges como Abogado y Abogado Auxiliar, respectivamente, de los Estados Unidos y al señor Harold J. Wagner como Secretario del Agente americano.

EL FALLO DE LAFLEUR

Trece fueron las audiencias efectuadas por el Tribunal de Arbitraje. Durante ellas defendieron los puntos de vista de sus respectivos países el señor Casasús y el señor Dennis y fueron presentadas todas las pruebas de una y otra parte en apoyo de lo que sostuvieron los dos agentes.

Llegado el momento de la votación, los comisionados Puga y Mills presentaron sus votos particulares, y la opinión de los agentes Casasús y Dennis [...] [H]abía que esperar el fallo del árbitro canadiense Lafleur, al que se unió el comisionado mexicano.

El fallo, dando a México el derecho sobre el territorio de El Chamizal, dice en su parte final:

Se ha insinuado —y el Comisionado americano es de ese parecer— que es imposible localizar el curso que seguía el río Bravo o Grande en 1864 antes de las avenidas de ese año, e igualmente se dice que la presente Comisión Arbitral no está facultada por la Convención de 24 de junio de 1910 para dividir el territorio del Chamizal y asignar una porción de él a los Estados Unidos y la restante a México. El Comisionado Presidente y el de México no pueden admitir ninguna de las dos cosas, sino que creen que al dividir el terreno en cuestión entre ambas partes no hacen sino seguir el precedente establecido por la Suprema Corte de los Estados Unidos en el caso de Nebraska vs. Iowa ya antes citado. En el fallo la Corte estableció que hasta el año de 1877 los cambios del Missouri se debieron a la accesión y que en tal año el río se formó un nuevo lecho, y basándose en esto ordenó que la frontera entre Iowa y Nebraska se tuviera por una línea variable en lo tocante a la accesión; pero que desde 1877, y después de esa fecha, el límite no varió más, sino que permaneció en donde estaba antes de abrirse el nuevo cauce. Aplicando este principio, *mutatis mutandis*, al presente caso, el Comisionado que preside y el de México son de opinión de que las accesiones creadas en el territorio del Chamizal hasta la época de la gran avenida de 1864 deben asignarse a los Estados Unidos; pero que, como las que se produjeron en ese año no se originaron por corrosiones lentas y graduales, como las requiere la Convención de 1884, el resto de la zona debe ser adjudicada a México. Creen, además, que está fuera de sus atribuciones el localizar la línea del fallo, dado que las partes no han presentado datos que les permitan hacerlo. En el repetido caso de Nebraska vs. Iowa, la Corte se contentó con indicar, como arriba se dice, cuál debería ser el límite entre los dos estados e invitar a las partes a que llegaran a un acuerdo acerca de la demarcación de la línea, en conformidad con los principios enunciados en la sentencia.

El Comisionado americano dicente de la anterior decisión por los motivos que expresa en el memorándum que se acompaña y opina que todos los cam-

bios que tuvieron lugar en El Chamizal desde 1852 se debieron a la corrosión lenta y gradual y el depósito de aluvión, de acuerdo con el significado que da a esas frases la Convención de 1884. Opina, además, que los Comisionados carecen de facultades para fraccionar el terreno de El Chamizal y conceder una parte de él a los Estados Unidos y otra a México, y en vista de esto y de su convencimiento de que no es posible llegar a localizar el curso del río en 1864, considera que no puede llegar a ejecutarse el fallo de la mayoría de los comisionados.

Atendiendo a todo lo cual, el Comisionado Presidente y el Comisionado de México, representando una mayoría en la expresada Comisión, SENTENCIAN Y DECLARAN: que el dominio eminente sobre aquella parte de El Chamizal que queda comprendida entre la línea media del cauce del río Bravo o Grande levantada por Emoroy y Salazar en 1852 y la línea media del cauce del mismo río tal como existía en 1864, antes de las avenidas de ese año, pertenece a los Estados Unidos de América, y que el dominio eminente del resto del mencionado territorio pertenece a los Estados Unidos Mexicanos.

El 15 de junio, los comisionados dieron por terminadas sus labores y sólo restaba que los gobiernos de los dos países hicieran la ratificación respectiva del laudo, de acuerdo con el convenio suscrito por De la Barra y Knox en el cual los gobiernos de México y de los Estados Unidos se comprometían a someterse al fallo que fuese dictado bien por unanimidad, o bien, por mayoría de votos.

Ya se ha dicho cómo el embajador Morrow no sólo había aceptado el cumplimiento del laudo sino que había creído aplicable la fórmula presentada por el subsecretario de Relaciones Exteriores Genaro Estrada en el sentido de que las aguas del Bravo fuesen desviadas por el curso que seguían en 1852, y de esta manera el río seguiría siendo la línea divisoria entre México y los Estados Unidos.

CLARK

Habiéndose separado de la embajada *mister* Morrow, el gobierno de los Estados Unidos pidió el *agreement* para J. Reuben Clark. El nuevo embajador

había sido alto funcionario del Departamento de Estado por varios años. Más tarde había sido miembro de la comisión británica de reclamaciones, y, por fin, subsecretario de Estado. Al lado de Morrow, había desempeñado también un importante papel como consejero jurídico de éste.

Mister Clark era nombrado embajador siendo presidente de México el señor Pascual Ortiz Rubio, y apenas éste le había concedido el *agreement*, cuando Genaro Estrada, que ocupaba la cartera de Relaciones ya como titular, indicó la conveniencia de que entre los primeros asuntos que se tratasen con el nuevo diplomático norteamericano estuviese el caso de El Chamizal.

Estrada expresó al presidente Ortiz Rubio la conveniencia de hacer un viaje a Ciudad Juárez combinado en tal forma que en esta población fronteriza se encontrase con *mister* Clark a fin de tratar con él el problema de las aguas internacionales, y ultimar los arreglos sobre el territorio en disputa.

Por conducto de la embajada en Washington, el secretario de Relaciones hizo la invitación a Clark para tener una conferencia en Juárez o El Paso. El embajador, que a la sazón se encontraba en Salt Lake, contestó aceptando la invitación. El secretario Estrada había guardado el secreto sobre el verdadero fin de su viaje: como queda dicho, terminar los arreglos iniciados con Morrow sobre El Chamizal.

Estrada y Clark se reunieron en El Paso y desde luego el jefe de la cancillería de México expuso al embajador el punto de vista mexicano para terminar con el caso de El Chamizal. Para Clark, lo mismo que para Morrow, la solución presentada por Estrada pareció la más conveniente. Las aguas del Bravo del Norte serían desviadas por el cauce que llevaban en 1852 y las obras para esta desviación, calculadas en doce millones de pesos, serían costeadas por el gobierno de los Estados Unidos, que de esta manera cubriría la indemnización que adeudaba al de México por la ocupación del territorio.

LAS OBJECIONES DE CLARK

Recorridas las márgenes del Bravo por Estrada y Clark, partiendo del monumento número uno que sirve para señalar los límites territoriales entre los dos

países, el ministro y el embajador convinieron en que la solución presentada por el primero era la más conveniente.

Clark sólo hacía mención de los perjuicios que la ocupación de El Chamizal por México ocasionaría a los intereses americanos establecidos en el territorio, exponiendo que esto daría motivo a la oposición del Senado de los Estados Unidos.

Los trabajos encaminados a terminar este caso fueron continuados en la Ciudad de México entre el secretario de Relaciones y el embajador Clark.

Éste había planteado ante el gobierno de México un nuevo problema: el de la prórroga para el ajuste de las reclamaciones por daños causados por la revolución. Los arreglos tenidos en el periodo de sesiones de la comisión de reclamaciones que acababa de terminar daban a México grandes ventajas; una nueva prórroga no haría sino poner en peligro las ventajas obtenidas por el gobierno mexicano y éste se rehusaba a concederla.

Mientras que México se rehusara a la prórroga el caso de El Chamizal quedaba de nuevo en suspenso. El diplomático norteamericano parecía exigir el acuerdo de la prórroga para terminar el problema del territorio en disputa.

El cambio de secretario de Relaciones hizo variar también los problemas internacionales. Estrada fue designado embajador en España y, en su lugar, entró Manuel C. Téllez.

Uno de los primeros actos de Téllez fue conceder al gobierno norteamericano la prórroga que había solicitado para la comisión de reclamaciones y, a continuación, el mismo secretario de Relaciones, para dar fin al caso de El Chamizal, propuso que el territorio en disputa fuese donado graciosamente a los Estados Unidos.

Se opuso el presidente Ortiz Rubio al proyecto de Téllez y éste se vio en la necesidad de renunciar.

LA ISLA CLIPPERTON

Entre los graves casos que la diplomacia mexicana ha tratado en los últimos años hay uno que todavía falta por aclarar; es el caso de la isla Clipperton.

¿Por qué el gobierno de México cedió la isla a Francia? ¿Fue el fallo arbitral de Italia? ¿Hubo otras razones de índole política? He aquí lo que es menester investigar cuando todavía viven los políticos mexicanos que intervinieron en este negocio. Una segunda parte de estos secretos será menester para el futuro no lejano.

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 1 de noviembre de 1936, año XI, núm. 47, pp. 1-2.

INTIMIDADES DEL CALLISMO

LAS RENUNCIAS DEL MINISTRO PANI

SIEMPRE DESDE EL TIEMPO DE CARRANZA,
PANI INTENTÓ SER MINISTRO DE HACIENDA

Pero la oportunidad se le presentó hasta que don Adolfo de la Huerta lo recomendó con el presidente Obregón, presentándolo como el hombre capaz de dirigir sin dificultad las finanzas nacionales

DE CÓMO EL GRAL. CALLES LO TUVO EN SU GABINETE, A PESAR DE QUE LO ODIABA
“Dígale a Pani que me mande inmediatamente su renuncia si no quiere que yo mismo lo saque de aquí!”, dijo el presidente a Aarón Sáenz;
pero Pani no renunció, a pesar de la dura advertencia

CÓMO SE LE HIZO DIMITIR CUANDO ERA MINISTRO EN EL GABINETE DE RODRÍGUEZ
“Tengo instrucciones de no salir de esta oficina sin llevarme la renuncia de usted” —le dijo el secretario particular del presidente, ante el azoro del ministro

El siguiente capítulo de la política mexicana me fue referido por una persona digna de todo crédito que ocupa uno de los cargos más elevados en el gobier-

no del presidente Cárdenas y que fue testigo de los sucesos a que aquí se hacen mención.

Uno de los políticos mexicanos que más se encariña con los ministerios y a quien para hacerlo renunciar se hace necesario que el Presidente de la República se lo exija en términos ásperos, es el ingeniero don Alberto J. Pani.

Las dos veces que el ingeniero Pani fue cesado como secretario de Hacienda y Crédito Público, fue indispensable que el Presidente de la República recurriera a procedimientos que son poco usuales en la política nacional.

Estos procedimientos dieron lugar a que las dos veces en que Pani ha renunciado a la Secretaría de Hacienda corrieran múltiples versiones. Una de esas leyendas dice que Pani ha sido el “único hombre que contrarió con todo valor al general Calles”; otra más asegura que Pani llegó a tener tal dominio en las finanzas públicas, que el general Calles, siendo Presidente de la República, retuvo al ingeniero a su lado por largos meses, contrariando su propia voluntad y temeroso de que si el secretario abandonaba la cartera disgustado, pudiera causar una crisis económica en el país. La tercera leyenda dice que Pani, durante los meses que fue secretario de Hacienda en el gabinete del presidente Abelardo L. Rodríguez, burlaba abiertamente las disposiciones de éste, quien tenía que soportar todas las inconsecuencias de su ministro, considerándolo indispensable. Una cuarta leyenda cuenta que Pani fue el único hombre a quien Calles, suplicante, pidió que no abandonara la Secretaría de Hacienda.

Todas estas leyendas que han venido circulando desde que el ingeniero Pani ocupó por vez primera la Secretaría de Hacienda gracias a la recomendación que de él hizo don Adolfo de la Huerta al presidente Obregón, no dejaron de crear una aureola al ex secretario, a quien por años se festejó en México la sonrisa eterna en los labios, la “pose” que tomaba ante la cámara fotográfica y hasta en sus aventuras amorosas.

Pani —y esto me lo refirió don Adolfo de la Huerta hace tiempo— aspiraba a la Secretaría de Hacienda desde los días en que tuvo a su cargo el resello de los bilimbiques durante la época revolucionaria.

No ocultaba Pani su ambición, pues a todos sus amigos —y especialmente a aquellos que estaban más cerca al Primer Jefe— decía que siempre había gustado de los problemas económicos, que sintiendo especial atracción por ellos, no dejaba de estar al corriente de lo que el mundo pensaba sobre los asuntos monetarios, hacendarios, etc.

A fuerza de insistir cuál era su ideal burocrático, Pani llegó a formarse una reputación de economista. Así, cuando don Adolfo de la Huerta presentó su renuncia como secretario de Hacienda, el presidente Obregón le dijo:

—*Pero hombre, Adolfo, si tú te vas, ¿a quién pongo en tu lugar?*

—*Abí tienes a Pani, Alvaro. Pani me ha asegurado que desde hace mucho tiempo está estudiando los problemas económicos de la República y puede ser que te sea útil* —le contestó De la Huerta.

—*Tienes razón, Adolfo. Pani es un hombre inteligente y, si como tú dices, se ha estado preparando, me ayudará a continuar tu obra.*

Pani fue nombrado secretario de Hacienda gracias a la sugestión del señor De la Huerta; pero apenas en el ministerio, expidió unas comentadas declaraciones en las que lanzaba truenos contra don Adolfo.

LOS ANTECEDENTES

El Sr. De la Huerta había sugerido al presidente Obregón el nombramiento de Pani, a pesar de que éste en dos ocasiones había pretendido entorpecer las negociaciones que De la Huerta llevaba a cabo cerca de los acreedores de México para llegar a un entendimiento sobre el pago de la deuda exterior del país.

Iniciadas las primeras pláticas formales entre el señor De la Huerta como secretario de Hacienda y Sir William Wiseman como representante de los acreedores de México, el señor Pani, ocupando la cartera de Relaciones Exteriores, invitó a Sir William a una cena, y ya de sobremesa aseguróle que estaba perdiendo su tiempo en las pláticas con don Adolfo, debido a que éste no estaba autorizado por el Presidente de la República para tal cosa, ya que un entendimiento con el Comité Internacional de Banqueros solamente podía llevarse a cabo por conducto de la cancillería.

La afirmación de Pani causó verdadero desconcierto a Sir William, quien, acompañado del Encargado de Negocios de la Gran Bretaña en México, fue a visitar al señor De la Huerta, haciéndole conocer lo que Pani le había dicho.

De la Huerta condujo a Wiseman a la Presidencia de la República y ya ante el general Obregón, el propio Sir William repitió lo que Pani le había afirmado. Obregón desmintió a su secretario de Relaciones e hizo saber al representante de los banqueros extranjeros que don Adolfo era el único autorizado para tratar con los acreedores de la República.

OTRO INTENTO

No pareció quedar el señor Pani satisfecho con esa fracasada tentativa para evitar que don Adolfo fuese quien representase a México en la firma de los convenios con los acreedores, sino que habiendo ya comenzado las conferencias en Nueva York para el arreglo de la deuda, el secretario de Relaciones movilizó al señor C. Téllez, encargado de negocios de México en Washington, con el propósito de que hablara con los miembros del Comité de Banqueros y les hiciera saber que cualquier convenio que fuese firmado no sería aprobado por el Presidente de la República debido a que, por una parte, el señor De la Huerta carecía de autorización y, por la otra, correspondía a la Secretaría de Relaciones ultimar los arreglos.

Los movimientos de Téllez estuvieron a punto de hacer fracasar las conferencias de Nueva York. De la Huerta se dirigió entonces al general Plutarco Elías Calles, a la sazón secretario de Gobernación, pidiéndole que hablara con el general Obregón sobre los manejos de Pani y tratara desde luego de neutralizarlos. El general Calles atendió la petición de su amigo De la Huerta y de esta manera se logró que Pani quedase vencido por segunda vez.

A pesar, pues, de estos dos desagradables incidentes, cuando el presidente Obregón parecía no tener candidato, el señor De la Huerta indicó que Pani podía ocupar la cartera que él, De la Huerta, dejaba vacante.

LAS HABILIDADES DE PANI

Terminado el periodo del general Obregón, el ingeniero Pani continuó en la Secretaría de Hacienda en el gabinete del general Calles.

Pasar de un gabinete a otro gabinete; tener la confianza de un mandatario que sale y del otro que entra; ser incommovible frente a tantos que esperan siempre un cargo del nuevo gobierno, es algo que en México se festeja y se comenta. El político que logra esto alcanza las proporciones de gigante.

Sólo cuando se conocen las intimidades de esos "gigantes" y sólo cuando pasan los años y se van descubriendo los misterios de la política, es cuando se puede hacer el balance formal y definitivo sobre las virtudes de los políticos.

Habiendo sido, pues, en apariencia, un poderoso hombre de gobierno y un astuto político, el ingeniero Pani llegaba a la Secretaría de Hacienda hasta el 15 de septiembre de 1926.

AQUELLA NOCHE...

La noche del 15 de septiembre, cuando en la Plaza de la Constitución y en los salones del Palacio Nacional es todo alegría; cuando el Presidente de la República toca la campana (que se dice que tocó el cura don Miguel Hidalgo y Costilla) para después atender las felicitaciones del Cuerpo Diplomático, el señor Pani recibía una de las noticias más desagradables de su vida, por más que la supo disimular y pudo, con verdadera habilidad, mantenerla en secreto durante siete meses.

¡Qué amargo fue ese 15 de septiembre para el secretario de Hacienda! ¡Pero qué bien ocultó esa amargura después de haber tomado una resolución en uno de los balcones del viejo palacio!

Desde principios de ese año de 1926, el presidente Calles no podía disimular el desagrado que le causaba la presencia de Pani en su gabinete.

Cuando había Consejo de Ministros, al hablar a sus colaboradores visiblemente se abstenía de dirigir ya no sólo la palabra, sino hasta la mirada al secretario Pani. Éste, sin embargo, no se daba por aludido. Se mostraba

más locuaz que de costumbre; presentaba más proyectos; daba constantes informes. No se ignoraba que había aumentado el número de amanuenses y consejeros, de tal manera que éstos siempre le tenían preparados nuevos proyectos que él firmaba para presentar a la consideración del Presidente de la República.

Conforme avanzaban los meses, era más notorio el divorcio de Calles con su colaborador. Muchas y muchas veces le dejaba con la cartera repleta de proyectos, con cualquier pretexto, con tal de no acordar con él. Pani seguía aparentando no darse cuenta de la hostilidad del general Calles. Entre los miembros del gabinete se murmuraba todos los días sobre la actitud del presidente para el secretario de Hacienda, y los ministros se preguntaban sorprendidos cómo era que Pani no se daba cuenta de su difícil situación y no presentaba su renuncia en el acto.

ULTIMÁTUM

Cansado el Presidente de la República de esperar la renuncia de Pani después de tantas manifestaciones de disgusto que le había hecho, el 15 de septiembre, poco antes de principiar la ceremonia nocturna, llamó al secretario de Relaciones, licenciado Aarón Sáenz, y le dijo:

—*Sáenz, voy a dar a usted una penosa comisión, pero creo que es usted la única persona a quien la puedo confiar. Quiero que me haga favor de pedir hoy mismo la renuncia a Pani. Pani me tiene cansado; ya estoy aburrido de él. Me disgustan todos sus procedimientos; es un hombre que no se maneja con rectitud. Hace mucho que le estoy haciendo desaires y veo que no se da por aludido. Ya me tiene cansado; no quiero verlo más y si no renuncia, lo arrojaré de aquí... Dígale que en el acto presente su renuncia; que se vaya a su casa porque de otra manera lo voy a lanzar.*

Calles no podía disimular su disgusto; hablaba con verdadera pasión y en tono amenazante, y repetía:

—*¡Dígale que se vaya; que se vaya en el acto, si no quiere que lo saque de aquí!*

Sáenz trató de abogar por el secretario de Hacienda, pero el Presidente de la República, sin escuchar a su colaborador, insistió en que el ingeniero debería poner inmediatamente su renuncia.

El secretario de Relaciones insinuó que se le diera a Pani alguna otra comisión, pero Calles insistía:

—*Nada, no le daré nada a mi cuenta...*

Ante la actitud del presidente, el licenciado Sáenz no tuvo más remedio que cumplir con el encargo esa misma noche.

LA CONFERENCIA DEL BALCÓN

Los miembros del cuerpo diplomático, los secretarios de Estado, los senadores, los diputados, en fin, todo el mundo oficial se encontraba reunido en Palacio para asistir a la ceremonia del grito. Pani, como siempre, llegó sonriente, con su estudiado aspecto de eterno triunfador.

Después de la ceremonia del “grito”, Sáenz y Pani se retiraron a un balcón. El secretario de Relaciones hizo saber al de Hacienda los deseos del general Calles. El “cesado” quiso convencer a su colega de que el Presidente de la República obraba injustamente con él; que había hecho lo posible por dar lustre al gobierno y por encarrilar las finanzas nacionales; pidió que Sáenz volviera a abogar por él; que no se le dejara abandonado en tan preciosos momentos; que él no era más que un leal colaborador del presidente; que se le haría quedar en ridículo ante el país; que por lo menos se le ofreciera algún otro puesto.

Tres horas estuvieron platicando en el mismo balcón los dos ministros. Mientras, Calles había tocado la campana de Dolores, había vitoreado a los héroes de la independencia y había recibido las felicitaciones del cuerpo diplomático y había pasado al comedor de Palacio para obsequiar a los invitados.

UN PLAZO MÁS

Al día siguiente el licenciado Sáenz habló de nuevo con el general Calles dando a conocer a éste los deseos de Pani; pero Calles, enérgico, contestó:

—*Dígale a Pani que me mande inmediatamente su renuncia si no quiere que yo mismo lo saque de aquí...*

Con tan categórica respuesta del presidente, el ingeniero no tuvo más remedio que aceptar el “cese”, pidiendo solamente a Sáenz que abogara con Calles para que se le permitiera terminar la *Memoria* de la Secretaría de Hacienda, antes de hacer pública su renuncia.

Pani ofreció que en dos o tres semanas terminaría la memoria para inmediatamente después renunciar. Calles aceptó, en el entendido que el ingeniero tomaría un mes, a lo sumo, para retirarse del ministerio.

Pero pasó un mes; pasaron quince días más y Pani no renunciaba. Hacía el “Tancredo”, según frase que él mismo usaba cada vez que dejaba pasar un chaparrón político. Y para justificar su permanencia aseguraba a sus íntimos que sólo esperaba terminar la *Memoria* de la Secretaría para marcharse...

Pero en esos días se reunió un consejo de ministros y Pani llegó al salón de acuerdos como siempre: zalamero y gracioso. Se detuvo ante el general Calles tendiéndole la mano y dirigiéndole algunas palabras adulatorias. El presidente, en presencia del resto de sus colaboradores, apenas si le contestó el saludo y dio la media vuelta para hablar con alguna otra persona. El ingeniero, sin perder la serenidad, se acercó nuevamente a Calles y cortésmente le dijo:

—*Señor Presidente, he traído...*

—*¿La Memoria, Pani?* —le interrumpió con viveza el general.

Hasta ese momento fue seguramente cuando el secretario de Hacienda se sintió perdido y se retiró cautelosamente del lado de Calles.

Y esta escena a la que habían asistido los miembros del gabinete se repitió tres o cuatro veces más en otros tantos consejos de ministros. Pani aseguraba que continuaba redactando la memoria ministerial, por más que se sabía que estaba liquidando los negocios en los que estaba comprometido.

A PARÍS

Pasaron así siete meses durante los cuales Pani habló con sus colegas insinuando que le gustaría volver a Francia como ministro de México. No faltó, por

supuesto, quien informara a Calles de los deseos de su ministro y como éste insistiera, el presidente, al fin, llamó a Sáenz y le dijo:

—*Dígale a Pani que ya dé por terminada la memoria de siete meses y que se vaya a París y que si tiene delicadeza, que ya no se me vuelva a presentar...*

Pani supo de estas palabras de Calles; guardó silencio, esperó el nombramiento y se fue a París.

Durante la permanencia en Francia el ingeniero no dejó de escribir al general Calles. Cuando éste hizo un viaje por Europa, Pani lo atendió como se atiende a un amo. De esa época es una fotografía famosa publicada en la prensa y tomada en los momentos en que el general Calles se dirigía a tomar un tren: en ella se ve al señor Pani cargando personalmente las maletas del ex presidente de la República.

DE NUEVO EN HACIENDA

En 1932, invitado por Calles, el ingeniero Pani regresó a México para ocupar nuevamente la cartera de Hacienda.

—*¡Vamos a ver qué de nuevo nos trae Pani en materia económica!* —exclamó Calles, ya reconciliado con su antiguo colaborador.

Calles creía ingenuamente que Pani, que jamás abre un libro, había estudiado alguna cosa en su divertida permanencia en París.

Pani regresó esta vez con su segunda colección de cuadros. (La primera colección la había vendido al gobierno y él mismo se la autopagó como secretario de Hacienda. Una bicoca: \$350 000). Principió su nueva gestión ministerial expidiendo unas declaraciones de miles de palabras en las cuales lo mismo hablaba, refiriéndose a los problemas económicos nacionales, en tono de izquierdas que en tono de derechas.

Pero mientras expedía estas declaraciones, el ingeniero Pani comenzó a hacer propaganda presidencialista. No faltó quien le insinuara que el hecho de que Calles le hubiese traído al país para hacerlo secretario de Hacienda indicaba que el Jefe Máximo lo llevaría más tarde a la Presidencia de la República.

El secretario de Hacienda no dejó de crear grandes esperanzas y el licenciado Aarón Sáenz se convirtió en el más activo propagandista de su candidatura. Sáenz puso en movimiento a los industriales de Monterrey, presentando al ingeniero como un candidato que significaba orden, prosperidad y progreso.

Como las actividades políticas de Pani eran cada día más notorias, el general Calles mandó a algún amigo para que le hiciera saber lo inconveniente de ellas, porque las consideraba prematuras, pero sin manifestarle desagrado por las posibilidades que tuviese Pani para el futuro.

OTRA VEZ FUERA

Creyéndose ahora sí apoyado por Calles, el secretario de Hacienda, en vez de disminuir sus actividades políticas, las multiplicó hasta que un buen día se le presentó en la secretaría el licenciado Francisco Xavier Gaxiola, secretario particular del presidente Abelardo L. Rodríguez, haciéndole saber que debería entregarle su renuncia.

—*Pero es que a un ministro no se le manda pedir la renuncia en esos términos...* —contestó Pani.

—*Tengo instrucciones de no salir de esta oficina hasta que usted no me entregue la renuncia* —le contestó Gaxiola.

Pani trató de comunicarse telefónicamente con el presidente, con Calles, con los amigos; pero Gaxiola le advirtió que la orden de “cese” era de Rodríguez y del Jefe Máximo.

El ingeniero no tuvo más remedio que firmar el documento y abandonar inmediatamente el ministerio.

Tal es la historia de las dos renunciaciones del ingeniero Pani, desconocida por el país y referida, por vez primera, por una persona que ocupa uno de los más elevados cargos en el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas.

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 27 de septiembre de 1936, año XI, núm. 12, pp. 1-2.

CALLES CONTRA OBREGÓN

DOS VECES PRETENDIÓ CALLES SUBLEVARSE CONTRA OBREGÓN

Así lo aseguran personas que estuvieron ligadas a los dos famosos líderes. Las ambiciones del uno y del otro, y el talento y la astucia de ambos, chocaban constantemente; llegó el momento en que no cabían los dos en el mismo plano político, y uno tenía que desaparecer: éste fue el general Álvaro Obregón.

LA PRIMERA VEZ PROPUSO A DE LA HUERTA EL PROYECTO

Y D. ADOLFO NO LO ACEPTÓ

La segunda vez, siendo ya Obregón candidato a su reelección, Calles ordenó una concentración de fuerzas en San Luis Potosí, con el propósito de aniquilar a Obregón, pero éste, a tiempo, salió para México, donde encontró la muerte.

¿Pretendió el general Plutarco Elías Calles sublevarse en 1928 para evitar el ascenso al poder del general Álvaro Obregón? ¿O el general Calles fue ajeno a una sospechosa concentración de tropas ordenada por el general Joaquín Amaro, y que fue la causa por la cual Obregón precipitó su viaje a la Ciudad de México, en donde encontró la muerte?

He aquí dos preguntas que todavía se hace México y sobre cuyas respuestas hemos charlado con un buen número de personas que ahora se sienten

con libertad para hablar. Algunas de esas personas estuvieron ligadas al general Obregón; otras al régimen callista. Ciertamente que aquéllas pueden hablar por pasión y éstas por despecho. Por una u otra cosa hemos ajustado las referencias a un análisis para dar la versión que esté más próxima a la razón y a la verdad.

Hasta fines de 1922, a pesar de ser ya un destacado líder nacional, el general Plutarco Elías Calles no contaba con un partido dispuesto a sostenerlo y llevarlo a un futuro de dominación política. Era el dueño de las fuerzas del poder político del general Obregón; como dueño de la simpatía popular era don Adolfo de la Huerta.

Entre estos dos hombres aparecía la figura de Calles, apoyada únicamente por un grupo político: el Partido Laborista. Mas este partido carecía de fuerza propia: era el producto del oportunismo político de Luis N. Morones y de los líderes obreros que él, Morones, había improvisado para ir formando un círculo con el cual pretendía conquistar el futuro nacional.

Gracias al apoyo que recibía Calles, Morones había ido extendiendo sus redes, utilizando, en primer término, un sin igual sistema de propaganda por el que se inflaban sindicatos y federaciones obreras sin medir proporciones, sin detenerse en los medios, sin importarle justificación. Este plan de Morones no tenía más fin que formar el partido callista, y Calles correspondía con largueza a los propósitos de su amigo.

Con esos hábiles trabajos de Morones, el general Calles logró crecer; pero no por ello pudo disminuir el poder del general Obregón, ni disminuir la popularidad de De la Huerta.

LA LEYENDA DEL SOCIALISMO MEXICANO

Calles, indudablemente hombre de vigoroso talento, aunque sin las proporciones de creador que los cortesanos que más tarde le abandonaron quisieron darle, comprendiendo que no era fácil romper el poder y la popularidad de Obregón y de De la Huerta, volvió la vista hacia la izquierda en busca de notoriedad. Y con exageración insincera, hablando de redención proletaria

—él que junto con su amigo Morones gustaban tanto de la vida ostentosa—, Calles fraguó la leyenda del socialismo mexicano.

Más la notoriedad que alcanzaba en 1921 y en 1922 como líder radical estuvo a punto de costar a Calles su desaparición del escenario político: salvóle en ese momento el señor De la Huerta. Éste, llevado de su habitual diplomacia, no dejaba de coquetear con el obrerismo: había hecho gobernador del Distrito Federal a Celestino Gasca; había dado su apoyo a los huelguistas ferrocarrileros; había extendido pases a los delegados que concurrieron al primer congreso de la Confederación General de Trabajadores; tenía en su secretaría particular a varios líderes de la Confederación Regional Obrera Mexicana.

Y no era el señor De la Huerta el único ministro que se inclinaba hacia la izquierda. Tanto en Industria y Comercio como en Educación Pública, los líderes obreros tenían poderosa influencia. De esa época data el sistema de corrupción obrera que ha venido privando hasta nuestros días.

CRISIS

El progreso del obrerismo auspiciado por Calles tenía que llegar a descubrirse como un progreso de las ambiciones del entonces secretario de Gobernación. Los políticos que se pusieron a la moda creyendo que así podían obtener un mejor acomodamiento comenzaron a darse cuenta de que haciendo propaganda de izquierda estaban sirviendo al callismo, y se dispusieron a volver a la derecha y a entorpecer los propósitos cada día más visibles de Calles, y provocaron una crisis.

Los fuegos para provocar esta crisis no podían estar mejor apuntados, ya que estaban dirigidos no sólo contra Calles, sino también contra De la Huerta. Así, o los dos amigos corrían la misma suerte, o se separaban, disminuyendo de esta manera la popularidad de uno y la notoriedad de otro.

Una acusación contra Calles y De la Huerta fue presentada entonces ante las cámaras federales. Los dos amigos eran acusados de extremado radicalismo, contra las leyes del país.

A LA CONQUISTA DE CEDILLO

De la Huerta supo de la acusación el mismo día que abandonaba la Ciudad de México para dirigirse al estado de Sonora; Calles había emprendido un sospechoso viaje por las Huastecas con el pretexto de conocer personalmente la situación de los obreros de los campos de explotación petrolera.

Pero ¿cuál era el verdadero propósito de Calles?

En la Huasteca potosina, el general Saturnino Cedillo había iniciado la formación de colonias agrícolas y militares, y ya empezaba a adquirir el poder de líder político provinciano que años más tarde logró hacer ascender a la categoría de cacicazgo impenetrable.

Astuto y con una clara visión del porvenir, el general Calles fue a la Huasteca potosina con el fin de conquistar a Cedillo, y lo logró. El radicalismo era, por ese entonces, un atractivo para el organizador de las colonias agrícolas, y Calles, que había buscado y encontrado la notoriedad con el mito izquierdista, no podía menos que deslumbrar al líder provinciano.

LOS PLANES DE CALLES

Después de haber conquistado a Cedillo, el general Calles continuó su viaje a la zona petrolera y de allí, sigilosamente, se dirigió al estado de Sonora.

Llegó Calles a Hermosillo, a donde encontró a De la Huerta, a quien hizo saber que tenía un grave asunto que comunicarle. Los dos amigos platicaron a solas en la Alameda y, allí, el general Calles le reveló sus planes y ambiciones.

Obregón, dijo Calles, se entregaba cada día más y más al capitalismo; era un presidente burgués que estaba en camino de acabar con las conquistas proletarias. Tanto él, Calles, como De la Huerta, estaban seriamente amenazados por la administración obregonista; ambos serían acusados ante las cámaras federales; quizás desplazados de la política nacional y entregado el país a los elementos conservadores.

¿Qué hacer ante tal situación? Para Calles no había más una solución y así se la hizo saber a De la Huerta; esta solución era iniciar un movimiento armado contra Obregón.

Calles reveló a su amigo que el viaje a través de las Huastecas no había tenido más objeto que el de preparar esa rebelión; que contaba con el general Cedillo y con los obreros de la región petrolera. Además, todos los miembros de la Confederación Regional Obrera Mexicana podrían ser armados. Para iniciar ese movimiento no se necesitaba más que tener un hombre que, con la popularidad del señor De la Huerta, levantase la bandera de guerra.

La proposición que Calles hacía indicaba que éste había venido fraguando su plan de rebelión paciente y cuidadosamente, y que su viaje por las Huastecas había formado parte de ese plan.

LA ACTITUD DE DE LA HUERTA

Pero De la Huerta, apenas conocido el proyecto de su amigo, lo rechazó. No creía él que el presidente Obregón se hubiese puesto en manos de los enemigos del obrerismo y del agrarismo; un nuevo trastorno al país podría ser de graves consecuencias para la vida nacional. Obregón apenas comenzaba a realizar su programa de gobierno. Y tras de esta argumentación pidió a Calles que desistiera de su proyectada rebelión.

En efecto, el general Calles desistió; llegó a ser un adicto a Obregón y mereció de éste la Presidencia de la República en 1924. Obregón, hombre de glorias militares conquistadas con talento, con valor, con disciplina, con organización y energía, fue hasta el momento de su muerte el jefe del partido militar más poderoso que ha existido en México desde los días de la Independencia.

Para el partido militar no había en México un general de la capacidad de Obregón. Por esto, escuchaba la palabra de su jefe con obediencia; y con obediencia escuchó también el deseo expresado por Obregón de que el general Calles le sucediese en la Presidencia de la República.

El general Calles nunca contó con el partido militar, y si pudo lograr el poder que logró después de la muerte de Obregón, se debió a que el partido militar quedó sin jefe, sin guía, después de la tragedia de La Bombilla. Por eso, Calles pudo pronunciar aquel mensaje del primero de septiembre de 1928, y por eso pudo lograr también que los militares tomaran parte como comediantes

tes en las reuniones del Regis en las que juraron no participar en la elección del presidente sustituto.

EL SEGUNDO INTENTO

Mas lo que nos trae a referirnos a la actitud de los militares después de la muerte del general Obregón es el de dar a conocer la segunda intentona del general Calles para desplazar a su amigo del campo político nacional.

En su afán de poderío político, el general Calles, con sus indiscutibles talento y astucia, apenas anunciada la campaña presidencial en 1928 inició un hábil y doble juego con todos los pretendientes a la silla presidencial. Los lectores de los *Periódicos Lozano* han tenido a la vista interesantes documentos extraídos de los archivos de los generales Francisco R. Serrano y Arnulfo R. Gómez.

A estos dos candidatos a la Presidencia de la República, como se habrá podido constatar por la documentación publicada, el presidente Calles les hizo concebir grandes esperanzas en el futuro. No eran simples ofrecimientos de respeto a la “voluntad popular” los que hacía a ambos por distintos conductos. No; Calles hacía entender tanto a Serrano como a Gómez que uno y otro era “su” candidato oficial —el candidato que en México lleva siempre el noventa y nueve por ciento de probabilidades de triunfo.

MORONES

Y mientras que hacía estas promesas a Serrano y a Gómez, dejaba correr entre sus amigos de mayor confianza la versión de que Luis N. Morones sería también candidato. Morones, por supuesto, aliado siempre a Calles en el bien y en el mal, adoptó también una posición que daba a entender su aparición en la liza electoral, por más que interiormente debió haber sabido que cualquier otro ciudadano mexicano, menos él, podía escalar la cumbre del poder. Aparte de sus vicios y de sus odios, a Morones le faltaba una personalidad: la

personalidad del combatiente; sin ser combatiente tendría que vivir bajo las alas de un protector; ese protector no podía ser Calles, que estaba por salir del poder; el protector tendría que haber sido el general Obregón, quien le veía con el más completo desdén.

Pronto, sin embargo, cambió el panorama político con la aparición de la candidatura del general Obregón. Calles no se atrevió a contrariarla; pero tampoco le dio su protección, aunque cierto es que Obregón no la necesitaba, contando, como contaba, con un poderoso partido encajado dentro de la maquinaria oficial. De todas maneras y el solo hecho de que el presidente Calles hubiese adoptado una actitud de observador político ante la reforma constitucional hacia la reelección, le proporciona un mérito de indiscutible probidad política. Lástima es que más tarde el general Calles no hubiese adoptado esa misma actitud en los trágicos sucesos de octubre de 1927, cuando por no contrariar a Obregón permitió a éste que Serrano y sus compañeros fuesen muertos en el sacrificio más estéril que se conoce en la historia de México y en el crimen político más horrendo que se ha conocido en el país.

EL PAPEL DE MORONES

Después de haber servido a Obregón de esta manera sólo para hacer creer al candidato presidencial que seguía siendo su amigo, por más que desde hacía mucho tiempo no lo era, y de la humillación que éste le había obligado a hacer la mañana del 3 de octubre de 1927, cuando Obregón le obligó a aceptar la responsabilidad por los crímenes de Huitzilac, hizo Calles que su amigo Morones saliese al campo político en actitud de desafío a Obregón. Morones, sin las virtudes del combatiente, repetimos, y acostumbrado a ir a las maduras, comenzó el fuego contra Obregón como el novicio que trepa a la tribuna para hablar sin ton ni son, encontrándose bien pronto frente a una seria contraofensiva del obregonismo, ante la que habría de huir vergonzosamente a raíz de la tragedia de La Bombilla.

Pero quizás esta tibieza de Morones era suficiente para los planes del general Calles, quien sólo llamaba la atención de Obregón y de los obregonistas

con la literatura moronista, mientras que por otra parte preparaba un movimiento subversivo. Estos preparativos comenzaron a principios de 1928, encontrándose Obregón en Náinari.

FRENTE A FRENTE

Obregón, hombre de gran previsión, que conocía mejor que ninguno otro a los políticos y militares mexicanos, comprendió que el general Calles no estaba jugando limpiamente con él, y, mañosamente, provocó la guerra del Yaquí. Si esta guerra era inicua, no por ello dejaba de ser previsor para los fines del caudillo. El objetivo de éste era obligar al gobierno de Calles a que enviase fuertes contingentes militares al estado de Sonora. Quince o veinte mil hombres destinados a la guerra contra los infelices indios proporcionaba a Obregón la ventaja de disponer de esos millares de soldados para el momento en que el general Calles pretendiera hacerle una mala jugada.

Pero Calles era lo suficiente astuto para no comprender que era Obregón el provocador de la guerra en la región del Yaquí con fines de futuro político, y también mañosamente obró para quitar al caudillo los contingentes militares que se encontraban en Sonora, y preparar así, con cautela, un movimiento armado contra el presidente electo.

ORDEN SOSPECHOSA

Bien pronto supo el general Obregón de los preparativos que hacía el Presidente de la República. Sucedió que la Secretaría de Guerra giró una circular a los jefes de operaciones ordenándoles que concentraran determinado número de soldados de cada batallón o regimiento en la ciudad de San Luis Potosí para unas proyectadas maniobras.

Los jefes militares en Sonora no dejaron de mostrarse sorprendidos por tal disposición que restaba a los contingentes en el estado de seis a siete mil soldados. Además, los mismos jefes calcularon que, de llevarse a cabo la concen-

tración, el gobierno dispondría en San Luis de dieciséis a veinte mil hombres que, unidos a las fuerzas de Cedillo, podrían formar un cuerpo de ejército que quedaría a las órdenes del general Joaquín Amaro, de quien desconfiaban los obregonistas, considerándolo como ciego instrumento del general Calles.

Alarmados por la orden de la Secretaría de Guerra, varios generales con mando de fuerza en Sonora se presentaron en Náinari, exponiendo a Obregón los temores que abrigaban. El general Obregón no les ocultó que tales eran también sus temores, y de que se veía claramente que la concentración en San Luis Potosí formaba parte de un plan de Calles para evitar su ascenso a la Presidencia de la República.

—*Se trata ciertamente de una provocación* —dijo Obregón a sus amigos, y agregó—: *Y he resuelto salir inmediatamente a México para aclarar paradas con el general Calles.*

RUEGOS INÚTILES

Ante la determinación del caudillo, los jefes militares trataron de disuadirlo del viaje exponiéndole los peligros que podría correr. Pero hablar a Obregón de peligros era invitarlo a desafiar esos peligros. Obregón era un hombre valiente y por su valor era capaz de ir a cualquier parte. Los mismos amigos fueron, pues, quienes lo precipitaron al viaje a la capital de la República en donde habría de encontrar la muerte.

Todos los ruegos de los amigos fueron inútiles para contener al general Obregón. Todavía un día antes de emprender el viaje se le presentaron los jefes de corporaciones en Sonora, insistiendo en que debería renunciar a exponerse al peligro, pero Obregón les contestó:

—*Es necesario que yo evite una nueva guerra civil y si voy en estos momentos a la Ciudad de México, creo que la evitaré.*

Los amigos trataron de hacerle ver que él solo sería incapaz para destruir la conspiración que existía, y que lo mejor era esperar a que el general Amaro diera el grito de guerra en San Luis Potosí, ya que la concentración ordenada por la Secretaría de Guerra no parecía tener otro propósito, pues para nadie

pasaba inadvertido el hecho de que San Luis Potosí es el terreno menos a propósito para maniobras militares como pretendía hacer creer el gobierno que tal era el objeto de la concentración.

Mas todas las razones de los amigos fueron inútiles ante el general Obregón. Si al caudillo se le hubiese dicho que el peligro estaba en Sonora, allí habría permanecido; pero al saber que sus amigos creían que ese peligro estaba en la capital, para él no había más que ir a desafiarlo en la propia capital.

Fue así como Obregón abandonó para siempre Náinari para llegar a la Ciudad de México en donde encontró la muerte a manos de José de León Toral.

Calles no tuvo así que ejecutar los planes que había fraguado. El segundo intento de sublevación contra Obregón le falló también.

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 20 de septiembre de 1936, año x, núm. 5, pp. 1-2.

ENTREVISTA REALIZADA
A PLUTARCO ELÍAS CALLES

CÁRDENAS VISTO POR MÚGICA

INTERESANTES REVELACIONES

CÁRDENAS ADMIRABA A CALLES
Quería que continuara dos años más en el poder

DATO QUE PINTA A OBREGÓN
La famosa orden para que fusilaran a Múgica

CAPÍTULO I

Horas antes de que el general Plutarco Elías Calles fuese aprehendido por el general Navarro Cortina, comandante militar del Valle de México, y conducido a un avión para ser expulsado del país en compañía de varios de sus amigos, hablé con él en su hermosa quinta de Santa Bárbara, hoy propiedad del ex ministro español Gordon Ordaz.

Ésta fue la primera y única vez que he hablado con el ex presidente de la República.

El general Calles había sido declarado enemigo del gobierno; los callistas, acusados como autores intelectuales de un atentado dinamitero; el país

esperaba, ansioso, la actitud que asumiría el presidente Cárdenas ante tan peligroso enemigo.

En estas circunstancias, quise hablar con el general Calles. Tenía interés en conocer de cerca al hombre que había dominado al país durante largos años; que había hecho manchar de sangre una y muchas veces el territorio mexicano; que había sembrado odios incomparables; que había formado la “corte” más ostentosa que se conociera en México; que había realizado importantes obras de mejoramiento nacional.

Fui a ver al general Calles no movido por eso que se ha dado en llamar “curiosidad periodística”, sino llevado por un deseo de fijar, algún día, un concepto sobre ese hombre que habría sido singular en la historia mexicana, si hubiese sabido dominar su carácter tumultuoso y sus terribles pasiones, originadas, sin duda alguna, en la sangre de sus ascendientes y en su juventud de misántropo.

Me acompañó en la visita al general Calles mi muy estimado amigo Clark E. Lee, corresponsal a la sazón de la Associated Press.

ANTE CALLES, EN SANTA BÁRBARA

Recuerdo que cuando llegamos a Santa Bárbara y nos anunciamos, un oficial muy cortésmente nos hizo saber que “mi general, no los puede recibir”. Calles, agregó el informante, estaba en cama.

Pero se nos ocurrió, antes de regresar a México, tomar unas fotografías de la quinta. Nadie nos hizo observación alguna. Y ya nos retirábamos cuando el hijo de Calles, saludando con cierta efusión, nos hizo saber que su padre estaba dispuesto a platicar con nosotros. Este mismo hijo del general Calles, cuando siendo gobernador electo de Sonora, le pedí, años antes, viajando de Hermosillo a Mazatlán, que me ayudase a obtener una entrevista con su padre, me había dicho con esa altanería tan característica de los políticos mexicanos cuando están en el poder: “Diríjase a la secretaria del general”. Y si menciono este hecho es porque alguna sanción han de tener esas gentes a quienes he visto bajas y serviles, cuando están en desgracia; soberbias e insolentes, cuando están en la prosperidad política.

Pero volviendo a la entrevista con el general Calles, éste nos recibió con ese sello tan particular que tienen quienes han poseído mando; pero a poco, fue cambiando; se hizo más penetrable en la impenetrabilidad de quien, como dicen los políticos mexicanos, “está muy toreado”.

No es el momento de reproducir aquella entrevista. Lo que entonces me dijo el general Calles es conservado para cuando algunas pasioncillas se hayan ya asentado; pero debido es decir que las palabras del ex presidente tuvieron, y seguirán teniendo por mucho tiempo, una grandísima importancia.

Las únicas que he de reproducir hoy son las que pueden ilustrar, como antecedente, lo que más adelante se ha de decir.

LA OPINIÓN DE CALLES SOBRE CÁRDENAS

Cuando pregunté al general Calles si el general Lázaro Cárdenas, antes de ser candidato a la Presidencia de la República, había sido izquierdista, Calles me contestó (no cito las palabras exactas, que se encuentran en el original de la entrevista, que no tengo a la mano) terminantemente que no, que él había conocido y tratado a Cárdenas desde hacía muchos años y que jamás había sabido que fuese izquierdista.

Recuerdo que el general Calles, una y varias veces, durante la conversación, que fue de unas dos horas, repitió: “Otro fue el general Cárdenas que yo conocí...”.

¿Tenía razón el general Calles? ¿Sus palabras eran el fruto de sus condenables odios? ¿Eran consecuencia del despecho? ¿O era que él, el general Calles, había dejado de pensar como seguía pensando el general Cárdenas?

Carentes de escuela política; improvisados en el candor de rápidos combates dentro y fuera del Estado; sin el temor de las sanciones, los políticos mexicanos son frágiles e inconsecuentes. Muy contadas y muy honrosas son las excepciones. Por esto ¿qué de tentaciones no se despiertan en uno al escribir sin más límites que el de la verdad, lo que se ha visto ya en la vida pública, ya en la vida privada de los políticos mexicanos!

Por esto también, cuánto se agradece la publicación de documentos que no se hicieron sino para amigos. En estos documentos no fraguados para la prosperidad, se revelan sentimientos y pensamientos íntimos, que sirven para normar los juicios.

Así nos encontramos frente a las páginas de una obra que acaba de publicar don Armando de María y Campos, armada, en un noventa por ciento, con la correspondencia privada del general de división Francisco J. Múgica, ex candidato presidencial y actual jefe de la zona militar en el estado de Michoacán.

Aparte de lo que esta obra encierra para la vida militar y política del general Múgica, lo que posee para conocer el pensamiento del general Lázaro Cárdenas, anterior al día que ocupó la presidencia de la República, es de grandísima importancia.

Podemos ver al general Cárdenas gobernante novel, pidiendo consejos a su amigo y maestro, el general Múgica; lo encontramos deseoso de saber cómo hacer una obra perdurable en el gobierno de Michoacán; lo conocemos intentando hacer el bien a los campesinos; lo vemos aspirando a ser el líder de una confederación obrera y campesina al terminar su periodo gubernamental; lo sorprendemos intentando que el general Calles continuase dos años más en la presidencia de la República; lo admiramos modesto y juicioso, como jefe de un partido político.

En los capítulos sobre la vida del general Múgica, en la obra del señor María y Campos, hay uno que mancha para siempre al general Álvaro Obregón.

UN MENSAJE DE OBREGÓN

Aprehendido el general Múgica en la ciudad de Morelia el seis de diciembre de 1923, por el coronel Miguel Flores Villar, mediante una orden suscrita por el coronel Manuel Ávila Camacho, fue conducido por aquél a la Ciudad de México; pero al llegar a Acámbaro, Flores Villar recibió un mensaje suscrito por el general Álvaro Obregón, y que cubre a éste de lodo. Decía el mensaje: "México, diciembre 10 de 1923. Suyo de hoy. Enterado que el general Francisco J. Múgica fue muerto al pretender ser liberado por sus partidarios.

Lamento lo ocurrido y preséntese usted en ésta a rendir parte circunstanciado. Álvaro Obregón".

¡Un telegrama en el que un presidente de la República ordena a uno de sus coroneles que asesine a un reo político será siempre un documento que manchará el nombre y la obra de ese presidente! Apenas es posible creer que el presidente de la República, que debería de ser el primer hombre respetuoso de las leyes, hubiese dado una orden de tal naturaleza.

"Flores Villar", escribe el señor María y Campos, "simpatizador y amigo del general Múgica, se quedó como quien ve visiones al leer el telegrama, hablando en el andén hasta con sus paredes, no acertando a descifrar, tan monstruoso le parecía el contenido del telegrama".

Y Flores Villar, como prueba evidente de que no todos los militares son los asesinos que pretenden los rabiosos antimilitaristas, no cumplió la orden del presidente de la República; permitió que Múgica se fugase y él, el coronel del ejército, se fue al extranjero.

¡QUE LO MATEN!

Así salvado, el general Múgica vivió oculto por largos meses y en una ocasión, habiendo pedido al ministro de Gobernación, licenciado Enrique Colunga, que preguntase al general Obregón cuál era la situación de él, de Múgica, el presidente de la República dio al señor Colunga esta respuesta: "Que donde lo encuentren, lo maten".

Terminado el gobierno obregonista, el general Múgica se dedicó a los negocios en compañía de un abogado y político mexicano, quebradizo, insolente y millonario, y habiendo ganado cincuenta mil pesos en un pleito contra la compañía petrolera Penn Mex, resolvió fijar su residencia en Villa Cuauhtémoc, en donde tenía su cuartel general el jefe de la 31ª zona militar, general Lázaro Cárdenas. En esa época comenzó la amistad entre los dos generales, continuada hasta estos días.

Cárdenas fue electo gobernador del estado de Michoacán, y el general Múgica permaneció al lado del general Rafael Sánchez Tapia, quien había sido

nombrado comandante militar en el estado de Guerrero, a donde lo acompañó Múgica. Muerto el general Obregón, el general Múgica pidió al presidente Calles que lo nombrase director de la colonia penal de las Islas Marías.

COMBATIENDO A ESCOBAR CON CÁRDENAS

Se encontraba al frente del penal al estallar la rebelión encabezada por el general J. Gonzalo Escobar el 4 de marzo de 1929, y con este motivo envió al presidente Portes Gil un mensaje diciéndole:

Acabo de saber a las 21 horas rebeldía generales Manzo y Aguirre. Como ciudadano repruebo antipatriótica incidencia jefes que hasta ahora habían figurado entre las filas de los soldados de honor. Como militar estoy a las órdenes de usted para respaldar gobierno legítimamente constituido. Puede contar con valioso contingente esta colonia.

Múgica pretendía organizar un batallón con los penados, lo que no fue aceptado por el gobierno. En cambio, éste dispuso que Múgica formase parte de la columna expedicionaria del Noroeste que, a las órdenes del general Cárdenas, salió a combatir a los sublevados de Sonora. Unido a la columna del general Cárdenas, estuvo quince días con su amigo.

Antes, había iniciado la comunicación epistolar con el general Cárdenas, a quien llamando “querido cabecilla y noble amigo,” le decía el 11 de diciembre de 1928:

Recibí su oportuno mensaje que me anuncia su retorno a la capital michoacana y la expedición de gratitud que se ha hecho al austero ciudadano Calles por su retiro definitivo a la vida privada. Yo también, dentro de la escala de la antigua amistad que nos ligó con el Mandatario ejemplar, le envié el mensaje que le adjunto a usted en copia. ¿Pero el retiro del general Calles es verdaderamente conveniente para nuestra vida no institucional, sino política? La actuación de este personaje dentro de un partido de principios y siempre en guardia contra cualquier acción descabellada de los hombres del poder actual o de las ambiciones tontas no escasas en nuestro medio social, era en mi concepto ver-

daderamente salvadora y complementaria la labor tan patriótica y efectiva que el ex presidente realizó en el poder. ¿Que Aarón Sáenz y Pérez Treviño y otras modestísimas medianías intentan controlar la dirección de los negocios nacionales y la política de México? Veo muy turbio el horizonte en estas condiciones; pues aunque mi parecer ha sido siempre el de confiar en el éxito de los principios, no desconozco que las teorías y los conceptos abstractos necesitan hombres sinceros. Alejado como estoy de aquellos centros y apenas mal informado de los principales sucesos nacionales, preveo que el Poder Público saldrá de manos del grupo que se había formado en torno del general Obregón y del general Calles, para caer en manos de laboristas antirreeleccionistas híbridos; por ende, algunos principios económicos y los principales postulados sociales, los más radicales, por lo menos, van a ser rectificadas con perjuicio del país y esterilidad de nuestras costosas luchas intestinas. Y no es que crea que el grupo que rodeaba al héroe de Celaya es el más apto y más bien orientado, sino que, bajo la tutela institucional del general Calles, podría haber hecho buena labor, labor que no harán ellos solos y conquista no obtendrán democráticamente; pues tienen en frente hombres de sólida reputación interior y exterior aunque de tendencias conciliadoras y de vez en cuando reaccionarios. ¿Qué va a hacer usted en este maremágnum? Escribame largo, pues aparte de su actuación política que yo sé será prudente y honesta, deseo saber cómo se desarrolla el Gobierno del licenciado Portes Gil, a quien le he anotado desde luego el grandísimo error de no haber buscado mayor fuerza política en un Gabinete de hombres singularizados por una honradez acrisolada, por una actuación política pura y por una preparación adecuada; pues salvo el Ministro de la Guerra [Joaquín Amaro] y el de Agricultura [Luis L. León], todos los demás quedaron en manos de personas desfavorablemente calificadas por tirios y troyanos.

¡Cuán significativo era para aquellos días la carta del general Múgica! Éste, sin embargo, tendría hoy que aceptar que cometió dos graves errores.

DOS ERRORES DE MÚGICA

1. Que no es posible ni en México, ni en cualquier otro país del mundo, separar, dentro del Estado, los hechos políticos de los actos institucionales, como

él asentó, hace doce años, al decir que el retiro del general Calles era inconveniente si no para la vida institucional, sí para la vida política.

2. Que el liderismo del general Calles al margen del Estado, y como jefe de un partido político, puso en peligro al Estado ocasionando que éste, a cuyo frente se encontraba el general Lázaro Cárdenas, se viese obligado hasta a dictar la expulsión del general Calles del país.

Por último, creemos que el general Múgica no volverá a asentar por estos días que el general Calles era "austero ciudadano". ¿Austero el hombre que pasaba días jugando albuces y libando coñac con sus cortesanos?

(Continuará el próximo domingo).

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 14 de enero de 1940, año xxvii, núm. 336, pp. 1, 7.

CÁRDENAS VISTO POR MÚGICA

SU DEBUT COMO POLÍTICO

CÁRDENAS EN LA CAMPAÑA DE MICHOACÁN
Al hablar, le bailaba la pierna, dice en una carta

PROFECÍA QUE SE HA CUMPLIDO
"Es Ud. un valor que cada día se consolida
más", le decía Múgica a Cárdenas

CAPÍTULO II

Hace doce años, cuando el general Cárdenas era candidato al gobierno del estado de Michoacán y hablaba a sus partidarios, le "bailaba la pierna". Tenía entonces 30 años y pasaba por su primera experiencia política.

¿Y había en el general Cárdenas de esos días el deseo de ser orador? Una cita que hace Mirabeau en una carta que escribe en abril de 1928 al general Múgica es muy significativa. Dice así la carta:

Aquí me tiene ya con la carta en la mano esperando la investidura [sic] del mejor Miura. A las nueve de la noche me presenté en el teatro para asistir al mitin que los Partidos Socialistas organizaron. El teatro estuvo lleno, la mayoría, gente de la nuestra... Me senté sereno y parece pude hacer una exposición de las tendencias de mi candidato; creo que al estar hablando bailaba la pierna que descansaba, pero me valió recordar a Mirabeau cuando dijo su discurso defendiéndose de un proceso ante la multitud que atónita escuchaba por primera vez al que creían desposeído de toda facultad oratoria. Salí del paso con menos trabajo del que suponía... Me sorprendió el ascenso a divisionario acordado por el señor Presidente con fecha 1 del actual. El ascenso me hace creer que tomaré el mando al salir del jaripeo electoral en el Estado.

El general Cárdenas tomaba, como se ve, jovialmente la campaña electoral de Michoacán. Y al temor del candidato al gobierno michoacano de que su oratoria no respondiese a sus deseos, el general Múgica, contestaba:

Sin que sea lisonja, debo repetirle a usted lo que una vez le aseguré que cuando se pone a meditar y expresar sus pensamientos lo hace usted con una actitud que ya quisieran otros muchos que aunque avezados a la oratoria popular, casi nunca cambian de disco y les pasa lo que a nuestro fotógrafo aquel de la casita número 3, que primero toca el cú cú, después nunca, y de nuevo el cú cú.

EL PENSAMIENTO CARDENISTA

Ya he dicho que cuando hablé con el general Calles, éste repitió una y varias veces, tratando de negar que el general Cárdenas hubiese tenido un pensamiento izquierdista antes de llegar a la Presidencia de la República: "Otro fue el general Cárdenas que yo conocí...".

¿Decía la verdad el general Calles? ¿O tal afirmación era motivada por el despecho?

Una de las cualidades del político que había en el general Calles era la de conocer, en todos sus aspectos, a los hombres que formaban parte de su

gobierno. No podía, pues, ignorar los pensamientos del general Cárdenas. Alguna vez, refiriéndose el propio Calles a sus generales, mencionó no sólo como los mejores, sino también como uno de los más allegados a él, al general Cárdenas. ¿Podría haber ignorado cómo pensaba el general Cárdenas?

Éste, en 1928, planteaba ya, como candidato al gobierno de Michoacán, los mismos problemas que habría de plantear siendo Presidente de la República. La siguiente carta, fechada el 24 de mayo de 1928, y dirigida al general Múgica, no dejaba lugar a dudas. Dice así:

Allí empezó para mí la satisfacción más grande al ver reflejados en los semblantes de hombres y mujeres, la esperanza que tienen en su candidato. Nos impresionaron gratamente los grupos femeninos organizados sindicalmente y consideré que allí tendremos la base de una organización campesina que formando en un solo frente en todo el Estado, responda eficazmente en la lucha social que han venido sosteniendo los campesinos de nuestro Estado, lucha en que han tenido menos beneficios que otros estados debido a los malos elementos políticos que sólo se acuerdan de ellos cuando las elecciones se aproximan.

UN ERROR DE CÁRDENAS

La expresión "frente único del proletariado", dicha por el general Cárdenas desde que tomó posesión de la presidencia, no era nueva en los labios del presidente; y esto es una prueba más de que el general Calles estaba en un error al hablar de un Cárdenas anterior al 1 de diciembre de 1934, y de otro Cárdenas, después del 1 de diciembre.

Y si algún error hubo en el general Cárdenas de 1928 fue el de haber pretendido que el general Calles continuase en el poder dos años más. Esto habla de ceguera política. ¿Es posible que el general Cárdenas hubiese creído, un mes después de la trágica muerte del general Obregón, que "no hay ahorita" un mexicano capaz de sustituir a Calles en la Presidencia de la República? ¿Qué poco honor hacen los políticos a un país cuando piensan que éste carece de hombres para gobernarlo!

DOS AÑOS MÁS PARA CALLES

Pero leamos la carta de Cárdenas a Múgica:

Como dije a usted en mi anterior y en el curso de las pláticas que sosteníamos allí en las lomas de nuestro Pueblo Viejo, una vez metido en la política había que resistir los metrallazos de los descontentos que no son ni serán pocos y contestarles a cañonazos. Es imposible tener contentos a aquellos que no ven cumplidas sus ambiciones. Y yo estoy preparado ya para la lucha. Verdaderamente no me parece va a usted a confiarse en las Islas, no es aquel su medio. Espero usted vernos en septiembre para platicar y ver lo que más convenga para que salga de la situación económica en que ahora se encuentra. Estoy muy de acuerdo en su opinión de que el general Calles continúe en el poder por dos años más, así se lo expresé a él y en este sentido se está trabajando para hacerle una manifestación general. Nadie más que él debe seguir rigiendo los destinos del país. No hay ahorita personaje que lo sustituya porque ninguno tiene ascendiente en todas las clases de la República como lo tiene él.

Probablemente Múgica y Cárdenas se vieron en la Ciudad de México en septiembre de 1928. El señor María y Campos dice que de México escribió Múgica a Cárdenas la siguiente carta:

Le envió un estudio sobre la organización del Hospital Civil, que es una carga para el Gobierno, y en cuyo sostenimiento se pueden emplear los fondos de la Beneficencia Bocanegra; el proyecto sobre la lotería me parece bastante amplio; le envió también un folleto que contiene la filosofía de pensiones para que lo lea con mucho cuidado, a ver si es posible que implante usted un sistema racional, eficaz y económico para garantizar la situación de los servidores públicos del Estado, especialmente de los maestros de escuela, pues la situación de las clases pasivas es triste y muchas veces es molesta para el gobierno. Le mando también un proyecto de excitativa a los michoacanos residentes para formar el gran Partido Socialista Michoacano. Considero, como usted mismo, muy importante la conformación de dicho Partido para evitar que tenga usted compromisos con personas ventajosas y descalificadas.

EXAMEN POLÍTICO

¿Este deseo de los generales Cárdenas y Múgica en 1928, para fundar un partido y evitar así que el gobernante tenga “compromisos con personas ventajosas y descalificadas”, será el mismo del hoy Presidente de la República al sostener el Partido de la Revolución Mexicana?

Meses después, y comentando la situación política del país, el general Múgica insiste ante Cárdenas sobre la organización del Partido. Dice así la carta de Múgica fechada el 5 de enero de 1929:

Al leer sus consejos, tan serenos como si vinieran de la vejez y tan fríos como los de una esfinge, vi claramente perfilada ante mi imaginación la figura del hombre maduro antes de tiempo y del político sagaz. Como me voy volviendo filósofo, he sabido acallar mis arrebatos y proceder con la serenidad debida, dándole tiempo al tiempo. No he llegado a tomar en serio la amenaza en ciernes de Ortiz Rubio; pero siempre es mejor estar prevenidos por lo que el tiempo encoja, según dicen los viejitos en nuestra tierra, pues el inesperado candidato o candidote es medio madrugador y aún se ha de acordar de la derrota que le infringimos hace unos cuantos años. Respecto a las actividades políticas, quiero darle a conocer mi opinión en vista de los factores que estamos viendo en el tablero de la lucha. Francamente opino que para que Sáenz, Ortiz Rubio y aun Valenzuela pudieran triunfar legalmente y sin el funcionamiento de esas máquinas improvisadas que manejan los diputados, senadores, y a veces gobernadores, se necesitaría un verdadero milagro porque ninguno de los tres es garantía para el país. ¿Qué queda entonces dentro de tanto escepticismo?, me dirá usted. Y yo contesto que quedan los partidos; los verdaderos partidos de principios sociales, organizados con el pueblo sin fines ningunos de personalismos, alejados de las mediocridades y con toda libertad para buscar entre los hombres ponderados y aquilatados de la Revolución al candidato de la opinión pública. Por eso yo quería que el Partido Michoacano que había de organizar usted, tomara desde luego la nueva designación que es más política y de circunstancias que de otra cosa, sino que conservara su nombre de Partido Socialista porque ya está arraigado en la mente del pueblo y porque de ellos sí hay doctrina y tendencia orgánica.

ORGANIZACIÓN DE LOS TRABAJADORES

Al igual que siendo Presidente de la República, el general Cárdenas, siendo gobernador de Michoacán, se dedica a organizar a los trabajadores; así se lo dice al general Múgica:

Le participo que tengo el proyecto de crear en la estación de Pátzcuaro, en aquel edificio federal, la Escuela Industrial Indígena del Estado, a donde ingresarán únicamente algunos indígenas, con objeto de implantar allí oficios prácticos de que se carece en los pueblos de la sierra. Mañana le enviaré un tanto de la convocatoria que hago a los trabajadores de Michoacán para tener una convención en Pátzcuaro a efecto de organizarlos socialmente, sin tratar en esta convención de asuntos políticos. El día 15 del actual tendré en esta capital una junta con todos los presidentes municipales del estado, a efecto de tratar sobre las actividades que deben desarrollarse en caminos, mejoras y otras necesidades que tienen los pueblos, y entiendo que para el día 2 y 3 del entrante se verificará en esta plaza la convención política de los partidos con objeto de llegar a una unificación.

A la anterior carta, respondió el general Múgica:

Me cuenta usted lo que me llena de felicidad, y es el propósito de la Escuela de Artes y Oficios exclusivamente para indígenas, en las playas encantadoras del Lago de Pátzcuaro. Fue un proyecto mío ese ideal suyo, pues siempre consideré de gran trascendencia enseñar a nuestros indígenas artes manuales a la moderna especialmente aquellas que se relacionan con su agricultura de humedad en los terrenos del lago, como en la industria de pesca, que ellos tienen amenazada de muerte con su ignorancia tanto de la veda como de la procreación artificial de peces tan solicitados y tan suculentos. Le protesto que de recordarlos se me hace agua la boca, no obstante que estoy a la orilla del mar.

DOS CARTAS REVELADORAS

Más tarde, durante la campaña contra los rebeldes del general Escobar, el general Cárdenas dice telegráficamente a Múgica:

Es verdaderamente satisfactoria la actitud de elementos campesinos que no obstante están en zona rebelde, desconocieron indiferentes recibiendo muestras en todo el trayecto que hemos recorrido principalmente en regiones de Durango y en los alrededores de esta plaza, del cariño que los campesinos tienen al general Calles y de su adhesión al gobierno del señor licenciado Emilio Portes Gil, demostrando con esto que el alma sencilla del campesino sabe guardar agradecimiento a quien verdaderamente ha mejorado su situación moral y económica.

Y esta opinión del general Cárdenas, sobre la gratitud del campesino para quien “ha mejorado su situación moral y económica”, la ha de seguir sosteniendo al llegar a la Presidencia de la República; y en ella ha de fundar la fortaleza de su gobierno.

Sofocada la rebelión escobarista y de regreso el general Cárdenas en Morelia, escribe a Múgica:

Quiero que me haga usted sus indicaciones sobre proyectos prácticos que puedan desarrollarse en el estado. Usted puede dedicar cada día unas dos horas a escribir “para Michoacán”, y mándeme sus proyectos y experiencias y observaciones sobre equivocaciones que se verifiquen en Michoacán por la juventud que regentea los destinos del estado. Los golpes dan saber y experiencia, usted los ha sufrido buenos y tiene que ser un buen maestro. Así es que aprovechando el momento actual hago uso del empleo de divisionario para imponer a usted la obligación de que escriba dos horas por lo menos semanalmente para el Estado y me mande sus escritos.

En esta carta aparece el Cárdenas que es trabajador y hace trabajar a sus amigos; y el Cárdenas que modestamente acepta que el maestro le señale los errores en los que haya incurrido.

CÁRDENAS, “UN FACTOR POLÍTICO”

Múgica acepta y, al efecto, da la siguiente respuesta a Cárdenas:

Con entusiasmo le ofrezco escribirle periódicamente algunas sugerencias que en mi concepto puedan beneficiar a nuestro estado; pues con ello me causa usted una íntima satisfacción y obedezco a mi general de división y querido amigo que tan delicadamente sabe halagarme. No será mucho de crítica por que estoy ignorante de la labor que ha hecho la muchacha que lo rodea, ni hace falta; pues este año de interregno en su gobierno tendría que haber sido estéril o de simple preparación con usted y sin usted al frente, por la maldita infidencia y por la criminal penuria en que la inconsistencia dejó sumido a nuestro estado tan digno de cariño y de impulso; porque no olvide usted que para toda obra de gobierno así como para la guerra es necesario dinero, dinero y más dinero. Francamente no creo que el ingeniero Ortiz Rubio lo desprecie a usted y trate de desquitarse pasadas derrotas haciéndonos a un lado; pues yo por mi parte nada soy ni nada valgo, para estorbarle su bonanza y usted es un factor que cada día se consolida más y sólo la ignorancia supina o la pasión ciega trataría de hostilizarlo. Además usted tampoco estorba a nadie, ni a los malos por exceso de modestia y delicadeza de acciones, pero presiento que Ortiz Rubio tratará de aprovecharlo y yo me alegraría de la unión, *bona fide*, de los elementos afortunados de Michoacán con los elementos de empuje del Estado.

Y Múgica no se equivocó: Cárdenas fue un factor político que “cada día se consolidó más”.

(Concluirá el próximo domingo).

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 21 de enero de 1940, año XIV, núm. 128, pp. 1-2.

CÁRDENAS, VISTO POR MÚGICA

QUERÍA SER LÍDER OBRERO
Pero el general Múgica lo disuadió de esa idea

IMPORTANTE TELEFONEMA A MORELIA
Para comunicar a Cárdenas que había sido nombrado jefe del PNR

ELEVADO AL SITIO MÁS ALTO
El Gral. Rodríguez fue el primero
que propuso a Cárdenas la candidatura

CAPÍTULO III Y ÚLTIMO

A principios de 1931, el general Lázaro Cárdenas estaba lejos de pensar que sería Presidente de la República. Otra era su ambición: la de ser líder de los obreros y de los campesinos de Michoacán. ¡Qué raro que el general Calles, una de cuyas cualidades, según sus amigos, era la de conocer a los hombres, no conociese al general Cárdenas y que mucho le sorprendiese en 1935 verlo muy cerca de la extrema izquierda!

A fines de 1930, el general Calles hizo al general Cárdenas presidente del PRM. Esto se desprende de lo que dice el señor María y Campos en la biografía del general Múgica, pues sin mencionar el nombre del general Calles, dice que Cárdenas fue llamado por teléfono de México a Morelia para que se hiciese cargo de la jefatura del Partido Nacional Revolucionario.

No había en Cárdenas en esos días una clara concepción de lo que era un partido político: tomó su nombramiento y, jovialmente también, escribió a Múgica el 16 de octubre:

Aquí me tiene usted, siendo actor en primera fila de la Revolución que tiene campaneadas con mayor fuerza que las que usted ve cuando se agita ese mar que tiene usted enfrente. Hoy protesté y me dedicaré esta semana a la organización del Partido. En esta división de soldados, de caracteres y afinidades tan encontradas, voy a llamar a mi auxilio a los mejores genios del espacio para librar esta batalla si es posible con éxito. Con la resolución tomada por el Partido, se ha serenado la situación. Hoy como ayer seguiré prestando mi colaboración desinteresada y con la representación que tengo podré participar al señor Presidente de aquello que pueda molestar el sentimiento nacional y prestarle a él, o sea a la misma Revolución, nuestra acción sana y enérgica.

COMENTARIOS AL NOMBRAMIENTO

Da mucho en qué pensar cuando el general Cárdenas cree que es lo mismo el Presidente de la República —que lo era el ingeniero Ortiz Rubio— que la Revolución. ¿Seguirá pensando el general Cárdenas, Presidente de la República, que el jefe de la nación es la propia Revolución?

Al nombramiento de Cárdenas, Múgica hace comentarios de quien gusta la reflexión, y de quien tiene deseos de abarcar el panorama político de México con serenidad y discernimiento. Múgica escribe así al general Cárdenas:

La vía inalámbrica, única fiel que a pesar de las tormentas reinantes me ha conservado en contacto con mis amigos y con los acontecimientos, me informa que como candidato del señor Presidente de la República, fue usted designado por el comité de dicho partido, presidente del mismo, en sustitución de

nuestro buen amigo el señor Lic. Portes Gil. Este movimiento da la impresión de que nuestra política orgánica da un paso más, pues pasamos con ambas personalidades la entrante de usted, y la saliente del licenciado Portes Gil, de la política de atrevimiento a la política diplomática; revolucionarias ambas, pero de consecuencias distintas. En un régimen organizado como el nuestro, creo que la de usted será mejor porque estamos en el momento de borrar personalismos y asperezas de nuestra vida pública. Es dura la tarea, peligrosa y delicada; no puede ir con ella al desastre o al éxito completo; de la prudencia de usted espero lo último.

El "VIGOROSO Y FUERTE CANDIDATO"

Días después, Múgica, no sin elogiar al general Calles a quien llamaba "nuestro fuerte y vigoroso caudillo", no obstante que acontecimientos posteriores demostraron que no era ni fuerte ni vigoroso, volvía a escribir al general Cárdenas, en estos términos:

En fin, lo que fuere sonará y yo estoy muy tranquilo porque sé que su prudencia de viejo joven, su sagacidad diplomática y sus sanos principios de lealtad, establecerán de nuevo el vínculo entre nuestro fuerte y vigoroso caudillo General Calles y nuestro novel Presidente, no obstante sus años y sus canas. Es cierto que en política está muy desprestigiada la línea recta, pero debe llegar el día en que esta función se defina y analice por ecuaciones simplistas y creo que es el momento de iniciar este nuevo método pues su sencillez, claridad y calidad llevan latentes el germen del triunfo. Aparte de todo esto, que llamaríamos momentos históricos, aporta usted una juventud, nutrida y madura en luchas llenas de sacrificios y no es justo mancillarla con una debilidad o descuido que le obligara a codearse con aventureros arribistas.

Deja el general Cárdenas la presidencia del PNR, regresa al gobierno de Michoacán y, pronto, al terminar su administración, escribe a Múgica:

De Morelia le escribiré a usted sobre mi propósito de dedicarme, al terminar el periodo de Gobierno, a la ayuda de la Confederación de Trabajadores de

Michoacán, a su desarrollo económico a base de su mejor sistema de trabajo del ejido y a conseguir la mejoría del salario. En fin, me propongo quedar con la Confederación un año inmediatamente después del próximo septiembre. Sobre este plan de carácter económico le hablaré a usted próximamente para oír su autorizada opinión.

OPINIÓN ADVERSA

Y la autorizada opinión de Múgica fue tan adversa al liderismo del general Cárdenas, como se verá en la respuesta de aquél, que dice:

Me sorprende a veces verlo idealizar en nuestra intimidad con sueños casi imposibles. Me refiero a su propósito de permanecer un año, después de dejar el Gobierno, al lado de la Confederación. Si usted tiene empeño en salvaguardar los ideales de la Revolución y de conservar por lo menos algunas de las organizaciones que ha logrado crearse, llenas de dificultades y restricciones, conserve usted el mando militar. Nuestro futuro inmediato debemos considerarlo como sumamente peligroso, casi crítico; las instituciones que se han creado para que sirvan de sucesión a la opinión pública no responden, ni por su organización ni por su número, mucho menos por su dirección, al fin que se persiguen. En este terreno está equivocado, jefe y amigo, el General Calles.

¿Escuchó Cárdenas a Múgica? Es posible, pues el general Cárdenas no fue el líder de la Confederación y sí fue comandante de la zona militar del estado de Puebla, primero, y después secretario de Guerra y Marina.

Ocupaba el general Cárdenas este alto cargo, cuando el Presidente de la República, general Abelardo L. Rodríguez, le insinuó que debería ser candidato a la Presidencia en las elecciones de 1934. Cárdenas pidió un plazo para resolver.

Rodríguez insistió. Fue a visitarlo a Michoacán. Cárdenas declinó el ofrecimiento. Sentía seguramente escrúpulos. ¿No había sido declarado México el país de las instituciones? ¿No, por otra parte, había ofrecido Abelardo al país que el gobierno no tendría candidato? ¿A quién engañaba el presidente Rodríguez, al general Cárdenas o a la nación? ¿Qué triste papel es el de los hombres,

cuando al descorrerse el velo que oculta sus proceder, quedan como meros mercachifles!

ACEPTÓ SER PRESIDENTE

No obstante la declinación de su candidatura, el general Cárdenas fue postulado por un grupo de diputados dirigidos por “un hijo del general Calles”. Tuvo que aceptar y fue Presidente de la República.

Hasta aquí el capítulo del señor María y Campos que nos hace conocer el pensamiento del general Cárdenas a través de su correspondencia con el general Múgica.

Sin embargo, no es posible concluir sin hacer notar la importancia de un documento que, suscrito por el general Rodríguez, inserta el señor María y Campos.

En ese documento el general Rodríguez pretende que él había recomendado al general Calles que se retirara de la vida política, pues estaba cundiendo “en la opinión pública la idea de que quería constituirse en dictador”, aunque vuelve a surgir la falta de sinceridad de don Abelardo, pues si es cierto que tal cosa le dijo al general Calles, ¿por qué no entonces mandaba a disolver los mítines políticos en los que era atacado Calles? ¿Cuándo decía la verdad el general Rodríguez, cuando hacía ver al general Calles el peligro del maximato o cuando atacaba a quienes públicamente hacían ver ese peligro? ¿Qué inconsistente consigo mismo aparece el general Rodríguez y cuánto eleva el valor de la despreciada “opinión pública”, que no solamente ordenaba la irresponsabilidad callista, sino también la cortesanía de los callistas”.

EL DOCUMENTO DE RODRÍGUEZ

Pero leamos el documento que dice:

Hace más de dos años que, previendo los infaustos acontecimientos para el General Calles que, en materia política se desarrollaron después, hablando con

él en su residencia de Cuernavaca, le advertí mis presentimientos pues ya se notaba en el ambiente popular cierto malestar debido a la suposición de que el General Calles intervenía en asuntos de mi Gobierno... Al ir a tratar en determinada ocasión con el General Calles cierto detalle en el que él participaba y que no podía dejar pasar inadvertido sin que lastimara mi dignidad personal como Presidente de la República, le hice ver que se estaba dejando arrastrar por políticos oportunistas irresponsables a un terreno de cuya escabrosidad le sería después sumamente difícil salir y que la fuerza de la costumbre creada por aquella gente con sus adulaciones e insinuaciones —que sólo buscaban su mejoría personal, afianzamiento o conservación de sus puestos— le estaba obligado a sentirse dictador o indispensable en el régimen que yo presidía, cosa que no iba de acuerdo con las protestas que en varias ocasiones y fechas me había hecho en el sentido de que nada detestaba él más que una dictadura en cualquiera de sus formas. Traté de explicarle que estaba cundiendo en la opinión pública la idea de que quería constituirse en dictador y que a la postre vendrían consecuencias deplorables si no se ponía el remedio a tiempo. Le sugerí de que era el momento oportuno para que se retirara completa y definitivamente de toda actuación pública, seguro de que la nación le viviría agradecida de su obra propatria, y él, en cambio, satisfecho y feliz, haciendo caso omiso a adulaciones de políticos serviles y parásitos humanos, quienes en el momento de encontrar mejor acomodo lo abandonarían. El General Calles creyó entonces que yo exageraba las cosas tal vez movido por envidias o celos por su popularidad... El General Calles me hizo notar que él sólo intervenía en aquellos asuntos que se le consultaban, lo cual era efectivamente cierto... Yo no tenía empacho en consultarlo cada vez que lo consideraba necesario, ya que antes estaban los intereses de la nación que mi amor propio... De mis colaboradores, tú [Bojórquez], León, Puig y Bassols, fueron quizás los que más se distinguieron en su afán de hacer aparecer al General Calles como dictador. Tú y León lo hicieron, creo yo, por el cariño que le tenían al General, pero Puig y Bassols lo hicieron con toda perfidia y maldad, porque así convenía a sus intereses personales, sin dejar de estar listos siempre para, en la adversidad, clavarle el puñal en la espalda en cuanto se presentara el momento propicio. Estos dos últimos harán la misma cosa con el General Cárdenas si éste les da la oportunidad. A León le debe el General Calles el título de “Máximo”, que le creó a base de publicidad llena de servilismo y adulación por medio del periódico *El Nacional*, del cual

era director y que dedicaba de lleno a adular exclusivamente al Máximo de su propia creación. Para mí, es León al que inopinadamente más daño ha hecho a la personalidad de Calles.

UN FIEL RETRATO DEL CALLISMO

¿Puede haber un documento más condenatorio para el callismo que el anterior suscrito por uno de los miembros más prominentes de ese régimen?

¡Qué insignificantes aparecen los políticos del callismo! ¡Cuánto daño le hace el general Rodríguez al general Calles y cuánto daño se hace a sí mismo!

Un hombre, que siendo Presidente de la República, no quita la dirección del periódico oficial *El Nacional* a quien después ha de consignar como un lacayo y que permite que sigan figurando en su gabinete personas como Puig y Bassols que sabía que hacían daño al jefe y al amigo que era Calles, no debió tener un alto concepto de su puesto.

Pero sobre todo, ¡qué retrato magnífico de lo que era el régimen callista! ¡Qué medio político tan falto de moral! Y pensar que un Presidente de la República no supo acabar con esa corrupción dominante.

(Fin).

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 28 de enero de 1940, año xxvii, núm. 350, pp. 1, 7.

AURELIO MANRIQUE NARRA
LA SUBLEVACIÓN CEDILLISTA

CÓMO SE IBA A SUBLEVAR CEDILLO CONTRA CALLES

HAZAÑA DE MANRIQUE

PROYECTOS REBELDES

Después de internarse en el país subrepticamente,
salió en avión a Palomas

EL LÍDER POTOSINO TENÍA EL PROYECTO
DE LANZARSE A LA REBELIÓN EN MARZO

Se revela cómo estuvo oculto el Gral. Villarreal
durante los días que tanto se le buscó

“¡Vengo de Palomas, chiquitín! Acabo de hablar con el general Cedillo y es de los nuestros!”, dijo, jubiloso, el profesor Aurelio Manrique al corresponsal de los *Periódicos Lozano*, al bajar del aeroplano.

Así lo expresó a Manrique, añadiendo que ya era intolerable que México siguiese bajo la férula callista y que, finalmente, el presidente Cárdenas estaba listo para apoyar el nuevo movimiento.

Vestido con traje de mezclilla, el jefe rebelde vivía en un pueblo cercano a la Ciudad de México, haciéndose pasar por un obrero viejo y reumático.

Si el general Lázaro Cárdenas no rompe a principios de 1935 con el general Plutarco Elías Calles, el país se hubiera visto envuelto en una guerra civil de una de cuyas facciones habría asumido la jefatura el general Saturnino Cedillo.

Después de haber roto su amistad y alianza con Calles, el general Cedillo no sólo amenazaba el poder que éste ejercía con el sobrenombre de “Jefe Máximo”, sino que también amenazaba al general Cárdenas, quien en diciembre de 1934 había asumido la Presidencia de la República.

El punto básico sobre el cual Cedillo preparaba un movimiento subversivo era el siguiente: el general Calles ejerce un poder de ilegalidad y de irresponsabilidad. Si el nuevo Presidente de la República se empeña en seguir bajo las órdenes de ese poder de ilegalidad y de irresponsabilidad, quiere decir que no existe orden constitucional en México.

SEIS AÑOS DE PODERÍO

Hacía poco más de seis años que el general Calles ejercía ese poder ilegal e irresponsable que le había conferido el partido dominante y que repugnaba a la mayoría nacional. Menos malo que Calles hubiese aceptado ese poder sin obligación de corresponder a quienes se lo habían dado; pero no fue así. Calles adquirió tales compromisos, que permitió a los amigos que le habían encumbrado que dispusiesen de las riquezas y de las vidas mexicanas como de cosa propia.

En seis años fueron levantadas fortunas cuantiosas; en seis años no hubo respeto para la existencia humana. Y esta afirmación que, por ser general, podría ser exagerada, nada tiene de exageración. Es de sentirse solamente tener que hacerla cuando el general Calles está caído, pues un hombre caído, por más perverso que háyase mostrado en su poderío, es débil y digno de respeto.

El ejercicio de Calles como “Jefe Máximo” había llegado al clímax. No era un grupo llamado opositor el que estaba dispuesto a acabar con el régimen imperante; no era un fuerte sector que, como el católico, continuaba conspirando contra el callismo; no eran los eternamente descontentos quienes

querían desplazar a Calles de la dirección política del país. No; si el ex presidente Calles creyó que el descontento no tenía hondas raíces y no tenía el alcance de nacional, se engañó o lo engañaron; probablemente fue lo primero, porque Calles tuvo la cualidad de no dejarse engañar por nadie.

CRECE EL DESCONTENTO

Como periodista, con acceso a todos los sectores sociales y políticos, podía escuchar diariamente las quejas y las protestas contra el régimen imperante. En los centros obreros que recibían ayuda económica de Calles, se hablaba mal de Calles; en la Secretaría de Guerra, altos jefes del ejército se detenían para decirme al oído: “Esto va mal, y el viejo Calles o se va o lo echamos”; entre la burocracia, el descontento era mayor debido al descuento que se le hacía para el sostenimiento del PNR.

A fines de 1934 y después de que el general Lázaro Cárdenas había asumido la Presidencia de la República y había entregado la mayoría de los ministerios a los amigos del general Calles, el descontento nacional era mayor.

El país buscaba entonces a un hombre que tuviese no solamente el valor, sino también los elementos necesarios para tomar en sus manos la bandera subversiva. Ciertamente que el general Antonio I. Villarreal estaba en abierta rebelión contra el régimen callista; cierto que Villarreal es una de las pocas y honestas figuras del México político y revolucionario; cierto que Villarreal goza de sólido prestigio y simpatía; pero no era todo lo que se necesitaba en esos momentos; era necesario tener armas y municiones; era indispensable tener dinero. La historia demuestra que no basta ser portaestandarte de una noble causa, sino que es indispensable tener medios para realizar esa causa.

CEDILLO

Por eso, desde fines de 1934, los mexicanos buscaban ansiosamente al hombre, que, uniéndose al prestigio de Villarreal, diese los elementos que necesitaban para iniciar la guerra armada contra el régimen callista.

Y ese hombre que, por momentos, tomó proporciones de gigante, fue el general Saturnino Cedillo. Los amigos del ex presidente Calles decían despectivamente que Cedillo era un *bluff*; que era un “indio ladino” que jamás tendría el valor para salir de los límites del estado de San Luis Potosí; que era un individuo desorganizado en todos los sentidos, y que de ello había dado pruebas cuando marchó a combatir a los “cristeros” de Jalisco; que era un hombre entregado a las mujeres.

Todo esto ha de decirse para conocer cómo se iba desenvolviendo la lucha contra el régimen del general Calles; y aunque en esas afirmaciones había toda la pasión política, eran de tenerse muy en cuenta porque advertían que Cedillo era un hombre peligroso para lo que por entonces se llamaba “el maximato”.

El general Cedillo, desde su rompimiento con el general Calles, vivía, aparentemente, aislado en el rancho Las Palomas. Sin embargo, Cedillo estaba entregado por completo a conspirar; políticos y militares marchaban a Las Palomas con todo género de precauciones para que el gobierno no se enterase de ello. Iban allá a ofrecer sus servicios al naciente caudillo.

Aunque ciertamente el poderío de Cedillo era exagerado, no por ello dejaba de ser una realidad. Contaba el general con varios miles de campesinos bien armados y municionados; tenía varios aviones y una escuela de aeronáutica en San Luis Potosí; podía operar, aun sin salir de los límites de su estado, con las grandes ventajas que ofrecía el terreno.

ALMAZÁN

Además, se decía que a su retaguardia tenía al general Juan Andrew Almazán, a quien se complicaba en los trabajos conspirativos, aunque de esto no he tenido comprobación. Sin embargo, era notorio el resentimiento de Almazán con el general Calles.

Pero no era Almazán el único general que estaba —en caso de estarlo— de acuerdo con una sublevación del general Cedillo. No daré los nombres por ahora de algunos otros generales comprometidos. Me consta de la actitud de

esos otros generales porque fue en mi propia casa en donde les escuché decir los preparativos que hacían.

Y antes de dar a conocer cómo supe y cómo pude seguir paso a paso los trabajos conspirativos del general Cedillo, he de hacer una pequeña explicación: nunca he sido y nunca seré político. Tengo entre los políticos que están en derrota como entre los que están de triunfo numerosos y estimados amigos, pero jamás compromiso alguno me ha ligado con ellos, debido a mi firme propósito de permanecer siempre al margen de los negocios del Estado.

LA ESTRANGULACIÓN DE LAS LIBERTADES

Durante el régimen callista me sentí obligado a abrir las puertas de mi modesta casa a los perseguidos. Consideré un deber hacerlo porque experimenté muy de cerca cómo se iban agotando las libertades: la circulación de los *Periódicos Lozano* había sido prohibida en el país; los corresponsales eran víctimas de una odiosa vigilancia hasta el extremo de que Juan de Dios Bojórquez —encumbrado, sin merecimiento alguno y sólo por su labor de servilismo hacia el general Calles, a la Secretaría de Gobernación—, en el despacho de su ministerio, amenazase a los periodistas; los periódicos diarios estaban bajo el castigo del régimen imperante, que con una frescura sin límites enviaba “ayudantes del señor general Calles” a prohibir la publicación de tal o cual noticia; el mismo Bojórquez había expedido la llamada “ley de la mordaza”. En las oficinas postales era violada la correspondencia con cinismo inaudito, al grado de que en algunas ocasiones las cartas de los corresponsales extranjeros y nacionales eran entregadas abiertas, sin explicación alguna y, ¿para qué seguir?

Era, pues, de honor, de dignidad, tender la mano a quienes en aquellos momentos trágicos luchaban por reintegrar las libertades que absorbían los enemigos del general Calles.

Y, ¿por qué no decirlo con orgullo? En esos días tan negros para México abrí las puertas de mi casa, lo mismo a generales y políticos que utilizaban mi biblioteca para conspirar, que a gentes de El Tallarín y El Chicharrón y de otros jefes sublevados en el estado de Michoacán.

LOS PLANES CONSPIRATIVOS

Uno de los personajes que más a menudo llegaba a mi casa para conferenciar con generales y políticos fue el general don Antonio I. Villarreal, a quien más tarde, y cuando era perseguido con más saña, tuve el honor de tener oculto.

Aunque sin ser conspirador —y esto lo digo no porque rehuya responsabilidad alguna, sino porque es verdad—, estuve al corriente de todo lo que los conspiradores discutían y aprobaban, por más que siempre que llegaban a mi casa les dejaba a solas. Puedo afirmar, haciendo justicia a esos hombres, que nunca se habló de cometer asesinatos ni actos que repugnaran al sentido más humano. Algún día he de referir los detalles íntimos de esa conspiración; he de contar lo que se pensaba hacer con el general Calles; de aquel Calles odioso en el “maximato” y que para mí, ahora, es respetable exiliado político.

Por ahora, quiero concretarme a la actitud que había asumido el general Saturnino Cedillo a principios de 1935.

UNA VISITA INESPERADA

En los últimos días de diciembre de 1934, me encontraba yo, como de costumbre, trabajando en mi biblioteca como entre dos y tres de la mañana, cuando llamaron, primero discretamente, y luego con cierta violencia, a la puerta de mi casa.

No es esto algo excepcional, ciertamente. Mis amigos lo mismo visitan a las doce del día que después de la medianoche. Cualquiera visita, hasta la de la policía, podía ser esperada, amablemente. Sin embargo, antes de abrir la puerta pregunten con voz tonante:

—¿Quién es y qué quiere?

—Favor de abrid, y abrid pronto —contestóme el desconocido.

—¿A quién busca usted? —insistí, un tanto desconfiado.

—¡Abrid bandolero, soy yo!

—¡El profesor Manrique! —exclamé, reconociendo la voz de mi admirado amigo y abriendo la puerta para estrecharle fuertemente.

Manrique vestía un pantalón negro raído y una blusa obrera de mezclilla azul. Perfectamente afeitado y sin gafas, y cubierta la cabeza con una pequeña gorra, parecía otro y no el distinguido orador y político.

—Pero, ¿cómo ha llegado usted así? —le pregunté riendo.

—Ya lo véis, chiquitín, ya véis para lo que sirven los sabuesos del callismo... —me contestó.

El profesor, encontrándose desterrado en los Estados Unidos, se había introducido al país subrepticamente. Me contó su nueva hazaña, puesto que no era la única vez que había burlado la vigilancia en la frontera para entrar a México. Cerca de Laredo, y ayudado por varios amigos, había cruzado el río Bravo en una frágil barquichuela, perteneciente, tengo entendido, a unos contrabandistas. Ya en territorio mexicano, había emprendido el camino a pie, hasta un poblado donde lo esperaban varios villarrealistas con un automóvil.

Los amigos lo habían llevado a Monterrey, burlando la vigilancia establecida en la puesta de Mamulique; en esta ciudad había visitado a los amigos para decirles cómo caminaba el movimiento para derrocar al callismo. De Monterrey a Saltillo hizo el viaje en tren.

En Saltillo había abordado otro tren y llegado felizmente a la capital de la República.

Manrique estaba radiante de felicidad: podría hablar a sus anchas con el general Antonio I. Villarreal, para luego regresar al Norte y proseguir los trabajos revolucionarios.

“DOS CARLOS”

El general Villarreal se ocultaba por ese entonces en un pueblo cercano a la Ciudad de México. Vestía siempre un traje de mezclilla azul, haciéndose aparecer como un viejo obrero reumático y agotado por el trabajo. Sin embargo, fijándose en aquel traje azul nuevecito, se podía poner en duda el origen obrero de aquel hombre a quien sus amigos llamaban “Don Carlos”.

Todavía recuerdo de las tantas personas que llamaron a la puerta de mi casa en busca de “Don Carlos”. Han pasado largos meses y no es posible olvidar el fantástico personaje que era “Don Carlos”, buscado así a diario por sus partidarios que llegaban de diferentes partes del país.

Casi diariamente y siempre entre dos y tres de la mañana, llegaba a mi casa el profesor Manrique, poniéndome al tanto, amablemente, de las personas que había visto, lo que éstas le habían dicho y los preparativos que seguían haciéndose para un golpe de audacia contra el callismo. Pero una de esas noches el profesor me dijo sin poder ocultar su contento:

—*Chiquitín, dentro de unas cuantas horas haré un vuelo en aeroplano.*

—*¿Se puede saber a dónde va usted?* —le interrogué.

El profesor permaneció mudo y empezó a hablar de otras cosas; no insistí, comprendiendo que se trataba de un secreto de los conspiradores. Sin embargo, una o dos horas después, al despedirse y ya en la puerta me sopló al oído:

—*Voy a San Luis Potosí...*

—*Pero maestro, esa es una loca aventura* —le dije.

Se encogió de hombros y desapareció “en las sombras de la noche”, como él decía; luego escuché un grito: “¡Viva Villarreal!”. Este grito, dado en la mitad del arroyo y como a las cuatro de la mañana, me sonó a grito de guerra.

CON CEDILLO

Como a las diez de la noche de ese mismo día (era el 10 de enero de 1935), se me apareció el profesor Manrique. Venía cubierto de polvo. El hombre no podía ocultar su satisfacción. Tomóme del brazo, condujome a mi biblioteca y después de cerrar cuidadosamente la puerta, volvió a soplar-me al oído:

—*Vengo de Palomas, chiquitín. Acabo de hablar con el general Cedillo; es de los nuestros decisivamente; es decir, que es anticallista y está dispuesto a obrar... Hemos hablado como dos buenos amigos y os confieso que me encontré con otro Cedillo; creo que ha progresado; está entero y me habló con claridad. Chiquitín: el golpe a Calles será dado para marzo...*

El profesor, habiéndose sentado, me refirió cómo había sido su viaje. Se había embarcado en un avión particular de Cedillo en el campo militar de Balbuena. Dos horas después aterrizaba en Palomas, donde ya le esperaba el general. Estuvieron hablando hasta las cinco de la tarde y embarcando nuevamente el profesor en el avión, había ido a San Luis Potosí para que el aparato cargara gasolina. Mientras se hacía esta operación había visto a varias personas conocidas en el campo aéreo; creía que le habían reconocido pero él se había hecho el desentendido. Regresó a la Ciudad de México abandonando el avión nuevamente en Balbuena.

LOS PLANES DE CEDILLO

Y después de hacerme este relato prosiguió:

—*Sí, chiquitín, el general Cedillo está resuelto a levantarse en armas en marzo. El hombre se prepara y creo que se prepara bien. Me dijo que ya era intolerable el que México siguiese bajo la férula de Calles y que ya estaba de acuerdo con el general Cárdenas el movimiento. Pero me advirtió que si Cárdenas no se deshacía de Calles para marzo, entonces él, Cedillo, se vería precisado a batir también a Cárdenas. Como véis, Cárdenas ha ofrecido desconocer también a Calles.*

—*Cedillo me dijo que deseaba que en este movimiento cooperaran todos los grupos de oposición. Pero insistió en un punto: en que él, Cedillo, había de jefaturar el movimiento. Me dijo entre jefaturado, chiquitín, no lo olvidéis. Como véis, chiquitín, la jornada ha sido interesante. Estoy contento, chiquitín, y cuando informe del resultado al general Villarreal, creo que éste quedará de acuerdo con los planes generales.*

—*Ah, pero se me olvidaba una cosa muy importante, chiquitín, y es que Cedillo me dijo que ya estaba en contacto con el licenciado Gilberto Valenzuela y con el general Caraveo, y que Valenzuela ha sido encargado de redactar el plan revolucionario. Cedillo, hablando sobre el futuro político del país, me dijo que tiene una obsesión, y ésta es el establecimiento del régimen parlamentario. Creo que con este régimen podrían estar representados todos los grupos políticos al triunfo del movimiento.*

Finalmente, el profesor me refirió lo que había visto en Palomas, no sin decirme que el general Cedillo vivía modestamente.

EL HOMBRE DEL MOMENTO

Por esos días, pues, Cedillo parecía ser el hombre que daría los elementos necesarios para que los anticallistas pudiesen terminar la obra que habían emprendido y en la cual habían dado pruebas de sacrificios sin límites.

Cedillo, sin embargo, no cumplió la promesa que había hecho. Pasaron tres meses más después de la fecha que él había ofrecido para ponerse sobre las armas para que el general Calles fuese desconocido como jefe por el presidente Cárdenas.

Y a ese acto realizado, el presidente Cárdenas le dio un carácter personalista y Cedillo, defraudando muchas esperanzas, lo aplaudió sin cumplir los compromisos morales que había contraído.

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 4 de octubre de 1936, año XI, núm. 19, pp. 1-2.

MIGUEL ALESSIO ROBLES ANALIZA A CALLES

EL GRAL. CALLES NO VOLVERÁ
Así lo ha comprobado el fracaso de Pérez Treviño

AFIRMACIONES HECHAS POR EL LIC. MIGUEL ALESSIO ROBLES
Aceptaría a cualquiera, hasta a Lombardo Toledano,
antes que a Calles, dijo el político, conversando con De la Huerta

RECORDANDO LA MUERTE DEL GRAL. ADOLFO DE LA HUERTA
Se revela que durante 11 años del callismo se alimentó
sólo con chayotes, por pobreza y penitencia

Si todas las conversaciones entre los hombres que ya en la política, ya en la milicia, han figurado prominentemente en los últimos treinta años de vida mexicana pudiesen ser recogidas, ¡qué material tan importante quedaría para la posteridad!

A partir de 1928, ya como redactor de los *Periódicos Lozano*, ya como aficionado a las cuestiones históricas, he tenido la oportunidad de conversar si no con todos, sí posiblemente con los más de los hombres que figuraron en la primera línea de los ejércitos o de la política revolucionarios.

Para la historia, las conversaciones tienen, como es natural, pro y contra. A veces, la conversación es ligera; se puede hablar por hablar. Hay quien tiene

facilidad de expresión y memoria; otros que hacen esfuerzos para manifestar hechos y pensamientos con claridad. Existen individuos que, gracias a la facilidad de la palabra y haciendo gala de su imaginación, se solazan y se extralimitan en las conversaciones.

Todo esto hace para el historiador que la documentación verbal sea la más peligrosa de manejar. Sobre ella hay que poner todo género de dudas; hay que compararla con la documentación escrita. El manejo, pues, de esta documentación debe hacerse con precauciones.

Mas esta labor queda para quien realiza la reconstrucción del análisis de hechos y pensamientos, y no para quien se limita sencillamente a transcribir conversaciones. Y esta advertencia es indispensable, porque no falta, de vez en cuando, que a quien hace la transcripción de conversaciones se le acuse o bien de superficialidad, o bien de asentar falsedades. Se dan casos como el de un general y el de un ex secretario de Estado, quienes, pareciendo temerse uno al otro, se ocuparon en descargar sus iras contra el modesto reproductor de una conversación, en vez de aclarar ante la nación si era o no era cierto lo que se decía. ¡Y es que para la mayoría de funcionarios y de ex funcionarios mexicanos no existe el sentido de una responsabilidad nacional! ¡Es que todo lo quieren realizar dentro de un compadrazgo político, y no desean que la nación se entere de lo que hacen o hicieron entre bastidores! Pocos son los hombres que quieren que sus faltas sean conocidas, pero en cambio pretenden que únicamente sean conocidas sus glorias.

No sería, quizá, necesario hacer por hoy las anteriores advertencias si no fuese porque en la conversación que a continuación habrá que reproducir se toca a hombres que han sido ex presidentes de la República y quienes no han tenido el valor de decir las verdades y realidades de su administración; y que como los políticos jamás aceptan su jubilación, siempre hablan en “corto”, para no comprometerse en trabajos del futuro.

A pesar de sus once años de destierro, a pesar de que continúa viviendo fuera del país y a pesar de que parece dispuesto a continuar alejado de las altas funciones

de la República, don Adolfo de la Huerta es quizá unos de los pocos ex presidentes de México que sigue teniendo un caudal de amigos y admiradores.

La serenidad de su vida, la alteza de su moralidad pública y privada, la sensatez de sus opiniones y el conocimiento de los problemas nacionales son posiblemente los elementos que sirven a don Adolfo de la Huerta para que, aunque nada tiene que ofrecer, se vea rodeado de numerosos amigos cada vez que llega a la Ciudad de México.

Después de haber ocupado la presidencia provisional de la República en 1920, don Adolfo conquistó una popularidad que ningún otro político mexicano ha logrado conquistar. Así, si en 1924 hubiese ascendido de nuevo al poder, otro hubiese sido el camino de México. Ni el país se hubiese precipitado a la guerra civil de 1926; ni menos en los sangrientos y crueles sucesos de 1926; otro hubiera sido el empleo de la riqueza nacional, que por once años fue usurpada por unos cuantos individuos.

Esa popularidad del delahuertismo es la que se refleja en cada ocasión que don Adolfo llega a México. El hombre parece entonces gozar viéndose rodeado de sus amigos.

“Aquí hay política de puerta abierta”, dice el ex presidente al representante de los *Periódicos Lozano*, cuando éste llega al *lobby* del hotel Biltmore.

Sentados en torno al ex presidente, hay unas quince o veinte personas; todas han ocupado altas funciones en el gobierno nacional. Ex ministros, ex diputados, ex senadores están allí; pero casi todos son oyentes. Sólo dos hombres sostienen un diálogo desde todos puntos de vista interesante. Estos son los señores De la Huerta y Miguel Alessio Robles.

Don Miguel es un tipo interesante por los cuatro costados. Ha sido secretario particular del Presidente de la República; secretario de Estado, ministro de México en España y autor de varios libros.

Durante los días de lucha contra el callismo, fue el despacho del abogado Alessio Robles uno de los centros conspirativos. Allí eran conocidos día a día los negocios políticos y mercantiles del callismo; y si no se tramaban complots para derrocar al régimen que imperó de 1924 a 1935 es porque alguien, hablando del bufete de don Miguel, dijo con razón: “Esos no harán nada; son demasiado intelectuales...”.

Cuando el representante de los *Periódicos Lozano* llega a la tertulia del *lobby* del hotel Biltmore, se habla del general Calles y el callismo.

—¿Has leído mis artículos en El Universal? —pregunta don Miguel a don Adolfo.

—No todos, porque ya sabes que casi siempre ando de viaje, visitando los consulados...

—Es lástima, Adolfo... es lástima, porque he dicho muchas verdades...

—Que te pueden causar perjuicios, Miguel —le interrumpe De la Huerta.

—¿Perjuicios? Hombre, Adolfo, pero si yo no tengo miedo...

—Mira, Miguel, en Rusia se ha descubierto un proceso químico para conservar cereales por diez o más años. Sería bueno que te informaras de este descubrimiento para que hicieras un buen almacén de chayotes... —le interrumpió don Adolfo, lanzando una sonora carcajada.

—¿Por qué dices eso, Adolfo? —preguntó sorprendido el ex ministro.

—Por las dudas, Miguel: por si vuelve a imperar el callismo —contestó don Adolfo con sorna.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! —rió don Miguel, haciendo la cabeza hacia atrás y levantando el bastón cuya empuñadura tiene una cabeza de perro labrada en plata.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! —siguió riendo don Miguel—. ¡El callismo!... Pero quién cree más en ese fantasma. Mira, Adolfo, si Calles intentara regresar hoy al poder, soy capaz de salir por las calles de México echando fuera a todas las viejas vecindades para acabar con el ogro. ¡Un ogro, Adolfo, un ogro: eso es Calles! ¡México se debería sentir avergonzado de haber tenido en el poder a un hombre como Calles! Un hombre sin principios de moralidad, sin escrúpulos políticos, con las manos llenas de sangre. Un hombre que fue el caos y que sembró el caos... ¡No, Calles no volverá!

—Y si se tratara de elegir a Calles y Lombardo Toledano, ¿a quién aceptaría usted, licenciado? —preguntó uno de los asistentes a la tertulia.

—Aceptaría a cualquiera, a cualquiera ¡menos a Calles! ¡Doble motivo de vergüenza sería para los mexicanos si ese hombre funesto llegara a venir al país! —exclamó indignado el licenciado Alessio Robles.

—Pues, repito, Miguel, que debes ir preparando la chayotera... —insistió el señor De la Huerta en tono festivo.

Y como el representante de los *Periódicos Lozano* preguntara qué significaba lo de “chayotera”, una persona refirió que durante los once años del callismo, el licenciado Alessio Robles, por pobreza y penitencia, sólo había comido chayotes cocidos.

Don Miguel asintió y agregó:

—No: el callismo no volverá más. Ya han visto ustedes el fracaso de Pérez Treviño... Todo México le ha hecho vacío, y eso que dice que su partido no es callista. Pero ¿quién aceptará lo que dice? La sola sospecha de callismo ha matado al partido de Pérez... ¿Tú, Adolfo, tienes noticia de que Calles se prepare para regresar?

—No, no. No tengo ninguna...

—Vamos, Adolfo, déjate de politiquero. ¿Cuándo se te quitará lo político? Di la verdad...

—Pero, hombre, Miguel, hace mucho que dejé de ser político...

—¡Mentira! ¡Mentira! ¡Tú eres de los políticos que se morirán políticos! Di la verdad; di qué sabes, porque debemos preparar al país para evitar cualquier intento de regreso de Calles...

—Repito: no sé nada de Calles, pero hablaré con él...

—¿Tú, Adolfo? ¿Tú vas a hablar con Calles?

—Sí, ¿por qué no? Yo hablo con todo el mundo; yo soy hombre sin oídos...

—Puedes hablar con todo el mundo, Adolfo, menos con Calles. ¡Con Calles no!

—¿Por qué no?

—Porque Calles tiene una deuda contigo.

—Puede tener muchas, Miguel...

—Pero tiene una muy grave, Adolfo: mató a tu hermano; y lo mató como un vulgar asesino. Hizo que lo amarraran a un árbol; mandó que le tomaran un retrato y luego te lo envió a Los Ángeles. ¿Quieres más?

Don Adolfo bajó la cabeza. Por varios minutos reinó el silencio: nadie se atrevía a romperlo. Don Miguel parecía mortificado de haber recordado la patética escena del fusilamiento del general Alfonso de la Huerta, pero al final agregó:

—Y tú, Adolfo; hay otras muchas y muchas gentes lastimadas. La figura de Calles quedará en la historia de México como la figura de Victoriano Huerta...

—No seas exagerado, Miguel —intervino el señor De la Huerta.

—Hombre, Adolfo, tú y yo sabemos muchas cosas que todavía no sabe México; y si nos disponemos a hablar nada resultará exagerado. Falta todavía un capítulo de los negocios mercantiles... De aquellos negocios en que los callistas disponían de los fondos de la nación como fondos propios. Tú bien lo sabes...

—Es cierto... Pero también en los tiempos de tu amigo Obregón.

—Sí, Obregón tuvo también sus defectos; uno de ellos fue habernos impuesto a ese ogro, a ese energúmeno que se llamó Calles; a ese hombre que está condenado para siempre... Pero Obregón no mató como Calles...

—Mira, Miguel, es preferible que no muevas ese capítulo... Hace unos días supe los detalles de cómo Obregón ordenó el fusilamiento del general Múgica —dijo el ex presidente De la Huerta.

—Eso es cierto... A Múgica lo aprehendieron en Morelia y cuando lo traían para México, el general Obregón dio órdenes para que lo fusilaran en el camino. Yo digo siempre la verdad...

—Pero dicen, Miguel, que no te atreviste a hablar contra Calles cuando Calles era poderoso...

—¡Falso! —exclamó don Miguel—. ¡Falso!, lo que pasaba era que no había periódico en México que quisiera publicar mis artículos... Si actualmente, todavía de vez en cuando se rehúsan a publicarlos... No tenía tribuna; pero allí están todos mis amigos que digan si no cuando "el grito" de Calles en Guadalajara trabajé con todas mis fuerzas para que la Universidad de México aceptara el desafío del ogro y le pusiera un hasta aquí... No hablé en los mítines, pero asistí a todos. Fui de los primeros que se presentaron al mitin del Politeama, en donde Antonio Villarreal ganó la batalla más grande de su vida. Hoy debemos reconocer que si Antonio no ganó batallas militares, sí ganó una batalla cívica con su discurso en el Politeama. Es necesario que a Villarreal se le haga justicia, porque él fue quien derrocó al callismo.

—No exageres, Miguel, Antonio es digno de admiración por su valor, por su honradez; pero la caída de Calles se debió a muchas causas...

—Es que tú estabas ausente del país, no sabes qué impresión causó el discurso de Antonio... Lo que dijo de la dinastía callista era para que lo entendiera todo el mundo; y Antonio tenía razón, porque si Calles hubiera seguido en el poder, tuviéramos hoy sobre nosotros a los Calles chiquitos...

—Y hay que reconocer que también a tu hermano Vito se debe en mucho la caída del callismo —dijo don Adolfo.

—Sí; Vito es una fiera... Y dime, Adolfo, ¿tú has visto a Calles últimamente...

—Pero hombre, ¿no hace poco te indignabas porque yo pudiera ver a Calles?

—Yo pregunto si lo has visto a distancia.

—Sí; lo vi en San Diego. Él no me vio...

—¿Y cómo está?

—Avejentado con sus sesenta y cuatro años encima... Más jorobado que nunca...

—Las penas acaban, Adolfo; los remordimientos destruyen... Ese hombre no ha de poder vivir a gusto... ¿Qué desfile de gentes a quienes mató no pasará constantemente ante él! Y ¿crees tú que Calles lee mis artículos?

—Yo creo que sí...

—Pues eso me basta; y lo que me gustaría más que todo es que se disgustara... Que le duela la verdad; que le duela; un hombre como él merece un castigo, y yo no descansaré hasta que sufra ese castigo con todo rigor...

Don Miguel se frotó las manos de contento.

—Pero si Calles regresa, alista la chayotera... —interrumpió don Adolfo.

—Calles no volverá, Adolfo, Calles no volverá, y si vuelve, todos estaremos contra él. Ya te he dicho, soy capaz de ir vecindad por vecindad, sacando a las viejas para que lo apedreen...

Y la conversación siguió otro giro. Se habló de libros, de periódicos, de literatos. Alguien quiso hablar de política actual, pero don Adolfo interrumpió secamente:

—Recuerden, amigos, que ya no soy político...

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! —rió don Miguel, poniéndose de pie y despidiéndose de los asistentes a la tertulia.

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 12 de marzo de 1939, año 13, núm. 178, pp. 1-2.

LEOPOLDO RUIZ Y FLORES, ARZOBISPO DE MICHOACÁN
Y DELEGADO PAPAL EN MÉXICO, NARRA LAS RELACIONES
ESTADO-IGLESIA

REVELACIONES DEL DELEGADO PAPAL EN MÉXICO

MONS. RUIZ Y FLORES HABLA A LOS *PERIÓDICOS LOZANO*
Y relata hechos importantísimos en conexión con la actitud
de la Iglesia en México, desde 1910 hasta 1929

LA REVOLUCIÓN TUVO SUS ERRORES Y ACIERTOS, DICE
Y agrega que la Iglesia nunca dio ayuda económica o moral
a los enemigos de la Revolución

CONDENÓ EL CUARTELAZO DE LA CIUDADELA
Y desde antes, dice monseñor, hizo ver en una carta
que el gobierno de Madero debería ser apoyado

CAPÍTULO I

San Antonio, Texas.— Con admirable sencillez, sin reticencia alguna, con claridad meridiana, el señor doctor Leopoldo Ruiz y Flores, arzobispo de Michoacán y delegado papal en México, me ha referido algunos hechos de notoria importancia, conectados con la actitud de la Iglesia desde 1910 hasta la reanudación del culto católico en territorio mexicano, en 1929.

Una pregunta hecha al señor doctor Ruiz y Flores llevó la conversación de éste a capítulos interesantísimos sobre la intervención atribuida al clero en los negocios políticos de México.

—*Usted recordará, señor, que el licenciado don Emilio Portes Gil, poco después de las declaraciones oficiales que hizo en junio de 1929 y con motivo de la reanudación del culto católico en México, dijo que el clero se había subordinado a la autoridad civil*—dije al señor delegado papal.

—*El señor Portes Gil hizo ciertamente declaraciones, pero no dijo la verdad...*—me contestó con viveza el señor arzobispo de Michoacán.

Y a partir de ese momento, el señor delegado apostólico en México comenzó a hablar, algunas veces contestando una tras otra las preguntas que le hacía, y otras haciendo largas explicaciones que después, para que quedasen asentadas definitivamente, escribió él mismo de su puño y letra.

CÓMO VIVE EL DELEGADO

Hice, durante mi estancia en esta ciudad, varias visitas al señor doctor Ruiz y Flores; desde la primera encontré en él a un dignísimo caballero: amable, observador y modesto, a pesar de su gran cultura y de la alta jerarquía que ocupa en la Iglesia.

Reside el señor arzobispo de Morelia en esta ciudad desde hace cuatro años, cuando el gobierno de México lo expulsó del territorio nacional acusándolo de hacer labor subversiva.

En el destierro, el señor Ruiz y Flores ocupa una hermosa casa, construida por un millonario texano, en los espaciosos jardines del colegio católico del Verbo Encarnado. En una de las alas de la residencia tiene el sacerdote desterrado su aposento. Éste está formado por tres o cuatro piezas amuebladas con severidad, sin lujo alguno. Un escritorio de cortina es el mueble más pesado del despacho del delegado apostólico.

Más que el despacho de un alto personaje del clero, parece el salón de estudio de un hombre consagrado a las letras. Los libros, los periódicos, las revistas ocupan un gran espacio.

El señor Ruiz y Flores es bajo de cuerpo, ancho de espaldas. Criollo, de rostro apacible, bajo sus espesas cejas y tras de los espejuelos brillan sus ojos claros. Viste el traje sacerdotal y cubre su cabeza con el solideo. Tiene setenta y dos años de edad, ¡quién lo ha de creer escuchándole y viéndole!

No se limita a ofrecer asiento. Ágilmente, toma una silla por el respaldo y la aproxima a su escritorio.

—*Ahora sí, siéntese usted*—me dice.

Ofrézcole un cigarrillo, y cortésmente lo rehúsa, explicando:

—*Me gusta fumar, pero va a perdonar que no le acompañe. Tengo la vieja costumbre de fumar tres puritos al día; sólo tres puritos; uno después de cada comida; pero fume usted con confianza...*

Y diciendo lo anterior, se pone nuevamente de pie, toma un cenicero y lo pone a mi alcance.

—*¿A usted no le gustan los puritos?*—me pregunta, y al contestarle negativamente, agrega:

—*Cada quien tiene sus propias costumbres, y hay que respetar esas costumbres...*

Busca el señor Ruiz y Flores alguna cosa entre los papeles que cubren su escritorio, y sonriendo dice:

—*¿Cree usted que me ha despertado el deseo de fumar también? Haré de cuenta que acabo de tomar mis alimentos...*

Enciende el “purito” y me interroga:

—*¿Cómo está México?*

—*Señor, usted ha de estar mejor informado que yo*—le contesto, señalando los periódicos mexicanos que tiene a la mano, y a mi vez le pregunto—: *¿Regresará usted al país? Todos los exiliados políticos lo han hecho o están por hacerlo.*

RECORDANDO UNA PLÁTICA CON CÁRDENAS

—*No sé, no sé cuándo lo haré; no le he pensado por ahora... Mientras priven las condiciones actuales, mientras no tengamos siquiera garantías... Mi mayor deseo*

sería vivir en Morelia, pero mientras que el gobierno de Michoacán no reforme la ley, se está expuesto a las arbitrariedades.

Y al decir las anteriores palabras no se descubre en el señor Ruiz y Flores el menor signo de contrariedad.

—¡Quién sabe! La influencia de los protestantes norteamericanos, los radicales, los comecuras... ¡quién sabe!

Recuerda entonces el delegado papal la conferencia que tuvo con el general Lázaro Cárdenas cuando éste era gobernador del estado de Michoacán.

El gobernador escuchó fríamente al arzobispo de Morelia, quien hizo ver la necesidad de que fuese reformada la ley que afectaba al culto y expedida por el gobierno local. Cuando el doctor Ruiz y Flores terminó su exposición, el gobernador Cárdenas le indicó que el asunto no era de su resorte, sino que competía a la Legislatura local reformar o no la ley de cultos, sugiriendo que los católicos se dirigiesen al cuerpo legislativo.

Dirigiéronse los católicos a la Cámara local y ésta no dio respuesta alguna, y las cosas quedaron en el mismo estado.

—¿Y a qué atribuye usted esto?

—*Ya he dicho a qué influencias se puede atribuir... La Iglesia en México ha sido objeto de las más burdas calumnias, comenzando con las fabulosas riquezas que se le han atribuido, con la participación en el bando opuesto a la revolución, con actos de sedición, etcétera.*

SÍNTESIS HISTÓRICA DE LA IGLESIA

Detiéndose el señor arzobispo para hacer una síntesis histórica de la Iglesia en México. Da entonces muestras de su gran conocimiento de la historia mexicana. Y hablando de todos y cada uno de los hombres que han figurado en la vida pública nacional, se refiere a lo que han escrito publicistas e historiadores. No hay en la palabra del doctor Ruiz y Flores ni un juicio de parcialidad; la ponderación, la rectitud y la sencillez de sus expresiones están muy lejos de ser las del hombre que han querido pintar los gobernantes mexicanos de los últimos tiempos. ¡Cualquiera, leyendo las declaraciones del señor general Calles o

del señor licenciado Portes Gil, se figura que el señor arzobispo de Morelia es un individuo con espíritu de inquisidor que pretende la dominación política del clero en el país! Pero ¡qué distantes están los sentimientos del señor Ruiz y Flores de tales propósitos!

Así, cuando pregunto al arzobispo si es cierto que la Iglesia ayudó económica y moralmente a los grupos políticos contrarios a los partidarios revolucionarios que han estado en el poder a partir de 1910, contesta rápidamente:

—*¡Inexacto, falso! Y cuando digo que es inexacto y que es falso, no pretendo hacer una defensa de abogado de la Iglesia, sino que deseo que se conozca la verdad histórica. No, no es posible condenar la revolución nada más porque sí. La revolución cometió muchos errores, uno de ellos es el de ni siquiera haber escuchado a la Iglesia; pero la revolución trajo también beneficios. ¿Por qué no hemos de decirlo? No, no todo lo que la revolución hizo fue malo; pero ya ve usted, al clero se le ha atribuido una acción política...*

—*Permita, señor* —interrumpo—, *pero la Iglesia disfrutó de completa libertad durante el régimen del señor Madero... ¿No es así?*

—*Exactamente.*

—*Sin embargo, se ha dicho que algunos miembros del clero, del Partido Católico, conspiraron contra el gobierno maderista.*

—*¿Puede usted citar un caso concreto?*

Referí entonces lo que había sabido en mis indagaciones históricas, aunque todavía sin haberlo comprobado: que en la casa de la señora viuda de Alamán, precisamente a espaldas de la Catedral de la Ciudad de México, se reunía a fines de 1912 un grupo de católicos para conspirar contra el régimen maderista; que los jefes de ese grupo eran el licenciado don Juan Villela y el licenciado Fernández Somellera, y que se tenía noticia de que a esa conspiración no eran ajenos algunos jesuitas del templo de la Profesa.

LA ACTITUD DE LOS CATÓLICOS EN EL TIEMPO DE MADERO

—*El señor licenciado Villela* —contestó el señor Ruiz y Flores— *era una persona muy ajena al hecho que se le atribuye. Voy a referir dos hechos de verdadera*

importancia, ambos relacionados con el señor licenciado Villela; aparte que uno de ellos muestra la actitud de los católicos durante el gobierno del señor Madero.

Refiere entonces el delegado apostólico que en 1911, al iniciarse la formación del Partido Católico, el licenciado Villela le escribió diciéndole que tanto él como algunos católicos opinaban que si era cierto que éstos, al igual que cualquier otro ciudadano mexicano, tenían derecho a tomar participación en la política nacional, no creía que deberían proceder a la organización de un partido que se titulase católico, porque tal sería como que en otra ocasión alguien se le ocurriese establecer una tienda de abarrotes católica o un banco católico o una repostería católica.

A esta observación del licenciado Villela, el señor Ruiz y Flores respondió que no creía justa la objeción, toda vez que el titular a un partido político como en Alemania no tenía más objeto que hacer de ese título una garantía para los ciudadanos, ya que católico quería decir partido honesto, cristiano, popular, que pedía la libertad y no el dominio.

—*Pero, voy a referir a usted, prosiguió el señor arzobispo, otro hecho de grandísima importancia.*

El señor Ruiz y Flores coloca sobre el cenicero el “purito” que ha estado fumando y me dice:

—*La Iglesia siempre ha sido objeto en México de las más burdas calumnias. Se ha afirmado que conspiró contra el señor Madero, que participó en el cuartelazo de 1913, que apoyó y hasta auxilió económicamente al gobierno del general Huerta. Todo eso es falso.*

Seguidamente, el señor delegado refiere que encontrándose once obispos en la Dieta de Zamora, a fines de 1913, él, el señor Ruiz y Flores, recibió una carta del señor licenciado Villela, en la que éste le comunicaba que dos miembros del Partido Católico estaban mezclados en una conspiración contra el régimen del señor Madero; que tal cosa había disgustado a los católicos; que todo hacía creer que de un momento a otro ocurriría una sublevación en la Ciudad de México; que estimaba que debería llamarse la atención a dichos señores, ya que los católicos no podían ser enemigos del gobierno legislativo del señor Madero.

La carta del señor Villela fue leída ante los obispos que asistían a la Dieta, quienes opinaron que debería escribirse a los señores inodados en ese asunto, a fin de suplicarles que se abstuviesen de intervenir en la conspiración, ya que el gobierno del señor Madero era un gobierno legítimamente constituido y que los católicos deberían apoyarlo.

CONDENÓ EL CUARTELAZO DE LA CIUDADELA

La carta a esos señores se escribió luego por el señor Ruiz y se entregó al señor Mora, arzobispo de México, para que personalmente la entregara a los destinatarios.

Volvió el señor Ruiz y Flores a Morelia y a poco ocurrió en la capital de la República el movimiento encabezado por los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz. Entonces el obispo de Michoacán resolvió enviar una carta a los curas párrocos de la diócesis y al Partido Católico de Michoacán en la que se les recomendaba que se abstuviesen de intervenir en cualquier movimiento contra el gobierno, porque la doctrina de la Iglesia respetaba y respetaría a un gobierno legítimamente constituido como era el del señor Madero, condenando así el cuartelazo de la Ciudadela.

Al mismo tiempo, y como supiese que el doctor Miguel Silva, gobernador del estado, había informado al presidente Madero que el clero michoacano estaba de parte de los rebeldes de la Ciudadela, fue a visitar al gobernante mostrándole copia de la carta que había enviado a los curas párrocos.

Cayó el gobierno del señor Madero y el doctor Silva hizo un viaje a la Ciudad de México para conferenciar con la nueva autoridad encabezada por el general Victoriano Huerta, y entonces mostró a éste la carta que había escrito el obispo de Michoacán, presentando al clero michoacano como enemigo del gobierno huertista.

—*El general Huerta, como liberal, no podía ser amigo de la Iglesia y los revolucionarios decían que la Iglesia estaba apoyando al gobierno del general Huerta y hasta se dijo que le había dado un préstamo de varios millones de pesos para com-*

batir a la Revolución. Esta ha sido una infame acusación que se ha explotado en contra de la Iglesia. Voy a decir ahora, por vez primera, cómo fue eso del préstamo, porque sí lo hubo, pero es necesario que se sepa bajo qué circunstancias...

(Continuará el próximo domingo).

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 27 de junio de 1937, año xxv, núm. 135, pp. 1, 7; segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 27 de junio de 1937, año xi, núm. 285, pp. 1-2.

REVELACIONES DEL DELEGADO PAPAL EN MÉXICO

EL CLERO NO PRESTÓ NUNCA DIEZ MILLONES
AL GOBIERNO DE HUERTA, COMO SE HA ASEGURADO
Monseñor Ruiz y Flores aclara que sólo fueron entregados
\$20 000, viéndose obligado Mora y del Río a hacerlo

CARRANZA NO ERA DE IDEAS ANTICLERICALES,
SINO QUE LO EMPUJARON AL RADICALISMO
No andará muy errado, dice Mons. Ruiz y Flores,
quien culpe a los masones y protestantes norteamericanos

CAPÍTULO II

Desde la iniciación del movimiento armado que en 1913 encabezó Venustiano Carranza se dijo que el clero mexicano había ayudado económicamente al gobierno del general Victoriano Huerta, para que éste combatiese a la Revolución. En la apasionada literatura de la época lo mismo se dice que la ayuda proporcionada por la Iglesia católica al general Huerta fue de un millón de pesos como de cinco o diez millones.

Esa literatura de guerra no puede, sin embargo, ser un documento definitivo, pues apenas examinada se diluye, por más que en los últimos años y con motivo de la controversia entre el Estado y la Iglesia, volvió a ser motivo de los ocios de los comecuras, dándose con mayor firmeza una cifra. Esa cifra fue tomada por el señor don Alfonso Toro, aunque con la reserva “se asegura”. Dice el señor Toro en un libro titulado *La Iglesia y el Estado en México* (y que ha sido adoptado oficialmente): “Apoderado Huerta del gobierno después del asesinato de Madero, legítimo presidente de México, entró en tratos con el clero, quien le prestó, según se asegura, diez millones de pesos, exigiendo en cambio que entrasen a formar parte del ministerio connotados conservadores”.

UN PRÉSTAMO FORZOSO

Frente a ese “se asegura” de diez millones de pesos, el señor arzobispo de Morelia señala la verdad de los hechos y dice cómo el arzobispo de México, doctor Mora del Río, se vio obligado a entregar al señor Huerta veinte mil pesos.

Denunciado el señor arzobispo Mora ante el delegado apostólico de haber ayudado con dinero al general Huerta para el cuartelazo, el arzobispo explicó lo sucedido diciendo que no sabía que el general Huerta estuviera complicado en el cuartelazo, sino el día que amaneció preso el señor Madero y que ese mismo día el general Huerta mandó pedir al arzobispo veinte mil pesos prestados que urgían porque, de lo contrario, la tropa se entregaría al saqueo.

El emisario dijo que el gobierno del general Huerta no tenía dinero para pagar las tropas y que temía que ocurriese una sublevación de fatales consecuencias en la Ciudad de México, y que el gobierno, ante el temor de esa sublevación, exigía que la Iglesia le prestase dinero.

Ante esta urgencia, el señor Mora del Río dispuso que se entregasen al emisario veinte mil pesos. Esta cantidad, única que facilitó la Iglesia al general Huerta, fue devuelta por éste días después. Sobre este asunto, dice el delegado papal, quedó satisfecho el delegado apostólico.

Y después de dar a conocer lo anterior, el señor Ruiz y Flores exclama:

—*Sin embargo, no se ha dejado de acusar al clero mexicano de haber ayudado al gobierno del general Huerta!*

Con igual derecho podría acusarse al clero de Michoacán de haber ayudado a los constitucionalistas, puesto que el general Gertrudis Sánchez, al entrar a Morelia, exigió al cabildo metropolitano un millón de pesos y apenas pudieron entregarle setenta mil que constan en pagaré firmado por dicho general. Esto mismo pasó en muchas otras diócesis de la República.

El incidente dio motivo para que los revolucionarios acusaran al clero de connivencia con el huertismo y para justificar así las persecuciones que se iniciaron en el norte del país.

PERSECUCIÓN POR DOS FRENTES

Con amargura, el doctor Ruiz y Flores prosigue:

—*Y no eran solamente los revolucionarios los que perseguían a la Iglesia; era también el gobierno del general Huerta. Podría mencionar los nombres de reconocidos miembros del Partido Católico que fueron víctimas de la persecución huertista, pero basta recordar el hecho de que el licenciado Fernández Somellera, presidente del partido, fue desterrado de México por orden del general Huerta. Si los católicos hubiesen estado en connivencia con el gobierno huertista, seguramente que no habrían sido expulsados del país.*

Recuerda entonces el arzobispo de Morelia que fue en Nuevo León donde los revolucionarios comenzaron a perseguir a los católicos.

—*En Monterrey —dice el arzobispo—, el general Antonio I. Villarreal ordenó que fuesen quemados los confesionarios... Después se cometió el desacato de derribar el templo de San Francisco, el más antiguo, y el convento, monumentos del siglo XVI.*

—*Y el general Villarreal...*

—*No, el señor general Villarreal no era anticlerical... —me interrumpe con rapidez el señor Ruiz y Flores, agregando—: Fui obispo de Nuevo León por varios años; conozco a la familia del general Villarreal y puedo decir que es una familia católica. El general es hombre recto, de amplio criterio; pero qué quiere usted...*

—Entonces, ¿a qué se debió la persecución? —pregunto al delegado papal—. ¿Acaso al señor Carranza, jefe de la revolución?

—No, el señor Carranza no era de ideas anticlericales; su levantamiento era meramente político, trataba de derrocar a Huerta, y éste, traidor a Madero y al mismo Félix Díaz, persiguió a los católicos que habían tenido alguna participación en el cuartelazo.

LA INFLUENCIA PROTESTANTE

—¿A qué atribuir, entonces, los sucesos de Monterrey que después se repitieron en casi todo el país? —insisto.

—No andará muy errado quien atribuya a influencias protestantes y masónicas norteamericanas el rumbo anticatólico que tomó la revolución del señor Carranza, así como el sabor socialista que se dio a la Constitución.

Y el señor Ruiz y Flores repite:

—No había, pues, razón para que el señor Carranza tuviera inquina contra los católicos. A partir de los sucesos de Monterrey —continúa diciendo el señor delegado—, los decretos de los gobernadores y comandantes militares de los estados, apenas éstos quedaban dominados por los revolucionarios, huelen a puro protestantismo por su odio a la confesión, a la misa, al culto de los santos.

—¿Y la Constitución de 1917? —interrogo.

—La Constitución de 1917, en vez de ser hija legítima del sentir y del alma nacional, resultó un híbrido de liberalismo y socialismo. En materia religiosa mereció la reprobación más justa y razonada del papa Benedicto XV y de los obispos de México, Norteamérica y varias otras naciones.

CARTA DE BENEDICTO XV

Benedicto XV, a propósito de la Constitución de Querétaro escribió una carta a los arzobispos y obispos de México, el 15 de junio de 1917, diciendo:

El motivo para dirigíros estas letras, Venerables Hermanos, es la protesta que publicasteis hace poco, después que fue promulgada el 5 de enero, en Querétaro, la nueva constitución política de los Estados Unidos Mexicanos. Hemos leído con atención y examinado diligentemente, según pedía la gravedad del asunto, lo que escribisteis de común acuerdo y en ello hemos visto, como lo esperábamos, ya vuestro decidido empeño en defender los derechos divinos de la Iglesia, ya la diligencia con que acudís, a defender la fe de nuestros pueblos, tanto mayor cuanto son más terribles las tempestades que os agitan; ya, por último, nuestro entrañable amor por la patria, cuya prosperidad, como decíais muy bien, no puede separarse de la reverencia debida a la religión de vuestros mayores. Y si en tales sentimientos, como aprobará todo hombre sensato, se apoya vuestra protesta, hemos de confesar que reconoce muchas y muy graves causas, porque algunos artículos de la nueva ley hacen caso omiso de los sagrados derechos de la Iglesia, y otros abiertamente la contrarían. Sabed, por lo tanto que, al protestar aguijoneados por la conciencia de vuestro deber contra la injuria inferida a la Iglesia y los deprimientos ocasionados a la causa católica, habéis hecho una cosa muy conforme al oficio pastoral y dignísima de nuestra alabanza.

NO HUBO COMPROMISO ENTRE EL CLERO Y OBREGÓN

Insiste el señor arzobispo en que la Constitución de 1917, por lo que respecta a los derechos de los católicos, era tan injusta que ni el presidente Carranza pretendió aplicarla.

—Por el contrario —dice el señor Ruiz y Flores—, presentó al Congreso de la Unión, poco antes de su derrocamiento, un proyecto de reforma en esa materia; y ni el general Obregón, a cuyo partido se le atribuyó el radicalismo anticatólico de la Constitución, se acordó de aplicarla.

—¿Y es verdad —pregunto— que el general Obregón, siendo candidato a la presidencia de la República, tuvo pláticas con usted ofreciendo que al llegar al poder quedaría solucionado automáticamente el conflicto religioso?

—No, el señor Obregón no habló conmigo.

—Pero, es que se ha dicho que el general Obregón...

—Sí, se ha dicho que el general Obregón estaba resuelto, al llegar a la Presidencia de la República, a terminar con el grave problema.

—¿Y habló con alguno o algunos preladados? —insisto—. ¿Hubo de parte de él algún compromiso?

—No sé que haya existido compromiso alguno. Lo que sí sé decirle es que el general Obregón había dicho que el problema religioso quedaría solucionado en unas cuantas horas.

—¿Esto quiere decir que tuvo pláticas con el clero mexicano?

—No; no hubo pláticas con el clero mexicano. Tengo entendido que el general Obregón, en un viaje que hizo al norte de Sonora, tuvo una conferencia con el obispo de Tucson y después estuvo en contacto con el padre John J. Burke, secretario de la National Catholic Welfare Conference de Washington.

—¿Y usted cree que el general Obregón era contrario a la política seguida por el general Calles en materia religiosa?

—No lo sé; pero usted puede consultar una carta dirigida por el gobierno obregonista al Vaticano en 1924.

CARTA DE SÁENZ AL VATICANO

La carta a que se refiere el señor Ruiz está fechada en México el 25 de octubre de 1924, dirigida al “Cardenal Gasparri, Secretario de Estado de Su Santidad”, y firmada por el secretario de Relaciones Exteriores, señor Aarón Sáenz, y dice:

Monseñor:

He recibido la nota N. 34064, de fecha de 5 de septiembre anterior, en la cual Vuestra Eminencia se sirve manifestarme que por persona que Vuestra Eminencia tiene razón para creer bien informada, ha sabido que si la Santa Sede nombrase un Delegado Apostólico en México, este gobierno está dispuesto a permitir su entrada y permanencia en el país; a concederle el uso de clave, y se compromete, en caso de que surgiera una grave dificultad, a no expulsarlo del territorio, sino a pedir su retiro a la Santa Sede. Agrega Vuestra Eminencia que si la respuesta [es afirmativa, inmediatamente se notificará el nombre]

de la persona que S.S. el Papa designe como Delegado, a la que se darán instrucciones oportunas a fin de que, al proveer las Diócesis, se nombre como obispos a eclesiásticos no mezclados en las luchas políticas, y que den garantías de dedicarse, conjuntamente con su clero, al bien de las almas, así como que, al propio Delegado se darán las facultades necesarias para ponerse en contacto con este gobierno cuando las circunstancias lo requieran.

En respuesta y por acuerdo del señor Presidente de la República, tengo el honor de poner a conocimiento de Vuestra Eminencia que, como resultado de las pláticas que con carácter informal se suscitaron entre algún alto dignatario de la Iglesia y nuestro Ministro en Roma, para ver de llegar a un acuerdo en el mantenimiento de aquellas relaciones que nuestras leyes permitan con nuestras iglesias, y oídas que fueron las sugerencias que en tal sentido recibió el gobierno de México, el propio señor Presidente de la República se sirvió disponer que se permita la entrada y permanencia en el país —previo aviso de la Santa Sede—, de un Delegado Apostólico a quien se permitirá el uso de la clave en su correspondencia; encontrándose anuente este gobierno a que, en el caso de surgir alguna grave dificultad, pedirá su retiro a la Santa Sede, antes de proceder directamente a retirarlo.

Tengo el agrado de manifestar a V. E. que el gobierno de México se complace en saber, que al nombrarse nuevo Delegado, la Santa Sede cuidará de notificarlo y de que, al proveer las Diócesis, se nombre como preladados a eclesiásticos que no se mezclen en las luchas políticas y que, en unión de su clero, se dediquen exclusivamente a funciones cristianas propias de su ministerio, con cuya conducta espera este mismo gobierno que se obtengan los mejores frutos desde el momento en que se harán cesar actividades que, desde hace largo tiempo, han sido el principal obstáculo entre el Estado y la Iglesia católica; y así mismo queda impuesto de que se darán al nuevo Delegado las facultades necesarias para ponerse en contacto con este gobierno cuando lo requieran las circunstancias.

CALLES DECLARA LA GUERRA

—Nueve años habían pasado de tranquilidad —continuó diciendo el señor arzobispo de Morelia— cuando al general Calles se le ocurrió declarar la gue-

rra, comenzando por aplicar en febrero de 1926 el artículo contra los sacerdotes extranjeros, sin estar todavía reglamentado y, por lo mismo, con violación a las leyes.

—El general Calles siempre ha sido anticlerical —observé.

—No lo sé; pero sí sé que el padre del general Calles era católico.

Contesté entonces al señor Ruiz que, habiendo platicado con el ex presidente precisamente un día antes de que fuese expulsado del país, me había dicho que en su niñez había sido monaguillo y que, sirviendo en la parroquia de la ciudad de Hermosillo, acostumbraba robarse las limosnas que depositaban los fieles.

El señor Ruiz y Flores rió de buena gana.

—No lo sabía; no lo sabía; es gracioso —decía mientras seguía riendo jovialmente.

(Continuará el próximo domingo).

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 4 de julio de 1937, año XI, núm. 292, pp. 1-2; segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 4 de julio de 1937, año XXV, núm. 142, pp. 1, 7.

REVELACIONES DEL DELEGADO PAPAL EN MÉXICO

CALLES INTENTÓ SOMETER A LA IGLESIA AL PODER CIVIL
Así lo indicó a Mons. Ruiz y Flores y al Arzobispo Díaz,
al sostener con ellos una conferencia en 1926

CÓMO FUERON LOS ARREGLOS DEL CONFLICTO RELIGIOSO
Al narrar estos hechos, el delegado dice que el clero
no apoyó la rebelión cristera, ni aconsejó la amnistía

CAPÍTULO III Y ÚLTIMO

Estaba el señor arzobispo Ruiz y Flores al borde de los graves acontecimientos de 1926; y antes de que a ello se refiriese, le pregunté qué objeto pudo tener, en su concepto, la provocación que hizo el general Calles del conflicto religioso.

—El general Calles —contestó el señor Ruiz— es un hombre de la escuela de Hitler que dice: “el Estado es Dios y el Estado soy yo”. Quería que todo estuviese sometido a él, y tenía la pretensión de someter también a la Iglesia.

—¿Y qué impresión causó en usted el general Calles cuando habló con él por vez primera? —interroguéle.

—*Más adelante lo diré a usted*—respondió el delegado apostólico, agregando: *Ya dije que después de nueve años de tranquilidad, al general Calles se le ocurrió declarar la guerra comenzando por aplicar el artículo contra los sacerdotes extranjeros. Siguió después con su Ley de Cultos. Esa ley daba muerte a la Iglesia católica, más que nada por imponer el registro de los sacerdotes sin ninguna dependencia en sus obispos, de suerte que el primero que se presentara, sacerdote o no, a pedir la Catedral de México, la recibiría con todo el amparo de la autoridad para fungir o fingir.*

SUSPENSIÓN DE CULTOS EN 1926

Recordó entonces el señor doctor Ruiz algunos incidentes provocados por la Ley de Cultos, y continuó:

—*El Episcopado resolvió, en vista de tanta arbitrariedad y con aprobación del Papa, suspender el culto en todos los templos, como se hizo el 31 de julio de 1926.*

Cuando la situación entre la Iglesia y el gobierno del general Calles era más tirante, en agosto del mismo año de 1926, el señor licenciado Mestre concertó una entrevista entre el presidente Calles y los señores arzobispo Ruiz y Flores y el obispo don Pascual Díaz.

La conferencia entre el general Calles y los prelados se efectuó en el Castillo de Chapultepec. Aparte de estas tres personas asistió a ellas un taquígrafo que tomó la versión íntegra de la plática, versión que apareció en una revista de la Ciudad de México, en agosto de 1936.

Calles recibió a los señores Ruiz y Díaz fríamente, a pesar de que a continuación indicó que el gobierno estaba en la mejor disposición de escuchar a los prelados. Poco a poco, las palabras del general Calles se hicieron más cordiales y fue perdiendo la impresión de comezuras que pretendió dar en un principio. El presidente de la República insistía en que el gobierno no tenía más propósito que el de aplicar las leyes constitucionales, aunque no ocultó que la intención de esas leyes era someter al clero y a la Iglesia al poder civil.

La plática de Chapultepec terminó sin que se llegase a acuerdo alguno. Por el contrario, el presidente Calles insistió en que las leyes serían aplicadas y que la Iglesia y el clero no tenían más que obedecerlas.

LA REBELIÓN CRISTERA

Un mes después de esa plática, los hermanos Navarro iniciaron en Pénjamo, Gto., lo que fue llamada “rebelión cristera”, que cundió en varios estados, pero principalmente en Jalisco, Michoacán, Durango y Guanajuato.

—*En enero de 1927*—dice el señor Ruiz y Flores—*fue desterrado a Guatemala el señor obispo don Pascual Díaz, con el pretexto de ser el alma de la defensa armada.*

—*¿Y es verdad que el señor Díaz nunca fue partidario de la violencia?*—pregunto.

—*Así son las cosas...*—suspira amargamente el delegado apostólico—. *¡Así son las cosas...! ¡Qué equivocado estaba o qué equivocado se hacía el gobierno del general Calles!*

Recuerdo entonces al señor delegado que, con motivo de la expulsión del señor Díaz de territorio mexicano, el gobierno aseguró tener en su poder pruebas de que el obispo de Tabasco estaba inmiscuido en la rebelión.

—*Pruebas que nunca fueron presentadas; que no podían ser presentadas, porque el señor Díaz personalmente nunca apoyó la defensa armada*—contesta el señor Ruiz.

—*Y se dice*—agregué—*que por ese entonces hubo nuevas pláticas con el gobierno del general Calles.*

—*Ciertamente. Pero en esas pláticas no intervino el clero mexicano y tuvieron lugar hasta 1928 cuando había sido nombrado embajador de los Estados Unidos en México, mister Dwight W. Morrow, abogado de la Casa Morgan de Nueva York.*

Apenas en México, el embajador norteamericano empezó a trabajar con el objeto de buscar un avenimiento entre el gobierno y la Iglesia. El presidente Calles no se opuso a la pretensión de mister Morrow, sino que, por el contrario, se tiene entendido que se mostró conforme con los propósitos del embajador.

LA CONFERENCIA EN SAN JUAN DE ULÚA

Y al mismo tiempo que desempeñaba esta tarea cerca del general Calles, el embajador de los Estados Unidos se ponía en contacto con prominentes católicos norteamericanos, pero principalmente con la National Catholic Welfare Conference de Washington, logrando que el secretario de ésta, padre John J. Burke, aceptara ir a México a conferenciar con el presidente de la República.

La conferencia, a la que el general Calles dio un aire de cierto misterio, como si no quisiera desagradar a sus amigos, y a la que asistió el padre Burke, se efectuó en el viejo castillo de San Juan de Ulúa el Viernes Santo de 1928.

El padre Burke advirtió al general Calles que no llevaba ninguna presentación oficial sino amistosa, para ver si se podía llegar a un acuerdo.

Durante la conferencia, el padre Burke sugirió que el gobierno de México hiciese declaraciones que sirviesen de punto de partida para pláticas formales, a lo que accedió el presidente. Pero las declaraciones del general Calles fueron hechas en términos tan vagos, que no satisficieron al Vaticano. Sin embargo, como consecuencia de esas mismas declaraciones, hubo un cambio de impresiones entre el gobierno de México y el papa, que por momentos fueron el mejor camino.

Mister Morrow, que no descansaba y quizás obrando por instrucciones del Departamento de Estado de Washington, y confesando que no “entendía el problema por no ser católico”, arregló una nueva entrevista del general Calles con el padre Burke. Esta entrevista se llevó a cabo en mayo de 1928 en el Castillo de Chapultepec, y a ella asistieron, aparte del general Calles, el señor arzobispo Ruiz y Flores y el padre Burke.

Y OCURRIÓ LA MUERTE DE OBREGÓN

Calles se mostró en esta ocasión más cordial. Pareció dispuesto, quizás por influencia de Morrow, a que terminase el conflicto religioso, y después de una breve plática con los señores Ruiz y Burke, puso en manos de éstos una declaración que el gobierno de México habría de hacer pública como respuesta a una

carta que en nombre del Episcopado se le dirigiera. La declaración formulada por el presidente de la República, aunque no definitiva, no era tan vaga como la primera que había entregado en San Juan de Ulúa al padre Burke.

Como el paso que se iba a dar tenía el carácter de definitivo, la declaración de Calles fue hecha del conocimiento de la delegación apostólica en Washington, la que creyó conveniente que el documento fuese conocido por el Vaticano, comisionándose al señor Ruiz y Flores para que fuese a Roma llevando la declaración y para que al mismo tiempo informase personalmente al papa de la situación de la Iglesia en México, así como de los sucesos ocurridos a partir de 1926.

Marchó el señor Ruiz a Roma, poniendo en manos del papa el documento; pero el papa no quedó satisfecho, estimando que la Iglesia debía pedir al general Calles algo más concreto y oficial.

Calles no se rehusó a seguir las pláticas con el representante de la Iglesia y éstas iban por el mejor camino cuando, como consecuencia del asesinato del general Álvaro Obregón, los trámites quedaron en suspenso.

PORTES GIL EN LA PRESIDENCIA

Pasados los meses de inquietud que siguieron a la muerte del general Obregón, el embajador Morrow siguió insistiendo cerca del presidente Portes Gil y del general Calles para la solución del problema religioso, logrando que el gobierno de Portes Gil se inclinase firmemente a dar una solución al conflicto.

Mister Morrow, que no perdía oportunidad para lograr lo que deseaba, aprovechó la derrota de la rebelión del general José Gonzalo Escobar para obtener que Portes Gil expidiera una significativa declaración oficial por conducto de la Associated Press.

Dijo el presidente Portes Gil en esa declaración que los católicos no habían tomado parte en la rebelión y que de parte del gobierno de México había buena voluntad para que el clero volviera a sus templos.

El señor Arzobispo, Ruiz y Flores, que se encontraba en Washington, también por conducto de la Associated Press contestó a la declaración del licencia-

do Portes Gil que por parte de la Iglesia había buena voluntad para reanudar el culto, pero que era indispensable un cambio en la condición en que se encontraba la Iglesia para poder reanudar el culto.

Por segunda vez, el presidente de México utilizó la agencia informativa norteamericana para invitar públicamente al doctor Ruiz a conferenciar, a lo que éste contestó no ya por la prensa, sino por carta, que sería inútil cualquier conferencia sin la autorización del papa.

Informada la Santa Sede de la invitación que hacía el licenciado Portes Gil, nombró al señor arzobispo de Morelia su delegado con instrucciones de que se limitase a informar lo que se tratase en las conferencias y lo que propusiese el gobierno mexicano.

LOS ARREGLOS DE 1929

Estando ya autorizado por el papa, el señor Ruiz hizo conocer el nombramiento que le había otorgado el Vaticano al presidente Portes Gil, por conducto del señor embajador Téllez, embajador de México en Washington. Portes Gil invitó entonces al delegado a que se trasladase a la Ciudad de México, lo que hizo el señor arzobispo en los primeros días de junio de 1929, acompañado del obispo don Pascual Díaz como secretario.

El presidente Portes Gil, al iniciar las pláticas con el señor Ruiz, se mostró algo seco, pero a poco fue cambiando y haciéndose más amable, a la vez que más interesado en la solución del conflicto.

Después de varias conferencias, se llegó a la conclusión de que el gobierno no podía hacer más que declarar oficialmente: 1.- Que no era intención de la Constitución, ni de las leyes, ni de los gobernantes destruir la Iglesia ni su organización ni naturaleza; 2.- Que ningún sacerdote sería registrado si no era presentado por su superior legítimo; 3.- Que podían los católicos y preladados pedir la modificación de las leyes, y se daría la debida consideración a su petición; 4.- Que mientras tanto, las leyes se interpretarían y aplicarían con espíritu amistoso y no sectario.

Formulada esta declaración, fue publicada en el *Diario Oficial*, juntamente con la del señor arzobispo Ruiz y Flores, en la que decía que, en vista de las declaraciones del presidente, se reanudaría el culto de acuerdo con las leyes.

TRES CONDICIONES DEL PAPA

Previamente había sido informado el Vaticano de estos arreglos. El papa contestó pidiendo que fuesen establecidas tres condiciones: 1.- Que se devolvieran los templos, casas murales y episcopales; 2.- Que se garantizara esa devolución; y 3.- Que se concediera amnistía a los levantados en armas que voluntariamente se rindieran.

Informado el licenciado Portes Gil por el señor Ruiz de las condiciones que exigía el Vaticano, en presencia del delegado ordenó al licenciado Felipe Canales, subsecretario de Gobernación, que se comunicara la concesión de amnistía y se devolvieran los templos y casas citadas, asegurando que los demás edificios serían devueltos luego de que se desocuparan.

Después de dar a conocer los anteriores hechos, Ruiz y Flores me dijo:

—*Estos arreglos causaron mala impresión entre los que creían que podrían derrocar al gobierno por la fuerza, y entre los que creyeron que los mismos arreglos eran una derrota para la Revolución. De los primeros no faltaron quienes buscaran a los arreglos todos los motivos para censurarlos; de los segundos...*

MENSAJE INSOLENTA DE TEJEDA A PORTES GIL

El señor delegado apostólico hizo un alto en su interesante plática, y sonriendo agregó:

—*Ya terminados los arreglos, el señor Canales me mostró un telegrama firmado por el señor Alberto Tejeda, gobernador del estado de Veracruz. El telegrama estaba dirigido al señor Portes Gil y redactado en términos insolentes. Llamaba al señor Portes Gil traidor a la causa por haberse dejado embaucar por el clero; tales eran las palabras del gobernador. El presidente, sin nombrar a Tejeda, contestó a*

éste por la prensa declarando que los arreglos eran en sustancia los mismos a que el general Calles había accedido, como contaban en los archivos particulares de la Presidencia.

Recordó también el señor arzobispo que los masones de México habían interpelado al presidente Portes Gil sobre los arreglos, a lo que éste contestó que no había que alarmarse porque el clero había aceptado las leyes “sin tajos”. Y como único comentario a esta afirmación de Portes Gil, el delegado apostólico sonrió maliciosamente.

Hemos llegado al fin de la plática, pero todavía pregunto al señor Ruiz si el clero intervino en la rendición de los rebeldes cristeros.

—*No* —contestó categóricamente el señor delegado—. *Ningún obispo dio orden ni aconsejó a los levantados en armas que se rindieran. Podían haber continuado en su actitud de defensa hasta conseguir plena libertad.*

—*¿Y es verdad que muchos de los amnistiados fueron asesinados?* —interrogo.

—*Sí, es cierto. A muchos de los que se amnistiaron los asesinaron cobardemente, dice finalmente el señor Ruiz y Flores.*

(Fin).

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 11 de julio de 1937, año xxv, núm. 149, pp. 1, 7.

LA REVOLUCIÓN
Y LOS REVOLUCIONARIOS

— TOMO VI —

El Estado constitucional.
Sus inicios

Fue editado por el INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO
Se terminó de imprimir en la Ciudad de México en 2015

José C. Valadés

LA REVOLUCIÓN
Y LOS REVOLUCIONARIOS

La crisis del Porfirismo

TOMO I

Maderismo

TOMO II

La Revolución
constitucionalista

TOMO III

Las rupturas en
el constitucionalismo

TOMO IV

El convencionismo

TOMO V

El Estado constitucional.
Sus inicios

TOMO VI

El Estado constitucional.
Ajustes internos

TOMO VII

El Estado constitucional.
Su consolidación

TOMO VIII

Desde su primera publicación, *Revolución social o motín político*, que escribió a los 21 años, José C. Valadés se dedicó a estudiar la Revolución Mexicana con la convicción de que no había una, sino muchas revoluciones dentro de un proceso totalizador.

Valadés culminó sus estudios sobre el proceso revolucionario con la *Historia general de la Revolución Mexicana* en diez volúmenes, única historia general que se ha escrito por un solo autor hasta la fecha. Además, el historiador elaboró la primera historia oral de la Revolución, recogiendo los testimonios de los revolucionarios en el exilio, que hoy reeditamos.

En 1927, Valadés se fue a Estados Unidos y se dedicó a recoger los testimonios de los revolucionarios exiliados. En 2001, el INEHRM, bajo la dirección de Francisco Valdés Ugalde y después de Javier Garcíadiego, se dio a la tarea de recopilar estos artículos y los publicó, en el 2005, en ocho volúmenes con el título de *La Revolución y los revolucionarios*. Hoy los reeditamos añadiendo nuevos estudios sobre el autor.

Álvaro Matute, en el tomo sexto, hace notar la monumentalidad de la obra historiográfica de Valadés, por la amplitud de los temas que investigó y la profusión de las fuentes que rescató y utilizó.

El historiador concluye que el exilio de muchos de los protagonistas fundamentales de la década de 1920 fue el telón de fondo que Valadés quiso mostrar, la forma en que vivían cuando él los conoció y entrevistó, con lo que logró establecer un puente entre el pasado y el presente.

PATRICIA GALEANA

LA REVOLUCIÓN...

